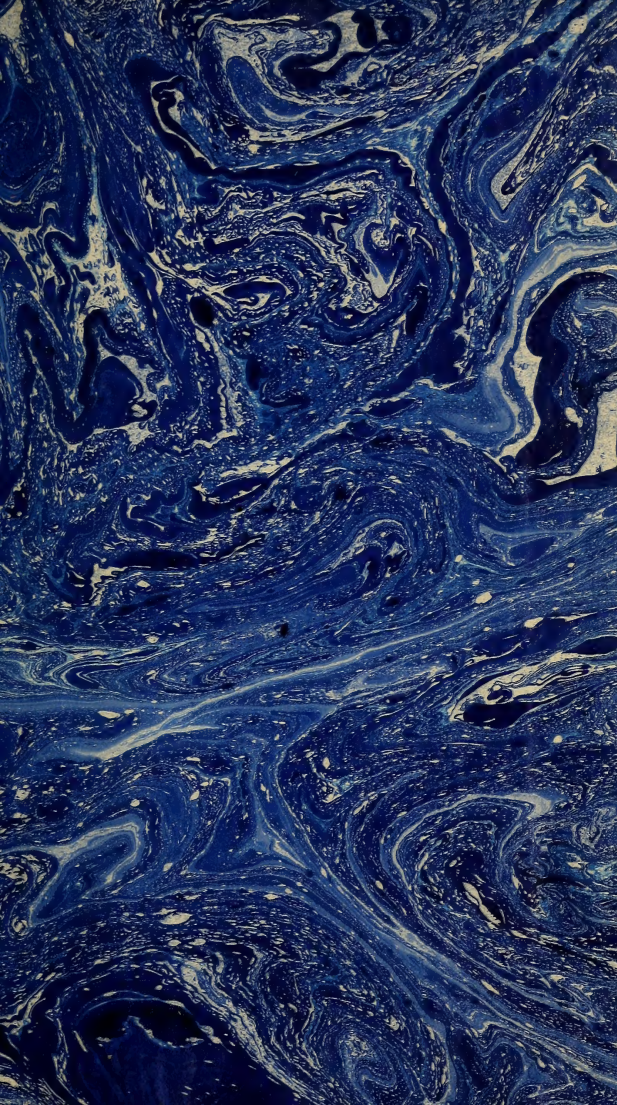
the university of connecticut

3 9153 00884791 7

E/123/C19t



UNIVERSITY OF CALIFORNIA
MUSIC LIBRARY

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
Boston Library Consortium Member Libraries

http://www.archive.org/details/historiadeldescu12camp

E
123
C19
189

COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS

HISTORIA

DEL

DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA

DE

AMERICA

escrita en alemán por

JOAQUÍN ENRIQUE CAMPE

NOTAS Y ACLARACIONES DE

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO

de las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando.

Tomo primero.

MADRID

LA ESPAÑA MODERNA

Cía. de Sto. Domingo, 16.

HISTORIA

DEL

DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE AMÉRICA

LA ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

AÑO IV

Escrito por **Arenal** (Doña Concepción), **Barrantes, Campoamor, Cánovas, Castelar, Echegaray, Galdós, Menéndez y Pelayo, Pardo Bazán** (Doña Emilia), **Palacio Valdés, Pi y Margall, Thebussem, Valera y Zorrilla,** y la parte extranjera estará redactada por **Bourget, Cantú, Coppée, Cherbuliez, Daudet, Dostoyusky, Gladstone, Goncourt, Richepin, Tolstoy, Turguenef** y **Zola.**

Precios de suscrición, pagando adelantado:

En España, seis meses, **17** *pesetas;* un año, **30** *pesetas.*—En las demás naciones europeas y americanas, y en las posesiones españolas, un año, **40** *francos,* enviando el importe á esta Administración en letras sobre Madrid, París ó Londres.

Las suscriciones, sea cualquiera la fecha en que se hagan, sólo se sirven á terminar en Diciembre de cada año.

Se remite un tomo de muestra gratis á quien lo pida por escrito al Administrador de La España Moderna, Cuesta de Santo Domingo, 16, pral.

LA NUEVA CIENCIA JURIDICA

ANTROPOLOGÍA SOCIOLOGÍA

Condiciones de suscrición:

Cada mes verá la luz un cuaderno de 64 páginas grandes, á dos columnas. Sólo se admiten suscriciones por un año, á partir de Enero, aunque se haga el abono después del referido mes: en este caso se entregarán al suscritor los números atrasados.

Número suelto.....	**1,50**	pesetas.
En España, un año.....	**12**	—
Fuera de España, lo mismo en Europa que en América.....	**15**	—

Se suscribe en la Administración de La España Moderna y de La Nueva Ciencia Jurídica, Cuesta de Santo Domingo, 16, pral., Madrid, enviando el importe en letras de fácil cobro ó en sellos, pero en este caso certificando la carta.

Se envían prospectos detallados á quien los pida por escrito.

COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS

HISTORIA

DEL

DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA

DE

AMERICA

escrita en alemán por Heinrich

JOAQUÍN ENRIQUE CAMPE

NOTAS Y ACLARACIONES DE

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO

de las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando.

Tomo primero.

MADRID

LA ESPAÑA MODERNA

Cta. de Sto. Domingo, 16

23
194

Es propiedad.—Queda hecho el depósito que marca la Ley.

AGUSTIN AVRIAL.—Impr. de la Comp. de Impr. y Lib.
S. Bernardo, 92.—**Teléfono núm 3.074.**

CRISTÓBAL COLÓN

I

Nacimiento de Cristóbal Colón.—Su infancia.—Su educación.—Sus estudios en la Universidad de Pavía.—Primeras campañas.—Un abordaje.—Colón en Lisboa.—Sus proyectos.—Su matrimonio.—Su permanencia en Madera.—El médico de Florencia.—Proposiciones de Colón á la República de Génova, á las cortes de Lisboa, Lóndres y España.—Ignorancia de sus jueces.—El superior de un convento español.—Nueva repulsa de la corte de España.—Consecuencias de la conquista de Granada.—Regreso triunfal de Colón.—Fírmase el tratado con el Gobierno español.

Entre los hombres célebres que han figurado á su vez en la escena del mundo, y formado época en sus siglos por el ascendiente de su genio, hay uno que ha merecido por excelencia el renombre de grande. Su gloria durará tanto como el Universo, y la posteridad más remota tributará á su memoria unánimes homenajes,

porque le debemos el descubrimiento más importante con que el hombre puede envanecerse: este hombre memorable es Cristóbal Colón, que adivinó y encontró un Nuevo Mundo.

Nació por los años de 1435 ó 1436 en las cercanías de Génova (1), y hasta la presente no se ha podido descubrir la fecha cierta y precisa de su nacimiento; las más activas y minuciosas investigaciones no han podido resolver este problema. No era hijo de un marino, como ha pretendido la mayor parte de los historiadores, sino de un cardador de lana; no obstante, contaba en su familia muchos hombres de mar, y ya desde su infancia le divertían con narraciones de aventuras marítimas, que contri-

(1) Nació en Saona, según declaración de los testigos que informaron al tomar el hábito de Santiago D. Diego Colón, su nieto. Ha hecho el descubrimiento del expediente D. Francisco R. de Uhagón y publicádolo en opúsculo que se titula *La patria de Colón según los documentos de las Ordenes militares*. Madrid, 1892—Cesáreo Fernández Duro.

buyeron á determinar su vocación á una carrera en que la gloria ofrece tan brillante compensación á los trabajos y peligros.

Colón, todavía niño, anunciaba, dejaba presentir lo que debía ser algún día: todos sus juegos, todas sus diversiones, tenían ya el carácter de un estudio grave, y revelaban el serio aprendizaje de la vida de marino. Su padre, aunque pobre, apuró sus esfuerzos para cultivar las brillantes disposiciones del mayor de sus cuatro hijos. Colón, á la edad de diez años, sabía leer, escribir, dibujar, y sus progresos en las matemáticas habían asombrado á sus maestros.

Le enviaron á la Universidad de Pavía (1), donde estudió la gramática y el latín, que se consideraba entonces como la base de la educación, y después la geografía, as-

(1) En ningún fundamento histórico se apoya esta creencia; así se ha reconocido en el *Archivio Storico Lombardo*, 31 Marzo 1892, pág. 118.—Cesáreo Fernández Duro.

tronomía y navegación; pero esta ciencia, entonces tan limitada, no podía satisfacer al joven estudiante, que sabiendo á poco tiempo cuanto los profesores de la Universidad de Pavía podían enseñarle, dejó bien pronto los bancos del aula para volver á la casa paterna.

A los catorce años empezó á navegar en el golfo de Liguria; y un año después se le vió mandar y dirigir una pequeña embarcación con la que hizo muchas veces la travesía de Génova á Nápoles y de Nápoles á Marsella. Tenía ya algunas de las cualidades del mando; la decisión, la firmeza de carácter que fuerza á la obediencia, aquella penetración y aquella presencia de espíritu tan necesaria al marino en su peligrosa carrera, y no tardó en dar pruebas de su valor. Después de haber tomado parte en la expedición que dirigió Juan de Anjou, duque de Calabria, para reconquistar el reino de Nápoles, mandó en 1474 muchos buques genoveses al servicio del rey de Francia, Luis XI, durante la guerra que

tuvo que sostener contra la España, cuya tropas habían invadido el Rosellón (1).

Bien pronto la república de Génova reclamó para su propia defensa los servicios de Cristóbal Colón. Habíase reanimado con nueva fuerza la antigua rivalidad entre esta república y la de Venecia, y el Mediterráneo era el teatro de encarnizados combates entre los navíos de las dos potencias rivales. En uno de estos frecuentes encuentros, en que se combatía por una y otra parte con igual encarnizamiento, el buque en que Colón servía á las órdenes de uno de sus parientes, fué atacado por otro veneciano de superiores fuerzas. Después de cerca de dos horas de combate, llegaron al abordaje, y en aquel crítico momento el fuego estalló á bordo de los dos buques. El incendio se extiende con violencia, y obliga á

(1) Todo lo que se refiere á la vida de Colón en los primeros años y aun en los que transcurrieron antes de venir á España, es de tal modo obscuro, que ha de recibirse á beneficio de inventario.—Cesáreo Fernández Duro.

suspender los ataques de los combatientes, para que piensen en los medios de escapar de la muerte que les amenaza sobre sus embarcaciones medio consumidas. Se precipitan en las chalupas; pero éstas no pueden dar cabida á todos los infelices que en ellas buscan su refugio, y la mayor parte perece entre las olas. En medio de aquel espantoso desastre, en medio de los gritos de los moribundos, un joven conserva su sangre fría, y sereno mientras que sus compañeros de armas, aturdidos á vista del doble peligro, corren á su perdición atestando las chalupas á las que hacen zozobrar, él se queda el último sobre el puente de su embarcación. Esperando el momento más favorable para abandonarla, salta de improviso al agua, y como experimentado nadador lucha contra las olas, se apodera del primer fragmento de navío que encuentra, y ayudándose con él, para no ser sumergido, se dirige hacia la costa de que le separaban dos leguas largas. La costa era la de Portugal y el atrevido y afortunado na-

vegante era Colón. Escapado como por milagro de este horrible naufragio que había costado la vida á todos sus compañeros; sobreviviendo el único á aquel gran desastre de los dos navíos, se hincó de rodillas para dar gracias á la Providencia que le había salvado, y después de algunos días de descanso se encaminó á Lisboa (1).

No hay mal que por bien no venga: Colón debió á la catástrofe que le arrojó á las costas de Portugal la gloria de que se cubrió en lo sucesivo.

En aquella época los portugueses eran los más hábiles y audaces marinos del universo. Aventurándose en el Océano Atlántico, que era entonces casi desconocido á las demás naciones, habían hallado el premio de su valor é intrepidez en el descubri-

(1) La fecha en que se verificó este combate naval, conocida por documentos oficiales de la Señoría de Venecia, no conforma con la de la llegada de Colón á Portugal, y se cree episodio novelesco que utilizó D. Fernando Colón para dar mayor interés á la *Historia* de su padre.—Cesáreo Fernández Duro.

miento de dos islas importantes, situadas en las inmediaciones de Africa, y á las que llamaron Porto-Santo y Madera. Animándose con este brillante resultado, concibieron el proyecto y la esperanza de descubrir un paso para llegar hasta la India.

Cuando se consulta la geografía de los antiguos, se ve que no conocían más que el Norte de Africa y una corta parte de la Etiopía (1), é ignoraban si la tierra se extendía hasta el polo Norte ó si terminaba en alguna parte hacia el lado del Mediodía.

Colón ya estaba precedido en Lisboa por su reputación: ya se había oído hablar de sus talentos, de su valor, y los más hábiles

(1) Plinio, sin embargo, dice que ya en tiempo de Alejandro se había dado vuelta al Africa, y que se habían encontrado en el mar de Arabia reliquias de naves españolas. Cornelio Nepote también hace una indicación sobre este particular. En cuanto á las excursiones en el grande Océano, ya las hacían los españoles desde el tiempo de los fenicios. Un piloto de Cádiz, viéndose perseguido por una nave de aquéllos, la atrajo á unos escollos, donde perecieron los dos buques sin descubrir el secreto del viaje.—N. DEL T.

marinos le acogieron con las demostraciones de la más sincera estimación de sus conocimientos. Admitido en su intimidad, bien pronto los tuvo á todos por amigos, y en los frecuentes coloquios que tenía con ellos, la conversación giraba siempre sobre las empresas de los portugueses y sobre el plan de que pensaban valerse para descubrir un camino que les condujese á la India por el Atlántico (1). Los venecianos eran entonces el único pueblo que comerciaba con la India, y debían á este privilegio exclusivo la mayor parte de sus riquezas y su poder. Recibían los productos indios por el mar Rojo, que debe su nombre al color de la arena que contiene, y por el Mediterráneo; pero estos dos mares, no comunicando entre sí, hallándose separados por un istmo muy ancho, era preciso que las mercaderías al llegar á este istmo, fuesen des-

(1) Hay que repetir lo expuesto en la nota 3.ª De la llegada de Colón á Portugal, de su casamiento, de su vida, de los viajes que hizo á Africa y á Islandia, nada positivo se sabe.—Cesáreo Fernández Duro.

embarcadas para llevarlas á Alejandría de Egipto en camellos ó por los canales, y desde allí las hacían ir á Venecia por el Mediterráneo. Se concibe fácilmente qué trastorno y al mismo tiempo qué perjuicio causaban al comercio de la India esta necesidad de cargar y descargar las mercaderías, y estos transportes por tierra desde el mar Rojo hasta la ciudad de Alejandría: así se explica la preocupación constante de los espíritus y la importancia que se daba al descubrimiento de un camino que hiciese las comunicaciones menos lentas y menos dispendiosas.

Otra circunstancia favoreció también los proyectos de Colón. Se casó con la hija de uno de los capitanes cón quienes había adquirido relaciones en Lisboa; precisamente con el que había descubierto la isla de Porto-Santo y Madera, y así pudo consultar á su placer los diarios y los mapas de aquel hábil navegante. Estos documentos, tan preciosos para él, eran el objeto de sus estudios y sus meditaciones; ni de noche ni de día se le caían de la mano, compa-

rándolos con las nociones transmitidas por otros navegantes con sus relaciones y las diversas hipótesis de la ciencia. Adquiría en este asiduo trabajo nuevo ardor, nueva energía para la realización de los proyectos que tenía en la mente, é inflamado con el deseo de seguir las huellas de navegantes célebres ya por sus dichosas exploraciones, quiso visitar por sí mismo las islas nuevamente descubiertas. Se embarcó para Madera, donde permaneció algunos años y aumentó sus medianos haberes, frecuentando sucesivamente las Azores y las Canarias en sus especulaciones comerciales.

Estas especulaciones y estas correrías no podían distraerle del objeto que se había propuesto, ni hacerle perder de vista el principal asunto de sus reflexiones. «¿No hay (se preguntaba muchas veces á sí mismo) otro camino para ir á la India menos largo que el que buscan los portugueses alrededor del Africa? Si partiendo de Europa se caminase vía recta al Oeste al través del Océano Atlántico, ¿no se llegaría á

una tierra que fuese la India, ó por lo menos confinase con ella? Si la tierra es redonda, como yo creo, es de presumir que el otro hemisferio ha sido criado por Dios para otros hombres y otras criaturas. No; yo no puedo creer que el mar cubra enteramente con sus olas este hemisferio; mi razón rechaza esta idea; estoy convencido, por el contrario, de que la India es mucho más vasta de lo que se piensa, y probablemente se extiende muy lejos al Este de Europa. Que una embarcación guíe constantemente al Oeste y llegará á la India.»

Otros indicios y observaciones le confirmaron en la opinión de que debían existir tierras al otro lado de nuestro globo. El capitán de un navío portugués que había avanzado hacia el Oeste en el mar Atlántico, había recogido un pedazo de madera artísticamente trabajado é impelido por los vientos del Oeste. El cuñado de Colón le había asegurado que en uno de sus viajes con rumbo desde Madera hacia el Oeste, había encontrado otro pedazo de madera

cuyas labores se parecían á las del precedente, y otros varios se habían encontrado en diversas épocas en las costas de las islas Azores, situadas en el Océano Atlántico, entre Europa y América, y á las que se llama también isla de los Gavilanes. De tiempo en tiempo, árboles de especie aún desconocida y empujados por los mismos vientos, habían sido arrojados á las costas occidentales de estas islas, y por último, en ellas mismas se habían encontrado los cadáveres de dos hombres cuyo rostro no se parecía de modo ninguno al de los habitantes de Europa, Asia y Africa, lo que había dado motivo á conjeturas muy contradictorias.

Estos datos y estas observaciones fortalecían la convicción del navegante genovés, que había decidido la cuestión á favor de su idea fija, mientras que los sabios titubeaban; no obstante, creyó que debía consultar todavía á los hombres que en aquella época gozaban la doble autoridad del saber y la experiencia: aquel cuyas lu-

ces y reputación inspiraban más confianza á Colón, se llamaba Paulo y era médico en Florencia.

Este sabio acogió á Colón afectuosamente, y después de haber escuchado su razonamiento, que le pareció muy juicioso, le comunicó sus propias observaciones y sus hipótesis, que se conformaban con las de Colón, animándole con ahinco á persistir en su resolución de llevar cuanto antes á cabo un proyecto cuyos buenos resultados le presagiaba.

Animado con estas palabras, Colón no titubeó en acometer una empresa cuyo plan, sometido al examen de un juez tan competente, había merecido su honrosa aprobación; pero una nueva dificultad detenía al navegante. ¿Podía él con sus escasos recursos subvenir á los gastos de un armamento considerable? ¿Podía él, á su costa, armar los buques necesarios para tan largo viaje? Colón, no desesperando de vencer este obstáculo, conoció bien pronto que semejante expedición excedía á los medios

pecuniarios de un simple particular y que debía interesar en el resultado de su empresa á uno de los monarcas de Europa.

Primeramente se acordó de su patria para que gozase el fruto de sus descubrimientos, asociándola á la gloria que él se prometía: se dirigió, pues, al Senado de Génova, presentóle sus planes y solicitó los socorros que le eran necesarios para su ejecución; pero el Senado no vió en Colón más que un aventurero, y respondió á sus proposiciones con una insultante negativa (1).

Colón, lejos de desanimarse, se dirigió á la corte de Portugal, donde tenía más probabilidades de alcanzar su pretensión, puesto que el Gobierno portugués se había ya ilustrado con atrevidas expediciones. En Lisboa prestaron la mayor atención á sus ideas y sus proyectos; pero esta benevo-

(1) No existe dato que acredite haber ofrecido Colón sus empresas en la República de Génova ni en la de Venecia; gestiones supuestas son estas que se han discutido mucho.—CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

lencia ocultaba un lazo tendido á la buena fe del navegante. Aparentaban acogerle con entusiasmo para abusar de sus revelaciones, ganarle por la mano en su exploración marítima y arrebatarle el honor de ella. Esto era una traición infame, y el Gobierno que se hizo culpable de ella ha merecido el baldón de la historia (1).

A pesar de todo, la traición fué inútil á este Gobierno desleal. Se había dado prisa á armar un navío, poniéndole á las órdenes de un capitán encargado de ejecutar el proyecto de Colón; pero este capitán carecía de la convicción indispensable para llevar á cabo las grandes empresas. Navegó algún tiempo hacia el Oeste, pero se cansó bien pronto de una correría sin resultados, y volvió á Lisboa, donde su desaliento y sus quejas suscitaron algunas dudas acerca de la exactitud de los cálcu-

(1) También se tiene por novelesca la mala fe del rey de Portugal en este asunto.—Cesáreo Fernández Duro.

los de Colón. En cuanto á éste, indignado de la perfidia del Gobierno portugués, salió precipitadamente de Lisboa y se puso en camino para España; pero temiendo que todavía se malograsen sus pasos, envió á su hermano Bartolomé á Inglaterra para solicitar socorros.

Ocupaba entonces el trono español, Fernando, llamado el *Católico*, príncipe á quien su circunspecta política y su carácter indeciso retraían de las empresas aventuradas. Se hallaba, por otra parte, empeñado en una guerra contra el último rey de los moros en Andalucía, que tenía su residencia en la ciudad de Granada. Las circunstancias, por consiguiente, eran poco favorables á Colón, que no podía prometerse grande acogida á sus proyectos; no obstante, Fernando y la reina Isabel, su esposa, le recibieron con distinción, le escucharon atentamente y dieron muestras de haberle comprendido; pero eran tan atrevidas las pretensiones de Colón, que el monarca no se atrevió á acceder á ellas sin someterlas

al examen de hombres que pasaban por muy instruídos. Estos hombres, cuyos conocimientos eran muy limitados, sólo dieron á Colón las pruebas más patentes de su crasa ignorancia, haciéndole las objeciones más extrañas y absurdas; según algunos, el mar que se extiende entre la Europa y la India era tan vasto que se necesitaban por lo menos tres años de la más feliz navegación para llegar al continente más inmediato: otros pretendían que siendo la tierra redonda, era imposible que no se bajase constantemente, haciéndose la vela hacia el Oeste, y que si se quisiese retroceder, sería preciso subir, lo que no podría hacerse aun cuando el viento fuese favorable; y hasta había algunos entre aquellos jueces que trataban de poner en ridículo á Colón, preguntándole en tono de burla ¿si acaso creía ser más instruído que los millares de sabios que habían vivido antes que él, y si era probable que admitiendo la existencia de tierras al otro lado de nuestro globo, hubieran podido permanecer igno-

radas por tan larga sucesión de siglos (1)?

No desanimó á Colón la necedad y orgullo de tales jueces; lejos de eso, no dejó traslucir su despecho y su cólera contra sus objeciones, que, como se ha visto, tenían á veces visos de insultantes: llevó su reserva y su moderación hasta el punto de discutirlas. ¿Quién lo creería, si el testimonio irrefragable de la historia no probase la infatigable perseverancia de Colón? Pasó cinco años en estas interminables discusiones, y en el momento en que esperaba al fin lograr el objeto de sus desvelos, supo que habían dado al rey un informe desfavorable, y la corte de España le declaró que mientras durase la guerra contra los moros no podía ocuparse en empresas de esta especie.

Este era un pretexto que no se ocultó á Colón; pero contuvo su indignación, y no

(1) El autor no está bien informado en lo que respecta al examen de los proyectos del genovés: de este punto principal ha tratado con buen criterio Don Tomás Rodríguez Pinilla en su obra *Colón en España*. Madrid, 1884.—Cesáreo Fernández Duro.

acordándose de sus cinco años perdidos en tan penosa espectativa, tanteó el interesar en la ejecución de sus proyectos á dos grandes de España que eran bastante ricos para costear los gastos de una pequeña expedición; pero como estos señores no tenían confianza ni resolución suficientes para satisfacer á la demanda de Colón, sufrió nueva negativa.

Tantos desengaños, contrariedades y repulsas, hubieran determinado á otro que no fuese Colón á renunciar á sus proyectos; mas si hubiera desesperado de su ejecución, no hubiera sido un grande hombre. Las grandes almas y los caracteres de buen temple adquieren nueva energía en la lucha que les pone á prueba. ¿Qué importan los obstáculos y las dificultades que el odio, la ignorancia y la envidia siembran en su camino? Fija la vista en su glorioso fin y en la posteridad que es su único juez, marchan adelante sin inquietarse por la indiferencia y la ingratitud de sus contemporáneos; del porvenir es de quien esperan

justicia, y ésta nunca la esperan en vano. Tal fué Colón; debió su gloria á su firmeza inalterable.

Entre tanto nuevas pesadumbres domésticas aumentaban las tribulaciones de su permanencia en España. El silencio guardado por su hermano Bartolomé desde su partida á Inglaterra, decidió á Colón á pasar á esta isla. Ignoraba entonces que Bartolomé había sido apresado en su travesía por unos piratas, y que, consiguiendo romper sus cadenas, había llegado por fin á Inglaterra, pero en tal estado de miseria, que á fin de procurarse los medios de comprar un traje decente para presentarse en la corte, se había visto obligado á dibujar y vender mapas.

Colón tenía un hijo llamado Diego, al que amaba mucho, por lo que antes de salir de España, quiso verle, y se presentó en el convento donde era educado (1). El Su-

(1) Este convento era el de la Rábida, de religiosos franciscos, no lejos del puerto de Palos. El Supe-

perior de esta casa religiosa, el P. Pérez, era un hombre muy sabio, que hizo buena acogida á Colón, escuchando con interés la exposición de sus planes y la narración de las contrariedades que ya había experimentado. El buen religioso comprendió al instante la grandeza y utilidad de la empresa concebida por el genio de Colón, y confiado en su crédito con la reina Isabel, suplicó á su huésped que retardase su partida á Inglaterra, hasta que la Reina respondiese á la carta que iba á escribirle.

Esta carta, en que el P. Pérez hacía las representaciones más enérgicas á Isabel, hizo la más profunda impresión en el ánimo de esta princesa. Llamado inmediatamente á la corte, Colón fué recibido con bondad por la Reina, y ya los amigos del navegan-

---

rior ó Guardián se llamaba el P. Juan Pérez Marchena, hombre muy instruído y entusiasta por las glorias de su patria.—N. DEL T. (1)

(1) El traductor no está acertado al enmendar el nombre del Guardián de la Rábida: llamábase Juan Pérez á secas, como escribe Campe.—CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

te le felicitaban por su inesperado triunfo, cuando la indecisión de Fernando dejó aún fallidas sus esperanzas. Sometió este Príncipe de nuevo los planes del genovés á los mismos hombres á quienes ya había consultado sobre el particular, y su respuesta fué un nuevo decreto de condenación fulminado contra el que ellos llamaban el aventurero italiano. Fernando no quiso desde entonces oir hablar más de la empresa de Colón, y hasta su protectora la reina Isabel mandó que se cortasen con él las negociaciones.

Hele aquí expuesto de nuevo á los desdenes y sarcasmos de los cortesanos, porque nunca faltan alrededor de los príncipes hombres perversos que miran como cosa de juego la calumnia, y que, arrastrándose á los piés de sus amos, procuran excitarles una sonrisa aprobadora, escarneciendo al hombre de mérito que ha incurrido en su desgracia. Los envidiosos, que tenían ya tal vez el presentimiento del brillante destino reservado á Colón, no le guardaron

consideraciones. Parece que éste, agobiado de disgustos y aun ultrajes, debiera sucumbir bajo el peso de la adversidad; pero su alma era más fuerte que ella; se dispuso á hacer la última tentativa con el rey de Inglaterra, ofreciéndole una parte del mundo desdeñada por tres potencias.

La noticia de la conquista de Granada por los españoles sorprendió á Colón en medio de sus preparativos de partida. Esta victoria de Fernando y de Isabel había destruido el imperio de los moros en España, y un acontecimiento tan dichoso, pareció á dos amigos de Colón la ocasión más propicia para recordar á la Reina los proyectos del navegante genovés. Aquellos dos hombres se fundaban en que la prosperidad prepara el corazón humano á los nobles pensamientos y le anima á la ejecución de empresas grandiosas. Quintanilla y Santo Angelo (1) se expresaron con tanto ca-

(1) Santángel, ó Luis de Sant Angel.—Cesáreo Fernández Duro.

lor y entusiasmo acerca de los proyectos de Colón, y defendieron tan bien su causa, que la Reina y su esposo no opusieron más resistencia. Un mensajero fué enviado para alcanzar á Colón que ya había partido, y su regreso fué un triunfo. Esperado con impaciencia por Fernando y su esposa, les presentó las condiciones de la expedición que iba á intentar; fueron inmediatamente aceptadas, y Colón se preparó á la ejecución de su empresa.

En fin, ya tiene en sus manos el acta, ó más bien el tratado revestido de las firmas de Fernando y de Isabel. Este tratado le confiere el virreinato de todas las comarcas que pueda descubrir, garantizando para siempre la transmisión de esta dignidad á sus descendientes (1); además le asegura, tanto á él como á toda su posteridad, un décimo del producto anual de las tierras descubiertas.

(1) La dignidad del Almirante, no la de Virrey, era la que declaraban transmisible las capitulaciones de Santa Fe.—Cesáreo Fernández Duro.

II

Singular cláusula del tratado.—Preparativos de la expedición en el puerto de Palos.—Alonso Pinzón.—Gastos del armamento.—Composición de la escuadra.—Efectivo.—El 3 de Agosto de 1492.—Partida.—El timón roto.—Terrores supersticiosos de los compañeros de Colón.—El Almirante los tranquiliza.—Llegada á las islas Canarias.—6 de Setiembre de 1492.—Escenas de desesperación.—Declinación de la brújula.—Los vientos alisios.—Síntomas de desaliento.—Explicación del Almirante.—Una rebelión á bordo.—Valor y serenidad de Colón.—Amenazas de muerte.—Convenio entre Colón y sus compañeros.—¡Tierra, tierra!—El *Te Deum*.—Arrepentimiento y perdón.

Isabel, en calidad de reina de Castilla, quiso encargarse sola de los gastos de la expedición, aunque estipulando que únicamente sus súbditos castellanos podrían establecerse en los países descubiertos, y que los extranjeros no tendrían derecho más que á una permanencia muy limitada. Mientras vivió aquella princesa tuvo buen cuidado del estricto cumplimiento de esta

cláusula, á la que tuvieron que someterse hasta los mismos súbditos de su esposo Fernando, y si hubo excepciones, fueron muy raras.

La corte dió órdenes para el pronto armamento de la expedición; pero Colón tuvo que luchar todavía con largos retardos y dificultades de más de un género. Le era preciso, ante todas cosas, desvanecer los terrores de los hombres que habían de tomar parte en la expedición, cuyo objeto, tan vago y remoto, asustaba aun á los marineros más experimentados. En fin, tres buques fueron equipados en el puerto de Palos, pequeña población marítima de Andalucía. Tal vez Colón no hubiera podido vencer los obstáculos que se oponían á su partida sin la actividad y los esfuerzos personales de Martín Alonso Pinzón, hábil y rico navegante de Palos, que, lo mismo que su hermano (1), se había asociado á la

(1) Había además otro hermano llamado Francisco Martín, el más joven de los Pinzones, que fué de piloto en la carabela *Pinta*.—N. DEL T.

suerte de Colón. Estos dos hermanos, con sus exhortaciones, determinaron á un cierto número de vecinos de Palos á que les acompañasen. Martín adelantó además á Colón una suma considerable para completar los gastos del armamento de la expedición, pues pronto echó de ver que los socorros pedidos al Gobierno español no bastaban para costearla. Por otra parte, si no hubiera economizado así sus pedidos, tal vez la corte de España hubiera temido demasiados gastos y entorpecido de nuevo al navegante. Colón se condujo con tal prudencia, que todos los gastos del armamento no pasaron de veinticuatro mil rixdalers, que representan cerca de trescientos sesenta mil reales de España; suma que aún pareció excesiva á la corte, por lo que Colón, para que no se renunciase á la empresa, se comprometió á aprontar la octava parte de los gastos, bajo la condición de ser indemnizado con un octavo del producto del viaje.

Colón había pedido tres buques pequeños: de los que le dieron, dos eran embar-

caciones ligeras, unas especies de carabelas ó grandes barcas, como las que se han empleado después para hacer el cabotaje en las costas ó á la entrada de los ríos. Estas embarcaciones no tenían puentes, y únicamente su popa y su proa estaban muy elevadas (1). Por lo demás, Colón había juzgado que la pequeñez de estos navíos era una ventaja para él, pues le facilitaría durante el viaje la navegación cerca de las costas ó la entrada en las bahías y ríos poco profundos. Así, cuando en su tercer viaje costeó los bordes del golfo de Paria, se quejó del grandor de su embarcación, á pesar de que ésta, que hacía de navío almirante, no alcanzaba el porte de cien toneladas: se llamaba la *Santa María*, la

(1) Se han hecho posteriormente estudios especiales de las carabelas y no resultan tan pequeñas como dice el autor y generalmente se cree; las tres tenían cubierta y la *Santa María* pasaba de 120 toneles. La tripulación de las tres se componía de 90 hombres de mar, pero comprendidos los demás, hacían los expedicionarios un total de 120.—Cesáreo Fernández Duro.

segunda la *Pinta* y la tercera la *Niña*. El equipaje de esta reducida escuadra, provista de víveres para un año, presentaba un efectivo de cerca de noventa hombres.

Ya todos los preparativos están terminados, y las embarcaciones están en la rada de Palos. Colón implora á la Providencia, invocando las bendiciones del cielo para su empresa, y después de haber cumplido este religioso deber, da la señal de la partida. Se hizo á la vela el 3 de Agosto de 1492, alejándose entre estrepitosas aclamaciones de una inmensa muchedumbre que le sigue con la vista y le acompaña con sus esperanzas.

Fiel á su plan, Colón se dirigió hacia las Canarias. Al otro día de su partida, un accidente de poca importancia pudiera haber comprometido el resultado de la empresa, si él hubiera participado de la pusilanimidad supersticiosa de sus compañeros. Rompióse el timón de la *Pinta*, y aun se creyó que esto sucediese por cálculo del piloto, que, asustado con los riesgos de la empresa,

esperaba obligar á Colón que diese la vuelta á las costas de España. En efecto, á vista del timón roto, el equipaje de la *Pinta* lanzó un grito de desesperación, y viendo en este accidente el más funesto presagio, rodeó á Colón diciéndole:

—Somos perdidos si no retrocedemos al instante. ¡A España! ¡A España!

—¿Qué motivo os obliga—les preguntó Colón—á expresaros así? Compañeros, ¿qué se ha hecho vuestro valor?

—¡Y qué!—contestaban—¿el cielo no ha cuidado de advertirnos la suerte que nos espera y las desgracias que nos amenazan si queremos continuar un viaje de tan peligrosa temeridad?

—¡Cómo!—replicó Colón—¿un accidente tan común en el mar puede ser considerado como un aviso de Dios, como un pronóstico de infortunios y de peligros? ¿Sabéis, amigos míos, lo que significa un timón roto? Significa que es preciso componerle; á la obra, pues, y dentro de algunas horas la *Pinta* podrá arrostrar todos

los vientos y hacer frente á todas las tempestades.

—Nuestro Almirante—decían entre sí los marineros en voz baja—es un hombre de buen temple. Poca mella le pueden hacer los presagios, puesto que no cree enellos.

Las pocas palabras pronunciadas por Colón, su sangre fría y su calma habían vuelto la confianza al equipaje de la *Pinta*. Todos los hombres que le componían pusieron manos á la obra, y el timón volvió en breve á su estado primitivo; pero el Almirante, comprendiendo cuán importante le era prevenir los efectos de aquellos terrores supersticiosos y preparar á sus compañeros contra la repetición de accidentes como el que había introducido el desorden á bordo de la *Pinta*, hizo todos sus esfuerzos para ilustrar, para instruir aquellos espíritus crédulos, probándoles que la razón rechazaba, repugnaba como una necedad la interpretación de cada accidente como un presagio del porvenir.

—Ocultando á los ojos del hombre su destino futuro—decía él—Dios le ha dado

una prueba palpable de su bondad y su sabiduría. Es por consiguiente una locura la pretensión de leer el porvenir en ciertos signos, y atribuirles una influencia que nunca pueden tener. El hombre sabio y sinceramente piadoso no se inquieta más que por el exacto cumplimiento de sus deberes: espera con serenidad y resignación los decretos de la Providencia, mas nunca intenta prejuzgarlos. Así, pues, camaradas, que no se vuelva más á dar entrada á esos vanos terrores, á esos presentimientos siniestros, hijos de la credulidad y del miedo. Españoles, acordaos de que vuestra patria os ha confiado una grande empresa, mostraos dignos de llevarla á cabo (1).

Los compañeros de Colón, sosegados con estas exhortaciones, continuaron su cami-

(1) Adorno poético. Colón estampó en su diario que le preocupó la avería del timón de la *Pinta* por no consentirle el tiempo prestar auxilio, pero que le tranquilizaba la idea de ser Pinzón hombre apto para salir de apuros por sí solo; y así sucedió.—Cesáreo Fernández Duro.

no y llegaron á las islas Canarias, donde anclaron. Después de algunas composturas que exigía el estado de los buques, la escuadra se lanzó el 6 de Setiembre al vasto mar Occidental, donde ningún navío se había atrevido hasta entonces á desplegar sus velas.

La escuadra, sorprendida por una calma, anduvo poco el primer día; el segundo, ó el tercero según otros historiadores, perdió de vista las Canarias, y entonces los compañeros de Colón volvieron á su abatimiento. Parecía que sólo entonces apreciaban el motivo de su viaje, y espantados de la audacia de su empresa, manifestaban su disgusto y su temor con lágrimas, sollozos y señales de desesperación, como si ya tocasen al término de su existencia, como si Colón los condujese á la muerte. Semejante á una roca combatida por las olas bramadoras sin ser conmovida, Colón opone su serenidad, su calma y su convencimiento al desaliento general, y el contraste de esta heroica firmeza con las lamentaciones de

los que le rodean les hace avergonzarse de su flaqueza. Les habla de sus esperanzas, de su fe en el resultado de la expedición, y consigue hacerles partícipes de su convencimiento; les muestra en perspectiva los tesoros y la gloria que les esperan. ¿Se atreverían á volver á España donde no encontrarían más que oprobio y vergüenza por premio de su pusilanimidad? Todos responden que están prontos á seguirá su jefe, á desafiar con él los peligros, y á participar con él del honor de una empresa cuyo triunfo les parece seguro.

Después de esta victoria conseguida sobre el miedo, Colón se preparó á sostener otros combates, porque preveía que sus compañeros pondrían más de una vez á prueba su constancia y no tardarían en recaer en su abatimiento y desesperación. Desde entonces apenas se apartó de la cubierta de su nave, y allí, de pié derecho, teniendo ya la sonda, ya el instrumento necesario para las observaciones astronómicas, examinaba á qué grados de longitud

y latitud se encontraba la flotilla. Apenas descansaba algunos ratos, porque sabía que el éxito de la empresa dependía de su asidua vigilancia, y que todo era perdido si su energía y su actividad se desmentían un solo instante (1).

Antes de proseguir nuestra relación, debemos dar algunas explicaciones acerca de los nombres de longitud y latitud que se podrán encontrar con frecuencia en esta obra. Nadie ignora que la tierra es redonda como una bola, á pesar de que presenta en su superficie muchas desigualdades. Hay en esta tierra dos puntos, colocados uno en frente de otro, y alrededor de los cuales verifica su movimiento continuo de rotación; estos puntos se llaman polos de la tierra. El más elevado tiene perpendicularmente encima de sí una estrella que se llama septentrional, por lo que este punto

(1) La sonda en la mano, en medio del Océano, no es de poca ni mucha utilidad; hay en este pasaje poca reflexión y es exagerada la pintura del estado de ánimo de los tripulantes.—CESÁREO FERNÁNDEZ DURO

se llama polo septentrional; el otro es el polo meridional.

En medio de la bola, figurada por la esfera geográfica, se ha trazado una línea ó un círculo que la divide en dos partes iguales: esta línea no existe realmente, pero ha sido imaginada por la ciencia, y se llama Ecuador, porque con su ayuda, la tierra se halla dividida en dos partes iguales, y porque los días son iguales á las noches cuando el sol se halla perpendicular sobre este círculo. Se llama longitud de la tierra, el espacio que alrededor de ella marca esta línea.

En cuanto á la latitud de la tierra, se halla trazada en la esfera por líneas tiradas desde el polo septentrional al meridional y que se llaman meridianos, porque es medio día al mismo tiempo en todos los sitios por encima de los cuales pasa un mismo meridiano, cuando el sol se halla enfrente de esta línea.

Se dividen el Ecuador y los meridianos en grados, cada uno de los cuales marca

un espacio de unas diez y siete leguas y media. El Ecuador contiene trescientos sesenta de estos grados, y hay ciento ochenta en un meridiano desde uno á otro polo. Así, decir que tal sitio está al grado trescientos treinta de longitud, es lo mismo que decir, que contando los grados del Ecuador desde este sitio, caminando siempre al Oeste, alrededor de la tierra hasta el primer meridiano, hay trescientos treinta grados. Decir que este mismo punto está á los ocho grados de latitud, es indicar que hay ocho, contando los grados del primer meridiano desde el Ecuador hasta el sitio designado. Cuando se trata de la latitud de la tierra, encima del Ecuador y hacia el polo septentrional, se llama latitud septentrional, para distinguirla de la que se halla debajo del Ecuador hacia el polo meridional, y se llama latitud meridional.

Al otro día de su salida de las islas Canarias, Colón, contrariado por el viento, no había avanzado más de diez y ocho leguas; pero presumiendo que sus compañeros se

asustarían sólo con lo largo del camino, juzgó que debía engañarlos acerca del que andaban cada día; así, les anunció que sólo se hallaban á quince leguas de las Canarias.

El 12 de Setiembre, que era el sexto día de su navegación, se hallaban á los 350° de longitud de la isla de Hierro, una de las Canarias, ó lo que es lo mismo, á ciento cincuenta millas de este punto hacia el Occidente y en el mismo grado de su latitud septentrional. En este día, los marineros vieron el tronco de un árbol muy grande que parecía haber andado por mucho tiempo errante sobre las aguas, y este encuentro les hizo esperar que pronto encontrarían tierras. Esta ilusión duró poco: habrían avanzado como cincuenta leguas más lejos, cuando un fenómeno vino á introducir de nuevo entre ellos la inquietud y consternación. Colón mismo no fué dueño de disimular la sorpresa que le causaba.

Se sabe que la aguja tocada al imán es el guía más seguro de los navegantes: gracias á la propiedad que tiene de dirigir su pun-

ta hacia el Norte, pueden reconocer de noche y de día, los cuatro puntos cardinales y guiarse en su marcha. Sin este guía, que hasta entonces había sido fiel, el hombre que hubiese intentado un viaje tan largo en un mar todavía desconocido, hubiera merecido con justicia reconvenciones por su loca temeridad. Es fácil por consiguiente figurarse la sorpresa de Colón y el terror de sus compañeros, cuando advirtieron que la aguja de la brújula, en vez de indicar directamente la estrella polar, se inclinaba un grado entero hacia el Oeste.

¿Cuál era la causa de este fenómeno desconocido hasta entonces á Colón y á los demás navegantes? La ciencia, consultada hace muchos siglos, todavía no ha podido responder satisfactoriamente á esta pregunta; aunque la declinación se haya observado muchas veces, y aun anotado exactamente los parajes en que se efectúa. ¡Cuántos más secretos hay en la naturaleza que el hombre no ha podido todavía penetrar!

La consternación más profunda reinaba entre los compañeros de Colón, que se estremecían al volver su vista al espacio que habían recorrido; espacio que les parecía inmenso, aunque el Almirante había tenido cuidado de disminuírselo lo menos en una tercera parte, engañándolos con un cómputo falso; pero la declinación de la brújula era la principal causa de su espanto, puesto que anunciaba una revolución en el orden de los elementos y en las leyes de la naturaleza.

—¿Qué va á ser de nosotros—exclamaban afligidos—cuando la aguja de marear, nuestro único guía, nos abandona?

Colón, cuyo fecundo ingenio para todo hallaba salida, explicaba á sus compañeros aquel fenómeno de un modo que les satisfaciese y no perdiesen sus esperanzas, cuando se notó de improviso que las embarcaciones caminaban sin cesar empujadas en línea recta hacia el Oeste, lo que fué un nuevo motivo de espanto. Como ignoraban la acción é influencia de los vientos

llamados alisios, que reinan constantemente entre los trópicos de Este á Oeste, se inquietaban con fundamento, creyéndose separados para siempre de las costas de España por aquel terrible viento del Este.

Ya comenzaban á tranquilizarse un poco, cuando el mar se les apareció, tan lejos como su vista podía alcanzar, cubierto de hierbas verdes, tan espesas en algunos parajes, que entorpecían la marcha de la nave.

—He aquí—exclamaban—el límite de que no deben pasar los buques: estas hierbas son una insuperable barrera levantada por el mismo Dios, y ocultan las rocas donde deberá estrellarse la nave que tenga la audacia de pasar adelante: ¿Iremos á perdernos con nuestras embarcaciones en ese mar del que la prudencia aconseja alejarnos? Desgraciada la hora en que nos hemos fiado de las promesas falaces de un aventurero y en que hemos consentido en seguirle.

Colón, cuya prudencia y sangre fría se sostenían á la altura de tan apuradas circunstancias, les decía:

—Os alarmáis por una cosa que debía, por el contrario, excitar toda vuestra alegría, puesto que os anuncia que ya vais á coger el fruto de vuestros afanes y el premio de vuestros esfuerzos... ¿Es posible que la hierba crezca en medio del mar? Esta vegetación pertenece á un continente del que no distamos mucho, y que va bien pronto á presentarse á vuestros ojos.

En el momento en que Colón pronunciaba estas palabras, el equipaje vió una bandada de pájaros de distintas especies, que levantaban el vuelo por el lado del Oeste. Con semejante espectáculo revivieron todas las esperanzas, y considerando seguro el triunfo de la expedición, no pensaron más que en seguir con ardor el rumbo hacia aquella tierra que parecía tan cercana.

Mas, ¡ah! las conjeturas que habían hecho á vista de la hierba que cubría la superficie del mar y del vuelo de las aves, eran otros tantos errores, y una triste realidad disipó las ilusiones del Almirante y sus compañeros. Habían ya recorrido un

espacio de setecientas setenta leguas marinas y todavía no se presentaba el ansiado continente; pero de cuantos hombres iban en las tres carabelas, sólo Colón era capaz de calcular el camino que se andaba, y recurriendo á su ardid acostumbrado, anunció á sus compañeros que sólo quinientas ochenta leguas habían sido andadas por la escuadra.

Pero aquella vasta extensión de mar que los separa de su patria, los llena de terror, y los gemidos, las quejas y murmullos empiezan de nuevo: tan pronto se acusan por haber escuchado las alucinadoras palabras de Colón, dejándose engañar por sus quiméricas promesas; tan pronto culpan á la reina Isabel por haber sacrificado tantos vasallos en una loca empresa.

— Gracias á Dios—decían—ya hemos dado bastantes pruebas de valor para no temer el que nos llamen cobardes; ahora nos toca pensar en nuestro provecho, y aventurarlo todo por volver á nuestra patria... pero el viento que viene constante-

mente del Este ¿no nos quita hasta la esperanza de volver? Obliguemos al Almirante á que se detenga y renuncie á sus insensatos proyectos.

Todavía era mayor el peligro que amenazaba á Colón: algunos compañeros suyos proponen deshacerse de él y darle sepultura en aquel mar desconocido, adonde su loca audacia quiere conducirlos.

—¡Al mar el Almirante! ¡Al mar el autor de todos nuestros males! — exclaman— ¡si hemos de perecer, que no sea sin venganza! ¡A nosotros pertenece castigar al aventurero cuya perfidia nos pierde! ¿Qué le importa á España la vida de este aventurero que se ha burlado de ella, que ha expuesto la de tantos españoles que todavía podían ser útiles á su patria? ¡Que muera! A nadie se le ocurrirá, si Dios nos deja volver á España, pedirnos cuenta de este hombre, y al saber nuestra venganza, todos nuestros compatriotas la aplaudirán como un acto de justicia.

Perdido era el Almirante si cedía un solo

momento á la rebelión, si se manifestaba asustado ó indeciso. Colón se presenta delante de los sediciosos: la serenidad de su rostro y su calma contrastan con las violentas pasiones que se pintan en los semblantes de sus compañeros. Finge ignorar que atentan contra su vida y les dice:

—¿Qué es lo que acabo de saber, amigos míos? ¿Cuál es vuestra intención?

—¡Queremos volver á España!... ¡Volvednos á nuestra patria! ¡Volvednos al puerto de Palos!

Estos gritos son repetidos con furor por todo el equipaje, acompañándolos con ademanes de amenaza.

—¿Queréis volver á España? No obstante, hace poco tiempo que, confiando en mí, estabais llenos de esperanza y jurabais seguirme á todas partes porque estabais convencidos de que no os engañaba. ¿De dónde proviene esta mudanza? ¿Qué es lo que ha sucedido? ¿Qué es lo que os da derecho para acusarme de temerario ó de impostor? ¡En el momento mismo de llegar

al término de la empresa queréis alejaros de él vergonzosamente¡ ¿Sois españoles y tendréis miedo?

A estas palabras, que el Almirante dirigía con intención al orgullo de los hombres que le rodeaban, un estremecimiento eléctrico, síntoma de la manifestación de sentimientos generosos, advirtió á Colón que no se equivocaba. Por lo mismo, exclamó levantando la voz:

—Españoles, ¿tenéis miedo?

—No, no—respondieron marinos y soldados llevando la mano á las espadas.

—¡Ah! Lo reconozco con placer; todavía sois los dignos hijos de la España y podéis escuchar el lenguaje del honor. Queréis volver á vuestra patria y regresar al seno de vuestras familias; mas no es el temor del peligro el que os hace retroceder antes de cubriros de gloria en la empresa á que os he asociado. Sin embargo, amigos, ¿qué dirá la España viendo que os presentáis sin haber llevado á su debido término la empresa grandiosa que os había encomenda-

do, sabiendo que habéis desobedecido á vuestro jefe y abandonado á los extranjeros el nuevo universo que pudierais haber dado á vuestra patria?

—Tampoco ellos le han de encontrar— respondió una nueva voz que interrumpió al Almirante.

—¿Quién os lo ha dicho? ¡Habéis merecido conquistar ese nuevo mundo que os he prometido! Decid las tempestades que habéis tenido que arrostrar, los padecimientos que han puesto á prueba vuestro valor. Vuestra navegación ha sido lenta tal vez; pero tranquila y en un mar sin borrascas. ¿Habéis tenido que lamentaros de aquellas horrorosas privaciones con las que el marino lucha con frecuencia en sus viajes? No: solamente la tierra tarda en ofrecerse á vuestra vista; ya la veréis dentro de algunos días, mañana tal vez; ¿y es posible que no tengáis paciencia para esperar tan corto tiempo?

—Mas si después de seguiros salimos con que han sido inútiles nuestras pesquisas,

¿quién nos volverá á España?—preguntó Alvarez, uno de los marineros más antiguos de la *Santa María*.

—Yo—replicó al instante Colón.

—¿Mas si el viento se mantiene siempre al Este?

—Cambiará, yo os lo prometo, y favorecerá nuestro regreso á España en cuanto hayamos correspondido á la confianza de nuestros augustos soberanos el rey Fernando y la reina Isabel... Pero observad, mis queridos amigos, el cielo quiere darnos una prueba de su protección: mirad, nuevo viento es el que infla nuestras velas... es el viento del Sudoeste.

—¡El viento del Sudoeste! ¡El viento del Sudoeste!—exclaman los hombres del equipaje al ver la nueva dirección comunicada á las velas, estrechándose después alrededor del Almirante para renovar un juramento que habían estado á punto de quebrantar.

Aquellos marinos, subyugados de esta suerte por el ascendiente de un hombre su-

perior y su poderosa palabra, habían vuelto á entrar en la senda del deber y habían recobrado toda su confianza en el buen resultado de la expedición, porque el repentino cambio del viento los tranquilizaba plenamente acerca de la posibilidad de volver á su patria. Otros indicios de las cercanías de tierra confirmaron bien pronto las palabras de Colón y las nuevas esperanzas que había hecho concebir á sus compañeros. Un día, el comandante de la *Pinta*, que iba siempre delante como la más velera, dió aviso al Almirante de que creía distinguir tierra al Norte como á unas quince leguas. Esta noticia excitó transportes de alegría: suplicaron á Colón que se dirigiese hacia aquella parte; pero el Almirante, seguro de la exactitud de sus cálculos, sabía que el capitán de la *Pinta* estaba equivocado, y continuó el rumbo de Este á Oeste, sin ceder á los ruegos ni aterrarse por las amenazas.

Fácil le hubiera sido, sin duda alguna, apartarse un momento de su ruta y dirigir-

se hacia el punto designado por Pinzón; mas su inteligencia superior le daba á conocer las fatales consecuencias de la concesión que hubiera podido hacer á las exigencias de sus compañeros. Convencido del error del capitán de la *Pinta*, hubiera justificado las dudas de la tripulación acerca de la habilidad del Almirante y la exactitud de su plan de viaje. Un ligero extravío sin resultados podía alterar la confianza que inspiraba, siendo además un funesto precedente del que sus súbditos se prevaldrían para exigirle imperiosamente modificaciones en sus proyectos, y aun tal vez dictarle su voluntad. Colón se portó como hombre experimentado, y las consecuencias de su viaje harto probaron que se había conducido con mucha prudencia, resistiendo á las importunidades del equipaje.

Al otro día por la mañana vieron muchas aves marítimas, y Colón, suponiendo que no podrían alejarse mucho de tierra, se creyó que le venían á anunciar su cercanía. De su engaño participaron también sus com-

pañeros, hasta que la sonda desvaneció sus esperanzas: no se encontró el fondo, ni aún después de haber soltado doscientas brazas de cuerda, que hacen casi mil doscientos piés. Se estaba, por consiguiente, muy lejos de la tierra, porque es sabido que el mar tiene regularmente poca profundidad en la inmediación de las costas. Al caer de la tarde del siguiente día, vinieron unos pájaros muy cantarines á encaramarse en las gavias, distrayendo á la tripulación con sus alegres trinos. Pasaron toda la noche en aquella posición, y al amanecer del siguiente día, echaron á volar hacia el Oeste.

Poco después se vió un pájaro de los trópicos, y por último, un espectáculo extraño, inexperado, causó la más viva sorpresa á todos los hombres de la expedición: era una nube de peces voladores que se elevaban fuera del agua; algunos vinieron á caer sobre el puente, donde cogidos y examinados con la mayor atención, nadie se cansaba de observar la longitud de las ex-

trañas nadaderas que les servían de alas. Por la noche se vió el mar cubierto de hierba, y del conjunto de estas circunstancias deducía la tripulación que no se tardaría en descubrir tierra; mas los días se sucedían á las noches, y contra más avanzaban en aquel Océano sin límites, más distante parecía la tierra al impaciente anhelo de los compañeros de Colón. Entonces empezó á cundir á bordo de las tres carabelas el espíritu de sedición, que no tardó en estallar, con la particularidad de que los oficiales, que habían permanecido fieles á Colón, hacían ya causa común con los marineros. Presentóse aquél á los revoltosos, queriendo acudir á los medios que tan bien le habían probado otras veces; pero ellos no quieren escucharle. Sus gritos cubren su voz, le insultan, le ultrajan y le amenazan con la muerte, si inmediatamente no dispone que la expedición dé la vuelta hacia España.

Era preciso ceder ó morir: ¡ceder era ir á exponerse á la burla de todo un pueblo y

condenarse á un oprobio eterno! La muerte le parecía mil veces preferible á la vergüenza de volver á España; pero los sublevados exigían pronta respuesta. Colón les pidió tres días más de resignación y de obediencia: si en este plazo nó se descubría un continente, se comprometía á volverlos á España, garantizándose por una y otra parte la ejecución de este convenio con mutuas protestas.

Colón estaba sin inquietud, porque los indicios de la cercanía de tierra eran cada vez más frecuentes y le daban la certidumbre de que abordaría á ella antes del término fijado en el convenio. Ya la sonda, que hacía tres días llegaba al fondo del mar, se hundía en el cieno; además millares de pajaritos, á quienes la cortedad de sus alas no permitía alejarse mucho de las costas, volaban hacia el Oeste; también sacaron del mar un arbusto cubierto de un fruto encarnado y fresco todavía, y por último, los vientos eran menos variables, particularmente al acercarse la noche. Estos eran

otros tantos presagios de que se llegaba por fin al término de aquella larga y penosa navegación, y de que Colón iba á recibir el premio de su constancia heroica.

Era tal la certidumbre que tenía el Almirante de la proximidad de la tierra, que al anochecer del siguiente día encargó á sus compañeros que diesen gracias á Dios, que les había dado una prueba tan palpable de su protección en una empresa tan arriesgada; después prescribió todas las medidas que aconsejaba la prudencia. Así, mandó que se plegasen las velas, temiendo con razón que durante la noche las embarcaciones fuesen á dar contra la costa, donde corriesen peligro.

El Almirante recordó á sus compañeros la promesa que había hecho la reina Isabel al primero que descubriese el Nuevo Continente (1). Durante toda la noche, ofi-

(1) Los Reyes Católicos habían prometido diez mil maravedís de juro al primero que descubriese la tierra, y Colón por su parte prometió también un jubón de seda. El primer español que vió la tierra, y por

ciales, marineros y soldados se estuvieron de pié derecho sobre el puente de sus naves, en la mayor agitación, y sin apartar la vista del punto por donde esperaban ver aquella tierra por tanto tiempo deseada.

Hacia las diez de la noche, Colón, que estaba en el castillo de popa, creyó que veía brillar una luz allá á lo lejos, y llamando á un paje de la Reina, que iba á bordo, le enseñó aquella luz. El joven la distinguió también, y aun se la hizo notar á otra persona que entonces se llegó á ellos. Los tres convinieron en que aquella luz era móvil y que un viajero debía llevarla.

De improviso, á lás dos de la madrugada, la tripulación de *la Pinta* lanza el grito de *¡tierra! ¡tierra!* que, repetido al ins-

---

consiguiente alcanzó el premio, fué un marinero de la *Pinta* llamado Rodrigo de Triana.—N. del T. (1)

(1) Vió efectivamente la tierra Rodrigo de Triana, pero no alcanzó el premio. Lo reclamó Colón fundándose en la luz que creyó ver la noche anterior, y le fué adjudicado.—Cesáreo Fernández Duro.

tante por las tripulaciones de las otras dos carabelas, llena los corazones de alegría. Sin embargo, como tantas veces habían consentido, para ver después burladas sus esperanzas, esperaron la venida de la aurora, para estar seguros de que esta vez no se equivocaban, y que habían por fin conseguido el objeto de la expedición. En fin, las tinieblas se disipan poco á poco; el horizonte se tiñe con los reflejos de la naciente aurora, y la tripulación de *la Pinta*, á vista de la tierra, entona el *Te Deum* acompañado por los marineros de las otras dos carabelas, que también dirigen al cielo la expresión de su agradecimiento. Todos los corazones palpitan, las lágrimas corren, y apenas han satisfecho aquel piadoso deber, cuando piensan expiar por medio de una ruidosa reparación, los ultrajes y violencias que han hecho al Almirante. Aquellos mismos hombres, que poco antes desconocían su autoridad y amenazaban su existencia, se arrojan á sus piés para implorar el perdón de su infame conducta. Colón, enter-

necido por la sinceridad de su arrepentimiento, les promete olvidar lo pasado: su magnanimidad corre parejas con su valor y se ostenta entonces tan generoso, como inalterable se había manifestado en su lucha contra la rebelión.

III

Descubrimiento de la isla de Guanahaní.—Desembarco de los españoles.—Fijan una cruz en la costa.—Toma de posesión en nombre de los reyes de España.—Mutua sorpresa de españoles y de indios.—Descubrimiento de Cuba.—Traición de Pinzón.—Descubrimiento de la Española ó Haití.—Visita de un cacique.—Naufragio de Colón.—Establecimiento de una colonia.—Partida de Colón á España.—Una tempestad.—Recibimiento de Colón en la corte de Portugal.

La tierra que tenían á la vista era una de las islas Lucayas ó de Bahama y se llama Guanahaní. Colón, agradecido al país á cuyo descubrimiento debía su salvación, le puso el nombre de *San Salvador;* pero no ha conservado este nombre que perpetuaba un recuerdo tan grande y piadoso (1).

Por algunos instantes, el equipaje, inmóvil de sorpresa y absorto en muda contem-

---

(1) Es la que hoy se nombra Wathing, según creencia de los más entendidos marinos. — Cesáreo Fernández Duro.

plación ante una tierra desconocida hasta entonces, admiraba aquel risueño paisaje dorado por los primeros rayos del sol, y la verde guirnalda de sus bosques cuyos perfumes y fertilidad revelaba á la vez la embalsamada brisa que de ellos venía. Nadie se saciaba de contemplar aquella vegetación vigorosa que ostentaba y prodigaba por todas partes sus tesoros: por todas partes frutas, flores, bosquetes por entre los cuales serpenteaban muchos riachuelos, multiplicando las vueltas y revueltas de su caprichosa corriente, para hacer más variado y ameno el conjunto de aquel cuadro encantador. Así los españoles y su noble jefe saboreaban, desde lejos y en cierto modo, el placer de su conquista, y su enajenamiento era casi un delicioso éxtasis.

Colón dió por fin la orden de botar al mar las chalupas, y entró en una de ellas para dirigirse á la costa al compás de una música militar. Sus principales oficiales le acompañan, y por encima de sus cabezas se despliegan y ondean las banderas españo-

las, adornadas de cruces verdes entre las letras F é I (iniciales de los nombres de Fernando é Isabel) terminadas por sus coronas.

Al paso que las chalupas se iban acercando, los naturales acudían en tropel á la costa, manifestando en sus ademanes, en sus gestos y en la expresión de su fisonomía, la sorpresa que les causa la maravilla de aquellas embarcaciones europeas, de colosales proporciones, de aquellos castillos con alas que se balancean noblemente en la superficie del mar. Pero, cosa extraña y que parece á los españoles un verdadero enigma, aquellos isleños manifiestan la mayor seguridad, sin dar indicio alguno de terror ó de cuidado, á vista de aquellos extranjeros cuyas intenciones no conocen, de aquellas banderas, de aquellas armas que brillan á los rayos del sol, ni con el ruido de los instrumentos de una música guerrera que parece la señal de las batallas.

Cuando la chalupa de Colón llegó á la costa, el Almirante, llevando puesto un bri-

llante vestido de terciopelo de color de escarlata, y con la espada en la mano, saltó el primero en tierra: él fué el primero que puso el pié en aquel nuevo universo que acababa de descubrir.

Sus compañeros se lanzan en pos de él, se prosternan al instante para besar la tierra, y allí, humildemente postrados delante de Colón, le saludan como á Virrey del Nuevo Mundo, y renovando sus juramentos de fidelidad le prometen una obediencia sin límites y docilidad exclusiva.

Después de esta afectuosa manifestación; después de haber rendido este homenaje al genio de un grande hombre, fijaron una cruz en la costa. Tódos los hombres de la expedición, arrodillados ante aquel sacrosanto signo, ofrecen á Dios nuevas acciones de gracias, y después el Almirante toma solemnemente posesión del país en nombre de los Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel.

Mientras que los españoles verificaban esta imponente ceremonia (el 12 de Octu-

bre de 1492), los indios se agrupaban al rededor, para examinar á su vez con silenciosa atención aquellos hombres extraordinarios y los edificios flotantes en que habían venido al través de las aguas; pero si hubieran podido sospechar las consecuencias de aquella solemnidad, es bien seguro que hubieran prorrumpido en exclamaciones de dolor ó más bien hubieran rechazado como á implacables enemigos á los extranjeros que entonces contemplaban con tan respetuosa admiración.

Crecía la sorpresa de los indios á medida que iban apreciando los contrastes y las diferencias que mediaban entre ellos y los españoles: su larga barba, la blancura de su rostro, sus vestidos, sus armas, sus ademanes, todo parecía maravilloso á los indígenas estupefactos: mas cuando escucharon las salvas de artillería y de los mosquetes, creyeron que el rayo se desgajaba sobre sus cabezas, y no vieron ya en aquellos extranjeros, armados del fuego del cielo, unos hombres vulgares, sino seres de

naturaleza superior, hijos del sol, bajados á la tierra para visitarlos y recibir sus homenajes; porque el sol era su Dios. Algunos americanos, dotados de cierta inteligencia y entusiasmados por el esplendor del astro del día, por los beneficios de su calor vivificante y de su curso regular, le miraban como el bienhechor del mundo, como el mismo Dios; otros, por el contrario, se habían forjado uno ó más dioses á los que adoraban bajo figura humana.

Los españoles, por su parte, no estaban menos sorprendidos que los indios á vista de aquella multitud de objetos singulares y extraños, cuya variedad infinita no podía saciar su curiosidad: los árboles, las plantas, las hierbas, en nada se parecían á los de Europa. En los hombres, la misma diferencia en la forma del cuerpo y en las costumbres; su piel era de color de cobre, su estatura regular, los cabellos negros y largos; pero sin pelo de barba. Sus extravagantes facciones estaban modificadas hasta cierto punto por su ingenua timidez

y la dulzura de sus miradas. En su rostro y otras partes de su cuerpo tenían impresos caracteres y dibujos extraños.

La mayor parte de aquellos isleños estaba totalmente desnuda; otros se cubrían sólo una parte del cuerpo. Por único adorno llevaban en las orejas, en la cabeza ó atadas á la nariz, plumas, conchas y hojas de oro. Al principio manifestaban una reserva que pudiera confundirse con el miedo; mas cuando recibieron de mano de los españoles algunas frioleras, como cuentas de vidrio, cintas y cascabeles, se hicieron más tratables y concluyeron por tener la más absoluta confianza en sus nuevos huéspedes.

Por la noche, cuando los españoles volvieron á bordo de sus carabelas, fueron seguidos por una multitud de indios embarcados en canoas hechas con troncos huecos de árboles, las que manejaban con mucha destreza. Pretendían los isleños, acompañando á los españoles, satisfacer su curiosidad viendo el interior de las embarcaciones europeas, ó el obtener algunas bagate-

las en cambio del hilo de algodón que ellos hacían, de venablos que tenían por punta una gruesa espina de pescado, papagayos y frutas de todas clases. Era tal el ansia que tenían por las más simples baratijas de origen europeo, que se precipitaron sobre los cacharros rotos que vieron en el navío y los recogieron como objetos de gran valor. Por algunas chapas ó botones de cobre que para nada les servían, daban veinticinco libras de excelente hilo de algodón.

Al otro día por la mañana el Almirante visitó las costas de la isla, siempre acompañado de un gran número de indígenas, que le seguían con afán. Deseaba averiguar, ante todas cosas, de dónde sacaban los isleños las hojas de oro con que adornaban sus narices. A fuerza de preguntarles por señas, vino á colegir que el oro no era producto de su isla, sino de otra más al Sur, donde se hallaba en gran cantidad. Determinado á aprovecharse de una noticia tan importante (porque habiendo prometido

á la reina Isabel y á los hombres de la expedición el descubrimiento de comarcas que los habían de enriquecer, tenía empeño en cumplir esta promesa), se volvió á embarcar, llevando siete isleños para que le sirviesen de guías y de intérpretes, y se dirigió hacia el Sur. Descubrió en el camino muchas islas; pero no visitó más que las tres más considerables, á las que puso los nombres de Santa María de la Concepción, Fernandina é Isabela. En una de estas islas encontraron perros que no ladraban, y la experiencia ha confirmado que algunos perros de Europa pierden la facultad de ladrar cuando han pasado algún tiempo en el suelo americano.

En la isla Isabela, adonde Colón fué á hacer aguada el 17, observaron los españoles algunas señales de civilización. El pudor no era desconocido á aquellos habitantes menos groseros, y las mujeres iban cubiertas desde la cintura á las rodillas, unas con telas de algodón y otras con hojas de árboles entrelazadas y atadas con

bastante arte para formar una especie de tejido.

Había también en esta isla cierto número de casas construidas á manera de tiendas, con una especie de soportal cubierto de ramas para preservarse del viento y de la lluvia; pero no se encontraban en estas casas más muebles que toscos utensilios y piezas de algodón.

Los españoles vieron también diversas clases de aves y de peces, la mayor parte diferente de los de Europa: vieron también el primer caimán, animal que es una variedad de la especie de los lagartos; y como tiene mucha analogía con el cocodrilo, se le llama también cocodrílo de las Indias Occidentales.

Siguiendo su exploración el Almirante, descubrió una tierra que, por su grande extensión y la particular naturaleza de su suelo, se diferenciaba mucho de las islas que había encontrado hasta entonces. El terreno, lejos de presentarse llano y seguido, formaba á trechos colinas y valles, en

los que se descubrían vistosos bosques, praderas y ríos. ¿Era aquélla una parte del continente, ó una isla muy grande? Esta es la duda que tenía Colón, y para salir de ella anduvo algunos días hasta averiguar que aquella tierra que acababa de descubrir era una isla, llamada Cuba en el idioma de los indígenas (1). Está situada entre los grados veinte y veintitrés de latitud septentrional, y en esta isla es donde se halla la Habana, puerto español adonde acudían siempre los *galeones* y los *navíos de registro* cuando hacían la travesía desde América á España.

Llamábanse *galeones* los navíos que el rey de España enviaba todos los años á América para venir cargados de oro, plata y cuantos objetos preciosos se habían recogido. Los *navíos de registro* tenían diferente destino; recibían las mercaderías de Europa, que negociantes españoles, provistos

(1) No averiguó que Cuba era isla, antes creyó toda su vida, y lo hizo testificar ante notario, que era tierra firme del Asia.—Cesáreo Fernández Duro.

de licencia especial, enviaban á América, donde debían ser cambiadas por los productos del país. Estos buques eran fletados, unos para Veracruz, ciudad importante de Méjico, y otros para Porto-Bello en tierra firme. Se llamaban *navíos de registro* porque las mercancías enviadas de España á América se apuntaban en un registro especial después de ser sometidas á una inspección rigurosa. El Gobierno español empleaba estas minuciosas precauciones para precaver el fraude de los armadores, que sin esta vigilancia hubieran enviado al Nuevo Mundo más mercancías de las permitidas en la licencia que habían comprado.

Por mucho tiempo los *galeones* fueron también conocidos con el nombre de la *flota de plata*. Antes que el Gobierno español hubiese regularizado el servicio de los *navíos de registro*, se equipaba cada año para América una sola flota, contribuyendo el rey y los particulares, á partes iguales, á los gastos de la expedición. A esta flota se confiaban el oro y plata destinados

á España, lo mismo que los géneros que se mandaban de España ó de América: mas cuando los *navíos de registro* fueron generalmente adoptados para estos transportes, se abandonó el nombre de *flota de plata*, y aun hoy día ya no es más que un recuerdo en la historia de España.

Colón, impaciente por conocer el país y los hombres que en él habitaban, ancló en la embocadura de un río caudaloso; pero los indígenas, así que vieron las carabelas, huyeron á esconderse en las montañas. Hubo, uno, sin embargo, bastante atrevido para llegar en su canoa hasta el buque del Almirante y subir á bordo. A fuerza de regalos pudo Colón ganarse la voluntad y confianza de aquel isleño, al que envió á tierra, juntamente con un indio de los que traía desde Guanahani, y acompañados de dos españoles, á quienes dió la comisión de estudiar con esmero el país, adquirir noticias acerca de sus producciones, y sobre todo inspirar confianza á los naturales para facilitar sus amistosas relaciones con los eu-

ropeos (1). Desembarcó tan pocos españoles con la mira de no intimidar á los isleños, pues como el casco de los buques había padecido mucho y necesitaba prontas composturas si se había de seguir el viaje, tenía con precisión que detenerse allí para repararle.

Los dos españoles que Colón había enviado á la descubierta, volvieron después de haber recorrido un espacio de doce leguas, internándose en la isla (2). He aquí poco más ó menos la relación que hicieron al Almirante:

«La mayor parte del país que hemos cruzado está cultivada y nos ha sorprendido por su fertilidad; los campos producen maíz ó trigo de Indias, y una raíz que después de asada se come como el pan. Al lle-

(1) Envió la embajada al Gran Kan, en el supuesto de que residiera en el interior, llevando carta que le destinaban los Reyes Católicos.—Cesáreo Fernández Duro.

(2) Estos dos españoles enviados, fueron Rodrigo de Jerez y Juan de Torres, el que, entre otras buenas disposiciones para el desempeño de su comisión, tenía la de poseer varios idiomas.—(N. del T.)

gar á una poblacioncita como de unas cincuenta casas de madera y en la que los habitantes no pasarían de mil, salió el jefe á recibirnos. Los indios que nos acompañaban les debieron dar noticias favorables acerca de nosotros, de nuestras intenciones y el objeto de nuestra visita, porque cogiéndonos del brazo nos llevaron á la población, donde nos señalaron un vasto alojamiento. Nos sentamos en una especie de silla que tenía la forma de un animal con los ojos y orejas de oro y cuya cola servía de respaldo. Apenas nos habíamos sentado en el sitio que nos señalaron, cuando todos los indios, sentándose en el suelo junto á nosotros, nos fueron besando los piés y las manos, lo que nos hizo creer que nos tenían por seres bajados del cielo. Comimos las raíces asadas que nos ofrecieron, cuyo sabor nos recordó el de las castañas; pero lo que nos chocaba extraordinariamente, era que entre los salvajes que nos servían no se presentaba una sola mujer. No atinábamos con la causa de esta exclusión; pero cuan-

do se retiraron, otras tantas mujeres como hombres nos habían servido, vinieron á relevarlos y no fueron menos atentas y obsequiosas. En fin, en el momento de nuestra partida, muchos habitantes se querían venir con nosotros; pero hemos rehusado sus ofertas, dándoles las gracias por su generosa hospitalidad. Nos pareció, sin embargo, que debíamos ceder á las instancias del cacique ó rey y de su hijo, que se han empeñado en servirnos de guías y acompañarnos hasta nuestras embarcaciones. Por todo el camino han venido dando sus órdenes para que se nos tuviesen las mayores consideraciones y el más profundo respeto.»

Esta relación causó la más viva satisfacción al Almirante que, agradecido á los dos príncipes, les hizo un brillante recibimiento cuando subieron á bordo de su carabela, y trató después de obtener de ellos algunas noticias del país que producía el oro. El cacique y su hijo le señalaron el Este.

Aquellos isleños manifestaban la mayor sorpresa al ver á los hombres blancos tan ansiosos de un metal que no tenía ningún valor á sus ojos y del que no se servían más que para su adorno, al paso que los españoles no estaban menos admirados de su sencillez y benevolencia.

Las indicaciones del cacique y su hijo determinaron al Almirante á salir de Cuba, porque estaba impaciente por ir al país de las minas de oro, al que los indios llamaban Haití. Partió de Cuba el 19 de Noviembre llevando consigo doce naturales del país, los que se proponía traer á España. Aquellos indios se alejaron de su patria con la mayor indiferencia, sin pesadumbre y sin derramar una lágrima, cosa que sorprendió mucho á los españoles. Verdad es que Colón nada había omitido de cuanto pudiese hacerles agradable su permanencia en el buque, y además les había prometido que la ausencia sería de corta duración.

A poco tiempo de hacerse á la vela, fué contrariado por los vientos que le obligaron

por tres días á costear. Alonso Pinzón, comandante de la *Pinta*, observando el contratiempo de Colón y aprovechándose de que su nave era la más velera de la escuadrilla, trató de sustraerse á la vigilancia del Almirante y adelantarse para llegar antes que las otras carabelas á Haití, el país del oro, y llenar de él su nave. Colón, que adivinó las intenciones de su teniente, le hizo señales de que esperase, mientras que Pinzón, llevado de su avaricia, desobedeció al Almirante y pronto se le perdió de vista. Colón, indignado de la deslealtad y pérfida conducta de Pinzón, cuya huida trastornaba todos sus planes, se decidió á volver á Cuba con las dos carabelas que le quedaban (1). Obligado por el mal temporal á permanecer en dicha isla, continuó la exploración del país, que además de su

(1) En defensa del proceder de Pinzón, juzgado apasionadamente por D. Cristóbal, he publicado un libro titulado *Pinzón en el descubrimiento de las Indias*. Madrid, 1892.—Cesáreo Fernández Duro.

fertilidad asombrosa, ofrecía por todas partes los más agradables y encantadores puntos de vista. Inspiraban, sin embargo, bastante repugnancia á los españoles, las costumbres y modo de vivir de los habitantes, que se tragaban con ansia arañas grandes, gusanos cogidos en la madera podrida, y pescados medio cocidos á los que arrancaban primero los ojos, para comérselos crudos.

Así que el tiempo le permitió hacerse á la vela, el Almirante salió de Cuba para ir á Haití, el país del oro, y alcanzar á Pinzón que le había abandonado. Después de andar diez y seis leguas, llegó por fin á la isla, objeto principal de sus pesquisas, y le dió el nombre de Española, porque halló en el suelo de Haití mucha semejanza con el de España, y de todos los países que había descubierto hasta entonces, este es el que ha conservado por más tiempo el nombre que le impuso. El nombre de Santo Domingo prevalece, sin embargo, hoy día, porque este es el nombre de la ciudad que han

edificado y es actualmente la capital de la isla.

Los habitantes huyeron espantados á los bosques á vista de los españoles, y Colón, sin hallar indicios del rumbo que seguía la *Pinta*, se dirigió hacia el Norte costeando la isla. Abordando á otro paraje consiguió entablar relaciones amistosas con algunos indígenas. Habíase apoderado de una india, y después de agasajarla la había enviado hacia sus compatriotas. Hízoles ella una pintura tan seductora de la conducta de los españoles, y les habló en favor de aquellos extranjeros con tal entusiasmo, que al instante acudieron todos á la playa para ver y obtener algunos objetos preciosos, como los que aquella mujer había llevado.

Estos indios se parecían en su rostro y ademanes á los habitantes de Guanahaní y de Cuba; estaban desnudos lo mismo que ellos; su rostro tenía color de cobre y se advertía en ellos la misma timidez, ignorancia y mansedumbre. Todo lo que veían

excitaba su sorpresa, que expresaban por medio de palabras ininteligibles á los europeos, y por una pantomima muy animada. En su concepto, los españoles no eran hombres sino seres de naturaleza divina.

En su adorno había más oro que en el de los demás isleños; pero lo mismo que ellos, tenían en tan poco á este metal, que se volvían locos de contento cuando podían cambiarle por cuentas de cristal, cascabeles y otras bagatelas de esta especie. Cuando Colón les preguntó el sitio en que se encontraba el oro, le señalaron el Oriente. En virtud de esta indicación, Colón se hizo al instante á la vela y partió con la esperanza de encontrar bien pronto un manantial inagotable de riquezas.

Luego que Colón fondeó en otra bahía de la isla, vió acercarse al cacique de la comarca: este jefe, después de haber tomado informes acerca de los hombres blancos, se había dado prisa á visitar al Almirante. Venía acompañado por una escolta numerosa y conducido en un palanquín en hom-

bros de cuatro indios. Este palanquín se parecía un poco á las andas que se usan en Europa; pero el soberano venía desnudo lo mismo que sus vasallos.

No manifestó desconfianza ni indecisión para subir á bordo, y llegando á tiempo en que Colón iba á ponerse á la mesa, entró en la cámara del Almirante, seguido de dos ancianos que se podían mirar como sus consejeros y tomó asiento al lado de Colón, manifestando á la vez respeto y confianza. Los dos viejos se colocaron á los piés del cacique, quien después de catar los manjares y el vino que le presentaron, enviaba lo restante á los hombres de su escolta formados en fila sobre el puente.

Al fin de la comida, el jefe indio regaló al Almirante muchas hojas de oro y un cinto trabajado con mucho artificio. Colón, por su parte, ofreció á su huésped un collar de ámbar, un par de borceguíes colorados, una colcha de cama y un frasquito de agua de azahar. Fué tal el contento del cacique, que en los estremos de su agradecimiento y

alegría, dió á entender al Almirante que ponía á su disposición todo su reino.

Este soberano, lleno siempre de gravedad y nobleza para con sus súbditos, usaba una familiaridad sin reserva con los españoles; todo lo examinaba en el navío con la mayor atención, y las cosas extraordinarias que contenía excitaban la sorpresa y admiración del jefe salvaje. Al acercarse la noche, manifestó deseos de volver á tierra, y Colón se apresuró á complacerle; pero queriendo aumentar su asombro, mandó disparar un cañonazo en el momento en que el cacique se alejaba. Ya no le quedó duda ninguna de que aquellos hombres blancos eran de origen celestial, puesto que sus manos estaban armadas del rayo que obedecía á su voluntad. Desde entonces el respeto de los indios á los españoles se convirtió en una especie de culto, hasta el extremo de besar la huella de sus pasos.

No siendo aún este país el que contenía las minas de oro, objeto de los afanes y trabajos de los españoles, el Almirante se

hizo á la vela dirigiéndose á la parte oriental de la isla.

Todos los informes que había tomado el Almirante y las noticias que había podido adquirir, indicaban como productora del oro una parte montañosa de la isla, sometida á un poderoso cacique. Colón le envió un mensaje, recibiendo de parte de aquel príncipe la invitación de ir á verle. Quiso al instante corresponder á este convite, pero la corta travesía que le fué preciso hacer para llegar adonde estaba el cacique, estuvo á punto de ser muy funesta á la expedición y á su ilustre jefe.

Colón había llegado á un cabo, donde aprovechando la calma del temporal, mandó plegar las velas como á una legua de distancia de tierra. Hacía dos días que no disfrutaba un momento de reposo, y rendido de fatiga fué á tenderse en el lecho á cosa de media noche, después de haber mandado al piloto á quien confiaba el timón, que no le soltase de la mano. Apenas Colón se durmió, cuando el equipaje, creyendo que no

había peligro que temer, siguió el ejemplo del Almirante, y el mismo piloto participando de aquella fatal seguridad, y olvidando las órdenes de Colón, puso un grumete en su lugar y fué á descansar como los demás; de modo que el buque quedó abandonado á la inexperiencia de un muchacho.

Mientras que todos dormían á bordo, menos el grumete, el buque era insensiblemente arrastrado hacia la costa por la corriente. De improviso sufrió un choque tan violento, que el grumete, asustado, abandonó el timón dando gritos descompasados. Colón, despertándose azorado, acude sobre cubierta, ve las rocas que erizaban la costa y no tarda en conocer que el navío ha encallado. La confusión, el terror y la desesperación reinan á bordo; sólo el Almirante, conservando su presencia de espíritu y su sangre fría, discurre los medios de salvar la nave.

Por su orden, algunos hombres del equipaje se lanzan á la chalupa para arrojar á

cierta distancia un áncora, por medio de la que se pudiese sacar la nave de entre las rocas; pero tan asustados estaban, que no pensaron más que en buscar un refugio á bordo de la *Niña*, sin hacer caso de las reiteradas intimaciones del Almirante. El capitán de esta carabela no quiso recibir á los cobardes que, olvidando sus deberes, abandonaban á su jefe, y rechazados de esta manera, no tuvieron otro remedio que volver á la nave que se hallaba en tal apuro.

El Almirante trató primero de aligerar el buque del peso de sus mástiles, los que mandó cortar: después dió orden de que se arrojasen al mar todos los objetos que no fuesen indispensables. Estas medidas fueron inútiles, porque la nave se entreabrió cerca de la quilla y el agua se precipitó con tal violencia y tanta cantidad por la abertura, que ya no hubo esperanza de salvar la embarcación. El Almirante, seguido de todo el equipaje, bajó á las chalupas que habían llegado para socorrerle,

y que á fuerza de remos llegaron hasta la *Niña*.

Al día siguiente por la mañana, participó al cacique la desgracia que le había sucedido, suplicándole pusiese á su disposición cierto número de sus vasallos para preservar de una pérdida total la embarcación naufragada.

La noticia de este desastre causó el mayor sentimiento al cacique, llamado Guakanahari ó Guacanagari, y le hizo verter lágrimas. Acudió en el acto con sus gentes al socorro de los españoles, y en aquellas circunstancias los indios dieron una prueba brillante de su probidad: además de no ocultar ni siquiera un objeto de los que se hallaban en la carabela, se expusieron á los mayores peligros por salvar una gran parte. Reuniéronse prontamente muchas canoas, y gracias á tan activa y solícita cooperación fué transportado á tierra todo lo que tenía algún valor. Además, el generoso cacique se constituyó en persona guardador de los efectos preservados del

mar, y suplicando á Colón que no se desesperase, le ofreció cuanto poseía. Los efectos sacados del buque se depositaron en un sitio inmediato á la habitación del jefe indio, en tanto que se desocupaban las casas donde debían quedar en completa seguridad. No se limitaron á esto sólo sus precauciones: puso centinelas alrededor de aquel depósito, aunque eran inútiles, puesto que todos los súbditos de Guakanahari participaban del sentimiento de su jefe y de su afecto á los hombres blancos, llorando por la desgracia que les había sucedido.

Colón hizo completa justicia á estos salvajes, á su mansedumbre y hospitalario carácter, en el informe que dirigió á la corte de España.

«Estos hombres—decía—son tan afables, tan complacientes con nosotros, que los considero como el mejor pueblo de la tierra: aman á sus semejantes como á sí mismos, y siempre amables y graciosos en sus maneras, están constantemente con la sonrisa en los labios. El rey es muy noble en

sus modales, y todos los actos de su servicio se verifican con la mayor solemnidad. Lo que he notado especialmente en este pueblo tan digno de interés, ha sido su prodigiosa memoria, la viva curiosidad que manifiesta por todas las cosas y la inteligencia que le induce á investigar las causas y los efectos. Está perfectamente dispuesto á recibir la enseñanza de los conocimientos europeos, y debe hacer rápidos progresos cuando quieran instruirle en ellos.»

No había tardado el cacique en advertir la pronunciada afición de los europeos al oro; por tanto, para procurarles algún consuelo y alivio en su desgracia, les dió cierto número de placas de aquel metal que tanto apetecían, prometiéndoles que iba á dar sus órdenes para que trajesen más de un sitio que se llamaba Cibao. A ejemplo de su señor, muchos indios se apresuraron á traer también á los españoles placas de oro, recibiendo en cambio con entusiasmo algunas bagatelas de Europa. Uno de ellos, que llevaba en una mano un gran pedazo

de oro, extendió la otra hacia un español que le ofreció una campanilla. Al instante se apoderó de ella el salvaje, y tirando el oro á los piés del español, huyó como un ladrón que acaba de hacer un robo: el indio se retiraba muy satisfecho de que había engañado al hombre blanco.

Los españoles estaban contentísimos de su permanencia en aquella comarca deliciosa, donde nada les faltaba; pero su jefe estaba devorado por pesadumbres y cavilaciones: había perdido la mejor de sus carabelas, y había sido vendido, abandonado por el traidor Pinzón. La nave que le quedaba era tan pequeña, que no podía contener las dos tripulaciones, y además se hallaba en tan mal estado, que emprender con ella un viaje tan largo como el de España, hubiera sido una imprudencia que no podía menos de acarrear funestas consecuencias. Grande era el apuro de Colón y extremada su perplejidad; mas después de haber reflexionado largo tiempo acerca de su penosa situación, se decidió al fin á

dejar una parte de su gente en la isla, donde debía formar una colonia, y embarcarse con el resto para España á fin de dar cuenta á los reyes Fernando é Isabel del resultado de sus descubrimientos. Esta resolución fué aprobada por todos los españoles, muchos de los cuales se ofrecieron á quedarse en la isla. Faltaba disipar los recelos y desconfianza de Guakanahari, al ver que los extranjeros iban á establecerse en su reino; pero él recibió el más vivo placer cuando supo que los seres de origen celestial iban á quedarse á su lado para protegerle, á él y á su pueblo, contra sus terribles enemigos los caribes.

Eran éstos un pueblo feroz y cruel que habitaba en muchas islas situadas al Sudoeste y que hacía frecuentes incursiones en la isla de Haití. Los súbditos de Guakanahari, demasiado débiles para defenderse y resistir á un enemigo tan superior en fuerzas, buscaban un refugio en las montañas, de lo que se librarían en lo sucesivo puestos bajo la protección de los

españoles. Colón, queriendo dar al cacique y á su pueblo alguna idea del arte militar de los europeos, dispuso que los soldados ejecutasen algunas evoluciones delante de los indios. Estas maniobras dejaron pasmados á los salvajes; pero cuando llegó el caso de disparar los cañones, el estruendo de la artillería les causó tanto miedo, que cayeron todos al suelo, llevando las manos á la cabeza como para preservarse del rayo que les amenazaba. El mismo cacique, tan asustado estaba, que no se atrevía á levantarse, pero Colón se apresuró á tranquilizarle, prometiéndole que no se serviría de aquel trueno más que contra sus enemigos los caribes. Para que los indios apreciasen mejor los terribles efectos é irresistible poder de aquellos mortíferos tubos que vomitaban el incendio y la muerte, hizo apuntar una pieza cargada con bala contra el casco de la nave encallada: la bala le traspasó de parte á parte, yendo á caer muy lejos al otro lado sobre las aguas. No hay con qué ponderar el

asombro del cacique á vista de tal testimonio de fuerza: quedóse estupefacto con lo que acababa de ver y aturdido con lo que acababa de oir, y cuando volvió á su habitación ya no le quedaba duda ninguna de la naturaleza divina de aquellos seres que disponían del rayo celeste.

Los españoles pusieron al instante manos á la obra para fundar una fortaleza, en cuyo trabajo los indios les ayudaban con mucho celo sin sospechar que por sí mismos forjaban los hierros que les habían de oprimir.

Siempre que Colón bajaba á tierra, el cacique le recibía con las mayores demostraciones de respeto, multiplicando y variando sus atenciones con el Almirante, que siempre le pagaba con algún regalillo. Un día el cacique se presentó con una corona de oro en la cabeza, y llevando á Colón á una casa dispuesta con mucho esmero, se quitó la corona y la puso respetuosamente sobre la cabeza del Almirante, que sensible á esta prueba de amistad, se qui-

tó al instante un collar de perlas que solía llevar y le puso al cuello del cacique. Despojándose también del lujoso sobre-todo que llevaba puesto, suplicó á Guakanahari que se le pusiese, ayudándole á ejecutarlo: después le puso en el dedo un anillo de plata, y pareciéndole que aún no estaba completamente ataviado, mandó por unos borceguíes colorados para que se los pusiese. Estas recíprocas atenciones y mutuos obsequios fueron como los preliminares de la buena fe del tratado de alianza que los dos jefes formaron entre sí.

El fuerte estuvo construido en menos de diez días, y así que pudo contener la guarnición, el Almirante escogió treinta y ocho hombres entre los que manifestaban deseos de quedarse en la isla y dió el mando de ellos á Diego de Arana. Les intimó y aun hizo prometer, bajo juramento, la obediencia al comandante que les daba, y emplear todos los medios posibles para conservar sus relaciones amistosas con Guakanahari, justificando el buen concepto que había for-

mado de los españoles. Les recomendó también el estudio del idioma de los indios, y por último impuso al fuerte el nombre de Natividad.

Después de haber adoptado las más sabias providencias y las disposiciones que la prudencia aconsejaba en pro de la nueva colonia, Colón volvió á embarcarse y se hizo á la vela el 4 de Enero de 1493. Los indígenas y los españoles que se quedaban en la isla, acompañaron al Almirante con sus aclamaciones y sus plegarias por un pronto y feliz regreso; porque había más que atrevimiento, había temeridad en aventurarse así en un mar aún desconocido, con una nave cascada y que no podía resistir tan larga navegación.

El Almirante ignoraba absolutamente lo que había sido del traidor Pinzón y de su carabela. Una de dos, ó el comandante de la *Pinta* había perecido con su nave, ó se había dirigido hacia Europa, para tener la gloria de ser el primero que anunciase á la corte de España los grandes descubri-

mientos que acababan de ilustrar el pabellón español: tal vez también para malquistar al Almirante con los reyes Fernando é Isabel y arrebatarle la recompensa debida á sus gloriosos trabajos. Estas sospechas y estos temores estimulan á Colón á acelerar su regreso, cuya prontitud era de tanto interés para él, como el único medio de frustrar los planes del desleal capitán de la *Pinta*.

Debía, además, prever toda duda acerca de su veracidad y quitar á una corte suspicaz todo pretexto de negarle la prometida recompensa. Colón sabía cómo habérselas con los cortesanos y envidiosos influyentes en el palácio de los Reyes, y por lo mismo llevaba en su nave muestra de todo lo que había encontrado notable en los países descubiertos: por supuesto que no se había olvidado del oro, como de la cosa más estimada é importante. Hizo igualmente embarcar con él cierto número de indígenas de cada una de las islas que había visitado, muchas especies de

aves desconocidas en Europa y otros objetos curiosos, escogidos así en los productos de la tierra como en los artefactos de los habitantes de aquellos diversos países.

Colón se dirigió hacia el Este, costeando la Española ó Haití, para examinar al paso las otras localidades aún inexploradas de la isla. A poco tiempo de su partida, el vigía anunció que allá en el lejano horizonte se divisaba una cosa parecida á una embarcación. Maniobrando al instante para tomar aquella dirección, ¡cuál fué el asombro de Colón, cuando al acercarse, reconoció á la *Pinta* mandada por Pinzón, al que andaba buscando hacía mes y medio! Extraordinario fué el júbilo de Colón y de su gente con aquel encuentro inesperado.

Pinzón pasó á bordo del Almirante para justificarse, y aunque era empresa difícil, supo achacar su falta al temporal, que á pesar de sus esfuerzos le había apartado del rumbo y hecho perder de vista la carabela del Almirante. Esta excusa no podía satisfacer ni engañar á Colón; pero la severidad

hubiera sido una gran imprudencia en la situación precaria en que se hallaba. Su carácter era además propenso á la generosidad y la clemencia, y no podía olvidar los eminentes y personales favores que debía á Pinzón. Aparentó, pues, que le convencían sus estudiadas disculpas y volvió á ser amigo suyo, teniéndose ya por dichoso por no verse en la dolorosa necesidad de confiar la relación de sus descubrimientos á una embarcación que apenas podía sostenerse en el mar.

La codicia del oro es la que había tenido á Pinzón separado por tanto tiempo del Almirante. Se creyó que desembarcando en otras costas de la Española y explorando otras localidades, donde no hubiesen penetrado Colón ni sus compañeros, encontraría mucho oro: esto en parte lo había conseguido; pero sin hacer ningún nuevo descubrimiento.

Entre tanto un viento favorable protegía el regreso de Colón á España; la fresca brisa del Oeste inflaba las velas de las na-

ves que surcaban rápidas el mar, anunciando á los españoles que pronto verían las costas de su patria. Ya las tripulaciones, embriagadas en suaves ilusiones de gloria, creen escuchar los gritos de sorpresa y admiración con que es acogida la noticia del descubrimiento del Nuevo Mundo; mas los aterradores preludios de una violenta tempestad vienen á disipar las esperanzas de los españoles. Densas nubes se forman y agrupan al Oeste, cuando Colón se hallaba aún á cien leguas de las Azores donde podría encontrar un refugio. La borrasca se aproxima y con ella densas tinieblas que convierten en lóbrega noche la brillante claridad del día. Los hombres de la tripulación, sumergidos en cruel ansiedad, esperan el desenlace de aquella crisis que debe ser terrible; todos tienen sus ojos clavados en Colón, que siempre sereno, siempre intrépido, da sus órdenes con una imperturbable sangre fría.

Las olas se inflan, se elevan, y las naves traqueteadas, en vano luchan contra su fu-

ror; el viento rasga las velas, hace saltar las cuerdas y crujir los mástiles. Los relámpagos trazan en la oscuridad surcos de lúgubre resplandor, mientras que retumba el trueno y torrentes de agua se precipitan sobre las carabelas. En fin, la tempestad estalla con todos los signos precursores del naufragio, el estrépito del rayo se mezcla con el bramido de las olas, y las dos naves, juguete de ellas, tan pronto son levantadas hacia el cielo, tan pronto bajan precipitadas á un abismo que parece va á tragárlas.

Todos los corazones están helados de terror, y los hombres de la tripulación, consternados, abatidos, expresan de varios modos el pavor que les causa aquella situación desesperada. Unos, puestos de rodillas, levantan al cielo sus manos suplicantes para pedirle la conservación de sus días, mientras que otros, pálidos y sin movimiento, guardan un sombrío silencio, cual si ya estuviesen heridos por la muerte. Otros hacen voto de ir en peregrinación, descalzos y en camisa á la iglesia más inmediata, dedicada

á la Santísima Virgen, en el primer país cristiano adonde el cielo les permita llegar.

En vano Colón recurre á todos los medios que la prudencia indica á un marino experimentado; en vano intenta reanimar el valor y actividad de las tripulaciones: todos permanecen inmóviles, mientras que la tempestad redobla su furia, contra la que serían ineficaces todos los recursos del hombre. Conociendo Colón la inutilidad de la lucha, se entró en su cámara, mas no para prorrumpir en estériles lamentos, ni en aquellos desahogos á que recurren los hombres débiles y pusilánimes; un solo pensamiento le ocupa, el de asegurar á la España y al universo entero el resultado de sus descubrimientos, y que no se pierda aquel camino que ha sabido abrir hasta el Nuevo Mundo.

Colón coge un pergamino y escribe aceleradamente las noticias más importantes acerca de los países que ha descubierto, le envuelve en un lienzo empapado en aceite, y después de haberlo preservado además con

una tela encerada, mete el paquete en un barril cerrado cuidadosamente y le arroja al mar. Pensaba, con fundamento, que las aguas llevarían aquel barril á alguna costa, dónde, siendo recogido, podría revelar los secretos que le estaban confiados. No satisfecho aún, colgó de la popa de la nave otro barril con las mismas instrucciones, el que no podría desprenderse hasta el momento y sitio del naufragio. Ejecutadas estas dos cosas, el Almirante, resignado, esperó más sereno los decretos del cielo; ya si perece será sin pena y sin remordimientos, porque juzga que el fruto de sus trabajos no será perdido para el porvenir.

Entre tanto no cambiaba la situación de las dos carabelas, y sus tripulaciones, expuestas á los mismos peligros, tenían sin cesar la muerte ante los ojos. El huracán no cesaba un solo instante en toda la noche, y la desesperación continuaba reinando en las dos embarcaciones; pero al fin, aquella noche tan larga, tan espantosa, se acaba, y con los primeros rayos del sol, aparece y se

destaca en lontananza una tierra como salida del seno de las aguas. La esperanza renace en todos los corazones; pero, ¿qué tierra es aquella cuya vista tanto regocija los ánimos? El mismo Almirante lo ignora: observa, duda, y en fin, cuando se puede distinguir más la costa, falla que la que tienen enfrente es una de las islas Azores.

Se hallaban todavía á distancia bastante considerable de la isla, y además la furia del viento hacía muy peligroso el acercarse á la costa. Por impaciencia que hubiese de bajar á tierra, tuvieron aún que andar costeando durante cuatro días, que no fueron escasos de peligros para aquellos fatigados marinos. La *Pinta* había vuelto á perderse de vista, ignorándose si había naufragado, ó si su comandante, á favor de las tinieblas, había vuelto de nuevo á sustraerse á la vigilancia de Colón, para adelantarse á España á dar las primeras noticias de los descubrimientos. Al fin cesó la borrasca y Colón pudo entrar en la rada donde ancló.

Los portugueses vinieron al instante á

traer á los españoles los refrescos que tanto necesitaban, haciéndoles preguntas para saber de dónde venían y á dónde iban. Los españoles, informados de que había una ermita consagrada á la Virgen, á poca distancia de la costa, pidieron permiso al Almirante para cumplir el voto que habían hecho durante la tempestad.

Colón concedió este permiso á la mitad del equipaje, bajo la condición de que habían de volver prontamente á bordo, para que la otra mitad pudiese cumplir igualmente su piadoso deber. Los marinos desembarcaron, y descalzos y en camisa, conforme se habían obligado por su voto, se dirigieron al sitio en que, según las señas de los portugueses, se hallaba la ermita de la Virgen.

Creíase que pronto estarían de vuelta, pero las horas pasaban y ellos no volvían. Viendo que la noche se acercaba, Colón sospechó alguna perfidia de parte de los portugueses y tuvo que esperar hasta el día para averiguar la causa de la tardanza de

su gente. ¡Cuáles fueron á la vez su sorpresa y su indignación, cuando al día siguiente supo que la guarnición portuguesa había hecho prisioneros á aquellos hombres desnudos y sin armas, sorprendiéndoles en una infame emboscada!

El Almirante, poseído de justa indignación contra los autores de semejante perfidia, dirigió al gobernador reclamaciones que no tuvieron ningún resultado; entonces juró que sabría tomarse la justicia por su mano y que no saldría de la rada sin hacer todo el daño que pudiese y llevarse cien portugueses. El gobernador, intimado con las amenazas de tan terribles represalias, envió una comisión á informarse de si él y sus gentes estaban realmente al servicio de España. Colón no sólo respondió afirmativamente, sino que á mayor abundamiento manifestó los reales despachos de Fernando é Isabel, lo que hizo que los prisioneros españoles fuesen puestos en libertad. Sin duda que el gobernador había formado el plan de apoderarse de Colón y tenerle dete-

nido con toda su gente, para que el Rey de Portugal pudiese apoderarse de los países que acababan de ser descubiertos; pero la prudencia del Almirante en permanecer siempre á bordo, hizo abortar el complot, y el gobernador juzgó que el mejor partido que tenía que tomar, era dar libertad á los marinos y disculparse diciendo ignoraba fuesen españoles.

Colón, deseoso de salir cuanto antes de aquella tierra inhospitalaria, se hizo á la vela, y cuando esperaba llegar al término de sus trabajos y sus desgracias, todavía otro nuevo contratiempo vino á hacer problemática su vuelta á España. Una tempestad casi tan terrible como la que había sufrido al acercarse á las Azores, alejó su buque de las costas de España, y rompiendo las velas, poco faltó para que le echara á pique; la tormenta iba en aumento hacía ya cuarenta y ocho horas, y la situación del buque era de las más críticas, cuando á media noche el piloto avisó que las olas le empujaban contra unas rocas, en las que

indudablemente se hubiera hecho pedazos si hubieran seguido algunos instantes más aquella peligrosa dirección.

Colón, cuya presencia de espíritu nunca se desmentía, mandó prontamente virar de bordo, y con esta maniobra preservó de una catástrofe á su carabela y á los que en ella iban. Bien pronto reconoció que estaban en las costas de Portugal y á corta distancia de la desembocadura del Tajo. Su primer cuidado así que amaneció fué enviar dos correos: uno á la corte de España para anunciar á los Reyes su feliz regreso, y otro á Lisboa pidiendo al rey el permiso de llegar hasta allí con su nave, que necesitaba algunos reparos. El monarca portugués accedió al instante á lo pedido por Colón, que inmediatamente se hizo á la vela para Lisboa.

Apenas corrió la noticia de la llegada de una nave que por tantos títulos era digno objeto de la curiosidad pública, toda la población acudió al puerto: una inmensa multitud cubría los muelles, y aun se metieron

en barcas los más ansiosos de conocer al hombre extraordinario que había terminado felizmente una empresa tan difícil. Unos daban gracias al cielo que había bendecido aquella expedición, y otros lamentaban la desgracia de su patria, que había perdido la gloria que le estaba ofrecida por no haber sabido apreciar el talento de aquel grande hombre.

Aunque el rey de Portugal estuviese pesaroso por haber desdeñado las proposiciones de Colón, cediendo á la influencia de consejeros inhábiles ó pérfidos, y á pesar del despecho que le causaba el prodigioso incremento del poder y riquezas de España, acogió al Almirante con las demostraciones del mayor aprecio, y le felicitó por el próspero resultado de su expedición heroica. Por su orden se le hicieron á Colón los mayores honores, se le proporcionó cuanto podía necesitar, y por último, recibió el Almirante una invitación para pasar á palacio, escrita de puño del monarca.

Cuando el Almirante se presentó en pa-

lacio, toda la corte salió á su encuentro por orden terminante del rey. En el coloquio que tuvo con el monarca, éste exigió que Colón estuviese sentado y cubierto mientras le hablaba. Colón le refirió todos sus descubrimientos, y el monarca no pudo menos de manifestar su admiración y su pesar. El Almirante, por su parte, conservaba una actitud modesta; pero interiormente le rebosaba el gozo á vista de aquellos viles cortesanos que poco antes le injuriaban como á un miserable forjador de proyectos y entonces deslumbrados con la brillantez de su triunfo y la gloria asociada á su nombre, procuraban en vano ocultar su vergüenza y obtener el perdón de sus ofensas, con los homenajes que le prodigaban.

El rey, con seductoras ofertas propuso á Colón el quedarse al servicio de Portugal: en aquellas circunstancias no hubiera creído cara la adquisición de semejante hombre, aun á costa de la mitad de su reino; pero el Almirante, fiel al Gobierno español, se despidió del monarca en otra en-

trevista en que éste volvió en vano á dar otro ataque á su fidelidad.

Embarcóse en la nave, compuesta durante su permanencia en Lisboa, en donde salió con ánimo de entrar en el mismo puerto español de que había partido para ir en busca del Nuevo Mundo. Entró efectivamente en el puerto de Palos el 15 de Marzo de 1493, después de un viaje que había durado siete meses y once días.

IV

Regreso de Colón al puerto de Palos.—Su entrada triunfante en Barcelona.—Honores extraordinarios que recibe en la corte de España.—Ejecutoria de nobleza.—Embajada española á Roma.—Bula de Alejandro VI.—Nueva expedición.—Salida de Cádiz.—Descubrimiento de la Dominica y la Guadalupe.—Antropófagos.—Vuelta de Colón á Haití.—Desastre del primer establecimiento español.—Fundación de la Isabela.—Trama contra Colón.—Descubrimiento de la Jamaica.—Pesca singular.—Visita y discurso de un cacique.—Enfermedad de Colón.—Vuelve á encontrar á su hermano.—Preparativos de guerra contra los españoles.

Sólo los indicios de que volvía la carabela de Colón, habían hecho que todos los habitantes de Palos volasen al puerto, para asegurarse por sí mismos de la realidad de un suceso que no acababan de creer y que debía excitar en el más alto grado su entusiasmo y alegría. Cuando la nave se fué acercando lo suficiente para que pudiesen conocer á sus parientes y amigos, cuya vuelta era en cierto modo inesperada, por-

que habían salido acompañados de los más tristes presagios y funestos presentimientos, muchos gritos de alegría resonaron en los aires. Veíase á la multitud extender sus brazos hacia aquellos hermanos, aquellos compatriotas restituidos á la gratitud de su país, al afecto de sus familias, y lágrimas de ternura corrían de todos los ojos.

El Almirante desembarcó al son de las salvas de artillería, de todas las campanas echadas á vuelo, y de los vivas de la muchedumbre; pero bien pronto tuvo que sustraerse á las estrepitosas demostraciones del entusiasmo general, para presentarse en Barcelona donde la corte se hallaba por entonces. En cuanto á Pinzón, las narraciones de los diferentes historiadores son muy contradictorias respecto de este oficial, que había tomado tanta parte en la expedición.

Según algunos escritores, Pinzón, separado del Almirante por el temporal delante de las Azores, ó extraviado de intento, entró en el puerto de Palos poco después de

la llegada de Colón: otros historiadores pretenden que habiéndosele adelantado, llegó unos días antes á las costas de Galicia y desembarcó para ir prontamente á la corte, con el objeto de ser el primero que anunciase las importantes nuevas de los descubrimientos con que se había distinguido la expedición, pero que el rey Fernando, desaprobando altamente esta conducta desleal, le había intimado que no se presentase en la corte sin venir acompañado de Colón. Aquel hombre orgulloso, recibió tal pesadumbre con esta orden que así desconcertaba los cálculos de su ambición, que á los pocos días fué acometido por una enfermedad que puso fin á su existencia (1).

En todas las poblaciones por donde pasaba Colón para ir á Barcelona, salían los

(1) Sábese positivamente que Pinzón llegó á Bayona de Galicia y de allí se trasladó á Palos, donde murió á pocos días. La desaprobación de su conducta por el rey Fernando no tiene fundamento.—Cesáreo Fernández Duro.

habitantes á su encuentro, y su nombre volaba de boca en boca, repetido por la admiración. En fin, llegó á la capital de Cataluña, donde Fernando é Isabel le esperaban con la mayor impaciencia: habían dado orden de que la corte salise á recibirle y tributarle el homenaje de su respeto. Apenas el Almirante podía abrirse paso por las calles atestadas de curiosos que se estrechaban por verle.

Rompían la marcha los indios que Colón había traído de las islas nuevamente descubiertas, los que iban vestidos á la extraña usanza de su país. Después era conducido cuanto oro se había embarcado, ya en forma de adornos, de hojas, ó en granos. Seguían algunos hombres con ejemplares de todas las producciones de la naturaleza y el arte que se habían recogido en el Nuevo Mundo. Esta colección tan interesante y tan nueva para los europeos, se componía de ovillos de algodón, cajas de pimienta, papagayos encaramados en cañas de veinticinco piés de alto, cuadrúpe-

dos, aves disecadas y otra multitud de objetos nunca vistos en Europa. En fin, presentábase el mismo Colón, atrayendo hacia sí todas las miradas de los asombrados espectadores, porque él era el primer personaje de aquella imponente escena, el héroe de aquella fiesta nacional.

Fernando é Isabel, su esposa, para dar al Almirante una solemne prueba de su estimación y agradecimiento, le esperaban en un trono magnífico, levantado en medio de la plaza. Adelantóse el Almirante, y conforme á la etiqueta, quiso arrodillarse á los piés de los Reyes; pero Fernando se lo estorbó, y dándole su mano á besar, le invitó á que tomase asiento en el sillón que le estaba preparado. Hízolo así el Almirante, y con aquella modesta sencillez que no excluye la dignidad, relató minuciosamente sus descubrimientos y acabó por manifestar las producciones que traía. Mientras hablaba, la sorpresa y la admiración se pintaban en el rostro de cuantos podían escucharle, y ya había cesado de

hablar, cuando todavía le estaban escuchando.

Apenas acabó su relación, los dos soberanos, y á su ejemplo todos los espectadores, se hincaron de rodillas, para entonar un cántico sagrado, dando gracias á Dios por un suceso que iba á ser para la España el origen de grandes venturas. Después los católicos Reyes colmaron de honores al Almirante, confirmaron del modo más solemne todas las recompensas que le habían prometido antes de su partida y le concedieron ejecutoria de nobleza para él y toda su familia. Siempre que el rey Fernando salía á caballo, llevaba á la derecha al príncipe su hijo y á Colón á la izquierda. A ejemplo del monarca, todos los grandes se mostraban solícitos en festejar al Almirante, virrey de las Indias. El cardenal de España, Pedro González de Mendoza, prelado tan distinguido por su mérito como por su rango y estirpe, fué el primero que honró á Colón en un festín, en el que no sólo se le reservó el primer lugar, sino que

sólo se le sirvieron manjares probados y en platos cubiertos: esto fué observado por todos los señores, que á su vez convidaron al Almirante á unos banquetes en que se advertía una singular rivalidad de magnificencia.

Tampoco fueron olvidados los dos hermanos del Almirante, Bartolomé y Diego; aunque ausentes de España, participaron de las liberalidades del monarca, que les concedió el título de *Don* y brillantes escudos de armas para toda la familia.

No descansaba el rey Fernando hasta obtener la sanción del Soberano Pontífice, para la posesión de los países descubiertos y de los que Colón pudiera aún descubrir. Envió al instante un embajador á Roma, para pedir al Papa la investidura de aquellas comarcas en favor de los españoles, con exclusión de las demás naciones, solicitando que esta concesión fuese á la vez exclusiva y hereditaria.

Alejandro VI, que ocupaba entonces la silla pontificia, tiró en el mapa-mundi una

línea recta desde uno á otro polo á cien leguas de las Azores y á la misma distancia del Cabo Verde, y declaró que sólo al rey de España pertenecería todo el territorio que pudiera encontrarse más allá de esta línea hacia el Occidente.

Para explicar la petición de Fernando y la respuesta del Soberano Pontífice, es preciso trasladarse á la época del descubrimiento del Nuevo Mundo y consultar la historia. Entonces los Papas, en virtud de su gran poderío, gozaban una autoridad ilimitada y el privilegio de disponer de todo el universo como vicarios de Jesucristo: prerrogativa consagrada, en cierto modo, por el tiempo, la tradición y el dominio del sentimiento religioso, ante el que es nula la política de los gobiernos de Europa. Antes de juzgar estos hechos y condenarlos, es indispensable examinarlos bajo su aspecto histórico, estudiando la época á que pertenecen, el estado de la sociedad, las creencias y costumbres que la dominaban con su irresistible influencia.

Así, en la bula de Alejandro VI se dice: que el Pontífice concede al rey de España las islas y tierras descubiertas ó que de nuevo se descubriesen, y el acta solemne de investidura ó más bien donación estipula que el Santo Padre da á Fernando estas islas y tierras, con sus señoríos, ciudades, castillos, lugares, aldeas, derechos, jurisdicciones y demás propiedades y dependencias, por la autoridad de Dios Todopoderoso, de la que el Papa goza en este mundo como vicario de Nuestro Señor Jesucristo.

Según algunos historiadores, Fernando envió el embajador á Roma, para asegurarse la mediación del Soberano Pontífice en las competencias que los nuevos descubrimientos podrían suscitar entre España y Portugal, interesando así á la Santa Sede á favor del Gobierno español. Bien puede ser que Fernando llevase esta mira secreta; pero no se debe olvidar que se honraba con el título de *Católico*, como un testimonio de su piedad, y que este príncipe se

dispensaría menos que ningún otro de cumplir, respecto del Santo Padre, lo que él consideraba como su primer deber de cristiano y de monarca.

Entre tanto se hacían los preparativos de otra expedición con tal actividad y prontitud, que en breve tiempo se hallaron en el puerto de Cádiz diez y siete embarcaciones prontas á hacerse á la vela para el Nuevo Mundo. Personas de todas las clases de la sociedad se disputaban el favor de embarcarse y tomar parte en una expedición que prometía á la vez riquezas y gloria: ni faltaba quien había formado el proyecto de establecimientos en los países nuevamente descubiertos. Colón no podía llevar consigo á todos los que se presentaban, y escogió mil quinientos, tomando las precauciones necesarias, para que las naves fuesen provistas de todos los objetos indispensables al viaje y al establecimiento de muchas colonias. Nada olvidó la previsión del Almirante, así es que en los navíos iban herramientas é instrumentos de toda clase,

embarcando también muchas especies de cuadrúpedos desconocidos en el Nuevo Mundo, como caballos, asnos, toros, vacas, etc., y semillas de todos los vegetales á quienes la temperatura del clima pudiese convenir.

Por lo demás, persistiendo en la opinión de que las tierras nuevamente descubiertas eran una parte de la India, que según estas erróneas suposiciones debía llegar hasta aquellos países, la distinguió de la India ya conocida con el nombre de Oriental, dando á esta otra el de Occidental, porque los navíos que van desde Europa tienen siempre que navegar hacia el Occidente; sin embargo, esta denominación no se ha extendido á toda la América, sino á las islas situadas en el anchuroso golfo de Méjico.

Terminados los preparativos, la flota salió del puerto de Cádiz el 25 de Setiembre, y como en su primer viaje, Colón se dirigió desde luego á las islas Canarias, donde ancló el 5 de Octubre. Hizo provisión de

agua, de madera y ganado, principalmente de cerdos, y continuó su ruta con viento favorable que le permitió caminar ochocientas leguas marinas en veintiocho días. El 26, después de su salida de España, la flota fondeó delante de una isla á la que puso el nombre de Dominica, porque la había descubierto en domingo, día que en latín se llama *dies dominica*, es decir día del Señor, ó *dies solis*, día del sol. La Dominica es una de las pequeñas Antillas ó islas de los Caribes.

No siendo bastante cómoda la rada de esta isla, el Almirante volvió á hacerse á la vela, y no tardó en descubrir sucesivamente muchas islas, siendo las más considerables la Mari-Galante y la Guadalupe, que hoy día pertenece á los franceses. Dió el nombre de Guadalupe á la segunda de estas islas, porque había prometido á los frailes de un convento de esta advocación, ponérsele á alguna de las islas que pudiese descubrir. De este número fueron también la Antigua, Puerto Rico y por último San Martín.

La costa de la Guadalupe ofreció á los españoles el magnífico espectáculo de una cascada, cuyo ruido se oía á tres leguas de distancia. La formaba una tela de agua que saltaba desde un peñasco agudo y muy elevado. Al principio ningún habitante se descubría en la isla, porque todos habían huido de sus cabañas; pero Colón envió tras ellos algunos soldados que consiguieron atrapar dos indios jóvenes, que dijeron no ser de aquella isla, sino de otra donde habían sido cogidos para traerlos á la Guadalupe. También vinieron seis mujeres á implorar el socorro de los españoles, diciéndoles que eran cautivas y estaban condenadas á perpetua servidumbre. Por estas mujeres supieron los españoles estremecidos la horrible costumbre de los habitantes de la isla: asaban y se comían todos los prisioneros que hacían en la guerra y se guardaban sus mujeres como esclavas. Así los dos indios como las mujeres suplicaron tanto á Colón que los llevara consigo, que no pudo resistir á sus ruegos y á sus lágrimas.

Abordando á otras islas, Colón quedó cerciorado de la veracidad de estas mujeres y del cacique Guakanahari, que antes que ellas ya había dado al Almirante noticias del carácter belicoso y ferocidad de aquel pueblo. Casi en todas las partes donde se presentó fué recibido como enemigo, y casi en todas también halló restos de aquellos abominables festines, y las cabañas de aquellos antropófagos sembradas de huesos y calaveras humanas. Huyendo de tan horrible espectáculo é impaciente por encontrar á los españoles que había dejado en Haití, Colón se alejó prontamente de estas islas, donde habían sido infructuosas todas sus tentativas, para restablecer relaciones amistosas con los indígenas. Continuó su rumbo hacia la colonia, y ancló el 21 del mismo mes en una rada, á distancia de una jornada del fuerte de Natividad.

Colón envió á tierra algunos españoles, que volvieron apresuradamente á decirle como á poca distancia de la costa habían

encontrado dos cadáveres con una soga al pescuezo hecha de corteza de árbol, y atados á un pedazo de madera labrada, en forma de cruz. No podían decir si eran europeos ó indios, porque el estado de putrefacción en que se hallaban los dos cadáveres, los había dejado enteramente desfigurados.

Alarmado con esta noticia, Colón sospechó la horrible verdad y corrió á ponerse á la altura de Natividad, es decir frente al punto de la costa en que se elevaba el fortín que había mandado construir. Apenas estuvo delante del fuerte, se metió en la chalupa y saltó en tierra; pero ¡cuál fué su espanto al buscar en vano á los españoles que había dejado en la isla! En el sitio del fuerte no había más que ruinas, descubriéndose por aquí y por allá jirones de vestidos españoles, y fragmentos de armas y utensilios. Bastaba este espectáculo para dar á conocer lo sucedido durante su ausencia: once cadáveres, hallados á poca distancia del fuerte, con todas las señales de una muerte violenta, ya no dejaron duda al

Almirante de cuál había sido la suerte de los desgraciados colonos.

Los españoles, lamentando la suerte de sus compañeros, prorrumpían en gritos de venganza contra sus asesinos, y aun se preparaban á ejercer con los naturales del país terribles represalias, cuando el hermano de Guakanahari se presentó á dar cuenta al Almirante de la catástrofe de la colonia. He aquí los hechos principales que contó:

«Apenas el Almirante se hizo á la vela para volver á España, cuando los españoles que había dejado en la isla, olvidaron los consejos y órdenes que les había dado antes de embarcarse. Habíales él recomendado particularmente mantener á los naturales en aquel profundo respeto que desde un principio había sabido inspirarles, pero lejos de esto, provocaron el odio é indignación de los indios con vejaciones é injusticias de todo género. En vano su comandante quiso traerlos á mejor camino por su propio bien, haciéndoles entender los gra-

ves peligros á que se exponían por su culpable conducta. Se hicieron sordos á sus exhortaciones, despreciaron sus amenazas y recorrieron la isla, sin irse á la mano en sus rapiñas, contando con su impunidad y la paciencia de los habitantes.

La parte sometida al cacique de Cibao, fué el blanco principal de sus excursiones, atraídos por el oro que de allí sacaban. El cacique sufrió por algún tiempo estas violencias sin qnejarse; pero irritado al fin por la conducta de los extranjeros á quienes la codicia hacía crueles, se armó para rechazarlos y escarmentarlos. Los españoles, sorprendidos por las tropas de Cibao, en el momento en que más dispersos y descuidados estaban, trataron de refugiarse al fuerte que fué invadido y entregado á las llamas: unos murieron defendiéndose y otros pocos que trataron de salvarse en una pequeña embarcación, perecieron en el seno de las aguas.»

Tal fué en sustancia la narración del hermano de Guakanahari, añadiendo que

éste, siempre amigo de los españoles, á pesar de los insultos y malos tratamientos que había recibido de ellos, había tomado las armas para defenderlos al ser atacados por el cacique de Cibao, y que en esta defensa había recibido una herida de la que aún estaba padeciendo.

Los soldados de Colón tenían sus dudas acerca de la veracidad de esta narración y querían tomar venganza de la muerte de sus compatriotas, haciendo una guerra de exterminio á todos los indios; pero la prudencia y humanidad del Almirante estorbaron este designio. Hízoles ver que la seguridad del nuevo establecimiento y los intereses de la España exigían que se procurase volver á ganar la confianza de los indios, haciéndoles olvidar los agravios de que pudieran quejarse. Recomendó á sus súbditos la dulzura y probidad en sus relaciones con los indígenas, y pasó á visitar al cacique Guakanahari. Encontrólo, en efecto, padeciendo de resultas de una herida que no parecía hecha con arma europea, sino

con alguna espada de madera. Por lo demás, la relación de este cacique, hecha con la mayor confianza y franqueza, era en un todo conforme á la de su hermano.

Guakanahari, para dar otra prueba de su adhesión á la causa de los españoles y su cariño á su noble jefe, regaló al Almirante ochocientas conchitas de gran valor entre los indios, cien placas de oro y tres calabazas llenas de granos del mismo metal, pesando todo cerca de doscientas libras. Colón correspondió por su parte dando al cacique toda clase de frioleras de fábrica europea, tan apreciadas por el cacique como los regalos que acababa de ofrecer.

Después de esta entrevista, de la que Colón quedó muy satisfecho, llevó á sus compañeros á otro paraje de la isla más agradable, más sano y más á propósito que el sitio que dejaban, para fundar junto á la desembocadura de un río una ciudad regular, rodeada de fortificaciones, en la que los españoles pudiesen establecerse con seguridad y vivir en habitaciones sanas y cómodas.

Todos cuantos habían tomado parte en la expedición la tuvieron que tomar en la construcción de la nueva ciudad, siendo Colón el primero á dar el ejemplo de una actividad infatigable. Gracias á este concurso de todos los esfuerzos y al ardor que el Almirante supo comunicar á sus compañeros, la primera ciudad que los europeos han edificado en el Nuevo Mundo estuvo acabada en muy poco tiempo. Colón quiso que se llamase Isabela, en honor de su soberana.

Estaban, sin embargo, muy disgustados los conquistadores de aquel nuevo universo, que ni habían previsto la necesidad de la vida laboriosa á que los condenaba Colón, ni se esperaban estar sujetos á un trabajo fatigante bajo un cielo más ardoroso. Aquella continuidad de perseverantes esfuerzos provocaba murmullos y la expresión del mal humor. Una triste realidad había disipado sus ilusiones y dejado fallidos los cálculos de su avaricia. La esperanza de hallar inmensos tesoros y gozar las delicias de una

vida opulenta, era la que había traído al Nuevo Mundo á la mayor parte de aquellos hombres; mas en lugar de aquel voluptuoso descanso, de aquella felicidad que sólo había existido en los sueños de su imaginación, sólo encontraban penosos trabajos, expuestos á los ardores de un sol devorante y á todos los peligros de un aire insaluble que los diezmaba con crueles enfermedades. Afligían, sobre todo, á aquellos europeos, acostumbrados á todas las comodidades de la vida, las privaciones que les amenazaban, el recuerdo de la posición que habían abandonado por venir en busca de aventuras, y la incertidumbre de la suerte que les esperaba. ¿Dónde estaban aquellos montes de oro que se habían prometido? Ni aun les era permitido ir á buscarlos, porque Colón había prohibido visitar el interior del país hasta que la ciudad estuviese acabada.

A estos principales motivos del descontento general se agregaban cada día nuevas quejas de la severidad de Colón, viniendo á parar todo ello en una conspiración

contra la vida del Almirante. Estaba pronta á estallar, cuando fué descubierta, y de los culpables unos fueron castigados en el acto, para precaver otras maquinaciones por miedo del castigo riguroso, y otros fueron embarcados para España, donde los habían de juzgar. Al mismo tiempo escribió al rey Fernando una carta en que le pedía encarecidamente le enviase cuanto más antes nuevos refuerzos de tropas y provisiones, para facilitar la ejecución de sus grandes proyectos.

Una distracción era el mejor remedio de conjurar los efectos del espíritu de rebelión, que tan fatales progresos hacía entre los españoles. Colón, comprendiendo la necesidad de ocupar á los descontentos, escogió cierto número de ellos para que le acompañasen á lo interior del país. Esta determinación tenía además el objeto de convencer á los indios de la superioridad de un ejército europeo.

Púsose, pues, en marcha á la cabeza de su tropa, que avanzaba en buen orden, bande-

ras desplegadas y al compás de una música guerrera. Al mismo tiempo mandó ejecutar á sus soldados, principalmente á los de caballería, maniobras que excitaron en el más alto grado la sorpresa de los indios. Como era la primera vez que veían los caballos, se creyeron que caballo y jinete formaban un solo cuerpo, y júzguese, por tanto, cuál sería su espanto á vista de un monstruo, mitad hombre y mitad cuadrúpedo. Casi todos los salvajes huyeron á sus cabañas, y su sencillez era tan grande, que atrancando las puertas con cañas, se creían resguardados del ataque del monstruo.

El 12 de Marzo salió Colón de la Isabela, donde quedaba su hermano Diego para mandar en lugar suyo. La tropa llevaba los materiales necesarios para la construcción de un fuerte, que el Almirante se proponía levantar en la provincia de Cibao, así llamada por los isleños á causa del terreno formado de montañas pedregosas y de rocas, llamadas *ciba* en el idioma del país.

El primer día de expedición no se anduvo

más que tres leguas hasta llegar al pié de una montaña muy escarpada. Los indios súbditos del cacique Guakanahari, que servían de guías á los españoles, entraban sin ceremonia en todas las cabañas que encontraban al paso, y se apoderaban de cuanto les hacía falta á vista y paciencia de los propietarios, que no manifestaban la menor sorpresa. Parecía que todos eran bienes comunes entre aquellos isleños, que tal vez nunca se habían visto.

El rico país de Cibao llamaba la atención de los españoles, no sólo por sus tesoros, sino porque su cacique era el que se había distinguido tan cruelmente contra los primeros colonos. Dirigieron su marcha hacia este punto, y bien pronto conocieron que no les habían engañado en sus narraciones los habitantes de la isla. Ninguna mina había abierta en el país, porque los indios nunca se habían dedicado á las fatigas de penosas adquisiciones y los trabajos de explotación para procurarse un metal que les era casi inútil; pero en todos los

arroyos relucían chispitas y arenillas de oro que las aguas habían desprendido de las montañas, lo que probaba que en ellas se contenía en gran cantidad.

El primer cuidado de Colón, fué que se construyese un fuerte en aquella comarca, para estar seguro de su posesión. Después de haber guarnecido este fuerte, se apresuró á dar la vuelta para anunciar tan felices nuevas á la colonia; pero cuando llegó á ella la encontró en la situación más deplorable.

Habíanse acabado todos los víveres, y amenazaba el hambre, porque no había habido tiempo para cultivar los campos. Las enfermedades propias de los terrenos cálidos é incultos habían acometido á todos los colonos, que esperaban morir víctimas del hambre ó del contagio. Todos lamentaban las funestas consecuencias de la locura que les había hecho perder su salud, sus bienes y su patria, para venir á buscar la muerte bajo un cielo extranjero: todos colmaban de maldiciones á los autores de su

miseria, á los impostores, que trazándoles el falaz aunque seductor cuadro de las ventajas que reportarían en aquellas nuevas comarcas, los habían comprometido en tan fatal empresa. El jefe de los descontentos era un eclesiástico que había venido de España como capellán de la armada, el cual creía hallar alivio de sus males y desahogo de su pena en sus violentas declamaciones contra el Almirante (1).

Colón, amaestrado ya contra esta clase de insurrecciones, y familiarizado con los peligros en tantos como había corrido, encontró en su experiencia y en su firmeza los medios de contener la rebelión y triunfar de ella. Uniendo la prudencia á la energía, la severidad á la moderación, consiguió restablecer la tranquilidad, y después

(1) Era este eclesiástico Fr. Bernal Buil, delegado apostólico. El Rdo. P. D. Fidel Fita ha escrito su justificación *(Boletín de la Academia de la Historia)* que puede condensarse en pocas palabras. Los reyes aprobaron su conducta, desaprobando la de Colón. —Cesáreo Fernández Duro.

de haber tomado las medidas conducentes para que fuese duradera, resolvió ir en busca de nuevos descubrimientos, escogiendo á su hermano Diego para que gobernase durante su ausencia.

Se hizo á la vela con un navío y dos chalupas, dirigiéndose hacia el Poniente. El descubrimiento más importante que hizo en este nuevo viaje fué el de la Jamaica. Ancló á la altura de esta isla, y envió las chalupas tripuladas por hombres armados, para que sondeasen distintos puntos del puerto y viesen si el agua tenía la profundidad suficiente para sostener navíos.

Apenas las chalupas se acercaron á la costa, se vieron rodeadas de una multitud de indios, que en sus canoas trataban de impedir el desembarco de los españoles. Estos emplearon en vano los medios de la persuasión para hacerles renunciar á su proyecto hostil, y viendo que no aprovechaban, les enviaron una granizada de flechas que los hicieron huir en todas direcciones. En aquella época el uso del fusil

no se había generalizado en los ejércitos europeos, en los que muchos soldados conservaban el arco, como principal arma ofensiva y defensiva. El Almirante entró en seguida en el puerto, que se había juzgado practicable, á fin de reparar sus naves que habían padecido alguna cosa: hizo después algunas excursiones por lo interior del país, que por la naturaleza de su suelo y su fertilidad, le pareció todavía más ventajoso que la isla Española, por lo que tomó posesión de la Jamaica en nombre del rey de España.

Desde esta isla navegó hacia Cuba para asegurarse de si en efecto era una isla ó parte del continenté. Desde este momento empieza para él una nueva carrera de peligros y de padecimientos, en cuya comparación le parecieron insignificantes los sufridos hasta entonces. Tan pronto necesita todo su valor y sangre fría para resistir á las terribles tempestades que le asaltan en los sitios más peligrosos de un mar desconocido: tan pronto se ve encerrado entre

rocas y bancos de arena con riesgo de que las naves se vayan á pique de un momento á otro. Encontrábase á veces en baja mar en el momento en que las embarcaciones hacían tanta agua, que todo el equipaje, dando sin cesar á la bomba, podía apenas sostenerlas á flor de agua. Unas veces tenía que sufrir, lo mismo que sus compañeros, el suplicio del hambre y la sed, y cuando por una feliz casualidad, conseguían procurarse algunos refrigerios, él era siempre el último á aprovecharse de ellos, porque olvidado de sí mismo, no pensaba más que en aliviar las penas de sus compañeros. Otras veces tenía que mitigar el descontento de aquellos hombres, que fuera de sí en momentos de desesperación, prodigan á su jefe injustos cargos y amargas recriminaciones, aunque él sea el primero á sufrir todas sus penalidades. Este grande hombre, sereno é inalterable en las más críticas situaciones, se esfuerza con sus palabras y su ejemplo á restituir el valor y la esperanza á sus compañeros,

justificando de este modo la verdad y la exactitud de este bello pensamiento de un antiguo escritor. «No hay espectáculo más sublime que el de un hombre animoso luchando con la adversidad.»

Los habitantes de Cuba, donde Colón desembarcó algunas veces, le enteraron de que aquélla era una isla tan abundante en ciertos sitios de pájaros y mariposas, que oscurecían el aire interceptando los rayos del sol aun en los días claros. Al Norte de la isla, el mar estaba sembrado de islotes, á los que dió el nombre de Jardín de la Reina. Navegando un día entre estos islotes, encontró una canoa de pescadores que llamaron su atención por el raro modo que tenían de pescar. Se valían de unos peces llamados *reves* que tienen los dientes muy cortantes; les ataban á la cola una especie de soguilla bastante larga y luego los echaban al mar. Así que uno de estos pescados encontraba á otro, se le agarraba con los dientes, y los pescadores le sacaban del agua con su presa. De esta suerte pillaron

delante de los admirados españoles una tortuga que pesaba cien libras, á la que el *reve* se había agarrado con tal fuerza que se la trajo consigo hasta la canoa.

Apenas los pescadores divisaron las chalupas que precedían al navío, hicieron señas á los españoles de que esperasen, lo mismo que si los hubiesen conocido toda su vida. Hízose lo que pedían; mas apenas se hubieron apoderado de la tortuga, vinieron á ofrecérsela al Almirante, que agradecido á esta atención, les regaló algunas baratijas de las que ellos recibían con tanto placer.

Mientras que los marinos españoles reconocían estas islas, presenciaron un fenómeno que no sabían explicar: la superficie del mar se presentaba matizada de verde en un paraje, blanca como la leche en otro, y más allá negra como la tinta.

En fin, después de una navegación larga y peligrosa al través de rocas y bancos de arena, anclaron de nuevo en la costa de Cuba, donde desembarcaron. Al tiempo

que se celebraba misa en un altar levantado en la playa, llegó un viejo cacique, que se puso á examinar curiosamente la ceremonia, guardando un respetuoso silencio durante ella. Acabada la misa, presentó al Almirante diversos frutos de la isla, y sentándose en el suelo, acercando las rodillas á la barba, dirigió á Colón un discurso que los intérpretes tradujeron en estos términos: «Desde que has venido con una tropa de hombres armados á estas comarcas que te eran desconocidas, el espanto reina entre nosotros: has de saber, sin embargo, que reconocemos en la otra vida dos lugares adonde las almas deben ir después de nuestra muerte: uño terrible y tenebroso, está reservado á los hombres malos; el otro, mansión de eternas delicias, es para los que quieren la paz y felicidad de sus hermanos. Si tú crees que has de morir algún día, si tú crees que después de esta vida te será devuelto el bien ó el mal que hayas hecho durante ella, espero que no harás mal á los que no te le hacen á ti. Si

he de juzgar por lo que acabo de ver, que es muy loable, tú no tienes malas intenciones, tú has querido solamente dar gracias á Dios.»

Colón le respondió que tenía la mayor satisfacción al saber creían en la inmortalidad del alma: que él no había venido á aquellas tierras para hacer mal á los pueblos que las habitaban, sino que, por el contrario, había sido enviado por el rey de España, su amo, para que la paz reinase entre todos los habitantes de las islas, y para que dondequiera que hubiese hombres crueles y enemigos de sus hermanos, como eran los caribes, los obligase á ser más humanos y á renunciar á sus bárbaras costumbres. Esta respuesta, explicada al cacique, le enterneció, y en la efusión de su sensibilidad, aseguró al Almirante que le seguiría de buena gana á España, si el cariño á su asposa y á sus hijos no le retuviese en el país. Colón le hizo después algunos regalos, que él recibió tan agradecido como admirado, y concluyó por hin-

carse de rodillas, preguntando una y más veces si aquellos extranjeros no habían bajado del cielo para visitar la tierra.

Entre tanto la salud de Colón se resentía de tantos trabajos, fatigas y pesadumbres; un abatimiento total, acompañado de continuo insomnio, le hizo bien pronto perder la memoria, y desesperado de su curación, fué preciso volverle cuanto más antes á la Isabela. Una dicha imprevista le esperaba á su arribo á la nueva ciudad: encontró en ella á su amado hermano D. Bartolomé, que había traído de España los socorros reclamados con tan vivas instancias por el Almirante. Como este era un doble motivo de alegría, contribuyó eficazmente al restablecimiento de la salud de Colón.

Estos dos hermanos, unidos por los lazos del más tierno afecto, estaban separados hacía ya trece años, durante los cuales no habían tenido noticia uno de otro, ni habían podido comunicarse mutuamente cuál era su suerte. Bartolomé, como ya queda dicho, había ido á Inglaterra para

someter los planes de Cristóbal al soberano de aquel reino. Después de negociaciones siempre entorpecidas ó suspensas por causas de distinta naturaleza, Bartolomé había conseguido al fin que fuese aceptada su propuesta. Lleno de ardor y de esperanza volvía á España á traer á su hermano tan feliz noticia, cuando al pasar por Francia, supo que Cristóbal Colón había ejecutado ya la grande empresa, de cuyos peligros y gloria debía haber participado Bartolomé. Cuando éste llegó á Cádiz, Colón había partido ya para su segunda expedición.

Invitado por el Rey á presentarse en la corte, fué recibido de la manera más honrosa; y como por los pliegos de Colón ya se supiesen sus apuros y necesidades, fué elegido por Fernando para llevar socorros al Almirante. La llegada de su hermano salvó á la colonia de la ruina á que la precipitaban el desorden y anarquía que habían reinado durante la ausencia de Colón. Margarita, á quien Colón había confiado el mando de las tropas, se había rebelado, y

no pudiendo realizar sus proyectos contra el Almirante, se había escapado á España con el P. Buil, su cómplice, en uno de los navíos de la flota. Las epidemias, tan comunes en el país, habían reducido á una tercera parte los habitantes de la colonia. Las tropas se habían desbandado en pequeñas partidas, que recorriendo el país hicieron tales violencias á los habitantes, que les obligaron á tomar las armas para castigar á los autores. El levantamiento era casi general, y ya algunos españoles habían sido víctimas, sorprendidos por los indios.

Tan tristes sucesos debían precipitar la ruina de la naciente colonia, porque los indios, pacíficos hasta entonces, empezaban á conocer el porvenir que les estaba reservado, y se estremecían ante la horrible perspectiva de la esclavitud y del hambre con que les amenazaba la dominación española. Acostumbrados á una vida indolente, se contentaban para su alimento con un puñado de maíz ó con la fécula del

casabe (1), planta cuya raíz, análoga á la de la remolacha y el nabo, produce después de pelada una sustancia harinosa. Comparando su frugalidad con el apetito de los españoles, cada uno de los cuales comía por cuatro indios, no veían en aquellos europeos más que unos comedores insaciables, á quién el hambre había arrojado de su país después de agotar sus producciones. Deducían de aquí, que los víveres de su isla no tardarían también en ser devorados por aquellos huéspedes tan glotones, cuya fatal presencia era el presagio de un hambre inminente.

A estas consideraciones, que bastaban ya para convencer á los indios de la necesidad de sacudir el yugo, se agregaban las violencias de los españoles, que acabaron de determinarlos contra sus opresores: acudieron por fin á las armas, y reuniéndose á las órdenes de un cacique formaron un ejército considerable.

(1) *Yuca* se llama la planta; *casabe* es la sustancia farinácea que de ella se extrae.

Cuando Colón volvió á la Isabela, se preparaban á la guerra por una y otra parte: el pueblo haitiense todo entero, á excepción del cacique Guakanahari, fiel á la causa de los españoles, estaba sobre las armas y presentaba una masa de cien mil combatientes, prontos á exterminar aquel puñado de extranjeros que con su conducta habían agotado su paciencia.

No dieron á Colón tanto cuidado los peligros que semejante coalición podía acarrear al establecimiento español, como las injusticias y excesos que habían provocado tanto odio y animosidad contra los europeos: pero había que ceder á la triste necesidad de derramar la sangre de aquellos infelices que sólo querían defender sus propiedades, su libertad y su vida. ¡Triste situación para un hombre tan generoso y humano como el Almirante, y que le inspiró amargas reflexiones la víspera de dar la batalla!

Tal era el estado de las cosas, cuando Guakanahari llegó á ofrecer su auxilio á los

españoles. La necesidad, tanto como las simpatías, comprometían á este cacique á favor de los españoles, porque el afecto que les profesaba le había hecho blanco del odio de los otros jefes indios. Colón, sin embargo, se manifestó muy agradecido á los ofrecimientos y nuevas protestas de Guakanahari, y ambos á dos fueron á ponerse á la cabeza de sus tropas y se prepararon al combate.

V

Combate.—Cien mil indios contra doscientos veinte soldados españoles.—Los perros auxiliares.—Margarita y Buil.—Impuesto exigido á los indios.—Su desesperación y su venganza.—El comisario Aguado. Partida de Colón á España —Efectos del hambre á bordo.—Regreso de Colón.—Preséntase á sus jueces. —Su justificación.—Armamento de otra flota.— Las tortugas del Cabo Verde.—Paso de la línea.—Desesperación de los equipajes.—Los micos del Orinoco.— La boca de dragón.—Una corona de oro en la cabeza de Colón.—Fundación de la ciudad de Santo Domingo.—Rebelión del juez Roldán.—Expedición de Vasco de Gama.—Descubre nuevo camino para las Indias orientales.—Expedición de Ojeda.—Américo Vespucio da su nombre al Nuevo Mundo.—Descubrimiento del Brasil por Cabral.

Hemos trazado hasta ahora escenas de que la humanidad no ha tenido que lamentarse; hasta ahora la grandeza de la empresa concebida por el genio y ejecutada por la perseverancia, la gloria de este maravilloso descubrimiento, que abría nuevos caminos al comercio y á la navegación, hacían olvidar cualquier exceso cometido por

los conquistadores del Nuevo Mundo. Al seguir en sus aventuras á los españoles y á su ilustre jefe, no quedaba tiempo de apreciar ciertos hechos aislados, en los que un atento examen descubriría ya los graves é infalibles síntomas de la larga y sangrienta expiación del descubrimiento de la América.

He aquí llegado el momento en que cesan las falaces ilusiones de la gloria y el envanecimiento del triunfo: la hora postrera ha sonado para vencidos y vencedores, y el Nuevo Mundo va á ser el teatro de tragedias sangrientas, de lúgubres dramas en que la codicia representará un papel abominable. ¡Dichoso el historiador, cuando fatigado con el espectáculo de los horrores y crueldades que hacen tan penosa su tarea, pueda hallar de vez en cuando para su consuelo algunas virtudes y acciones generosas! ¡Dichoso, una y mil veces, cuando entre los dominadores del pueblo americano, encuentre un cristiano digno de este nombre, un amigo de la humanidad!

Los dos ejércitos avanzando uno contra

otro, llegaron á encontrarse, y esperaron la señal de sus jefes para empezar el combate: ¡momento terrible que decidirá de la vida de los españoles ó de la libertad de un pueblo! Por una parte están reunidos cien mil indios, armados de sables de madera, de mazas, lanzas y de flechas, cuyas puntas están formadas de espinas de pescados y pedernales; por la otra sólo se cuentan doscientos infantes y veinte jinetes, con algunos indios auxiliares mandados por Guakanahari. La desproporción es enorme; pero si los españoles no tienen la ventaja del número, la suplen con su táctica y la superioridad de sus armas: tienen además los caballos, y hasta una traílla de perros de presa, para soltarlos contra los indios desnudos, lo mismo que se sueltan contra los jabalíes y otras fieras en las cacerías de Europa. Así, por ambas partes las ventajas eran casi iguales, y era difícil prever el resultado de la batalla.

Colón resolvió diferir el ataque hasta la noche, esperando que las tinieblas aumen-

tarían el espanto que un ataque brusco é imprevisto debía causar á los indios. Como esta era buena idea, pasaron á ejecutarla, dividiendo el pequeño ejército en tres cuerpos al mando del Almirante, su hermano Bartolomé y el cacique Guakanahari. En el momento en que los indios se abandonaban á una fatal seguridad, cayeron sobre ellos, y el furor, los gritos de los españoles, el ruido de la mosquetería, el relinchar de los caballos y los ladridos de los perros les infundieron tal espanto, que después de una corta y débil resistencia se entregaron á la fuga. Unos perecieron á impulso del plomo ó del hierro enemigo, otros fueron atropellados por los caballos, despedazados por los perros ó hechos prisioneros, y la mayor parte se dispersó en los bosques.

La victoria pronunció el fallo que condena todo un pueblo á la sujeción de los europeos, haciéndole humillar su cerviz al yugo y resignarse á todos los padecimientos de una horrible esclavitud. Colón, aprovechándose de su triunfo, recorrió todo el

país donde nadie le hizo resistencia, sometiéndose en todas partes á su autoridad. Pocos meses le bastaron para dejar establecida y asegurada en aquella isla tan poblada la dominación española.

Hasta ahora la conducta de Colón ha sido digna de nuestro aprecio y admiración, acompañándole nuestra viva simpatía en sus arriesgadas expediciones al través del Océano; pero como hombre, al fin debe pagar su tributo á la humana flaqueza.

Los dos enemigos mortales del Almirante, Margarita y el Padre Buil, habían vuelto á España. Colón, que penetraba sus intenciones, sabía que la envidiosa saña de estos dos hombres no retrocedería ante ningún obstáculo para rebajar su mérito, para calumniar sus operaciones, y para desacreditar el resultado de sus descubrimientos en la corte del rey de España, cuya natural suspicacia era la más á propósito para acoger las pérfidas insinuaciones contra Colón. Debía por lo mismo conjurar y li-

bertarse del nublado que amagaba su cabeza, y no podía conseguirlo sino enviando á la corte de España brillantes muestras de aquellas riquezas, que en virtud de sus promesas con tanta ansia se esperaban. Para cumplir estas promesas y satisfacer la ansiedad y codicia de la corte, tuvo Colón que recurrir al medio de imponer contribuciones á los indios. Previno á los que habitaban en los parajes donde había oro, que le trajesen cada tres meses cierta cantidad de este metal, y los demás tenían que traerle en el mismo plazo veinticinco libras de algodón. Esto era más de lo que podían dar aquellos infelices, acostumbrados desde su infancia á una vida indolente, y para quienes era insoportable el trabajar como esclavos á fin de presentar el oro y el algodón, productos que debían disminuir de día en día en virtud de las exigencias del Almirante. Quisieron sustraerse á la cruel necesidad de un trabajo que superaba sus fuerzas, y dirigieron sus quejas á Colón; pero este se mantuvo inflexible, y sus sol-

dados exigieron con rigor el cumplimiento de sus órdenes.

Para libertarse de un yugo insoportable, los pobres indios, aconsejados de su desesperación, tomaron una resolución extraordinaria. Exagerándose la voracidad de los españoles, creyeron que si cesaban de sembrar sus campos de maíz y de casabe, los obligarían por el hambre á salir de la isla. Hasta destruyeron las semillas ya confiadas á la tierra, y de común acuerdo se retiraron á montañas inaccesibles, donde se alimentaron por algún tiempo con frutos silvestres. Este recurso no tardó en faltarles, y entonces ellos fueron los primeros á sentir los efectos del hambre que deseaban sufriesen los demás. El hambre engendró epidemias que aumentaban el número de las víctimas, y los que escapaban de esta doble plaga quedaban tan débiles, que no podían soportar el trabajo que de ellos se exigía. En cuanto á los españoles, la desesperada resolución de los indios les causó serias inquietudes, y aun algunas priva-

ciones, mas después tomaron el partido de cultivar lo que los indios abandonaban, y las nuevas provisiones que llegaban de España los preservaron del hambre, convenciendo á los indios de que por este medio no podían sustraerse de su dominación.

Llegábale á Colón también el momento de padecer, porque había estallado la tempestad que desde lejos le amenazaba. Margarita (1) y el padre Buil habían conseguido el objeto de su viaje á España, habían trazado un cuadro tan triste y desanimador de las tierras descubiertas por Colón, habían presentado su conducta bajo un aspecto tan odioso, que la corte no pudo menos de concebir algunas sospechas. Decidióse enviar á las Indias occidentales un comisario que debía examinar el estado de las cosas, lo mismo que la conducta del Almirante y presentar su informe al rey de España.

(1) Mosen Pedro Margarit: también ha sido justificado por el P. D. Fidel Fita, de la Compañía de Jesús.—Cesáreo Fernández Duro.

Una comisión tan importante exigía tanta probidad como conocimientos; pero el comisario elegido por Fernando no tenía ni una cosa ni otro. Era un tal Aguado, gentilhombre de cámara de la Reina, propuesto por los enemigos de Colón, para que, cómplice de su odio, favoreciese sus proyectos contra el Almirante.

Apenas este hombre, ufano con la autoridad de que estaba revestido, llegó á la isla Española, cuando afectando el tono y los modales de un superior para con el Almirante, tuvo empeño particular en humillarle con su desdén é insultante menosprecio. Invitó á todos los que se creyesen agraviados por Colón, para que viniesen á su tribunal á pedir justicia. Provocó, acogió con ansia todas las acusaciones contra Colón, sin someterlas á las debidas pruebas, porque no deseaba otra cosa más que acumular agravios en virtud de los cuales condenasen á Colón, cuya pérdida había jurado.

Paciencia tenía Colón, y más de una

prueba había dado de su constancia y longanimidad, y á pesar de todo, no pudo resignarse á sufrir las humillaciones de que Aguado le colmaba. Resolvió partir á España para informar y someter su causa á la justicia de los reyes D. Fernando y Doña Isabel, cuya buena fe habían sorprendido. Antes de embarcarse, nombró á su hermano Bartolomé, Adelantado ó Vice-gobernador, para que mandase en la isla durante su ausencia. Por desgracia estableció como jefe de la justicia á un hombre indigno de tan altas funciones y que debía abusar de la autoridad que le confería el Almirante: este hombre se llamaba Roldán.

Creyendo llegar más pronto al término de su viaje, Colón navegó rectamente hacia España. Todos los marinos saben hoy día que los vientos alisios, que en estos parajes vienen siempre del Este, hacen dificultosa la navegación, y que para evitar los vientos contrarios, los navíos que vuelven de las Indias occidentales deben á lo primero dirigirse hacia el Norte. Colón

ignoraba todo esto, y su marcha era tan lenta en la dirección en que se obstinaba su inexperiencia, que al cabo de tres meses todavía se encontraba en alta mar, con las provisiones agotadas considerablemente. Fué indispensable acortar la ración todo lo posible á los hombres que venían embarcados, y Colón, para evitar quejas y murmuraciones, se sometió á las mismas privaciones que el último de sus marineros.

La tripulación, cuya rabia era excitada por el hambre, concibió la horrible idea de deshacerse de los indios que venían á bordo, arrojándolos al mar para no tener que partir con ellos los pocos víveres que habían quedado. Colón, siempre fiel á los principios de humanidad que eran la norma de su conducta, contuvo á los frenéticos contra los indios, y les hizo ver que éstos eran hombres como ellos y que participando de sus padecimientos, debían también tener su parte en el resto de las provisiones. Así consiguió avergonzar á los autores de aquel execrable proyecto, hasta que lle-

gando á las costas de España, pudo Colón presentarse al tribunal que debía fallar entre él y sus acusadores.

Presentóse á sus jueces con noble entereza, con la seguridad que infunden una causa justa y una conducta irreprensible. Pocas palabras le bastaron para justificarse: sus jueces se avergonzaron de haber prestado oídos á la calumnia, y Colón, absuelto, hizo callar de nuevo á sus enemigos. El aborrecimiento enmudeció ante este solemne triunfo del genio y de la gloria, y cuando ostentó á vista de la corte los tesoros que había traido, Fernando y su esposa, con los nuevos honores que prodigaron al Almirante, trataron de hacerle olvidar los perjuicios de una acusación fácilmente acogida.

Apresurábanse por lo mismo, á concederle cuanto pedía y aceptar todas sus propuestas con el mismo entusiasmo de su primer regreso á España. Quería ante todas cosas que el Gobierno garantizase la subsistencia de la colonia fundada en la isla

Española, enviando muchos labradores y artesanos de todas clases, para que la colonia pudiese bastarse á sí misma y subsistir con sus propios recursos. Esta medida tan sábia fué aprobada por el Gobierno; pero otra propuesta que Colón sometió al rey Fernando no hace honor á la perspicacia del Almirante, y fué un grave error, cuyas consecuencias debían ser funestas á los países nuevamente descubiertos.

Como se temía que la considerable emigración de colonos al Nuevo Mundo, llegase á despoblar la España, aconsejó al Gobierno que transportase á la Española todos los malhechores sentenciados á la pena capital ó á galeras, para que se empleasen en beneficiar las minas de oro. Aprobado este consejo, no sólo se sacaron de las prisiones todos los criminales detenidos en ellas, sino que se previno á los tribunales que en lo sucesivo condenasen á ser transportados á las Indias Occidentales á cuantos mereciesen penas de consideración. ¿Cómo un hombre que en tantas ocasio-

nes había dado pruebas de sabiduría y habilidad; cómo es que Colón tan celoso por la futura prosperidad de los establecimientos españoles en el Nuevo Mundo, no calculó el gérmen de confusión y desorden que iba á introducir la llegada de unos hombres corrompidos, y el poblar una colonia con criminales de toda especie?

Aunque eran perentorias las órdenes del monarca para el pronto abastecimiento de la flota, todavía le retardaron las intrigas de los enemigos del Almirante. Al cabo de un año apenas estaban abastecidos los dos navíos que debían llevar á la colonia los víveres y otras provisiones que tanto necesitaba, y cuando al fin estos dos navíos salieron para la Española, volvió á pasar otro año antes que pudiera hacerse á la vela la escuadra en que Colón iba á emprender sus nuevos descubrimientos.

Colon, al embarcarse para esta nueva expedición, siguió nuevo rumbo con la esperanza de encontrar por fin el continente que suponía fuese la India. Al llegar á las

Canarias, continuó navegando en la misma dirección hasta las islas del Cabo Verde, descubiertas por los portugueses; pero al alejarse de Canarias envió á la isla Española la mitad de la escuadra, con orden á los capitanes de los navíos de que acelerasen su marcha para llevar socorros á la colonia. Colón pasó más allá de la *Isla de la Sal*, la primera de las del Cabo Verde, y ancló cerca de una islita estéril, donde los portugueses han establecido un hospital para sus leprosos.

La fundación de un hospital en semejante paraje era debida á una circunstancia singular: las muchas tortugas que vienen de la costa de Africa á depositar sus huevos en la arena de la costa de esta isla, se dejan coger fácilmente, porque, una vez volteadas de espaldas, ya no pueden levantarse. La carne y sangre de estos animales anfibios se empleaban como remedio eficaz y probado contra la lepra; una como alimento y la otra para lavatorios. Además de las tortugas se encontraban en la isla mu-

chas cabras, que se habían multiplicado extraordinariamente desde que un portugués había llevado ocho de Europa. Por lo demás, no se encontraban árboles ni agua dulce, y los leprosos tenían que beber la llovediza que recogían en el suelo. No es, pues, de extrañar que Colón sólo encontrase allí siete personas completamente sanas.

Desde allí, determinado á no volver la proa al Oeste sin haber llegado al Ecuador ó la línea, ese círculo imaginario que divide la tierra en dos partes iguales, siguió navegando al Sur; pero cuando llegó al tercer grado de latitud septentrional, una profunda calma paralizó la marcha de los navíos. Al mismo tiempo los rayos de un sol abrasador caían á plomo sobre los hombres de la tripulación y los aplanaban con su insoportable calor que rajaba los toneles, corrompía el agua y los víveres. El terror y la desesperación reinaban en los navíos, tan ardientes, que se temía estallase en ellos un incendio. Para colmo de desdichas, en aquellos momentos de crisis y espanto para

los equipajes, Colón empezó á sufrir los vivos dolores de la gota, consecuencia de sus fatigas y vigilias.

Al fin el cielo, apiadado de tantos padecimientos, envió una lluvia tan abundante que era casi imposible estar sobre cubierta. Esto en poco disminuyó el calor sofocante; pero al menos los españoles pudieron renovar su provisión de agua. Cesó también la calma que encadenaba en cierto modo los navíos, y la esperanza volvió á renacer en aquellos hombres, cuya vida iba á extinguirse entre las convulsiones de una larga agonía. Suplicaron entonces á Colón que renunciase á su proyecto de navegar hacia el Sur, y, vencido por sus instancias, se dirigió hacia el Oeste.

Después de algunos días de navegación, los gritos de ¡tierra! ¡tierra! resonaron en las gavias, y fueron repetidos por las tripulaciones. La isla que aparecía en el horizonte se presentaba en forma de tres montañas, por cuyo singular aspecto se le dió el nombre de Trinidad, que hoy conserva.

Está situada cerca del desembocadero del Orinoco, donde se encuentran micos muy raros, que se pillan del modo siguiente: Cuando los cazadores divisan algunos de estos animales en lo alto de un árbol, colocan al pie una vasija, en la que han puesto maíz. Apenas se han apartado de allí, baja un mico del árbol y mete una mano en la vasija, de donde no puede sacarla con el puño cerrado, porque le tiene lleno de maíz. Vienen entonces los cazadores y pillan al animal, cuya golosina es tal, que antes se deja coger que soltar el maíz que tiene agarrado.

El Orinoco es un río que, á cierta distancia de Trinidad, desemboca en el mar con tal ímpetu, que hace muy peligrosa la navegación. Las olas, aglomeradas, chocan y se estrellan unas con otras, y, ¡desgraciado el navío que se deja arrebatar por aquel torbellino, porque se expone á ser hecho pedazos! Las naves de Colón corrieron este peligro, envueltas en aquella lucha espantosa de las olas, tan pronto levantadas has-

ta el cielo, tan pronto hundiéndose en el abismo.

Colón necesitó toda su habilidad para salir de aquella posición, por un estrecho tan horrible que le llamó *La Boca del Dragón*, y está situado entre Trinidad y la costa de Cumaná, que forma parte de la tierra firme. Colon había, por consiguiente, descubierto el continente de América, y la vista de un río tan caudaloso como el Orinoco, saliendo de aquella tierra, le había convencido de que no podía ser una isla.

No dudando de que por fin había encontrado el continente americano, siguió el rumbo al Oeste, á lo largo de la costa, á la que bajó varias veces. Los habitantes que halló eran parecidos á los de la isla Española, de los que se distinguían, sin embargo, por su inteligencia, valor y blancura del cutis. Su adorno se componía de hojas de oro y de perlas, que cambiaban con gusto por juguetes de Europa. Uno de ellos se acercó un día á Colón, y quitándole de la cabeza su gorra de terciopelo carmesí, le

puso una corona de oro. Suponiendo, con algún fundamento, que fuese un cacique, Colón le manifestó mucho agrado, y le hizo regalos.

Los indígenas se rodeaban á la cabeza un pañuelo de algodón de diversos colores; otra pieza de la misma tela les cubría por delante, desde la cintura á las rodillas; llevaban una larga cabellera, y usaban arcos, flechas y escudos.

Colón deseaba explorar lo interior del país, pero su mala salud y las averías de sus navíos le obligaron á volver á la isla Española. Navegando hacia ella, descubrió la isla Margarita, célebre después por la pesca de las perlas, y llegó por fin á su colonia, donde esperaba gozar algún descanso, después de las penosas fatigas de tan largo viaje. Pero este momento de reposo estaba aún lejano para Colón; nuevas pesadumbres y peligros le esperaban en la colonia donde dejó á su hermano Bartolomé, y su valor y su salud van á verse sometidos á otras terribles pruebas.

Durante la ausencia de su hermano, Bartolomé había conducido los colonos de la Isabela á otro paraje preferible bajo todos aspectos al que abandonaban, y había echado los cimientos de una ciudad, á la que había dado el nombre de Santo Domingo, en honor de Domingo, su padre. Esta ciudad, floreciente hoy día, ha sido por mucho tiempo una de las más considerables de las Indias Occidentales y ha dado su nombre á toda la isla.

Cuando Bartolomé hubo terminado el establecimiento de esta nueva colonia, se dirigió con parte de su gente hacia los parajes de la isla en que el Almirante no había penetrado aún, con el fin de visitarlos, y dejó al gran juez Roldán en Santo Domingo con el resto de las tropas. Este hombre correspondió á la confianza del gobernador con la más negra ingratitud; buscando medios de perder á los dos hermanos y apoderarse de la autoridad exclusiva en la isla, encontró la ocasión oportuna en la partida de Bartolomé y en la distancia de

Colón, esforzándose con sus pérfidas intrigas á rebelar contra ellos los españoles que mandaba. Consiguió, en efecto, interesar á la mayor parte en sus proyectos y hacerles cómplices de su ambición criminal. Hizo que le eligiesen por jefe, y tomando las armas contra el adelantado, se apoderó de todas las provisiones y aún trató de hacerlo del fuerte construido en Santo Domingo. La vigilancia del comandante, fiel á su deber, hizo malograr esta tentativa, y Roldán, con los españoles comprometidos en su rebelión, tuvo que retirarse á otros parajes de la isla. Dedicáronse entonces á reclutar partidarios entre los indios que en ella habitaban, y se dieron tan buena maña con sus pérfidas sugestiones, que en breve tiempo toda la isla reconoció el dominio de Roldán.

Aún no habían llegado los tres navíos cargados de víveres que Colón había despachado desde Canarias. Era de presumir que hubiesen perecido; pero aunque no había llegado este caso, el Almirante podía con-

tarlos por perdidos. Las tempestades y las corrientes habían apartado á estas naves de su derrotero, y después de andar por mucho tiempo errantes sobre las olas, abordaron por fin á la isla Española, en el paraje ocupado por Roldán y sus cómplices. Roldán se guardó muy bien de dar parte de su rebelión á los comandantes de los tres navíos, y les hizo desembarcar parte de su gente, que se ofreció á conducir hasta Santo Domingo. Tuvo esta astucia el resultado que él se había prometido, porque así que los desembarcados, hombres que la mayor parte salían de las prisiones de España, entendieron los proyectos de Roldán, se alistaron bajo sus banderas, porque allí había más esperanzas de pillaje. De este modo Colón espió, bien á costa suya, el funesto consejo que había dado al Gobierno español.

La llegada de los tres navíos, que entraron en la rada de Santo Domingo pocos días después del regreso de Colón, no podía servirle de mucha utilidad, habiendo des-

embarcado en otra parte de la isla casi todas las tropas que traían, y consumido las provisiones que estaban á bordo, durante tan larga travesía. Roldán, orgulloso con su superioridad y uniendo la insolencia á la perfidia, se burlaba con sus ironías de la debilidad del Almirante, privado de los medios de recobrar su autoridad.

Indignado de tan infame conducta, Colón, deseoso de castigar á un traidor y vengar su injuria, tuvo impulsos de ponerse á la cabeza de los pocos soldados que le eran adictos é ir á atacar á Roldán. Parecíale preferible la muerte en el campo de batalla, al oprobio de aguantar con los brazos cruzados los ultrajes de los revoltosos. Colón, sin embargo, sacrificó sus resentimientos á los intereses de la naciente colonia, impuso silencio á su amor propio que le aconsejaba el violento extremo de la venganza, y estremecido con la idea de una guerra civil, intentó sólo por la dulzura el que los revoltosos entrasen en la senda del deber.

Su primer cuidado fué publicar un indulto general para todos los que abandonasen el estandarte de la rebelión; entró en negociaciones con Roldán, al que prometió también el olvido de lo pasado y conservarle en el alto destino que ejercía anteriormente. Estas negociaciones fueron muy despacio y causaron muchos disgustos al Almirante, pero al fin consiguió lo que anhelaba: pudo felicitarse de haber evitado la efusión de sangre y hecho renacer la concordia y la paz en la isla por el único medio de la conciliación.

Despachó al instante un navío á España para anunciar á la corte el descubrimiento de la tierra firme y la rebelión que había reprimido. Enviaba muestra de las producciones del continente, que consistían en perlas, rieles de oro, y telas de diversos colores de un tejido muy fino. Con esta remesa iba unido el diario ó registro en que había anotado con rigurosa exactitud el itinerario de sus embarcaciones y consignado los hechos más notables de la expedición.

Roldán y sus cómplices enviaron también por su parte al rey de España una Memoria en que se disculpaban acusando al Almirante, y las calumnias de súbditos rebeldes prevalecieron en el ánimo del monarca, más que la verdad fielmente expresada en el informe de Colón.

Es preciso detenerse aquí un momento para dirigir una ojeada á otra parte del mundo, donde se verificaban sucesos de grande importancia, mientras que Colón continuaba sus exploraciones y descubrimientos en las Indias occidentales.

El rey de Portugal se había arrepentido, aunque tarde, del error que le había hecho rehusar tan desdeñosamente las ofertas de Colón, y deseoso de reparar cuanto le fuese posible la falta cometida y de ilustrar su nombre con la gloria de una grande empresa, se decidió á hacer gastos considerables para encontrar alrededor del Africa el camino de las Indias orientales, camino que se buscaba en vano hacía ya mucho tiempo. Hizo, pues, equipar una escuadra, y confió

el mando á Vasco de Gama, marino que á sus profundos conocimientos y talento superior, reunía una experiencia consumada.

Como Cristóbal Colón, Gama tuvo que vencer dificultades al parecer insuperables; pero triunfó como Colón, porque tenía la firmeza de carácter á la que nada podía distraer de la ejecución de los proyectos una vez formados. Así, en vano las costas de Africa, que iba reconociendo por primera vez, le presentan largas cadenas erizadas de rocas, porque él salva impávido sus escollos y sus bancos de arena; en vano las borrascas y los huracanes desencadenan contra él todos sus furores para hacer pedazos sus naves construidas sin arte y sin solidez; su valor inalterable vence todos estos obstáculos, supera todas las barreras que se oponen á su audacia, y llega, por fin, al cabo de Buena Esperanza que es la punta más meridional del Africa. No contento con esto, dobla el Cabo, y avanzando por el lado opuesto llega á Melinda, situada en la costa de Zanguebar.

Esperaba encontrar naciones bárbaras y salvajes como las que había visto por las costas de Africa; mas fué agradablemente sorprendido, hallando en Melinda un pueblo, cuya avanzada civilización recordaba la del Asia. Profesaba la religión mahometana, mantenía activas relaciones de extenso comercio con los extranjeros y aun cultivaba algunas artes de Europa.

Gama ya no dudó de la consecución de su empresa; lleno de confianza y de audacia, volvió á hacerse á la vela, y el 22 de Mayo de 1498 llegó á la costa de la India, que era el objeto de sus deseos y el término de su empresa.

Desembarcó en Calicut, en la costa de Malabar, en la península más acá del Ganges. La riqueza del país, fertil en producciones preciosas de toda especie, la sabiduría de su gobierno regular, la bondad de sus habitantes, excitaron la admiración del jefe portugués; pero tuvo que parar allí poco tiempo, á causa de que los indios se manifestaban poco dispuestos á cambiar

sus ricas mercancías por aquellas bagatelas que tanto apetecían los salvajes. Se apresuró á volver á Europa para anunciar á su Rey el brillante resultado conseguido por la expedición.

Ciertamente que si alguna cosa debe sorprender, es la coincidencia de las arriesgadas expediciones de los navegantes y la simultaneidad de su triunfo. Casi en el momento en que Colón descubría el Nuevo Mundo, la audacia de un navegante portugués relacionaba con la Europa otra parte del globo, ya conocida, es verdad, pero de la que los europeos habían sacado hasta entonces muy poco provecho. Desde esta época, todas las riquezas de la India desembarcaban en los puertos del reducido reino de Portugal. Tanta prosperidad excitó la emulación de los españoles, que á vista de los tesoros recogidos por sus vecinos, se quejaban altamente de la esterilidad y aun inutilidad de sus descubrimientos, que ni siquiera les habían indemnizado del gasto que ocasionaron.

Entonces la afición á lejanas exploraciones se apoderó de todos los espíritus, atormentados con el deseo de hacer descubrimientos; vióse entonces á reyes y repúblicas, nobles y plebeyos, rivalizar en ardor para lanzarse á esta peligrosa carrera, equipar navíos y contribuir á los gastos que exigían remotas expediciones. Uno de los españoles que habían acompañado á Colón en su regundo viaje, determinó á muchos negociantes de Sevilla á que armasen algunos navíos, poniéndolos á sus órdenes para hacer nuevos descubrimientos. Este hombre, llamado Ojeda, pidió al Gobierno permiso para emprender este viaje, y le fué concedido sin consultar á Colón. El departamento de las Indias occidentales era dirigido en aquella época por el obispo de Badajoz, ministro del Rey y enemigo declarado de Colón. No satisfecho el odio de este indigno ministro con humillar á Colón, no sometiéndole el proyecto y pretensiones de Ojeda, no tuvo reparo en comunicar á este último para que le dirigiesen en su expedi-

ción el diario y cartas marinas del Almirante.

Ojeda se asoció para la ejecución de su empresa con un gentilhombre italiano llamado Amerigo Vespucci, ó, según otros, Américo Vespucio. Algunos historiadores aseguran que Américo era negociante de Florencia, y que había nacido hacia el año de 1451. Educado por Antonio Vespucio, su tío, que dirigía una escuela frecuentada por la juventud noble de Florencia, se distinguió por su aplicación á la física y ciencias matemáticas, haciéndose uno de los hombres más instruídos de su siglo. Así es, que no tardó en ejercer grande influencia sobre todos sus compañeros por el ascendiente de su experiencia y alta capacidad. Logrando ser el jefe verdadero de la expedición (1), llegó al golfo de Paria, siguiendo el mismo rumbo de Colón, desembarcó muchas veces para hacer cambios

(1) Apreciación completamente errónea.—Cesáreo Fernández Duro.

con los indios, después siguió á lo largo de la costa para cerciorarse de que aquella tierra formaba parte de un continente. Cuando ya no le fué posible dudarlo, regresó á España, donde hizo valer con tanta habilidad y fortuna los resultados de su viaje, que consiguió se echasen en olvido los derechos y los títulos de Colón al honor de un descubrimiento tan importante y tan glorioso.

La modestia es inseparable de la verdadera grandeza; el hombre de genio, el que merece realmente este nombre, es extraño á todos los cálculos de la vanidad, y á las intrigas de la medianía ambiciosa; espera la gloria sin buscarla, porque la espera de la justicia de sus compatriotas ó de la posteridad.

Tal se había siempre manifestado Colón: al dirigir á la corte de España el diario de su viaje, no había tenido más objeto que el de instruirla. Nunca había pensado en publicarle, precaviéndose de este modo contra una usurpación que no tenía motivo de sos-

pechar. Americo Vespucio, por el contrario, con el orgullo de las almas mezquinas, quería obtener á toda costa un renombre que no merecía. Así, apenas estuvo de vuelta en España, esparció relaciones pomposas de sus viajes, y como estas relaciones estaban escritas con cierta destreza, se llegó á creer sobre su palabra al hombre que mientras Colón guardaba silencio, se alababa de haber descubierto el primero la tierra firme. Acostumbráronse á considerarle como el verdadero autor de este descubrimiento, y arrebató de esta suerte á Colón el honor de imponer su nombre á esta cuarta parte del mundo, que fue llamada América.

Desde entonces se multiplicaron las expediciones y viajes, con el objeto de descubrir nuevas tierras. El rey de Portugal, queriendo sacar partido del descubrimiento del camino para la India oriental, hecho por Vasco de Gama, mandó equipar una flota cargada de mercaderías de todas clases, y confió su mando á Cabral. Conociendo

éste los peligros de una navegación á lo largo de las costas de Africa, se dirigió al Oeste, al través del grande Océano. Apenas hubo pasado la línea, una violenta tempestad le arrojó á costas totalmente desconocidas. Reconoció con la mayor sorpresa que pertenecía á una tierra muy dilatada, y no á una isla, conforme habían creído á lo primero. La casualidad había hecho á Cabral que descubriese el rico Brasil, del que tomó posesión en nombre del rey de Portugal. Le llamó Santa Cruz en honor de la cruz que había fijado, y envió uno de sus navíos á Lisboa para dar parte de tan feliz descubrimiento, acaecido en el año de 1500 (1).

Facilísimo hubiera sido á Colón en su tercer viaje seguir una costa que le habría conducido hasta las Amazonas, después de haber descubierto la isla de la Trinidad (2)

(1) Antes lo había descubierto Vicente Yáñez Pinzón.—Cesáreo Fernández Duro.

(2) Colón, en este y sus anteriores viajes, descubrió y reconoció muchas más islas que las que se refieren en esta obra. Tales fueron : Monserrate, Santa

y las bocas del Orinoco; pero siempre dominado por la ilusión de hallar un camino á la costa oriental de las Indias, siguiendo el mar que se prolonga entre la tierra firme al Mediodía y la Florida al Norte, abandonó unas tentativas que tan brillantes resultados pudieran haber producido á la España. Contribuía no poco á su pronto regreso el cuidado de la naciente colonia.

Nótese al paso, que el Gobierno portugués, dueño del Brasil, inauguró su toma de posesión con la misma falta que tan perjudicial debía ser á las colonias españolas. Este Gobierno, tan imprudente como el de España, envió como primeros colonos al Brasil los criminales y mujeres de mala vida, de que se quería limpiar á Portugal. La corte de Lisboa no se tomaba entonces el mayor interés por este nuevo establecimiento, que tanta importancia había de ad-

---

María la Redonda, Santa Cruz, La Mona, El Monito, Santa Ursula, etc. Hubiera reconocido muchas más á no temer aventurarse con sus naves en los bajíos que las circundaban.—N. DEL T.

quirir en lo sucesivo. El comercio participaba también de esta indiferencia, pues sólo se traían maderas de tinte, micos y papagayos. Todo esto no costaba más que los gastos de transporte, y se vendía pronta y ventajosamente en los diversos países de Europa.

Más adelante, el Gobierno señaló á algunos señores provincias enteras, esperando que tan liberal medida fuese un medio de hacer que las poblasen; en fin, puso el Brasil en arrendamiento, contentándose el Rey con una soberanía casi nominal. Sólo al cabo de cerca de cincuenta años, fué cuando se establecieron á lo largo de la costa diversos pueblos, de los cuales los cinco principales eran Tamaraca, Pernambuco, Ileos, Puerto Seguro y San Vicente.

VI

Triunfo de los enemigos de Colón.—Envíase un nuevo comisario á las Indias occidentales.—Francisco de Bobadilla en Santo Domingo.—Colón es aprisionado y conducido á bordo de un navío.—Sentencia de muerte pronunciada contra los tres hermanos.—Colón conserva sus grillos aunque el capitán de la nave se ofrece á quitárselos.—Su respuesta al capitán.—Indignación general en España contra Bobadilla.—Colón y sus hermanos son puestos en libertad por orden del Rey.—Preséntase á Fernando é Isabel.—Destitución de Bobadilla.—Ovando es nombrado gobernador de las Indias occidentales.—Abolición de la esclavitud.—Nuevo viaje de Colón.—Las primeras almendras de cacao.—La costa de las Orejas.—El cabo de Gracias á Dios.—El secretario tenido por hechicero.—Tortuga viva en el cuerpo de un tiburón.—Las casas en el aire.—Minas de oro de Veragua.—Pesca de las sardinas.—El cacique Quibio, su cautiverio y huida.—Hostilidades.—Resolución de Mendez y de Fieski.

Colón había logrado con su moderación y sabia conducta apaciguar la rebelión de la isla Española; pero la tranquilidad tan difícilmente restablecida, veíase amenazada á cada instante por el descontento de algunos ambiciosos y por sus sordas murmura-

ciones, síntoma de nuevos desórdenes. Roldán, cuya sumisión era aparente, se hallaba siempre á la cabeza de los díscolos, y fiel á su odio y á su sistema de calumnia contra el Almirante, empleaba todos los medios conducentes á presentarle como sospechoso y aun hacerle aborrecible á la corte de España. Su indulgencia, que se interpretaba como debilidad, había comprometido su autoridad en la isla, donde no era respetada ni obedecida. Viéndose precisado á reprimir frecuentes insurrecciones, no tenía tiempo para dirigir á la corte de España memorias justificativas de su conducta ni para continuar la ejecución de sus proyectos de nuevos descubrimientos.

Entretanto que agotaba sus fuerzas por sostener el orden en la colonia estableciendo una administración regular, y mientras explotaba minas que prometían ricos productos á la codicia de sus compañeros y sobre todo á las exigencias de la corte de España, sus enemigos, cada vez más encarnizados, obtenían al fin un triunfo comple-

to y Colón iba á ser víctima de las más odiosas maquinaciones y la más negra ingratitud.

Muchos españoles habían acudido al Nuevo Mundo creyendo encontrar tesoros, y no habían traído á su patria más que desesperación. Engañados en sus esperanzas, acusaban á Colón como causa de sus males, difundiendo por toda España sus denuestos é invectivas contra él. Cubiertos de andrajos, pálidos y mostrando en sus rostros enflaquecidos por las privaciones, las señales de sus largos padecimientos, provocaban y excitaban en su favor la caridad pública, enterneciendo á la multitud, siempre dispuesta á creer sus palabras. Cuando los Reyes se presentaban en público, se veían rodeados por estos infelices, que ostentando á su vista el espectáculo de su miseria, imploraban la justicia de Fernando y de Isabel contra el único autor de su infortunio, contra Colón. Estas escenas teatrales, cuyo efecto era seguro, habían sido dispuestas y combinadas por los enemigos

más poderosos del Almirante. No debe, pues, causar admiración el que Fernando, naturalmente suspicaz y desconfiado, créyese á Colón culpable, y que la reina Isabel le retirase su marcada protección. Nadie se presentó á defenderle, y fué condenado sin oir sus descargos.

Decidióse que pasara á las Indias Occidentales un comisario encargado de averiguar cuidadosamente la conducta del Almirante y con el desmesurado poder de destituirle, si juzgaba esta conducta reprensible, debiendo en este caso reemplazarle en el gobierno de la isla Española. El hombre á quien Fernando confió esta misión, le había sido eficazmente recomendado por los enemigos del Almirante y se llamaba Francisco de Bobadilla. Muy difícil era que la inocencia de Colón no sucumbiese á impulsos de una trama tan bien urdida.

En el momento en que este comisario español, el más terrible de cuantos enemigos había encontrado el Almirante en su glo-

riosa carrera, llegó á la Española, Colón había, como ya queda dicho, pacificado la isla. Las minas se utilizaban por sus desvelos, y el fomento que había dado á la agricultura correspondía á sus esfuerzos con productos, que prometían á la colonia un nuevo manantial de riquezas. Nunca la situación de la isla había sido tan favorable para su justificación; pero su condena estaba resuelta y nada podía apartar de su cabeza el golpe que le amenazaba (1).

La ejecución de algunas providencias tenía ocupado á Colón en parajes distantes de la isla: parece que la justicia y la equidad imponían á su juez la obligación de

(1) Este juicio inexacto de que se han hecho eco los más de los historiadores extranjeros y no pocos españoles, está desautorizado por carta que escribió el rey D. Fernando á D. Diego Colón, explicando las causas porque él y la reina doña Isabel se vieron en la necesidad de privar á D. Cristóbal Colón del gobierno de las Indias. La carta se ha publicado por la Real Academia de la Historia en la *Colección de documentos inéditos de Indias*, tomo I de los *Pleitos de Colón*.—Cesáreo Fernández Duro.

esperar el regreso del Almirante antes de entablar contra él un odioso procedimiento; ¿pero qué importaban la justicia y la equidad á un hombre como Bobadilla? ¿qué consideraciones podían detenerle? Ambicionaba el puesto de Colón, y para conseguirle, claro está que había de condenar al que le ocupaba: no había venido él á la colonia para escuchar una justificación que podía desbaratar los cálculos de su odio y su ambición.

Apenas puso los piés en la isla, se hizo conducir á la casa del Almirante; se instaló en ella declarando que desde aquel instante le pertenecía, y se apoderó de cuanto en ella encontró. Después anunció públicamente, que había sido enviado á la colonia para destituir al Gobernador, é invitó á todos los que tuviesen quejas de él, para que se presentasen ante el comisario del monarca á obtener buena y pronta justicia. Por último, soltó á todos los que estaban presos por orden del Gobernador.

Bien pronto, por un refinamiento de esta

infame conducta, Bobadilla citó á Colón por medio de un alguacil, para que compareciese inmediatamente en su tribunal á dar cuenta de su conducta: enviábale al mismo tiempo una carta del Rey en la que le ordenaba someterse á las disposiciones del enviado extraordinario.

Colón se hallaba rodeado de una tropa leal y tenía consigo á su hermano Bartolomé: podía contar con muchos y poderosos auxiliadores para responder victoriosamente, con espada en mano, á la insolente intimación de su juez, pero le ataba las manos el juramente de obediencia que había prestado á sus Reyes, del que no se creía dispensado, ni aun entonces que autorizaban la más odiosa iniquidad y le entregaban á merced de un Bobadilla. Obedeció, por tanto, presentándose sin titubear en Santo Domingo, y resignado á la suerte que le espera, sufrirá la sentencia que pronuncien.

Llega, pide presentarse á Bobadilla: pero éste no quiere verle ni escucharle. «Que

le pongan unos grillos—exclama—y le lleven á una prisión.» Esta orden bárbara es ejecutada, y Colón, aherrojado, es conducido á bordo de un navío.

¿Cómo no enternecerse é indignarse á la vez, á vista de una escena semejante, al aspecto de un grande hombre, de Colón, tratado como un vil criminal? Sobre la misma tierra que él ha descubierto, al frente de su propia casa, á vista de gentes que le deben respeto y obediencia como á un superior, es donde sufre estas humillaciones, y el hombre infame que después de haberle arrebatado sus bienes pretende quitarle también el honor, le arroja de su casa sin dignarse siquiera concederle una triste mirada: le hace cargar de cadenas, á pesar de su inocencia, y le despide vergonzosamente del país que ha dado á la España, con peligro de su vida, y dando á su Rey mil pruebas de lealtad, valor y desinterés. ¡Mas cuánto resplandece su inocencia en la serenidad heroica, en la resignación con que acepta su desgracia y sufre los ultra-

jes de que le colman! Se deja encadenar sin resistencia; sigue, sin despegar sus labios y sin manifestar extrañeza, á los soldados que le conducen al buque, donde ha de volver á España, expuesto en todas partes á la insultante mofa de los cómplices de Bobadilla.

No estaba aún satisfecho el furor de este hombre; necesitaba, reclamaba otras dos víctimas: los dos hermanos de Colón fueron también cargados de cadenas y conducidos á un navío particular. Fórmase causa á los tres hermanos, y Bobadilla los sentencia á muerte, sin seguir los trámites de justicia; pero retrocede y se estremece ante la ejecución de tan horrible sentencia: figúrasele que algún día podrán pedirle cuenta de aquella sangre tan noble y tan pura que ansía verter sobre un cadalso. Confía, sin embargo, en que su pariente, el obispo de Badajoz, enemigo declarado de Colón, consentirá el que se ejecute la sentencia, y un navío va á transportar los prisioneros á España con el proceso en que

el juez había violado tan descaradamente todas las leyes y todos los principios de justicia y humanidad.

Apenas se hicieron á la vela los navíos en que iban Colón y sus hermanos, el capitán, lleno de respeto y compasión á su ilustre preso, se llegó á él para quitarle los grillos. «Vuestro preso — dijo el Almirante—debe seguir conforme se os ha confiado: estos grillos que queréis quitarme, los llevo puestos de orden de mis soberanos; sólo ellos tienen poder de mandármelos quitar, y yo me quedo con ellos para probarles mi completa obediencia.» Siguió, pues, con los grillos hasta llegar á España.

Bobadilla, queriendo quitar á los presos todos los medios de acudir ó apelar á la justicia de la reina Isabel, había prevenido que fuesen entregados al obispo de Badajoz; pero un piloto llamado Martín, compadecido de las desgracias del Almirante, pudo desde el navío partir á la capital y entregar á la Reina una carta de Colón, en que la informaba de cuanto había sucedido

en la isla Española, y del modo que tenían de abusar de su nombre y de la autoridad confiada á un malvado (1).

Al saber que Colón había llegado á España; al leer los pormenores del horrible trato que le habían hecho sufrir, la reina Isabel fué dolorosamente sorprendida, porque en la corte estaban muy distantes de suponer que Bobadilla pudiera abandonarse á tales excesos. Estas violencias con un hombre de mérito superior, y que había tanto bien merecido de la monarquía española, fueron altamente vituperadas por Fernando y su esposa, quienes precaviendo el escándalo que este suceso había de causar en Europa, enviaron al instante un correo con orden de que en el acto se pusiese en libertad á Colón y á sus hermanos. Des-

(1) Alonso de Vallejo y Andrés Martín, fueron los capitanes de las dos naves en que venían embarcados Colón y sus hermanos, los que se ofrecieron á quitarles los grillos, y los que apenas llegaron á España, dispusieron enviar á la corte persona de toda su confianza para entregar las cartas de Colón antes de que llegasen las de Bobadilla.—N. DEL T.

pués el Almirante fué llamado á la corte por medio de una afectuosa invitación de la Reina, y se le entregó el dinero necesario para que pudiera presentarse con el decoro suficiente y conforme á su rango.

Apenas entró en la sala donde el Rey y la Reina le esperaban, se arrojó á sus piés; su emoción era tan fuerte y tan profunda que no pudo hablar, pues le había privado en cierto modo del uso de la palabra. En fin, repuesto de su turbación y seguro de su inocencia, pronunció con voz firme un largo discurso, justificándose de las calumnias de que era víctima. Sus palabras convencieron á Fernando é Isabel de que les habían engañado indignamente acerca de la conducta de Colón. Manifestaron sinceramente su pesadumbre al Almirante, le hicieron nuevas protestas de su gratitud, y para probarle lo dispuestos que estaban á reparar los perjuicios de que podía quejarse, destituyeron á Bobadilla.

A pesar de todo, su sagaz política les hizo temer el resentimiento de un hombre

cuyo mérito habían desconocido y cuyos eminentes servicios habían tan mal recompensado, y creyeron que sería peligroso conservarle en el desempeño de unas funciones que le proporcionaban tan fácil venganza. En consecuencia, el Almirante fué retenido en la corte bajo pretextos imaginados para lisonjear su amor propio, pero que no le engañaban, y D. Nicolás de Ovando fué nombrado gobernador de las Indias Occidentales.

En vano Colón hizo valer los solemnes tratados que le garantizaban este gobierno durante su vida, y se le aseguraban perpetuamente á su familia; en vano reclamó contra la nueva y patente injusticia, que le destituía de su empleo, como un administrador culpable, después que el Gobierno había reconocido y proclamado su inocencia: estas quejas no fueron escuchadas, y Ovando siguió con el gobierno de las Indias Occidentales.

Resentido de la desleal conducta del Gobierno español, Colón no fué ya dueño de

contener su indignación, manifestándola en sus amargas quejas y reconvenciones contra la corte de España. Desde entonces llevó siempre consigo los grillos con que le habían aprisionado, los enseñaba en todas partes como un testimonio de la ingratitud con que habían pagado sus servicios, los tenía siempre á la vista, y aun mandó que después de su muerte los enterrasen con él (1).

Mientras que el Almirante, sacrificado á una política ingrata y suspicaz, se desahogaba en inútiles quejas, Ovando se disponía para ir á ocupar el importante puesto á que el Rey le había elevado. La flota puesta á sus órdenes, era la más considerable de cuantas el Gobierno español había enviado hasta entonces á las Indias Occidentales. Constaba de treinta y dos velas, y tenía á bordo dos mil quinientos hombres, cuya mayor parte iba á establecerse en la isla Española.

(1) Vulgaridad bastante extendida.—Cesáreo Fernández Duro.

Ovando partió al frente de esta grande expedición, dejando á Cristóbal Colón paralizado de improviso en su noble carrera, y con el sentimiento de ver que otro iba á arrebatarle el fruto de sus trabajos. La llegada del nuevo Gobernador á la isla Española preservó á la colonia de su ruina total. Las locuras é injusticias de Bobadilla la habían puesto en situación muy crítica: reinaba un desorden espantoso á consecuencia del sistema adoptado por aquel hombre, para conservar el poder que había usurpado á costa de un delito. Ansioso de captarse el favor de la plebe, que era su principal apoyo, había anulado los sabios reglamentos establecidos por Colón, autorizando así todos los excesos de la licencia, bajo el nombre de una libertad de que sólo los españoles podían gozar.

Su predecesor había considerado como uno de sus principales deberes, el proteger á los infelices indios contra el mal trato de los españoles; sus disposiciones paternales, sus ordenanzas, dictadas por la humanidad,

habían evitado la opresión que amenazaba á los indígenas; pero Bobadilla hizo tan poco caso de los indios, que gracias á él los españoles pudieron ser crueles impunemente. Hizo el censo de la población y distribuyó los habitantes en calidad de esclavos entre todos sus partidarios, cuya codicia pensaba satisfacer con este favor. Estos obligaron á los indios á trabajar en las minas, recurriendo al castigo para que se sujetasen á un trabajo penoso que excedía á sus fuerzas, y del que algunos eran víctimas. Ovando llegó muy á tiempo antes que las minas se convirtiesen en sepulcro de la población indígena.

Lo primero que hizo el nuevo Gobernador, así que llegó á la isla Española, fué destituir á Bobadilla, enviarle juntamente con Roldán á España, para que diesen cuenta de su conducta. Después, en virtud de las órdenes de Fernando, abolió la esclavitud y proclamó la libertad de los indios, que tuvieron por fin garantías contra la violencia. La excesiva codicia de los españoles fué

reprimida con otras leyes, y el nuevo Gobernador, al permitirles la explotación de las minas, les impuso la condición de que habían de reservar una parte del beneficio para el Rey como soberano de la isla.

En cuanto á Colón, preciso es figurarse á este grande hombre abatido con tantas pesadumbres; mas siempre con la esperanza de que, á fuerza de reclamaciones, haría que aquella corte ingrata se arrepintiese de su conducta desleal. Con la fuerza que le daba su derecho, fundado en solemnes convenios, no pedía gracia, sino justicia. Manifiesta sin cesar, ostenta el contrato autorizado con la firma del Rey, aquel contrato en virtud del cual debe ser Virrey de las tierras que descubra; pero sus enemigos responden á sus quejas y á la ostentación de sus derechos y sus títulos con el ultraje de un desdeñoso silencio.

Colón no quería condenarse á un solitario retiro donde no presenciase el triunfo de la envidia y de la bajeza. Meditando la ejecución de nuevos proyectos, la muerte

le parecía preferible al reposo. Tal vez se le ocurrió por algunos momentos el ofrecer sus servicios á otro soberano; pero las otras cortes, ¿valían más que la de España? Bien sabía él, por experiencia, cómo responder á esta pregunta.

En su último viaje se creyó á lo primero que la costa que había descubierto era una parte de la India, que suponía llegaba hasta allí; pero desengañado de su error por diversas circunstancias y sobre todo por sus propias observaciones, estaba ya casi convencido de que aquella costa pertenecía á un nuevo continente (1). Esta opinión le hacía presumir que entre este continente y la India pudiera haber un extenso mar, y que si hacia el istmo de Darien el mar Atlántico comunicase con este océano desconocido se podría pasar por este estrecho á la India.

(1) Colón murió creyendo haber llegado al Asia, y la carta que durante este último viaje escribió á los Reyes desde Francia lo prueba. — Cesáreo Fernández Duro.

En concepto del Almirante, era de alta importancia el asegurarse de si este estrecho existía, porque en este caso se ahorrarían muchos rodeos y dilaciones á los navíos que yendo de España á la India atravesando la América no tendrían que seguir el camino alrededor del Africa, descubierto por Vasco de Gama. Cruelmente ofendido se hallaba Colón por la corte de España, y sin embargo olvidó las injusticias y humillaciones que le habían hecho sufrir; haciendo al universo, á quien aún quería ser útil, el generoso sacrificio de su justo resentimiento, se determinó á arrostrar los peligros de un nuevo viaje y á exponer su vejez á las contingencias de una remota expedición.

El proyecto del Almirante fué bien recibido en la corte, porque proporcionaba la ocasión y el medio de alejar á un hombre cuya presencia era un estorbo. Fernando é Isabel creían satisfacer á Colón con esta nueva empresa, y atendida su habilidad esperaban de ella los más felices resulta-

dos. Por esto se apresuraron á mandar se equipase una escuadra para ponerla á sus órdenes.

Cuatro miserables navíos componían esta escuadra, y todavía la mayor de estas embarcaciones no llegaba á la mitad del porte de un buque mercante ordinario. Tales eran las fuerzas que ponían á disposición de Colón para una empresa de tanta importancia (1); con una escuadra semejante debía lanzarse á un mar remoto, desconocido, y hallar un camino por donde el Gobierno español esperaba apropiarse las riquezas de la India, quitando á los portugueses las ventajas inmensas de su monopolio.

Aquí principalmente es donde hay que admirar la intrepidez de Colón; otro que él hubiera retrocedido con espanto al ver las dificultades de una empresa que tan escasos recursos contaba á vista de los peligros

(1) Pusiéronse á disposición de Colón los elementos que él mismo pidió.—Cesáreo Fernández Duro.

de una expedición en tan mezquinas embarcaciones. Entusiasmado con el recuerdo de su primer viaje, rejuvenecido en cierto modo con la esperanza de nueva gloria, no titubeó un instante en embarcarse. Llevaba consigo á su hermano Bartolomé y á su hijo primogénito, de edad de trece años, y que debía ser algún día quien escribiese su vida.

Colón se hizo á la vela desde Cádiz el 11 de Mayo de 1502, diez años después de su primera expedición. Se dirigió, según su costumbre, á las Canarias, sin más obstáculo que la marcha lenta de la mayor de sus naves. Se dirigió hacia Santo Domingo para cambiarla por otra, y apenas estuvo á la altura de la isla hizo saber á Ovando el motivo de su llegada, pidiéndole permiso de entrar en el puerto, que le fué negado por el Gobernador. Colón, como experimentado marino, conocía por indicios seguros que iba á estallar un terrible huracán; por lo tanto, suplicó á Ovando que le permitiese guarecerse en el puerto mien-

tras pasaba la tormenta. Disponíase el Gobernador por entonces á enviar á España una flota considerable, y Colón creyó que debía advertirle el peligro que corría si no dilataba su partida por algunos días más.

Ovando fué inflexible: menospreció el aviso de Colón, burlándose de un pronóstico que miraba como un desvarío ó un cálculo de mala fe. Volvióse á prohibir la entrada del puerto á la escuadra del Almirante (1), y la gran flota equipada por Ovando se hizo á la vela para España; pero los acontecimientos justificaron bien la previsión del Almirante. Colón, preparado contra el huracán, preservó á sus navíos del naufragio con sus sabias precauciones; pero la rica flota que se había hecho á la vela para España pereció casi toda; de las diez y ocho embarcaciones de que se componía sólo tres se salvaron. Bobadilla y Roldán, que se habían embarcado en esta

(1) Fueron los Reyes los que le prohibieron tocar en la isla Española, por fundadas razones. Colón desobedeció el mandato. —Cesáreo Fernández Duro.

flota, recibieron el castigo de su odiosa conducta contra Colón, yéndose á pique con todas las riquezas, fruto de sus rapiñas en la isla Española. Ocurrió una circunstancia muy notable en este naufragio: habían colocado los restos de los bienes de Colón en el peor navío de la flota, y éste fué el que menos padeció y el único que pudo continuar su rumbo á España, porque los otros dos tuvieron que volverse á Santo Domingo á causa de sus considerables averías. Hubo espíritus supersticiosos que, lejos de ver en esta circunstancia un efecto de la justicia divina, creyeron que Colón era un hechicero y que con la ayuda de sortilegios y el concurso de espíritus poderosos dóciles á sus órdenes había excitado aquella tempestad para vengarse de sus enemigos. Así es como explicaban la conservación del navío que llevaba los bienes del Almirante.

Indignado contra el implacable Gobernador de una isla donde hasta le rehusaban un refugio para escapar de una horrible

tempestad, Colón se hizo á la vela al Oeste y hacia el continente con sus buques, que habían padecido alguna cosa.

En este viaje corrió muchos peligros y abordó por fin á una isla llamada Guanaja, situada á corta distancia del continente por la parte de Honduras. Apenas ancló tuvo buen cuidado de enviar á reconocer aquella tierra. Dió esta comisión á su hermano Bartolomé, que al llegar á la costa, acompañado de otros hombres, se encontró una barca india, construida con mejor arte que las canoas de los salvajes. En medio de esta barca, muy larga y de ocho piés de ancho, se elevaba un cobertizo de hojas de palmera que recordaba el de las góndolas de algunos países de Europa; bajo este techo había muchas mujeres y niños y se contaban además en la barca veinticinco hombres.

Quisieron alejarse de los españoles; mas al ver que éstos les daban caza, se rindieron sin hacer uso de sus armas. Se procedió á registrar la embarcación y se halla-

ron colchones, camisas sin mangas, de hilo, de algodón y otros vestidos; también las telas de que las mujeres se servían, como de mantas; grandes espadas de madera, cuyo doble filo estaba formado por pedernales, sujetos en una juntura con hilo y resina; hachas de cobre y otros utensilios del mismo metal. Estos salvajes estaban desnudos, á excepción del medio del cuerpo, cubierto con una tela de algodón. Sus alimentos eran casi los mismos que usaban los naturales de la isla Española; sólo que su bebida habitual consistía en una especie de cerveza hecha con maíz cocido. Se halló también en la barca una corta cantidad de almendras de cacao, las que los indios tenían en mucha estima, porque les servían de moneda; éstas fueron las primeras almendras de este género vistas por los europeos.

Colón, muy satisfecho por un encuentro que podría proporcionarle las noticias que le eran tan necesarias, encargó á sus compañeros que tratasen á los indios con el

mayor miramiento á fin de atraerlos y ganarse su amistad. Cambió con ellos algunas mercaderías, y cuando hubieron respondido á las importantes preguntas que les hizo, les restituyó su gran canoa, concediéndoles permiso de ir donde quisiesen. El Almirante se quedó con un viejo, dotado, al parecer, de una inteligencia superior á la de los demás indios, sin que este anciano manifestase sorpresa ni pesadumbre por verse prisionero á bordo. Colón le destinaba á servir de intérprete y medianero en sus relaciones con los salvajes.

Gracias á las indicaciones de este indio, que se expresaba por signos, Colón supo que en una vasta comarca situada al Oeste, había mucho oro; que los habitantes llevaban en la cabeza coronas de este metal y gruesos anillos también de oro en los brazos y piernas, y que guarnecían de oro las mesas, las sillas y los cofres. Habiéndole presentado al indio corales, especias y otras producciones, aseguró que también abundaban en aquel fertil país. El anciano

quería, sin duda, significar el territorio de Méjico. La perspectiva de tantas riquezas excitaba fuertemente la codicia de los compañeros de Colón, que pedían con vivas instancias ser conducidos á un país que tanto les ponderaban; pero el Almirante, subyugado por el deseo de lograr el objeto de su viaje, resistió á los ruegos de la tripulación, y sordo á sus murmuraciones, siguió el rumbo al Este, costeando la tierra firme.

Se dirigió de la costa de Honduras hacia el Este, esperando encontrar el estrecho que, según las aserciones de los salvajes, debía hallarse hacia aquel paraje; pero unos y otros se engañaban. Los indios habían tenido por un istmo el estrecho que Colón les dibujaba, y le habían enviado al de Darien.

Siguiendo la expedición su camino á lo largo de las costas, encontró hombres más salvajes que los que se habían visto hasta entonces, y cuyo género de vida era muy diferente. Estaban enteramente desnudos,

comían la carne y pescados crudos, sin ninguna especie de condimentos. Sus orejas, estiradas con los objetos que de ellas colgaban, les caían casi hasta los hombros; todo su cuerpo ofrecía una extraña variedad de figuras de animales, como leones, ciervos y otras especies trazadas con ayuda del fuego. Los personajes más importantes entre aquellos indígenas, se distinguían por sus gorros, azules ó encarnados, de tela de algodón. Unos se pintaban el rostro de negro, otros de encarnado, otros con rayas de varios colores, y había también algunos que sólo se pintaban los labios, las narices y los ojos. Tenían en las orejas unos agujeros tan grandes, que podía pasar por ellos un huevo de gallina. Esto es lo que determinó á Colón á dar á este país el nombre de *Costa de las Orejas.*

Continuando su rumbo, aunque con lentitud, porque los vientos contrarios y las corrientes retardaban su marcha, llegó á un promontorio que daba vuelta hacia el Sur, siendo favorecido para seguir en esta

dirección por el mismo viento contra el que había luchado por tanto tiempo. Puso á este promontorio el nombre de *Gracias á Dios*, como un testimonio de su agradecimiento á la Providencia, que le había concedido este nuevo beneficio.

Fondeó pocos días después en otro paraje, y en el momento en que los españoles se preparaban á bajar á tierra, vinieron los salvajes armados y en sus canoas para oponerse al desembarco; mas cuando conocieron que los españoles no tenían intenciones hostiles, se acercaron sin desconfianza y quisieron venderles sus géneros, que consistían en armas de toda clase, como mazas, ballestas, bastones de madera negra y dura, cuya extremidad presentaba una punta muy aguda, formada con una espina de pescado, chalecos de algodón y pedacitos de oro de bajo color, con que adornaban su cuello.

El Almirante les distribuyó bagatelas de Europa, en cambio de las cuales nada quiso tomar, cosa que desagradó mucho á los

indios. Instaron entonces á los españoles para que bajasen á tierra; pero viendo que se resistían á sus instancias, creyeron que se desconfiaba de ellos, y, para evitarlo, enviaron á los españoles un anciano de figura venerable. Llevaba un estandarte, sin duda como signo de paz, y le acompañaban dos jovencitas con el cuello guarnecido de placas de oro. Pidió ser presentado al Almirante, que recibió con su habital bondad al anciano y á las jóvenes. Después que les dieron de comer y les regalaron vestidos europeos, los enviaron á tierra, muy satisfechos del recibimiento que les habían hecho los españoles.

Al día siguiente, el hermano de Colón bajó á tierra y se quedó sorprendido al encontrar en la costa los objetos que se habían regalado á los indios. Creyóse que esto sería por efecto de la delicadeza de los indios, que no querían recibir regalos á que ellos no correspondiesen. En el momento en que el hermano de Colón desembarcó, fué recibido por dos jefes indios que le abrazaron,

invitándole á sentarse junto á ellos en la hierba. Condescendió Bartolomé, para hacerles diversas preguntas por medio del intérprete indio, y su secretario se preparó á escribir las respuestas. Mas apenas los salvajes vieron la pluma, el papel y el tintero, se levantaron dando muestras de repentino espanto, y huyeron juntamente con los demás habitantes que por curiosidad se habían reunido alrededor. Los indios se habían imaginado, por efecto de su ignorante y crédula superstición, que el secretario era un hechicero; habían tomado la pluma, papel y tintero por instrumentos de magia, con los que el encantador iba á proceder á alguna operación funesta para ellos. Costó mucho trabajo el desengañarlos acerca de la persona del secretario, y no consintieron en acercarse á los españoles, hasta haber empleado los medios que juzgaban á propósito para librarse del maleficio. Este preservativo consistía en cierto polvo que arrojaron hacia los españoles, produciendo un humo al que atribuían sin

duda el poder de conjurar los sortilegios, y el que dirigieron más particularmente hacia el hombre que miraban como un hechicero.

Llevaron después á Bartolomé á su población, donde nada encontró notable mas que un grande edificio todo de madera que servía de cementerio á los habitantes. Vió en algunos sepulcros cadáveres envueltos en telas de algodón, y entre ellos había uno que estaba embalsamado. Cada sepultura estaba cerrada con una plancha cubierta de figuras de animales, y cerca de algunas estaba colocado el retrato del difunto, con extraños adornos.

Al otro día, el Almirante retuvo á bordo algunos naturales del país, para obtener de ellos nuevos datos; pero los otros, no viendo regresar á sus paisanos, se imaginaron que los retenían presos para hacerles pagar el rescate. En esta creencia, enviaron á Colón unos comisionados para ofrecerle dos marranillos, suplicándole que, en cambio de aquellos animales, les entregase los pre-

sos, cuyo cautiverio tenía consternada á toda la población. Colón les hizo entender que sus compatriotas no estaban presos; les prometió que pronto los enviaría, y les pagó el precio de los cerdos, con lo que los diputados se retiraron muy satisfechos de su entrevista.

Los dos cerdos que habían traído quedaron sobre cubierta, donde se hallaba también un gato montés, tan grande como un galgo de los de casta pequeña, y que había sido cogido por un marinero, después de romperle una pata. Este animal, tan ágil como una ardilla, cuya vivacidad iguala, se le asemejaba además en sus costumbres, saltando de árbol en árbol y colgándose con la cola de las ramas. Así que los cerdos le vieron, tuvieron mucho miedo y quisieron escapar; pero los marineros cogieron uno y le plantaron delante del gato. Al instante saltó encima de él, y enroscándole la cola alrededor del hocico para apretársele, se agarró tan fuertemente con las patas delanteras á la cabeza del cerdo, que le hu-

biera muerto si los marineros no le hubieran hecho soltar su presa.

Después de algunos días de navegación, llegó el Almirante á la embocadura de un río, y determinó que algunos soldados bajasen á tierra; pero una multitud de indios armados acudieron á la orilla para oponerse al desembarco. Se metieron más de ciento en el mar, y adelantándose, con el agua á la cintura, blandían sus lanzas, tocaban sus instrumentos bélicos, arrojaban agua á los españoles y les escupían hierbas mascadas, para darles á entender su odio y desprecio.

Los españoles no hicieron caso de estas demostraciones amenazadoras, y permanecieron impasibles, conforme á las órdenes del Almirante, que les había encargado una gran moderación.

Asombrados de la actitud pacífica de los españoles, los salvajes suspendieron al fin sus movimientos hostiles, y establecieron relaciones comerciales, que valieron á los españoles diez y seis placas de oro, valor

como de ciento cincuenta ducados, en cambio de unos cuantos cascabeles.

Habíanse conducido los españoles con mucha moderación; pero los indios, desconociendo el motivo que les hacía obrar así, le creyeron efecto de su cobardía y debilidad, y al día siguiente, cuando la chalupa quiso acercarse á tierra, dispararon contra ella sus azagayas. Un ataque tan temerario obligó á los españoles á probar á los indios que no les tenían miedo. El Almirante mandó disparar un cañonazo, y al mismo tiempo una flecha de la chalupa hirió á uno de los acometedores. Todos huyeron entonces, y los españoles saltaron en tierra, no para perseguir á los indios, sino para hacerles señas de que volviesen. Los salvajes, conociendo que los hombres blancos no querían hacerles mal, aunque tenían poder para ello, abandonaron sus armas y volvieron á la costa para continuar amistosamente el cambio de placas de oro.

El Almirante tomó todos los informes que le eran necesarios acerca de la naturaleza

del país, sus diversas producciones y las costumbres de sus habitantes: después se hizo á la vela para seguir costeando con la esperanza de hallar al fin el estrecho que tanto buscaba. Llegó á una ancha bahía que formaba un puerto espacioso y seguro: cerca de esta bahía se divisaba una considerable población india, alrededor de la cual había tierras bien cultivadas. Colón dió á este paraje el nombre de Porto-Bello.

Los españoles no tuvieron queja de los habitantes de la población que se apresuraron á traerles hilo de algodón y víveres, en cambio de clavos, agujas y otros objetos de poco valor. Avanzando ocho millas más lejos, llegó Colón al sitio en que después ha sido edificada la ciudad de *Nombre de Dios*. El temporal le obligó á permanecer allí algunos días, de los que se aprovechó para reparar sus navíos que estaban en bastante mal estado. Quiso seguir su viaje; pero contrariado aún por el mal tiempo, hubo de acogerse á un puerto que llamó *del Retrete* ó la retirada.

Los habitantes del país se manifestaban al principio muy complacientes con los españoles, pero ofendidos por algunos marineros imprudentes, se irritaron contra aquellos extranjeros y formaron proyectos de venganza. Confiando en su excesivo número, que se aumentaba á cada instante, se dispusieron á un ataque general para apoderarse de los navíos. Colón, que á toda costa quería evitar la efusión de sangre, se esforzó en vano á desarmar á los indios por medios de conciliación: después, viendo que nada obtenía con dulzura, recurrió á las amenazas; pero todo fué inútil. Entonces mandó disparar un cañonazo, solo con pólvora, creyendo que el ruido bastaría para espantar á los indios; pero no logró el objeto que se había propuesto. Los salvajes viendo que no habían sido aniquilados por el rayo, creyeron que era nulo su poder, se hicieron más insolentes, y dando grandes alaridos y palos en los árboles, expresaban el desprecio que hacían de aquel inútil estruendo que había causado

su asombro. Colón se vió en la necesidad de hacerles sentir los efectos de la artillería que se atrevian á despreciar, y mandó disparar con bala á una colina en que había muchos indios. Conocieron entonces que aquel trueno daba también la muerte y huyeron espantados á los bosques.

De todos los indios encontrados hasta entonces, estos eran los más hermosos y mejor formados, notables por su esbelto talle y elegantes proporciones de su cuerpo; no presentaban la deforme protuberancia del abdomen, que daba un aire tan grotesco á los otros habitantes de estas comarcas. Los españoles vieron en el puerto muchos grandes caimanes. Estos animales, cuando están cansados, se van á dormir á la costa y exhalan un olor muy subido de almizcle: parecen tímidos si se les ataca; pero esto no quita el que traten de pillar á los hombres para devorarlos.

Colón, desanimado, renunció al fin á la esperanza de hallar el paso desde el Océano Atlántico al mar del Sur. La pertinacia

de los impetuosos vientos, contra los cuales luchaba ya hacía tiempo, le determinó á desandar el camino para dirigirse á un país llamado Veragua, donde según las noticias de los salvajes, existían ricas minas de oro. Corrió muchos peligros en esta penosa navegación, y asaltado por una violenta tempestad que duró muchos días, tuvo que sufrir una gran escasez de víveres. De todas sus provisiones, agotadas en un viaje de ocho meses, ya no le quedaba para alimentar á la estenuada tripulación, más que un poco de bizcocho corrompido por el calor y la humedad. Además estaba plagado de gusanos, siendo preciso comerle á oscuras, para evitar la repugnancia que debía causar este alimento inficionado.

Por este tiempo fué cuando los navíos se vieron rodeados de una multitud de tiburones. Este pescado, que á veces tiene hasta treinta piés de largo, es muy gordo, y sus monstruosas mandíbulas están armadas de tres hileras de gruesos dientes, con los que corta un brazo ó una pierna como si

fuese con un hacha. Un solo golpe de su cola, que menea sin cesar, puede romper los brazos y piernas y aun matar al hombre á quien alcance. La voracidad de este pez no es menos espantosa, porque se traga todo cuanto le presentan, hasta los garfios de hierro y las hachas. Se lee en las memorias de un viajero digno de fe, que habiendo arrojado al agua el cadáver de un hombre envuelto en un pedazo de lona, conforme se acostumbra en el mar, donde no es posible enterrar los muertos, se pescó al día siguiente un tiburón en cuyo vientre se encontró el dicho cadáver aún envuelto en su mortaja. Los negros de Africa miran como un manjar delicado la carne de este pez, aunque sea aceitosa y exhale un olor desagradable. Antes de comerla la exponen al ardor del sol, hasta que comience á corromperse; es decir, durante unos ocho días.

En cuanto á los compañeros de Colón, la presencia de aquellos monstruos les pareció de mal agüero. Sin embargo, el hambre pudo más que sus temores supersticio-

sos y su aversión á la carne rancia de tiburón. Se decidieron á comerla, porque todavía era preferible al bizcocho que disputaban á los gusanos. Los tiburones, por otra parte, eran fáciles de coger. Sabiendo su extraordinario apetito y que se tragan cuanto les arrojan, los marineros prendían un pedazo de paño encarnado en un fuerte anzuelo sujeto á una cadena de hierro y le arrojaban al mar. Apenas el anzuelo tocaba en el agua, ya un tiburón se prendía en él, y tirando de la cadena le subían al buque. Cogieron uno en cuyo estómago se halló una tortuga viva, la que anduvo sobre cubierta apenas la sacaron de su singular prisión. El estómago de otro tiburón contenía la cabeza de un pescado de la misma especie, echada al mar por los marineros hacía poco tiempo: esto hizo creer que los tiburones se devoran unos á otros.

El Almirante, caminando hacia Veragua, célebre por sus abundantes minas de oro, se vió obligado muchas veces por el tem-

poral á detenerse en varios puntos de la costa, aguardando un viento favorable que le permitiese llegar al país dondé esperaba la justa indemnización de sus penas y contrariedades. En uno de estos países que visitó, le causaron sorpresa las casas que los habitantes habían edificado en el aire, valiéndose casi de los mismos medios que empleó en tiempos antiguos la reina Semíramis para construir sus jardines aéreos, de que hablan con tanto encomio los escritores de la antigüedad. Los salvajes habían construido sus cabañas, apoyadas en las ramas de grandes árboles, conforme antiguamente se fundaban terrados y jardines enteros sobre altas bóvedas. Bajo este aspecto, los indios se parecían á las aves, porque, como ellas, eran habitantes del aire. Sin duda habían adoptado este género de construcción tan extraordinario, para librarse de las inundaciones y de los ataques de animales feroces ó de sus enemigos. Subían á sus cabañas por medio de escalas, que tenían luego buen cuidado de

recoger para que nadie subiese tras de ellos.

En fin, Colón llegó felizmente á Veragua, y todos sus compañeros saludaron con exclamaciones de alegría y de esperanza aquella costa donde debían encontrar tantas riquezas. Anclaron á la entrada de un río al que el Almirante dió el nombre de Belén, porque habían llegado allí el día de los Reyes, que es una de las mayores festividades de la Iglesia católica. Los habitantes le dieron á entender que á pocas jornadas de distancia, río arriba, llegaría á la residencia de su rey, llamado Quibio, ó según otros historiadores Quibián. Decidióse Colón á ir allá, enviando primero á su hermano Bartolomé para que cumplimentase al cacique. Noticioso éste de la llegada de los hombres blancos, se apresuró á salir á su encuentro, y en esta entrevista se hicieron por una y otra parte muchas demostraciones de cortesía y protestas de amistad. Su majestad india quiso visitar al mismo Almirante, que recibió al cacique

con la consideración debida á su rango, y obtuvo su amistad regalándole algunas bagatelas de Europa.

Entre tanto, Bartolomé, guiado por informes más seguros acerca de la verdadera situación de las minas de oro, siguió con su tropa el camino que le habían indicado y vió que no le engañaban. Encontraron el oro á flor de tierra, junto á las raíces de los grandes árboles, y convencido de que la tierra por aquellos parajes ocultaba con abundancia en su seno el precioso metal, recogió algunos granos y volvió á anunciar á su hermano su feliz descubrimiento.

En vista de él, Colón se determinó á fundar una colonia en este país, mandando que inmediatamente se construyesen algunas casas cerca de la desembocadura de Belén. Pusieron al instante manos á la obra, construyendo en pocos días algunas casas de madera cubiertas con hojas de palmera. Colón escogió entre su gente ochenta hombres para formar la colonia, mandada por su hermano Bartolomé. Los proveyó de to-

dos los instrumentos y todas las cosas que podían serles necesarias, y como el río abundaba de peces de todas clases, dejó á los colonos muchos utensilios de pesca. Entre los excelentes peces del río de Belén había una especie de sardinas ó anchoas, las que cogían los salvajes de un modo muy particular. Habiendo notado que saltaban del agua á parajes secos cuando eran perseguidos por otros pescados, cubrían el medio de sus canoas con hojas de palmera y metían mucho ruido con los remos al cruzar el río, con lo que los peces, engañados, saltaban á la canoa, creyendo fuese la tierra, y eran cogidos por los hombres que iban en ella.

Cuando Colón tuvo arreglada la colonia y hubo adoptado las medidas que debían consolidar el nuevo establecimiento, se preparó á volver á España; pero supo de repente que el cacique Quibián, envidioso de que los europeos viniesen á establecerse en su territorio, quería prender fuego á la colonia. Era preciso discurrir medios de

evitar esta desgracia, por lo que el Almirante y su hermano, después de haber deliberado el partido que debían adoptar, acordaron apoderarse del cacique antes que pudiese ejecutar su proyecto; pero esta resolución de los dos hermanos tuvo funestas consecuencias para los españoles.

Bartolomé, acompañado de un buen destacamento de soldados, se dirigió al pueblo de Veragua, cerca del cual estaba la casa del cacique, en lo alto de una colina. Cuando Quibián le vió acercarse, le envió á decir que no llegase hasta su casa, porque él saldría al encuentro del jefe español. Bartolomé se adelantó sólo con cinco soldados, mandando á los otros que le siguiesen á corta distancia, y que al primer tiro que oyesen rodearan la casa de Quibián en términos de que nadie pudiera escaparse.

El cacique nada sospechaba y se adelantó con la mayor seguridad, hasta que los soldados de Bartolomé, cercándole de repente, le hicieron prisionero. Hízose entonces la señal convenida al resto de la tropa;

la casa fué invadida, y cuantos en ella había sufrieron la suerte de su amo sin hacer resistencia á los españoles. Tienen éstos excusa de su conducta en las intenciones pérfidas del cacique, de cuya persona fué preciso apoderarse para salvar sus vidas y la colonia; pero juzgando el hecho con la imparcialidad de la historia, ¿con qué derecho iban ellos á establecerse en las tierras de aquel cacique? No se le puede tampoco á éste acriminar porque tratase de repeler á unos extranjeros que le parecían perjudiciales á él y á su pueblo.

Determinóse llevar al desgraciado cacique, atado de piés y manos, á uno de los navíos, y le metieron de noche en la chalupa sujeto con una cuerda, que apretándole mucho le hizo dar gritos de dolor. Compadecido el hombre que le guardaba, le aflojó un poco, pero sin soltar la cuerda con que había sido atado. Quibián, menos embarazado en sus movimientos, se arrojó de improviso al mar, llevándose tras de sí á su guarda; y hábil nadador, favorecido

por la oscuridad de la noche, burló la persecución de los españoles. Estos se creyeron autorizados para apoderarse de todos los bienes del cacique fugitivo, culpable sólo por haber recobrado su libertad, que le habían arrebatado con un acto de violencia. Su casa fué saqueada, y los españoles se repartieron su oro que valía trescientos ducados.

Quibián, respirando odio y venganza, preparaba terribles represalias á sus enemigos. Adelantándose por un espeso bosque á propósito para ocultar su marcha á los españoles, sorprendió á la colonia, atacándola de improviso con sus tropas, que daban gritos horrorosos y lanzaban flechas encendidas para pegar fuego á los techos de las casas. Esto no lo pudieron conseguir por la mucha distancia, pero se trabó un combate encarnizado que podía ser fatal á toda la colonia. El valor de Bartolomé la salvó, cargando á los indios con tal denuedo, que los derrotó, causándoles una pérdida considerable. Los españoles tuvieron un

muerto y algunos heridos, entre los que se contaba Bartolomé, á quien dieron un flechazo en el estómago, aunque felizmente la herida no fué mortal.

Colón esperaba que esta derrota serviría de lección al cacique para no hostilizar á los españoles; pero no sirvió más que para ponerle todavía más furioso. Su odio prometía á sus enemigos una venganza de que al cabo hubieran sido víctimas si asustados del peligro que les amenazaba no hubiesen declarado que preferían los peligrosos azares de una larga navegación á la suerte que les esperaba en una tierra donde quedaban expuestos á los incesantes ataques de un enemigo tan implacable. El Almirante, viendo su desesperación y el designio que les inspiraba, no pudo rehusarse á recibirlos á bordo, y abandonando uno de sus navíos que ya no podía sostenerse en el mar, se hizo á la vela con los otros tres, también en muy mal estado.

No deseaba otra cosa más que poder llegar á la isla Española con sus buques tan

averiados, porque ya había conocido que nó podían servirle para volver á España; pero la escuadrilla fué acometida por los violentos huracanes, tan frecuentes en aquel mar. La experiencia de Colón, sus consejos y sus exhortaciones no podían infundir ánimo á sus equipajes, en los que reinaba el desorden y la confusión. Sus órdenes no eran ejecutadas, y en vano prescribía las más sabias disposiciones, porque no hacían caso de su voz. Vió perecer uno de sus navíos cuando aún se hallaban á vista de tierra firme, y los otros dos hacían agua con tanta abundancia, que eran precisos todos los esfuerzos de las tripulaciones y el ejercicio continuo de las bombas para que no se fuesen á pique. Colón no se había hallado nunca en una situación tan crítica. Tomó el rumbo para la isla de Cuba, donde esperaba que descansase su tripulación y se pudiesen componer sus navíos tan deteriorados; pero otra tempestad le lanzó lejos de las costas de Cuba, en el momento de abordar á ella. Los dos na-

víos, empujados uno contra otro por un viento impetuoso, chocaron con tal violencia, que todos cuantos iban á bordo creyeron que iban á abrirse en canal, y se preparaban ya á la muerte.

A pesar de todo, las naves resistieron este choque terrible y llegaron hasta la costa de la Jamaica, donde el Almirante consiguió, por medio de una hábil maniobra, hacerlas encallar cuando estaban próximas á irse á pique: si tarda un momento más, perecen él y todos sus compañeros.

La compostura de los navíos presentaba dificultades insuperables, porque eran tan grandes sus averías que no había esperanza de que volviesen á salir al mar. A pesar de todo, el Almirante no quiso demolerlos, juzgando con su acostumbrada prudencia que tal y conforme estaban ofrecerían más seguridad á las tripulaciones que su permanencia en tierra Manteniéndose sobre aquellos restos, se estaba al abrigo de los ataques de los naturales del país, y los españoles tenían menos ocasión de provocar

con alguna imprudencia su descontento y su venganza, perdiendo las ventajas que su alianza y amistad les pudieran proporcionar. Por consiguiente, las naves fueron reparadas por los costados, se construyeron barracas sobre los puentes y se prohibió á las tripulaciones bajar á tierra.

El Almirante pudo felicitarse por tan prudentes medidas, porque los indios no tardaron en venir á bordo, y como se les hacía buen recibimiento, manifestaban mucha confianza y amistad á los extranjeros. Traían víveres en abundancia, y se marchaban muy contentos, después de haber dado dos patos por un pedazo de talco, un pan hecho con la raíz de casabe por una cuenta de vidrio, y los objetos de más valor por un cascabel.

Entre tanto se hacía preciso pensar en los medios de salir de la isla: celebróse un gran consejo á bordo del navío del Almirante para discutir esta cuestión vital. Todos fueron de parecer que se debía dar parte de sus apuros al gobernador de la Española,

suplicándole un navío en el que pudieran embarcarse. ¿Pero cómo le habían de llevar este aviso? El Almirante no contaba más que con una chalupa, y había más de treinta leguas desde la Jamaica á la isla Española.

Los modales afables y la buena fe de Colón habían inspirado á los naturales tan vivo afecto á su persona, que no tuvieron inconveniente en venderle algunas canoas; no eran más que troncos ahuecados, informes y toscos barquichuelos, útiles á lo más para navegar á lo largo de la costa; pero incapaces de resistir al menor golpe de viento y prontos á sumergirse á la primera oleada. Emprender un viaje tan largo con tan frágiles embarcaciones, era exponerse á una muerte casi segura, y sin embargo, estos peligros no aterraron á dos compañeros de Colón. El español Méndez y el genovés Fieschi se expusieron valerosamente para salvar al Almirante y á las tripulaciones. Al conservar los nombres de estos dos varones intrépidos y transmitirlos á la

más remota posteridad, la historia no ha hecho más que rendir el debido homenaje á su heroico sacrificio; ha cumplido un deber de justicia y de agradecimiento para con los salvadores de Colón.

Cada uno se embarcó en su canoa particular, llevando seis españoles y cuatro salvajes que hiciesen el oficio de remeros. Quedó pactado, que así llegase á la isla Española, Fieschi volvería á dar parte al Almirante, mientras que Méndez iría por tierra á Santo Domingo, para desempeñar la comisión de que iba encargado para el Gobernador. Partieron, al fin, acompañados de los ardientes votos de sus desgraciados compañeros, para que tuviesen un próspero viaje.

Habían navegado ya durante cuarenta y ocho horas, sufriendo mucho por el calor insoportable y siguiendo exactamente la dirección que el Almirante les había indicado, cuando se les figuró que se habían extraviado del verdadero camino y que se habían pasado en alta mar, mucho más allá

de Santo Domingo. Considérese ahora la angustia de aquellos hombres, que habiendo agotado ya su escasa provisión de agua dulce, estaban atormentados por una sed ardiente. Algunos salvajes cayeron muertos á vista de sus aterrados compañeros, que esperando la misma suerte, daban señales de una horrorosa desesperación. Creían encontrar algún consuelo llenando su boca con el agua del mar; pero esto no hacía más que refrescar su lengua y excitar más la sed que aumentaba sus padecimientos.

De repente la esperanza vino á reanimar sus almas abatidas y hacerles recobrar su valor. Era de noche, y la luna, presentándose de improviso en el horizonte, les permitió ver, hacia la parte por donde había salido, una eminencia formada por una roca. Apenas la distinguieron, cuando creyendo encontrarse cerca de una isla, procuraron llegar á ella á fuerza de remos. Llegaron, en efecto, pero una triste realidad disipó sus ilusiones: aquella isla donde

esperaban encontrar el término de sus males y de sus padecimientos, no era más que un peñasco estéril, sin rastro de vegetación.

A pesar de su desesperación quisieron recorrer aquel islote. Bajaron de sus canoas, y apenas habían andado algunos pasos, cuando encontraron agua en abundancia en el hueco de las rocas: era agua llovediza, pero clara y fresca como la de una cisterna. El descubrimiento de semejante tesoro les hizo olvidar la templanza tan necesaria después de sus largas privaciones. Se precipitan con ansia sobre el agua y se sacian hasta más no poder: unos pagan instantáneamente con su vida su exceso, y otros, víctimas de la propia imprudencia, la pagan después con calenturas, consunción ó hidropesía.

Aquellos desgraciados habían podido satisfacer la más imperiosa de sus necesidades, pero sufrían otras privaciones no menos crueles. Por una casualidad feliz para ellos, el mar arrojó á la costa algunos pe-

ces, cuya carne pudo entretener su hambre. Entonces los comandantes de las dos canoas resolvieron que sus compañeros disfrutasen algún descanso sobre aquel peñasco solitario durante el calor del día, y se embarcaron á la caída de la tarde. Después de haber remado toda la noche alumbrados por la luna que prestaba este alivio á su triste situación y á los padecimientos que habían sufrido, saludaron por fin con sus gritos de alegría á la costa occidental de la isla Española, donde desembarcaron.

VII

Rebelión de Porras.—Colón abandonado por sus compañeros en la Jamaica.—Vuelta de los rebelados.—Peligro de hambre.—El eclipse de luna.—Sagacidad de Colón.—Guerra civil entre los españoles.—Llegada de un navío á la Jamaica.—Colón se embarca para Santo Domingo.—Su regreso á España.—Muerte de la reina Isabel.—Injusticia de la corte.—Muerte de Colón.—Su sepultura en Sevilla.—Traslación de sus cenizas.—Su retrato.—Administración de Ovando en Santo Domingo.—Espantosa despoblación de la isla Española.—La reina Anacoana.—Perfidia de Ovando para con ella.—Bartolomé de las Casas en América.—Su celo por la causa de los americanos.—El primogénito de Colón cita ante un tribunal al rey Fernando.—Gana el pleito.—Juan Ponce en Puerto Rico.—El perro Becerrillo.—Velázquez en Cuba.—Resistencia del cacique Hatuey.—Es quemado vivo.—Palabras que pronuncia antes de morir.—Una tradición india.—La fuente de juventud.—Descubrimiento de la Florida.

Mientras que Méndez y Fieschi arrostraban tan grandes peligros por socorrer á sus hermanos de la Jamaica, esperaban éstos con la mayor impaciencia la vuelta del que debía anunciarles la feliz llegada de su compañero á la isla Española. Fijos siem-

pre sus ojos en el mar, se consumían en la angustia de tan dolorosa espectativa, hasta que, llegando á desanimarse del todo, desesperaron de que Fieschi volviese, y se persuadieron que los dos enviados habían perecido entre las olas. Forzoso era resignarse á morir lejos de su patria, pues ya no había probabilidad de salir de aquella tierra que iba á ser su sepultura.

Lanzando entonces gritos de desesperación, achacaron al Almirante la causa de su desgracia; le acusaron de haberlos conducido á una muerte inevitable, y bien pronto á las quejas y maldiciones sucedieron clamores sediciosos, y la rebelión tomó un carácter amenazador á la vida del Almirante. El ciego furor de los insurreccionados necesitaba una víctima, y Colón era la más expuesta á los golpes de su estúpida venganza.

Hallábase retenido en cama por la gota, y también se hallaban enfermos muchos de sus partidarios; los que se encontraban sanos tomaron partido á favor de dos herma-

nos llamados Porras, jefes de la rebelión. El Almirante se hallaba tendido en su lecho, cuando el mayor de los dos hermanos se acercó á él para preguntarle con insolente tono, por qué se obstinaba en no volver á España. Colón le respondió con mansedumbre que no deseaba otra cosa, pero que no encontraba medio de ejecutarlo, y que si se le indicaba alguno, pronto se aprovecharía del aviso, añadiendo que de todos modos iba á convocar el consejo de oficiales para deliberar acerca del partido que conviniese tomar.

Esta respuesta, dictada por la razón, no satisfizo á Porras; al contrario, significó á Colón con mayor insolencia, que él no había venido allí para escuchar sus discursos, y que estaba decidido á partir en el mismo instante. «¡Amigos míos—exclamó dirigiéndose á las tripulaciones reunidas—que salgan al frente los que entre vosotros quieran seguirme.» Estas palabras fueron señal de una completa rebelión, y casi todos los españoles se pasaron al lado de Porras, di-

ciéndole: «¡Prontos estamos á seguirte!» Colón, al escuchar estas palabras, salta de su lecho, y á pesar de sus dolores, á pesar de su debilidad, quiere hacer entrar á los revoltosos en la senda del deber; pero sus criados, temiendo con razón que le matasen, le obligan á permanecer en medio de ellos y se oponen también al movimiento temerario de Bartolomé, que con espada en mano se precipitaba contra los rebeldes para castigar su traición.

Entre tanto, ellos, que habían cogido diez barquichuelos de los que los indios habían vendido al Almirante, se embarcaron en ellos aprestándose para hacerse á la vela. Los que permanecían fieles á Colón, al ver estos preparativos se desesperaban, envidiando la suerte de sus hermanos, á quienes consideraban como prisioneros que rompen sus cadenas, así es que hubo muchos que, no pudiendo resistir á esta prueba de su fidelidad, pidieron se les admitiese en las canoas, donde los recibieron de buena voluntad.

Colón y su hermano Bartolomé, espectadores forzosos de estas tristes escenas, no conservaron á su lado más que algunos sirvientes, y los enfermos que no tenían fuerzas para seguir á los revoltosos. El Almirante quiso dar las gracias á aquellos hombres que no le habían abandonado, y reuniéndolos alrededor de su lecho, les manifestó su gratitud en una tierna alocución, exhortándolos á preservar en tan nobles sentimientos, cuya recompensa obtendrían pronto con el fin de sus trabajos.

Los revoltosos se dirigían entre tanto á la punta oriental de la isla para ir desde allí hasta Santo Domingo; bajaron muchas veces á tierra, cometiendo excesos de toda especie, robando y maltratando á los habitantes de los puntos donde desembarcaban. Se llevaron también algunos de aquellos isleños para que remasen en las canoas, pero apenas habían andado cuatro leguas, cuando se levantó un viento furioso, las mezquinas embarcaciones se llenaron de agua, y temiendo que se sumergiesen,

trataron de aligerarlas arrojando los indios al mar.

Púsose en ejecución este proyecto contra los indios, que huyendo de sus perseguidores, se arrojaron también al mar, pero agobiados de fatiga, volvían alrededor de las canoas, agarrándose al borde para salvarse. No por esto se compadecían los que iban dentro, sino que temiendo volcasen las canoas, les cortaban cruelmente las manos, y cayendo en el agua, no tenían más remedio que ahogarse. Muchos indios hubieran perecido de este modo, si los españoles, conociendo que ni aun así podían seguir su viaje, no hubiesen resuelto volver á la Jamaica.

Mientras que estos hombres feroces señalaban su corta navegación con el robo y el asesinato, Colón, cuyo valor nunca fué abatido por la adversidad, olvidaba sus propios padecimientos para cuidar á sus compañeros enfermos. Desplegando en su favor una solicitud paternal, tuvo el consuelo de ver su completa curación, que fué

en gran parte obra suya; pero nuevas dificultades que no habían podido prever, iban á aumentar los peligros de su crítica posición.

Hasta entonces los indios habían estado muy solícitos en entrar víveres á los españoles; pero viendo que éstos no llevaban trazas de salir de la Jamaica, empezaron á inquietarse temiendo que aquellos extranjeros, consumiendo todas las producciones del país, redujesen á sus habitantes á una horrible escasez. Fortificado este temor con el recuerdo de los excesos cometidos por los rebelados, les determinó á suspender de improviso el surtido de los navíos, cesando de llevar víveres á los españoles que se vieron amenazados del hambre.

Colón halló en sus conocimientos astronómicos y en su imaginación fecunda en recursos, un medio de remediar esta desgracia y salir de apuros. Había previsto que iba á suceder muy pronto un eclipse de luna, y resolvió sacar partido de esta circunstancia para que los indios volviesen á

los sentimientos de respeto y benevolencia que por tanto tiempo le habían manifestado. Avisó por medio de un salvaje que había traído de la isla Española, á todos los jefes de aquellos isleños, diciéndoles que tenía que comunicarles un negocio muy importante. Cuando todos los jefes acudieron á la cita que les había dado, les dijo por medio de intérprete, que él y sus compañeros conocían al Dios criador del cielo y de la tierra, que este Dios protector de los buenos y enemigo de los malos, dispensaba, según su justicia, las recompensas y penas, y que castigaría también á los que rehusasen á los españoles las cosas indispensables para su subsistencia. «Vuestro castigo—añadió—nó tardará mucho en llegar; ya amenaza vuestras cabezas, y para anunciároslo, la luna, mensajera de la cólera celeste, saldrá esta noche con el rostro ensangrentado. Daos prisa á proporcionarnos las provisiones necesarias conforme lo habéis hecho hasta aquí, ó temblad; preparaos á los más espantosos desastres,

que dando fin de vosotros, os hagan expiar justamente el crimen de vuestra negativa y la dureza de vuestros corazones insensibles á la piedad.»

Los isleños, incrédulos al principio, se rieron de la predicción; pero cuando al acercarse la noche fueron viendo que una oscuridad progresiva iba ocultando el disco de la luna, entonces los salvajes empezaron á temblar. Ya no se burlaban del Almirante, y vinieron atronando el aire con sus lamentos y espantosos gemidos á pedir á Colón intercediese con su Dios á favor suyo. Sólo había un medio de conjurar la venganza celeste, y era el comprometerse á traer víveres á los españoles, y los indios prometieron que nunca les faltarían. Entonces Colón les dijo que iba á interceder por ellos, y encerrándose en su cámara todo el tiempo que duró el eclipse, no volvió á presentarse á los jefes isleños hasta el momento en que la luna debía ir saliendo de la sombra. «No temáis ya—les dijo;—Dios ha visto con agrado que volvéis á

vuestros buenos sentimientos. Vuestro arrepentimiento os ha merecido el perdón de lo pasado, lo que se os anunciará también por la luna que va á presentarse á vuestros ojos con todo su brillo acostumbrado.» El cumplimiento de esta nueva profecía hizo profunda impresión en los indios, que admirando desde entonces al Dios de los cristianos, proporcionaron abundantes víveres á los españoles.

Hacía ocho meses que Méndez y Fieschi habían partido para la isla Española, sin que de uno ni de otro hubiesen vuelto á tener más noticia sus compañeros que habían quedado en la Jamaica, silencio que daba margen á tristes conjeturas acerca de la suerte de aquellos dos hombres. Persuadidos los españoles de que habían perecido, y desesperados, por lo tanto, de obtener socorro, los que aún no habían abandonado á Colón, ya trataban de reunirse á los revoltosos, que errantes por la isla vivían de la rapiña y del pillaje, cuando un navío europeo vino á fondear á poca distancia de la

costa. La sorpresa que causó á los últimos compañeros del Almirante la aparición de este buque, les hizo suspender el proyecto de su deserción. El capitán de la nave no tardó en desembarcar, y presentándose á Colón, le entregó de parte del gobernador de la isla Española una carta, un barril de vino y algunas provisiones, que consistían principalmente en tocino; en seguida se metió en su chalupa, se volvió á su navío y se hizo á la vela para Santo Domingo. Colón no encontró en la carta de Ovando más que las frases vulgares de una fría cortesanía.

La aparición de aquel navío y su brusca partida eran un enigma para los compañeros del Almirante: he aquí la clave de este enigma. Ovando, gobernador de la isla Española, que ya se había desacreditado por su conducta respecto de Colón, abrigaba todavía sus envidiosos recelos del que miraba como un terrible rival. Temblaba sólo con la idea de que volviese á España, porque sabía que el Almirante reclamaría de

nuevo la restitución de su título y sus funciones de virrey de las Indias Occidentales, y que alcanzando justicia haría perder al nuevo Gobernador un destino que se hacía cada vez más importante.

Le interesaba, por consiguiente, muchísimo el tener noticias positivas de la situación del Almirante, de sus apuros, y el mensaje y tardía remesa que envió á Colón revelaban ya, según algunos historiadores, los odiosos cálculos de Ovando; pero si se ha de creer á otros, el gobernador de las Indias Occidentales quería solamente, y fuera de toda especulación personal, cerciorarse del estado verdadero de las cosas, el que creía exagerado por interés.

No es del caso discutir aquí el valor de estas opiniones contradictorias (1); pero lo cierto es que, cualesquiera que fuesen las intenciones de Ovando, su carta no hizo más que aumentar la perplejidad de Colón

(1) Muy discutibles ciertamente. Ovando, según el juicio del P. Las Casas, fué un gobernador integérrimo.—CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

y sus inquietudes por la suerte de sus compañeros. Sin embargo, no se dejó abatir por este nuevo golpe, y tuvo buen cuidado de ocultar á los que le rodeaban la situación cada vez más desesperada á que se creía reducido. Hasta fingió esperanzas que estaba muy lejos de tener, diciendo á sus compañeros, para explicarles la partida del navío, que era muy pequeño para llevarlos á todos á la isla Española; que Méndez y Fieschi habían llegado con toda felicidad; que tenían orden de comprar por su cuenta un navío mayor que iba muy pronto á llegar para que todos se embarcasen.

Ya se ha visto anteriormente que Méndez y Fieschi habían llegado á la isla Española: falta decir por qué éste no había podido volver á la Jamaica, conforme lo había prometido. Ni la fatiga de tan penosa travesía, ni la calentura que le consumía desde que tuvo que permanecer en la roca aislada, donde este hombre intrépido estuvo á punto de morir de hambre, pudieron hacerle faltar á la palabra que había dado á

Colón de venir á traerle la noticia de su feliz llegada á la isla Española; pero en vano empleó, ya los ruegos, ya las amenazas, para determinar á sus compañeros á que le siguiesen; ninguno quiso exponerse de nuevo á los peligros de semejante viaje. Obligado á ir con ellos á Santo Domingo, unió sus esfuerzos á los de Méndez para que el Gobernador les vendiese un navío en el que fuesen á buscar y traer al Almirante y sus compañeros de infortunio. Ovando eludía su petición, ó si les prometía satisfacer á ella, hallaba siempre frívolos pretextos para retardar el cumplimiento de su ilusoria promesa.

Colón, entre tanto, no podía sujetar á los revoltosos; su autoridad era desconocida, y lejos de entrar en la senda de sus deberes, llevaron los sediciosos su audacia hasta el punto de exigir que el Almirante pusiese á su disposición la mitad de los utensilios y efectos que había á bordo de los navíos encallados, amenazando que vendrían á buscarlos con las armas en la mano

en caso que se les negasen. Colón negó altamente lo que le pedían, y los sediciosos se prepararon á poner por obra sus amenazas.

Como sus dolencias impedían á Colón salir á campaña, envió á su hermano Bartolomé al frente de cuantos se hallaban en estado de tomar las armas contra los rebeldes que se venían acercando, pero con orden todavía de ensayar medios de conciliación, sin recurrir á las armas hasta que fuese atacado. Bartolomé, conformándose á las órdenes del Almirante, cuando avistó á los rebeldes les dirigió palabras de paz y reconciliación; pero ellos se creyeron que Bartolomé tenía miedo, y atribuyendo sus razones á pusilanimidad é impotencia, trabaron el combate. Había entre ellos seis que habían jurado reunir sus esfuerzos contra un solo enemigo, atacándole exclusivamente y persiguiéndole sin cesar hasta que le viesen caer muerto á sus piés: el enemigo era Bartolomé; pero este digno hermano del Almirante se defendió con intrepidez

contra sus seis adversarios: después, conduciendo su pequeña tropa y animándola con su ejemplo, se precipitó con tanta impetuosidad sobre los rebeldes, que los derrotó completamente: algunos fueron muertos, otros quedaron prisioneros y el resto debió su salvación á la fuga.

Entre los rebeldes que se llevaron sujetos al navío se hallaba Porras, el jefe de los rebelados, á quien el hermano de Colón desarmó por su propia mano; pero los fugitivos imploraron bien pronto el perdón del Almirante, cuya generosidad conocían, y no invocaron en vano su clemencia, porque los perdonó. Así, gracias á la firmeza de Colón, se restablecieron el orden y tranquilidad, y sólo hubo castigo para los jefes de la rebelión, á quienes convenía tenerlos presos hasta que un tribunal fallase la pena que merecían.

Entre tanto, Méndez y Fieschi acosaban con sus solicitudes al gobernador de la isla Española para que les permitiese comprar un navío destinado al servicio del Almiran-

te. Sus instancias triunfaron al fin de la mala voluntad de Ovando, que les otorgó el permiso que le pedían, temiendo tal vez la severidad de la corte si prolongaba con su negativa los apuros de Colón. Este vió al fin llegar á la Jamaica el navío comprado para él, y se embarcó con toda su gente para Santo Domingo, alejándose de una isla en la que había sufrido tanto por un año entero.

Ovando, fiel á su pérfido sistema contra el Almirante, había dado orden de que fuese recibido en Santo Domingo con todos los honores debidos á su rango, á sus títulos y á sus servicios; pero mientras que prodigaba á Colón hipócritas homenajes, ponía en libertad á los jefes de la sedición, á unos hombres que se habían atrevido á tirar de la espada contra sus hermanos y á quienes el Almirante quería trasladar á España para presentarlos ante un tribunal. No contento con favorecer la causa de estos criminales, quería intimidar á los españoles que habían

permanecido fieles al Almirante, amenazándolos con que iba á someter su conducta á un severo examen, como si fuese un delito de que pudieran arrepentirse el haber sido fieles á Colón.

El Almirante despreció estos nuevos insultos, y haciéndose superior á sus enemigos con el desprecio que prodigaba á sus ultrajes, no dió á entender al gobernador de la isla Española la indignación que le causaba semejante conducta; pero se dió prisa á salir de un país cuyo descubrimiento parecía que el cielo quería hacerle expiar con infelicidades y desgracias de todo género. Así que estuvieron prontos dos navíos que fletó, se hizo á la vela para España el 12 de Setiembre de 1504.

La suerte que se había empeñado en perseguirle desde el momento en que empezó á realizar sus grandes empresas, no le dejó acabar tranquilamente su último viaje. Apenas se había alejado de la isla Española, cuando el navío en que iba fué asaltado por violentas tempestades y averiado de tal

manera que el Almirante tuvo que enviarle á la isla Española. El otro quedó no menos maltratado, porque además de sus considerables averías que le ponían en estado de no poder resistir las fatigas de tan larga navegación, había perdido el palo mayor y el de mesana. Colón no por esto dejó de proseguir su camino, y con un navío tan estropeado anduvo un espacio de seis á setecientas leguas marinas. Al fin, escapando de mil peligros, ancló en el puerto de San Lúcar, en Andalucía.

No había llegado aún el término de sus adversidades, pues apenas había desembarcado, cuando supo la muerte de Isabel de Castilla, acaecida en Medina del Campo el 9 de Noviembre. Esta princesa era su única protectora, y perdiéndola debía renunciar á la esperanza de obtener reparación de todas las injusticias que el Gobierno español había cometido con él. ¿Qué podía esperar de un monarca suspicaz, indiferente á los grandes pensamientos é insensible á las grandes empresas y que no

había manifestado la mejor voluntad á favor de los proyectos de Colón?

Después de algunos meses de descanso en Sevilla y así que su salud se lo permitió, se puso en camino para la corte para hacer al rey Fernando una relación de su último viaje. Acompañado de su hermano Bartolomé, llegó á Segovia, donde entonces estaba la corte, y en una audiencia particular del Rey que los recibió con frialdad, aunque prometiendo hacerles justicia, Colón le recordó con enérgicas palabras sus gloriosos servicios; pero las promesas de D. Fernando no eran sinceras, y Colón reclamó y esperó en vano su cumplimiento. Cansado al fin de las quejas y reclamaciones del Almirante, el Rey le propuso que renunciase á todos sus privilegios, ofreciéndole en cambio tierras en Castilla, dándole una pequeña villa del patrimonio real acompañada de algunas pensiones. Tal fué la recompensa de los trabajos de Colón para gloria de la España y del Nuevo Mundo que le había proporcionado.

No sobrevivió mucho tiempo á su protectora la reina Isabel; la ingratitud del gobierno apresuró el fin de sus días, y murió á los setenta años, el 20 de Mayo de 1506, día de la Ascensión (1). Hallábase entonces en Valladolid, desde donde su cadáver fué trasladado á la Cartuja de Sevilla y luego á la isla Española para ser enterrado en la capilla mayor de la iglesia catedral de Santo Domingo, donde sus restos mortales han descansado por más de tres siglos. Después de la cesión de la parte española de la isla de Santo Domingo, han sido trasladados á la isla de Cuba y esperan todavía en la Habana un monumento digno del gran nombre de Cristóbal Colón (2).

(1) La fiesta de la Ascensión cayó el año 1506 el jueves 21 de Mayo. D. Fernando Colón incurrió el primero en el error de ponerla en el día 20, y casi todos los historiadores sucesivos le han seguido sin caer en la cuenta.—Cesáreo Fernández Duro.

(2) Los restos de Colón fueron en 1513 depositados en el monasterio de cartujos de las Cuevas, en Sevilla, y en 1536 trasladados á la catedral de Santo Domingo en la isla Española. Habiendo pasado la isla

Tuvo de su primer matrimonio á su hijo D. Diego, que heredó todas sus dignidades, y de Beatriz Enríquez, con la que se había casado en España (3), á D. Fernando, que escribió la vida de su padre.

Debemos ahora dar á conocer la persona y carácter de Colón, con arreglo á los retratos que de él han hecho los diversos historiadores de su época.

Su estatura era alta y bien proporcionada; su aspecto y toda su persona manifestaban nobleza. Tenía la cara larga, nariz aguileña, color blanco y ojos azules y vivos. En su juventud tenía el pelo casi ru-

al dominio de los franceses á 20 de Diciembre de 1796, se exhumaron á petición del teniente general de la armada, D. Gabriel Aristizábal, y puestos en una urna de plomo se trasladaron á la Habana. La urna se condujo desde el puerto á la catedral con una pompa fúnebre sin igual en América, y costeada por el Ayuntamiento de la Habana. Las cenizas se depositaron el 19 de Enero de 1796 en el presbiterio de la catedral, bajo una lápida con su inscripción latina. — N. DEL T.

(3) No casó Colón con Beatriz Enríquez; D. Fernando fué hijo bastardo.—CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

bio, pero las fatigas y las pesadumbres le habían hecho encanecer antes de tiempo; por lo demás, su cuerpo estaba bien constituido y reunía la agilidad al vigor. Era muy tratable y complaciente, de costumbres apacibles y metódicas; afable con los extranjeros y humano con sus dependientes, formaba las delicias de sus amigos por su buen humor y la inalterable igualdad de su carácter.

Los sucesos que hemos referido revelan la fuerza y grandeza de su alma, la maravillosa facilidad con que sabía encontrar recursos y su firmeza inalterable á vista de los peligros. Había pasado las dos terceras partes de su vida en una posición que no pasaba de la medianía, y sin embargo, apenas mejoró su situación, cuando manifestó, sin que le costase trabajo y como guiado por un instinto natural, modales llenos de nobleza y dignidad; en una palabra, pareció nacido para mandar. Poseyendo en grado superior el tono y la elocuencia que fortalecen la autoridad é imponen

la obediencia, hablaba poco, pero con gracia y energía. Modesto en su vestido, sobrio, animado de un celo ardiente pero ilustrado por el bien público y la religión, tenía una piedad sincera, una honradez á la que sus mismos enemigos rindieron homenaje, un entendimiento ilustrado con el estudio de las ciencias á que se había aplicado con fruto en la Universidad de Padua, y hasta componía algunos versos.

Si Colón tuvo cualidades eminentes, también tuvo algunos defectos; elevado de repente desde simple piloto á tan altas funciones, tuvo siempre una desconfianza que le hizo muy susceptible en el ejercicio de su autoridad, y sus excesivos recelos le hicieron cometer faltas y le suscitaron bastantes enemigos. Era naturalmente propenso á la cólera, y aunque sabía refrenarla, olvidó con frecuencia que la suerte le había puesto en medio de una nación cuya altivez exigía ciertos miramientos y ser respetada hasta en sus extravíos. Tal vez no estudió bastante el carácter español, y

con un poco más de maña hubiera conseguido que le perdonasen su gloria y su título de extranjero. Sin embargo, los historiadores de España están unánimes en su juicio acerca de Colón; ninguno ha puesto en duda la superioridad de su genio, ni sus virtudes, ni sus derechos al eterno agradecimiento de la nación española. Oviedo, dirigiéndose á Carlos V, le dice que Colón había merecido le erigiesen estatua de oro. Herrera le compara á los héroes cuyas hazañas han inspirado tan dignamente á los mejores poetas y á los que la antigüedad profana colocaba en el Olimpo al lado de dioses.

Hemos dicho que Colón componía versos: la riqueza de las descripciones que ha trazado en sus relaciones prueba que poseía un verdadero talento poético. Dominado y aun arrebatado por su imaginación entusiasta, creyó encontrar en la costa de Paria el paraíso terrenal, en las minas de Santo Domingo las de Ophir, y el Chersoneso de Oro en la costa de Veragua. ¡Cosa singular! Hasta el último momento de su

vida ignoró la importancia incalculable de sus descubrimientos. Creía sólo haber descubierto un nuevo camino al comercio hasta algunas de las comarcas salvajes de Oriente, y esta idea le sugirió las más extrañas suposiciones (1).

Ahora es preciso dirigir nuestra atención á la isla Española, para juzgar la administración de Ovando.

Los españoles que se habían establecido en la isla, no tenían motivos más que para elogiar el modo que tenía el Gobernador de desempeñar sus importantes funciones. La colonia le era deudora de estatutos muy sabios y del completo restablecimiento de la concordia y la tranquilidad (2). Dirigiendo hábilmente la explotación de las minas, sacó tesoros para enviar á su soberano, y

(1) Esto es exacto y contradice la suposición á que se refiere la nota inserta en la pág. 205. — CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

(2) También esto es exacto y no lo tuvo presente el autor al escribir lo impugnado en la nota inserta en la pág. 260. —CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

enriqueciéndose él al mismo tiempo, no se olvidó de sus compañeros. Hizo un señalado servicio á la colonia y á la Europa, introduciendo en las Indias occidentales el cultivo de la caña de azúcar que hizo venir desde Canarias. Pero este mismo hombre que tan bien gobernaba la colonia no observaba la misma conducta con los pobres indios.

No contento con haber esclavizado la población indígena de la isla, condenándola á los trabajos más duros y agobiándola con exorbitantes impuestos, empezó á considerarla cual si fuese un rebaño de bestias de que podía disponer á su capricho. Para satisfacer la codicia de sus compañeros repartió entre ellos los indios, dando á uno veinte, á otro cincuenta y á otro ciento, lo mismo que un rico propietario de Europa distribuye las cabezas de ganado á sus arrendadores. Autorizó además á los dueños para que empleasen y tratasen como mejor les pareciese á aquellas desgraciadas criaturas.

Desde este momento, aquel pueblo débil

y bueno sufrió tan cruel tratamiento por parte de sus insensibles señores, que la mayor parte de los indígenas pereció por el exceso de su miseria y sus fatigas, habiendo algunos que desesperados pusieron término á una existencia que aborrecían, por medio del suicidio. Cuando Colón descubrió este país, calculó en un millón el número de los habitantes, y en menos de quince años ya no se contaban más que sesenta mil indígenas. Resulta, que en tan corto espacio de tiempo, la crueldad de los españoles hizo perecer novecientas cuarenta mil personas (1).

Había aún en la isla una provincia extensa y fértil no sometida enteramente al dominio de los españoles, aunque les pa-

(1) Creemos este cálculo sumamente exagerado y fundado en documentos inexactos. Con algunos más positivos se pudiera comprobar esa crueldad ejercida por los mismos que nos la echan en cara. No obstante, es necesario decir que la despoblación de la isla Española tuvo por causa, más que las vejaciones hechas á los indios, la considerable emigración de éstos á otras islas y tierra firme para sustraerse á la obedien-

gaba tributo. Era gobernada por una reina llamada Anacoana, amiga de los hombres blancos y muy puntual en pagar el tributo impuesto á la provincia por Ovando.

Para desgracia de esta provincia y de su Reina, habían ido á establecerse á ella algunos de los antiguos cómplices de Roldán. Anacoana y sus súbditos se habían siempre portado muy bien con aquellos miserables, que de vez en cuando solían corresponder á este buen trato con sus violencias y rapiñas, hasta que con su insolente conducta obligaron á la Reina á que emplease contra ellos los medios de un justo rigor para reprimir sus excesos. Como habían contado con la impunidad, la firmeza de la Reina les irritó y concibieron el proyecto de una horrible venganza, jurando la pérdida de

cia de los españoles y vivir conforme estaban acostumbrados. Hubo además horrorosas epidemias de viruelas, que sólo se han corregido cuando los mismos españoles introdujeron la vacuna, y, por último, la mezcla con las castas europea y africana, iba poco á poco haciendo desaparecer el tipo y señales características de la población primitiva.—N. DEL T.

aquel pueblo que les había prodigado todas las atenciones de una generosa hospitalidad.

Denunciaron á Ovando como dispuestos á rebelarse contra el dominio español á la reina Anacoana y á sus súbditos, conjurando al gobernador para que estorbase la ejecución de la trama, asegurando la persona de la Reina y apoderándose de sus bienes y de su reino.

No se ocultaba á la sagaz política de Ovando la intención de los denunciadores, ni la injusticia de la acusación; pero le convenía tomar por lo serio la denuncia y creer que el peligro era inminente. Se le ofrecía una ocasión y un pretexto para apoderarse de los bienes de la Reina, que eran objeto de su ambición, y resolvió proceder como si le hubiesen dicho la verdad.

Había el inconveniente de que la Reina disponía de fuerzas considerables que no hubiera sido prudente despreciar. Su dominio se extendía en un país vasto y muy poblado, pues los historiadores contemporáneos aseguran que Anacoana tenía tres-

cientos caciques por vasallos y que estaban obligados á presentar cada uno su contingente de tropas auxiliares cada vez que la Reina reclamase su auxilio. Ovando lo sabía, y no atreviéndose á declarar la guerra á la reina Anacoana ni correr el peligro de romper las hostilidades contra un enemigo tan poderoso, tomó el partido más seguro, aunque menos noble, cual fué el de recurrir á una estratagema.

Para asegurar el resultado de la emboscada que meditaba, avisó á la Reina de que iba á pasar á visitarla, para estrechar los lazos de amistad que unían á los dos pueblos, y que iría acompañado de un numeroso séquito, para rendir más digno homenaje al poder de la soberana. Púsose al instante en camino seguido de trescientos infantes y setenta caballos. Anacoana, que no tenía sospechas, y miraba como un festejo la visita que le hacían aquellos extranjeros á quienes profesaba un sincero afecto, quiso dar al recibimiento que pensaba hacerles todo el carácter de una solemnidad regia,

y convocó á todos sus vasallos. Apresuráronse éstos á concurrir al llamamiento, y con tan brillante comitiva salió á recibir al Gobernador.

Así que Ovando se presentó, la Reina hizo la señal de que empezasen los cánticos y los bailes, y condujo al Gobernador á la residencia real. Allí, con su bondad natural apuró su ingenio para hacer agradable aquella mansión al jefe español, multiplicando los juegos y diversiones que se usaban en su pueblo, que con su algazara favorecía las intenciones de su soberana. Ovando se manifestó muy satisfecho de aquel recibimiento, y para corresponder á él, pidió permiso á la princesa de ofrecerla á ella y á toda su corte el espectáculo enteramente nuevo de una diversión europea. Ovando sabía muy bien que la Reina no le había de hacer un desaire, y así es que al otro día no sólo se reunió la corte sino que acudieron al espectáculo prometido una multitud de indios atraídos por la curiosidad. Entonces el gobernador, con pretexto de

dar algunas órdenes para la función, salió de la sala atestada de espectadores.

En breve volvió á presentarse á la cabeza de sus jinetes, y precedido de soldados que ocuparon todas las avenidas de la plaza donde debía darse la función; después se dirigió hacia la espaciosa sala, formada por un cobertizo sostenido por gran número de pilares, donde estaba reunida toda la corte en presencia de Anacoana. Los indios, creyéndose en completa seguridad, se extasiaban con la belleza de aquel espectáculo militar. De improviso Ovando lleva la mano á su cruz, y á esta señal convenida, los soldados tiran de sus espadas y se precipitan sobre los consternados indios, atropellándolos sin distinción de sexo ni edad. La Reina es sorprendida y cargada de cadenas, los caciques sujetos también; la sangre corre en abundancia entre los gemidos de los moribundos y el clamor de los combatientes, y por último, se prende fuego al edificio, que desplomándose acaba de rematar á las víctimas.

La infeliz Anacoana sobrevivió á tantos desgraciados como había visto perecer; pero todavía era más digna de lástima que ellos. Al menos si hubiera sufrido su suerte, no hubiera visto prolongarse su suplicio con el escarnio de una justicia sanguinaria. Fué llevada á Santo Domingo para la formación de su causa. En vano se buscaron pruebas para convencerla del crimen de que la acusaban; sólo constaba su afecto sincero á los españoles, á aquellos mismos que habían correspondido á sus bondades con su perfidia, y cuyas solas declaraciones bastaron para que malos jueces sentenciasen á la pena capital á la desgraciada Reina. Esta execrable sentencia se ejecutó á vista de los mismos que no habían esperado á su muerte para apoderarse de sus estados (1).

El suplicio de Anacoana aterró á lo restante de la población india, en términos que no se volvieron á hacer más tentativas para

(1) Hay mucho de fantástico en esta relación inspirada por el celo laudable, pero exagerado, del P. Las Casas.—Cesáreo Fernández Duro.

sustraerse á la opresión. La reina Isabel había siempre recomendado que se tratase á su nuevo pueblo con humanidad y dulzura: mientras que ella vivió, los tiranos se contuvieron; pero su muerte fué en cierto modo la señal de todos los excesos, de todas las violencias. No hubo un poder protector que se interpusiese entre el opresor y el oprimido, entre el tirano y la víctima entregada á merced de su codicia sanguinaria. Es verdad que un digno sacerdote católico, un varón cuyo nombre debe ser pronunciado con respeto, Bartolomé de las Casas (1) tomó á su cargo la defensa de aquellos desgraciados pueblos. Consagrando su vida á esta santa misión, á este su-

(1) Fray Bartolomé de Las Casas, varón apostólico, primero capellán, después religioso Dominico, y últimamente obispo de Chiapa. A este hombre piadoso debieron los indios grandes beneficios, por lo que le amaban entrañablemente. Constituido en protector suyo, recorrió todas las Américas, nombrado en 1516 por el cardenal Cisneros. Pasó cuatro veces hasta Alemania para verse con el Emperador, y cruzó diez y siete veces el Océano para defender la causa de los

blime ministerio de humanidad, imploró sin cesar, ya en España, ya en las Indias occidentales, la compasión en favor de los infélices indios. Hasta su último suspiro defendió valerosamente esta noble causa; más ¡ah! la voz de un hombre solo era insuficiente contra esfuerzos conjurados, contra la liga de los opresores que oponían por únicos argumentos á las mejores razones de Las Casas, las barras de oro que enviaban á la corte de España.

La población india disminuyó de un modo tan espantoso en la isla española, que no se encontraban indígenas suficientes para la explotación de las minas. Ovando propuso entonces al Rey volver á poblar la isla, tra-

---

indios, exponiéndose á persecuciones. Escribió algunas obras é intervino en la formación del código de Indias; también se le atribuye la idea de establecer audiencias en América, adonde los naturales pudiesen recurrir contra los abusos de sus señores. Casas, sin embargo, dejándose llevar de su celo, ha desfigurado algunos hechos y ha dado márgen con sus declamaciones á las invectivas que nos prodigan los extranjeros.—N. DEL T.

yendo los habitantes de las islas Lucayas descubiertas por Colón en su último viaje. Su objeto, según decía en la memoria que dirigió al monarca, era instruirlos más fácilmente en la religión cristiana. Este piadoso pretexto hizo que fuese aceptada su propuesta; pero como el realizarla ofrecía algunas dificultades por la resistencia de los indios, amantes de su país natal, recurrió á la astucia para hacer caer en el lazo á un pueblo débil y crédulo. Mandó equipar con la mayor presteza algunos navíos, que se hicieron á la vela para las Lucayas. Cuando desembarcaron los diputados de Ovando á quienes era ya familiar el idioma de las islas, dirigieron á los habitantes esta solemne mentira en forma de alocución: «Buenas gentes—les dijeron—venimos á daros una buena noticia: nosotros venimos del país de los bienaventurados, habitado por vuestros mayores y en el que pasan su vida en medio de inefables delicias, en el seno de una felicidad imposible de pintar. Os suplican que vayáis lo antes posible, por-

que os esperan para que disfrutéis en su compañía esta felicidad; persuadidos nosotros de que acudiréis prontamente á su invitación, nos ofrecemos á llevaros en nuestros navíos.»

Apenas estos embusteros acabaron de hablar, cuando los habitantes, demasiado sencillos para sospechar el engaño de que iban á ser víctimas, corrieron á la costa pidiendo los embarcasen en los navíos para irse á reunir con los objetos de su cariño y su respeto: más de cuarenta mil de aquellos infelices pasaron á bordo para ser conducidos á la isla Española.

Así que llegaron á esta isla, conocieron que los habían engañado indignamente, y muchos murieron de pesadumbre, mientras que otros se expusieron á los mayores peligros para volver á su patria y escapar de la esclavitud. Algunos fueron encontrados por un navío en alta mar á más de cincuenta leguas de la Española, sentados en un tronco de árbol para sostenerse encima del agua y esforzándose para llegar á su

país con ayuda de los remos. No llevaban más provisión que calabazas llenas de agua dulce atadas al tronco que les servía de embarcación. Fueron vueltos á la Española para seguir en la esclavitud. En fin, á la astucia que ya era ineficaz, sucedió la violencia, llevándose por fuerza los habitantes de aquellas islas muy pobladas; y en pocos años al movimiento de una población numerosa sucedió en ellas el silencio del desierto y la calma de la tumba.

El virtuoso Las Casas había hecho inútiles esfuerzos para salvar á los infelices cuya defensa había emprendido; pero extraviado en su celo por la libertad de sus protegidos, de sus amigos de América, recurrió á un medio que debía causar la destrucción de otra especie de hombres. Aconsejó se comprasen negros de la costa de Africa, que más robustos que los americanos, aguantarían mejor el penoso trabajo de las minas.

El Gobierno español siguió este consejo, y tal fué el origen de ese comercio bár-

baro de esclavos (1), de ese infame tráfico, que durante muchos siglos ha costado cada año la libertad y aun la vida á más de cuarenta mil negros, y que aun en nuestros días vemos que resiste á los esfuerzos de grandes naciones de Europa coligadas para abolirle (2). En cuanto á los pobres americanos, su suerte poca mejoría tuvo, pues continuaron sufriendo la esclavitud.

Ibase acercando el momento en que llamado Ovando á España, daría fin la admi-

---

(1) La esclavitud de los negros data desde la más remota antigüedad; siempre los había habido en Grecia, en Roma, en los vastos dominios de los emperadores de Constantinopla y en las poblaciones musulmanas. Sin apelar á los tiempos antiguos, los portugueses empleaban ya los esclavos en sus posesiones de Africa desde antes de 1481. Los primeros esclavos no entraron en la isla de Santo Domingo hasta el año de 1501; por consiguiente, los españoles en todo caso, no hicieron más que imitar el ejemplo de otras naciones que hoy más se precian de filantrópicas.—N. DEL T.

(2) Por ello ha escrito el Sr. D. Marcos Jiménez de la Espada, «que la *humanidad* del gran padre y medianero de los indios, no llegaba al negro ni alcanzaba al blanco.»—CESÁREO FERNÁNDEZ DURO.

nistración de un hombre que tanto mal había hecho á los Colones. D. Diego, el primogénito de los hijos del Almirante, reclamó con vivas instancias, después de la muerte de su padre, la ejecución del contrato que había hecho con el Rey, pidiendo el título y funciones de virrey de las Indias occidentales, en nombre del acta solemne que aseguraba perpetuamente su posesión á la familia de Cristóbal Colón. Pero el rey Fernando, siguiendo la conducta de que el Almirante se quejaba con tanta amargura y que aceleró el fin de sus días, fué tan injusto con el hijo como lo había sido con el padre, y sin hacer caso de las representaciones de D. Diego, ni de las personas que se interesaron por él, persistió en una negativa que debía ser un borrón de su memoria (1).

Indignado de esta falta de justicia y con-

(1) Esos pleitos, cuyos autos ahora publica por vez primera la Academia de la Historia, harán patente cuánto el ilustre Campe se equivocó.—Cesáreo Fernández Duro.

fiando en su derecho, D. Diego no tuvo miedo de citar al Rey ante el tribunal establecido para entender en los negocios de América. Los jueces se honraron con su animosa imparcialidad, declarando que el monarca debía cumplir á D. Diego las promesas que había hecho á su padre. A pesar de todo, D. Fernando tal vez no hubiera hecho caso de esta decisión, y don Diego hubiera visto otra vez sus pretensiones desestimadas por el Rey, á no haber encontrado una poderosa protección en la corte obteniendo la mano de la hija de uno de los primeros señores del reino. Era sobrina del duque de Alba que no puso reparo á un enlace con un personaje á quien la sentencia del tribunal había investido con la más alta dignidad de la monarquía española. El crédito de esta familia ilustre y sus poderosos empeños triunfaron al fin de la mala voluntad de Fernando, que se decidió á condescender con la demanda de D. Diego. Ovando fué llamado y toda la familia de Colón se embarcó para la isla Española. Don

Diego iba acompañado de su hermano, de sus tíos, de su esposa y muchos españoles de distinción. Llevaba un tren cuya magnificencia correspondía á la importancia de las funciones que iba á ejercer en América, y se mostró en la isla Española digno del nombre de su padre, digno de la nación que representaba. Gracias á su administración, la colonia se halló en poco tiempo muy floreciente, y entre las familias ilustres que ocupan hoy día una brillante posición en la América española, se cuentan muchos descendientes de los compañeros de D. Diego.

Debemos ahora dar á conocer el sucesivo incremento del poder español en estas regiones.

Ya en los tiempos en que Ovando gobernaba la isla Española, un tal Juan Ponce había solicitado y obtenido del gobernador, el permiso de establecer una colonia en la isla de Puerto Rico, descubierta por Colón. Creíase generalmente que había mucho oro en esta isla y por eso muchos aventureros, seducidos con la perspectiva de una

brillante y pronta fortuna, se reunieron á Ponce, que al desembarcar en Puerto Rico, no tuvo queja de los habitantes. Igualaban estos en dulzura y humanidad á los indios de la isla Española, y penetrados de un santo respeto á los extranjeros blancos que venían á visitarlos, los miraron como seres celestiales. Para dar al jefe español una prueba de estrecha alianza y eterna amistad á la manera de los indios, un cacique tomó el nombre de Juan Ponce Aqueynoba.

No tardaron los indios en desengañarse de que no eran dioses aquellos extranjeros, que, arrojando bien pronto la máscara hipócrita con que se habían cubierto para engañar mejor á los crédulos indios, los trataron con tanta crueldad que hasta hubiera sido difícil el tenerlos por hombres. A pesar de todo, los jefes indios quisieron quedar bien seguros de que los hombres blancos eran de naturaleza mortal. Determinados á averigarlo haciendo un experimento con uno de ellos, esperaron y encontraron al fin una ocasión favorable á sus deseos.

Un joven español que se había internado en la isla para visitarla, entró al acercarse la noche en casa de un cacique á pedirle hospitalidad. El cacique le recibió de buena gana y le hizo sentar á su mesa. Al otro día mandó que le acompañasen algunos hombres para llevar su equipaje y servirle de guías; pero el cacique les había dado instrucciones secretas acerca de la conducta que habían de observar con aquel extranjero.

Llegaron á la orilla de un río, y uno de los indios se ofreció á pasar al español sobre sus hombros. Aceptó éste la proposición; pero el indio, al llegar al medio del río, se dejó caer de modo que pilló al joven extranjero debajo, y con ayuda de los otros indios, le tuvo sujeto en el fondo del agua, hasta que no dando ya señales de vida le sacaron á la orilla.

Estaban aquellos hombres sencillos tan creídos de que los españoles eran inmortales, que no podían persuadirse de que el ahogado estaba muerto, y temiendo su

venganza, le pedían perdón del accidente que le había hecho beber tanta agua, protestando su inocencia y asegurando que les había sido imposible acudir más pronto á su socorro. Permanecieron tres días junto al cadáver suplicándole que les perdonase, tanto era lo que temían que resucitara. Convencidos, en fin, por el mal olor que exhalaba el cuerpo, de que realmente estaba privado de vida, corrieron al cacique para anunciarle que se podía matar á los hombres blancos.

El cacique se apresuró á dar parte de tan feliz descubrimiento á los otros caciques, que juraron exterminar á los españoles; pero entre un pueblo débil, desnudo y armado de flechas, y soldados veteranos con espadas, armas de fuego, caballos y buenos perros, la lucha no podía ser duradera y los indios debían sucumbir muy pronto. Sorprendieron, es verdad, á los españoles con un imprevisto ataque y asesinaron á un centenar de ellos dispersos por la isla; pero los españoles acudieron bien pronto al des-

quite, que fué terrible, é hicieron pagar cara su audacia á los indios. Ponce reunió á sus compañeros, casi todos veteranos del ejército español, persiguió y acorraló á los indios en sus madrigueras, y los que escaparon del hierro enemigo no pudieron escapar del cautiverio. Mientras que hacía á los habitantes esta guerra de exterminio, recibió nuevos refuerzos de la isla Española, con los que pudo continuarla con más vigor. Lo que contribuyó más pronto á terminarla, fué el error de los salvajes, que al ver estos nuevos españoles se imaginaron que eran los mismos á quienes habían dado la muerte, y desesperando de resistir á unos seres que resucitaban para volver á la pelea, se sometieron voluntariamente al yugo de la esclavitud.

Al dar cuenta de la matanza acaecida en la isla de Puerto Rico, los historiadores de la época hacen grandes elogios del instinto é intrepidez de un perro llamado Becerrillo, anotando algunas de sus hazañas para admiración de los contemporáneos y de la

posteridad. «Este animal—dicen—distinguía, con una sagacidad verdaderamente maravillosa, á los indios amigos ó enemigos de sus amos. Así es que temían más á diez españoles con el perro que á ciento sin él. Para tenerle más contento le daban en la guerra la misma parte en víveres, en oro y esclavos que á un español; generosidad singular de que se aprovechaba el amo de Becerrillo.» Los mismos historiadores, para probar el instinto de este animal, refieren el hecho siguiente: «Una vieja india, aborrecida por algunos españoles feroces, fué sentenciada por ellos á uno de los más horribles suplicios que la imaginación puede concebir. Enviáronla á que llevase una carta á sitio determinado, y apenas hubo partido soltaron tras de ella al perro, esperando que sería hecha pedazos por este animal. Cuando la infeliz india vió venir á Becerrillo furioso, se puso de rodillas y le dirigió esta plegaria: «¡Ah! señor perro, os suplico que no me hagáis daño, porque tengo que llevar esta carta á unos cristia-

nos.» Al escuchar estas palabras, se apaciguó el furor del perro; meneó la cola, hizo caricias á la vieja y se retiró sin hacerle daño.

Las importantes y fáciles conquistas de los españoles aumentaban su ardor entusiasta por los nuevos descubrimientos. El primer cuidado de D. Diego, celoso de estender su autoridad y el dominio español, fué el fundar una colonia en la isla de Cubagua, descubierta por su padre y situada cerca de otra mayor llamada la Margarita, á poca distancia de la costa de Cumaná. D. Diego quería establecer allí una pesquería de perlas; pero la pesca de las ostras ó conchas en que se forman las perlas es muy penosa y muy expuesta. Los pescadores, que son casi siempre infelices esclavos, se tapan las narices y las orejas con algodón, se colocan en la boca una esponja empapada en aceite, y atados á una cuerda, sujeta por la otra punta por los hombres que van en unas barcas, se sumergen así al fondo del mar, para recoger los preciosos testáceos.

D. Diego pensó con razón que los indios, hábiles en el arte de nadar, y sobre todo en el de zambullirse, serían más á propósito para la pesca de las perlas que para el trabajo de las minas. Envió, por lo tanto, muchos á Cubagua con inspectores europeos, y el resultado acreditó la exactitud de la observación de Cristóbal Colón, que había anunciado que cerca de las costas de esta isla debían hallarse perlas con abundancia. Los productos de la pesca fueron muy ventajosos al Rey y á su teniente; pero los indios empleados en ellos sucumbieron casi todos, y bien pronto la colonia, á causa de la esterilidad de esta isla, tuvo que trasladarse á la Margarita, que ofrecía más recursos para un establecimiento de este género.

Casi en la misma época, D. Diego tomó, en nombre del rey de España, posesión de la Jamaica; reunió colonos, y los habitantes de esta isla fueron condenados á la esclavitud como los demás indios.

Cuba no podía conservar por más tiempo

su independencia, y Velázquez (1) que se había distinguido entre los compañeros de Colón por su valor y habilidad, fué el jefe á quien D. Diego encomendó la conquista de esta isla. Muchos españoles, que ansiaban enriquecerse, quisieron acompañar á Velázquez en esta expedición, que llegó á desembarcar en la punta oriental de Cuba.

Hallábase entonces dominada la isla por un cacique llamado Hatuey, que había venido á buscar en ella un refugio contra la esclavitud que le amenazaba en la isla Española. Animado del odio más violento y más legítimo contra los opresores de los indios, y esperando el ataque de los españoles, mantenía espías en la isla Española á fin de tomar sus medidas y preparar sus medios de defensa, cuando fué avisado de la

(1) El adelantado Diego Velázquez, natural de Cuéllar, el conquistador más pacífico, y el que más hizo florecer los nacientes pueblos americanos. Fundó trece villas y proporcionó recursos para la grande expedición que pasó á conquistar el vasto continente americano.—N. DEL T.

inminencia del peligro. Instruído por sus espías del proyecto formado por D. Diego y del equipo de la escuadra mandada por Velázquez, reunió al instante sus súbditos y sus aliados, para darles parte de la noticia que acababa de recibir y exhortarlos á que tomasen las armas en defensa de sus bienes, de su vida, y sobre todo de su libertad. Todos le respondieron que estaban prontos á morir por tan sagrada causa.

«Me complazco, amigos míos—les dijo—al ver tan nobles sentimientos; mas para triunfar de nuestros tiranos, para obligarlos á que se alejen de nuestro país, debemos pensar en una cosa indispensable. Vosotros no sabéis lo que les trae á estos parajes: es su dios el que vienen á buscar aquí. ¿Hay acaso alguno entre vosotros que no conozca este dios? Aquí está, miradle, amigos míos.»

Pronunciando estas palabras, sacó un cestillo lleno de oro, y les aseguró que aquel metal, que para nada servía, era, sin embargo, el dios por quien los cristianos arros-

traban los mayores peligros, y que sólo por encontrarle en su isla pensaban conquistarla. «Tenemos—continuó—un medio fácil de hacernos propicia esta divinidad y es hacerla el solemne homenaje de nuestro respeto; adorémosla también y apresurémonos á celebrar una fiesta en honor suyo.» Al instante los salvajes bailaron y cantaron alrededor de la cesta, á la manera de los indios. La función se prolongó hasta hora muy avanzada de la noche, y sólo pudo cesar cuando todos fueron cayendo, rendidos de fatiga y de embriaguez, ante el nuevo dios objeto de su extraño culto.

Al otro día Hatuey reunió de nuevo á sus indios, y les dijo que después de maduras reflexiones sobre el objeto de sus alarmas, había pensado que la fiesta de la víspera no bastaba para asegurar su salvación, y que era indispensable arrojar de la isla el dios de los españoles. «En vano—prosiguió—le ocultaríais cuidadosamente en los sitios más recónditos; los hombres blancos sabrían bien pronto encontrarle, y aunque

os le tragaseis, sabrían sacárosle de las entrañas. Arrojémosle al agua; que el mar le oculte á las miradas de nuestros opresores, y así nuestro país no excitará su ansiosa curiosidad.» Todos los salvajes aprobaron este dictamen dándose prisa á traer su oro para arrojarle al mar.

Este sacrificio ó esta precaución no impidió que el pabellón español flotase en la costa de Cuba. Hatuey no se acobardó, y quiso oponerse al desembarco de los españoles; llegaron á las manos, y después de una corta resistencia, las tropas fueron derrotadas y el desgraciado cacique hecho prisionero. Para aterrar á los demás caciques y conseguir con un solo castigo, pero ejemplar, la pronta sumisión de la isla, Hatuey fué sentenciado á ser quemado vivo.

En el momento en que atado á un poste contemplaba con mirada estoica los preparativos de su suplicio, un fraile Franciscano se acercó á él para ofrecerle los consuelos de su ministerio, para prepararle á la muerte con piadosas exhortaciones. Como le ha-

blase del Paraíso, mansión reservada al justo y al inocente, le preguntó el cacique:

—¿Hay también cristianos en ese sitio de delicias?

—Sin duda—respondió el religioso—pero sólo los buenos son admitidos.

—Todos son malos—replicó Hatuey—yo no quiero ir á un paraje donde pueda encontrar un solo cristiano.

Este crimen, de una política bárbara, tuvo por resultado la sumisión de todos los indios de Cuba; atemorizados con el suplicio de Hatuey, humillaron dócilmente su cabeza al yugo español, y Velázquez se vió dueño en pocos días de una de las mayores y más hermosas islas del universo.

Mientras que Velázquez se apoderaba de Cuba, otras expediciones se dirigían al continente descubierto por Colón; los españoles fundaban establecimientos, y Ponce, el conquistador de la isla de Puerto Rico, descubría la Florida por una circunstancia que merece contarse.

Los naturales de Puerto Rico, según una de sus antiguas tradiciones, aseguraron á los españoles que en cierto paraje hacia el Norte había una isla con una fuente cuyas aguas tenían la virtud de restituir la salud, la mocedad y el vigor á los que se bañaban en ella. La curiosidad de Ponce fué altamente excitada con esta fábula, y tan crédulo como los indios que la propalaban, se hizo á la vela para descubrir la fuente milagrosa. Se dirigió al Norte por el lado de las islas Lucayas, y cuando al llegar al grado veintiséis de latitud septentrional se volvió hacia el Oeste, descubrió una tierra que forma parte del continente de la América septentrional. Dió á esta comarca el nombre de *La Florida*, ya por su rica y brillante vegetación, ya por haberla descubierto en domingo de Pascua florida.

Este descubrimiento llamó la atención de los españoles hacia una región aún desconocida; sospechaban, es verdad, que existían tierras en la latitud del vasto y

opulento Méjico; pero nadie había intentado resolver el problema. Esta gloria estaba reservada á un grande hombre que se presentó de repente en la escena.

Este grande hombre es *Hernán Cortés*.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE

PÁGS.

I.—Nacimiento de Cristóbal Colón. —Su infancia.—Su educación.—Sus estudios en la Universidad de Pavía.—Primeras campañas.—Un abordaje.—Colón en Lisboa.—Sus proyectos.—Su matrimonio.—Su permanencia en Madera.—El médico de Florencia.—Proposiciones de Colón á la República de Génova, á las cortes de Lisboa, Lóndres y España.—Ignorancia de sus jueces. —El superior de un convento español.—Nueva repulsa de la corte de España.—Consecuencias de la conquista de Granada.—Regreso triunfal de Colón.—Firmase el tratado con el Gobierno español..... 5

II.—Singular cláusula del tratado.—Preparativos de la expedición en el puerto de Palos.—Alonso Pinzón.—Gastos del armamento.—Composición de la escuadra.—Efectivo.—El 3 de Agosto de 1492.—Partida.—El timón roto.—Terrores supersticiosos de los compañeros de Colón.—El Almirante los tranquiliza.—Llegada á las islas Canarias.—6 de Setiembre de 1492. —Escenas de desesperación.—Declinación de la brújula.—Los vientos alisios.—Síntomas de desaliento.—Explicación del Almirante.—Una rebelión á bordo.—Valor y serenidad de Colón. —Amenazas de muerte.—Convenio entre Colón y sus compañeros.—¡Tierra, tierra!—El *Te Deum*.—Arrepentimiento y perdón..... 30

III.—Descubrimiento de la isla de Guanahaní.—Desembarco de los españoles.—Fijan una cruz en la costa.—Toma de posesión en nombre de los reyes de España.—Mutua sorpresa de españoles y de indios.—Descubrimiento de Cuba. —Traición de Pinzón.—Descubrimiento de la Española ó Haití.—Visita de un cacique.—

Naufragio de Colón.—Establecimiento de una colonia.—Partida de Colón á España.—Una tempestad.—Recibimiento de Colón en la corte de Portugal..... 63
IV.—Regreso de Colón al puerto de Palos.—Su entrada triunfante en Barcelona.—Honores extraordinarios que recibe en la corte de España.—Ejecutoria de nobleza.—Embajada española á Roma.—Bula de Alejandro VI.—Nueva expedición.—Salida de Cádiz.—Descubrimiento de la Dominica y la Guadalupe.—Antropófagos.—Vuelta de Colón á Haití.—Desastre del primer establecimiento español.—Fundación de la Isabela.—Trama contra Colón.—Descubrimiento de la Jamaica.—Pesca singular.—Visita y discurso de un cacique.—Enfermedad de Colón.—Vuelve á encontrar á su hermano.—Preparativos de guerra contra los españoles. 113
V.—Combate.—Cien mil indios contra doscientos veinte soldados españoles.—Los perros auxiliares.—Margarita y Buil.—Impuesto exigido á los indios.—Su desesperación y su venganza.—El comisario Aguado.—Partida de Colón á España.—Efectos del hambre á bordo.—Regreso de Colón.—Preséntase á sus jueces.—Su justificación.—Armamento de otra flota.—Las tortugas del Cabo Verde.—Paso de la línea.—Desesperación de los equipajes.—Los micos del Orinoco.—La boca de dragón.—Una corona de oro en la cabeza de Colón.—Fundación de la ciudad de Santo Domingo.—Rebelión del juez Roldán.—Expedición de Vasco de Gama.—Descubre nuevo camino para las Indias Orientales.—Expedición de Ojeda.—Américo Vespucio da su nombre al Nuevo Mundo.—Descubrimiento del Brasil por Cabral..... 152
VI.—Triunfo de los enemigos de Colón.—Envíase un nuevo comisario á las Indias Occidentales.—Francisco de Bobadilla en Santo Domingo.—Colón es aprisionado y conducido á bordo de un navío.—Sentencia de muerte pronunciada contra los tres hermanos.—Colón conserva sus grillos aunque el capitán de la nave se ofrece á quitárselos.—Su respuesta al capitán.—Indignación general en España contra Bobadilla.—Colón y sus hermanos son puestos en libertad por orden del Rey.—Preséntase á Fernando é Isabel.—Destitución de Bobadilla.—Ovando es

nombrado gobernador de las Indias occidentales.—Abolición de la esclavitud.—Nuevo viaje de Colón.—Las primeras almendras de cacao.—La costa de las Orejas.—El cabo de Gracias á Dios. — El secretario tenido por hechicero.—Tortuga viva en el cuerpo de un tiburón.—Las casas en el aire.—Minas de oro de Veragua.—Pesca de las sardinas.—El cacique Quibio, su cautiverio y huida.—Hostilidades.—Resolución de Mendez y de Fieski..... 188

VII.—Rebelión de Porras.—Colón abandonado por sus compañeros en la Jamaica.—Vuelta de los rebelados. — Peligro de hambre. — El eclipse de luna.—Sagacidad de Colón.—Guerra civil entre los españoles. — Llegada de un navío á la Jamaica.—Colón se embarca para Santo Domingo. —Su regreso á España.—Muerte de la reina Isabel.—Injusticia de la corte.—Muerte de Colón. —Su sepultura en Sevilla. — Traslación de sus cenizas.—Su retrato.—Administración de Ovando en Santo Domingo. —Espantosa despoblación de la isla Española. — La reina Anacoana. —Perfidia de Ovando para con ella.—Bartolomé de las Casas en América.—Su celo por la causa de los americanos.—El primogénito de Colón cita ante un tribunal al rey Fernando.—Gana el pleito.—Juan Ponce en Puerto Rico.—El perro Becerrillo. — Velázquez en Cuba. — Resistencia del cacique Hatuey.—Es quemado vivo. — Palabras que pronuncia antes de morir.—Una tradición india.—La fuente de juventud. — Descubrimiento de la Florida..... 245

COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS

HISTORIA

DEL

DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA

DE

AMERICA

escrita en alemán por

JOAQUÍN ENRIQUE CAMPE

NOTAS Y ACLARACIONES DE

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO

de las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando.

Tomo segundo.

MADRID

LA ESPAÑA MODERNA

Cta. de Sto. Domingo, 16.

HISTORIA

DEL

DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE AMÉRICA

LA ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

AÑO IV

Escrito por ARENAL (Doña Concepción), BARRANTES, CAMPOAMOR, CÁNOVAS, CASTELAR, ECHEGARAY, GALDÓS, MENÉNDEZ Y PELAYO, PARDO BAZÁN (Doña Emilia), PALACIO VALDÉS, PÍ Y MARGALL, THEBUSSEM, VALERA Y ZORRILLA, y la parte extranjera estará redactada por BOURGET, CANTÚ, COPPÉE, CHERBULIEZ, DAUDET, DOSTOYUSKY, GLADSTONE, GONCOURT, RICHEPIN, TOLSTOY, TURGUENEF y ZOLA.

Precios de suscrición, pagando adelantado:

En España, seis meses, 17 *pesetas;* un año, 30 *pesetas.*— En las demás naciones europeas y americanas, y en las posesiones españolas, un año, 40 *francos,* enviando el importe á esta Administración en letras sobre Madrid, París ó Londres.

Las suscriciones, sea cualquiera la fecha en que se hagan, se sirven á partir del mes de Enero de cada año.

Se remite un tomo de muestra gratis á quien lo pida por escrito al Administrador de LA ESPAÑA MODERNA, Cuesta de Santo Domingo, 16, pral.

LA NUEVA CIENCIA JURÍDICA

ANTROPOLOGÍA, SOCIOLOGÍA

Condiciones de suscrición:

Cada mes verá la luz un cuaderno de 64 páginas grandes, á dos columnas. Sólo se admiten suscriciones por un año, á partir de Enero, aunque se haga el abono después del referido mes: en este caso se entregarán al suscritor los números atrasados.

Número suelto..... 1,50 pesetas.
En España, un año..... 12 —
Fuera de España, lo mismo en Europa que en América..... 15 —

Se suscribe en la Administración de LA ESPAÑA MODERNA y de LA NUEVA CIENCIA JURÍDICA, Cuesta de Santo Domingo, 16, pral., Madrid, enviando el importe en letras de fácil cobro ó en sellos, pero en este caso certificando la carta.

Se envían prospectos detallados á quien los pida por escrito.

COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS

HISTORIA

DEL

DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA

DE

AMERICA

escrita en alemán por

JOAQUÍN ENRIQUE CAMPE

NOTAS Y ACLARACIONES DE

CESÁREO FERNÁNDEZ DURO

de las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando.

Tomo segundo.

MADRID
LA ESPAÑA MODERNA
Cta. de Sto. Domingo, 16.

Es propiedad.--Queda hecho el depósito que marca la Ley.

AGUSTIN AVRIAL.—Impr. de la Comp. de Impr. y Lib.
S. Bernardo, 92.—**Teléfono núm 3.074.**

HERNÁN-CORTÉS

I

Expedición de Hernández de Córdoba.—La bahía de Campeche. — Dos bautismos: Julián y Melchor.—Combate.—Hernández queda herido.—Su muerte.—Grijalva.—La Nueva España.—Discurso de un cacique.—Un templo indio.—La isla de los Sacrificios.—Hernán Cortés.—Su retrato.—Preparativos de la expedición que debe mandar.—Se hace á la vela para Méjico.—Encuentro de un náufrago español.—Relación de sus aventuras.—Una batalla.—Derrota de los mejicanos.—Una embajada.—La hija de un cacique. — Los embajadores de Motezuma. — Situación crítica de Cortés.—Su destreza.—Un tribunal.—Dimisión de Cortés.—Su discurso.—Es de nuevo elegido comandante.

La conquista de la isla de Cuba no podía satisfacer la ambición de Velázquez, que sufría con impaciencia la autoridad de D. Diego; deseando sustraerse á ella, pensó que lo lograría si tenía la fortuna de hacer algún descubrimiento importante que le proporcionase un gobierno independiente.

Por lo tanto equipó dos navíos y un bergantín y confió el mando de esta pequeña escuadra á Hernández de Córdova (1), prescribiéndole que siguiese el rumbo al Oeste, porque presumía que existiese hacia aquel paraje un gran continente no visitado todavía por ningún europeo.

Hernández se dirigió hacia la tierra firme llamada de Yucatán y cuando hubo llegado á la costa, siguió su rumbo, siempre remontándose, hasta la bahía de Campeche, donde crece la madera que sirve para los tintes. Habiendo desembarcado en diversos parajes de la costa, tuvo que sostener algunos combates con los habitantes, encontrando una resistencia inesperada; pero éstos indios eran los menos salvajes y más aguerridos de cuantos los españoles habían visto hasta entonces, que estaban casi todos desnudos. Estos tenían vestidos hechos de una tela de algodón picado; sus armas,

(1) Otros historiadores llaman Francisco Fernández de Córdova al comandante de esta escuadra, en que iban ciento diez hombres, siendo piloto de las naves el célebre Antón Alaminos.—N. DEL T.

que manejaban con bastante destreza, eran espadas de madera guarnecidas de agudos pedernales, lanzas, arcos, flechas y escudos. Se pintaban el rostro de diversos colores y adornaban su cabeza con un penacho. Entre ellos fué donde se vieron las primeras casas de piedra y cal, edificadas con cierta regularidad. En algunos encuentros batieron á los españoles, haciéndolos reembarcarse, y estos hicieron prisioneros á dos jóvenes indios que después recibieron el bautismo. Les pusieron los nombres de Julián y Melchor, y prestaron grandes servicios á los españoles sirviéndoles de intérpretes y mediadores con los mejicanos.

Un día en que bajaron los españoles á tierra para renovar su provisión de agua, se les acercaron cincuenta indios para preguntarles si venían del país donde sale el sol. Como les respondiesen que sí, fueron llevados por aquellos indios á un templo de piedra donde un horrible espectáculo se ofreció á su vista. Allí estaban colocados ídolos horrorosos, teñidos de sangre que aún humeaba. Al instante se presentaron dos hombres con capas blancas y con sus

largos cabellos negros atados por detrás, los que se adelantaron hacia los españoles, trayendo en sus manos unas cazoletas de tierra. Cuando estuvieron enfrente de los advenedizos, echaron en las cazoletas una especie de sustancia resinosa, arrojando hacia los españoles el humo que levantaba. Terminada la ceremonia, les intimaron que saliesen del país amenazándoles con la muerte si no obedecían. Los españoles juzgaron que no era prudente el permanecer más tiempo entre aquellos indios y se volvieron prontamente á sus navíos.

Desembarcaron también en otro paraje cerca de Potonchán; pero fueron atacados por una numerosa tropa de indios, con tal impetuosidad y rabia, que mataron cuarenta y siete, hirieron á otros muchos que pudieron escapar con dificultad de la matanza general, refugiándose en sus navíos. El mismo Hernández, jefe de la expedición, quedó herido muy gravemente, por lo que tuvo que volverse al instante á Cuba, donde después de haber dado á Velázquez cuenta detallada de la expedición, murió de resultas de sus heridas.

Los nuevos descubrimientos hechos en su nombre sobrepujaban las esperanzas de Velázquez, que resolvió continuar su exploración, cuyos resultados habían sido tan brillantes, y que le prometía otros no menos ventajosos. Equipó de nuevo tres navíos y un bergantín, eligiendo para comandante de esta escuadrilla á Grijalva, oficial en quien corrían parejas el valor y la experiencia. Velázquez le intimó que se limitase á buscar nuevas tierras, sin detenerse á formar establecimientos en las que pudiese descubrir.

Grijalva se dirigió en línea recta hacia Yucatán; pero no advirtió que las corrientes le llevaban hacia el Sur, alejándole un poco del rumbo que se proponía seguir. A causa de este desvío, descubrió cerca de la costa oriental de Yucatán, la isla de Cozumel, y desde allí, siguiendo la costa, llegó á Potonchán, donde Hernández había tenido tan mal recibimiento. Los compañeros de Grijalva que estaban impacientes por vengar la muerte de sus compatriotas y la afrenta hecha al pabellón español, pidieron se les dejase desembarcar, y su jefe bajó con ellos á tierra.

Estaban los indios tan orgullosos con la victoria que habían conseguido poco tiempo antes, que salieron muy ufanos al encuentro de los españoles; pero bien cara les costó su valentía. Doscientos quedaron en el campo y los demás huyeron llevando el terror por todas partes; pero Grijalva no quiso aprovecharse de esta ventaja, y satisfecho con haber dado una severa lección á los indios de Potonchán, se hizo á la vela para seguir costeando. Júzguese cuál sería la sorpresa de los españoles al ver por todas partes pueblos y ciudades construidas con regularidad; casas de piedra y de cal que su imaginación transformaba en palacios, y encontrando grande semejanza entre la España y este país, le llamaron Nueva España, nombre que todavía conserva.

La expedición llegó después á la embocadura de un río, al que los naturales llamaban Tabasco y al que los españoles, para honrar á su digno jefe, pusieron el nombre de Grijalva: el río no ha conservado este nombre, pero la comarca que riega se llama todavía Tabasco. La extraordinaria fertilidad del país, que estaba también muy po-

blado, convidó á Grijalva á bajar á reconocerle; desembarcó con todas sus gentes bien armadas; pero apenas habían puesto el pié en la costa, cuando una muchedumbre de indios, dando horribles gritos, les prohibió pasar adelante. Grijalva, sin intimidarse por sus amenazas, fué avanzando hacia los indios, y cuando estuvo á tiro de flecha, mandó hacer alto y formó sus tropas en batalla. Después ordenó á Julián y Melchor, los dos americanos llevados por Hernández, que fuesen á decir á los indios que lejos de haber venido para hacerles daño, no deseaba más que hacer alianza con ellos.

Si los indios quedaron asombrados á vista del orden de batalla, uniformes y armas de los españoles, no menos les sorprendieron las proposiciones pacíficas que les hacía el comandante de los enemigos. Algunos jefes se acercaron sin temor y no tuvieron motivo de arrepentirse, porque Grijalva los recibió con mucho cariño. Díjoles por medio del intérprete, que él y los que le acompañaban eran súbditos de un gran rey, dueño de todos los países por donde el

sol sale, y que venía enviado á ellos por este monarca, para que se sometiesen á su dominio.

Esperaba Grijalva el resultado de esta intimación, que produjo murmullos de cólera entre los indios, indignados de la audacia de aquellos insolentes extranjeros; y uno de los jefes, imponiendo silencio á la turba irritada, vino á dar esta respuesta: «Que no podían comprender se les hablase de paz al mismo tiempo que se quería esclavizarlos. Que era también muy extraño se les quisiese sujetar á un nuevo dueño antes de saber si estaban ó no contentos con el suyo, y que de todas maneras, supuesto que la cuestión era de paz ó de guerra, ellos no podían resolverla sin consultar á sus superiores acerca de las proposiciones que acababan de oir.» Alejóse en seguida, dejando á los españoles admirados de la firmeza y sabiduría de esta contestación.

Poco tiempo después volvió á decir á Grijalva que sus jefes, informados de cuanto había pasado en Potonchán, no tenían miedo á la guerra, como lo manifestarían

en caso necesario, pero que siempre preferían la paz. Que le habían encargado trajese al jefe de los hombres blancos una gran cantidad de víveres que le regalaban como una prueba de sus pacíficos sentimientos.

Apenas había acabado de hablar, cuando se presentó el mismo cacique, sin armas y con una muy corta escolta de los suyos. Después de las mutuas salutaciones entre el príncipe indio y el comandante español, sacó aquél de una cesta que sus gentes habían traído magníficas armaduras de oro guarnecidas de piedras preciosas y adornadas con plumas de colores, y ofreciendo estos regalos á Grijalva le dijo le suplicaba los aceptase como una prueba de su amor á la paz; pero que para evitar un rompimiento entre ellos era preciso que se alejase del país lo más pronto posible.

El jefe español, á su vez, correspondió al cacique con varios regalos, que él recibió con la más viva satisfacción, y se comprometió además á salir prontamente; por lo que, fiel á su palabra, se dió prisa á embarcarse. La expedición continuó avan-

zando á lo largo de la costa hasta llegar á una isla que tenía casas de piedra y un templo. En el centro de este templo, abierto por todas partes, había colocados sobre sus altares diferentes ídolos horribles, y delante de ellos estaban expuestos los cadáveres de seis hombres que parecían haber sido inmolados la noche anterior. Horrorizados los españoles á vista de estos crímenes de una feroz superstición, dieron á esta isla el nombre de isla de los Sacrificios. Bien pronto se convencieron de que la bárbara costumbre de sacrificar víctimas humanas á los ídolos reinaba en todos los pueblos de aquellas regiones, porque habiendo llegado poco tiempo después á una isla llamada Kulva por los naturales, vieron todavía mayor número de cadáveres humanos sacrificados á las divinidades indias. Los soldados españoles se estremecieron á vista de estos abominables sacrificios. Grijalva añadió el nombre de Juan al que ya tenía la isla, que todavía se llama de San Juan de Ulúa.

Los españoles encontraron por todas partes oro en abundancia, y seducidos por

las riquezas de aquellas fértiles comarcas, algunos compañeros de Grijalva querían formar un establecimiento en la costa; pero su jefe, conformándose á las instrucciones de Velázquez, les negó el permiso, limitándose á tomar posesión, en nombre del rey de España, de todos los países adonde llegaba, y sin detenerse siguió costeando hasta la provincia de Panuco, que por aquella parte es la última de Nueva España y de Méjico. Allí tuvo que rechazar un furioso ataque de los indios, matando una buena porción de ellos, y como la violencia de las corrientes contrarias no le dejase seguir la exploración de la costa, tuvo que dar la vuelta á Cuba.

Al llegar á esta isla sufrió injustas reconvenciones de parte de Velázquez, que le acriminaba por haber cumplido escrupulosamente sus órdenes, no fundando una colonia en el rico territorio que había descubierto. El gobernador de Cuba resolvió reparar lo que él llamaba la falta de su teniente, y equipó con la mayor prontitud diez navíos de ochenta á cien toneladas.

Pero ¿á quién Velázquez, este hombre

tan suspicaz y desconfiado, daría el mando de esta flota considerable? No quería correr en persona los peligros de una expedición larga y difícil, además de que, por otra parte, su presencia era necesaria en Cuba. Su previsora ambición tenía bien calculados todos los azares, principalmente el de un desastre que hubiera tal vez estorbado su regreso á una isla, en la que, si le era posible, quería mantenerse contra la autoridad de D. Diego. La elección de comandante inquietaba á Velázquez, que tardó mucho en fijarse entre todos los concurrentes que solicitaban el honor y la responsabilidad de una empresa tan grandiosa; porque temía que eligiendo un jefe de valor é inteligencia y el más á propósito para el desempeño, le arrebatase la utilidad y la gloria, no queriendo resignarse á desempeñar un papel subalterno el conquistador de tan vastas regiones. Velázquez, en fin, deseaba encontrar un jefe de capacidad y que sin embargo consintiese en estar bajo la dependencia del gobernador de Cuba, siendo el instrumento dócil de su voluntad.

La casualidad le hizo encontrar al hombre que parecía destinado por la Providencia á la ejecución de la empresa preparada por Velázquez.

Hernán Cortés había nacido, en 1485, en Medellín, villa de Extremadura, de una familia noble, y había cursado en su primera juventud en la Universidad de Salamanca. Su padre quería que se aplicase á la jurisprudencia; pero una profesión grave no podía convenirle: el estudio de las leyes contrariaba sus inclinaciones y la viveza de su carácter, por lo que, cediendo al ascendiente de una vocación irresistible, prefirió la carrera de las armas. Obtuvo el permiso de pasar á Italia para servir á las órdenes del famoso Gonzalo de Córdova; pero una enfermedad peligrosa que le sobrevino el mismo día de su partida le impidió hacer su aprendizaje militar en la escuela del Gran Capitán, aunque no pudo impedir sus inclinaciones y sus proyectos. Todas las miradas se dirigían entonces á las Indias Occidentales, y Cortés cedió al impulso que lanzaba tantos aventureros al Nuevo Mundo, resuelto á ir

á buscar también en él la fortuna y la gloria.

Llegó á Santo Domingo en el año de 1504, provisto de cartas de recomendación para D. Nicolás de Ovando, el gobernador de la isla Española, y fué muy bien recibido. Apenas tendría entonces unos veinte años, y ya dió pruebas de su valor y energía durante su viaje, en el que se vió expuesto á grandes peligros. Ovando, á quien agradó desde un principio, le tuvo á su lado por algún tiempo, confiándole comisiones importantes y quedando satisfecho de sus talentos y su celo. La fisonomía de Cortés prevenía á favor suyo: era bien formado y realzaba sus ventajas exteriores con cualidades que le granjeaban el afecto de cuantos le conocían. Generoso, discreto, chistoso en su conversación, tenía gusto en hacer un favor, pero sin ostentación y sin pretender sacar partido de su condescendencia. Sencillo y modesto en sus modales é indulgente con los demás, tenía horror á la maledicencia.

En 1511, Velázquez, que había oído hablar del mérito de Cortés, le propuso el

empleo de secretario y le llevó consigo á Cuba; pero el Gobernador descontentó á algunos, y Cortés, que había caído en desgracia suya, se encargó de presentar las quejas de los descontentos en la Real Audiencia de Santo Domingo. Habiendo sido descubierto este proyecto, Cortés fué preso y sentenciado á la pena capital. Intercedieron por él personas de consideración y pidieron su indulto, que fué concedido por el Gobernador, limitándose á enviarle preso á Santo Domingo.

Le embarcaron en un navío pronto á partir; pero como á bordo no tuviesen cuidado de él, se atrevió por la noche á saltar al mar, llevándose agarrada una tabla. Con su ayuda, y luchando contra las olas, consiguió llegar á la costa, donde volvió á caer en poder de Velázquez; pero esta desgracia fué el origen de su elevación, porque el Gobernador, admirando la energía é intrepidez de Cortés, le perdonó y quiso atraérsele, colmándole de favores. Creyó haber encontrado en aquel joven lo que buscaba, es decir, un acérrimo partidario de su voluntad y sus intereses; pero se

equivocaba, y todos los que habían podido observar de cerca al nuevo comandante y traslucir la ambición que le dominaba pronosticaron que Velázquez no tardaría en arrepentirse de haberle elegido.

Un día que el Gobernador y el Capitán general de la Armada fueron juntos al puerto para inspeccionar y activar los preparativos de la expedición, un bufón, llamado Francisquillo, se acercó á ellos y se puso á decir que Velázquez no tenía previsión y que debía prevenir otra escuadra para ir en persecución de Cortés. «Compadre — dijo el Gobernador, que llamaba así familiarmente á Cortés, por haber sido padrino de una hija suya: — ¿oís lo que dice ese pícaro Francisquillo?» — «Es un loco — dijo Cortés — y es preciso dejarle hablar.»

La envidia y resentimiento de algunos oficiales que habían pretendido el mando concedido á Cortés consiguieron despertar la desconfianza de Velázquez, y para evitar sus consecuencias trató aquél de acelerar su partida. En pocos días reunió bajo sus órdenes cerca de trescientos hombres, entre los que se hallaba Bernal Díaz del

Castillo, que escribió la historia de esta expedición memorable. El estandarte que dió á sus tropas llevaba el signo de la cruz, con estas palabras latinas por divisa: «*Vincemus hoc signo.*» *Con esta señal venceremos.* Era la inscripción del Labarum, adoptado por Constantino después de su célebre victoria contra Maxencio.

Era tanto lo que Cortés temía los efectos de la desconfianza, ya manifestada varias veces por el Gobernador, que resolvió embarcarse sin despedirse de él. Velázquez, que se hallaba acostado, sabiendo que la escuadra iba á hacerse á la vela, se levantó prontamente al amanecer para ir á la costa con un numeroso acompañamiento. Apenas Cortés le vió, vino á saludarle en una chalupa, donde había cuidado se embarcasen hombres de toda su confianza y bien armados. Al acercarse á la costa, Velázquez le dijo: «Y qué, compadre, ¿os marcháis sin despediros? Abandonar así á los amigos es cosa muy extraña.» —«Señor—le respondió Cortés—os suplico me perdonéis; pero sabed que las grandes empresas reclaman la mayor diligencia; indicadme

solamente lo que deseáis que ejecute por serviros y vuestras órdenes serán inmediatamente cumplidas.» Velázquez, atónito, guardó silencio, y Cortés, volviendo al instante á su flota, partió de Santiago el 18 de Noviembre de 1518, y costeando del Norte hacia el Este fué á fondear al puerto de la Trinidad.

Había sido precedido por una orden de Velázquez al alcalde de dicha villa para que recogiese á Cortés su nombramiento, es decir, el título de Capitán general de la flota.

El alcalde se apresuró á participar á Cortés la orden que había recibido; pero éste manifestó al alcalde que tan súbita mudanza en el ánimo del Gobernador no podía provenir más que de un error ó mala inteligencia, y comprometió al primer magistrado de la Trinidad á que retardase la ejecución de la orden hasta que Velázquez respondiese al mensaje que iba á dirigirle, demostrando al mismo tiempo el más profundo respeto á la autoridad del gobernador de Cuba. Como el Alcalde no se hallaba en disposición de obligar á Cortés á que le

obedeciese, tuvo que pasar por lo que éste quiso y le concedió la prórroga que solicitaba. Cortés escribió, en efecto, á Velázquez; pero levantó áncoras al instante y se dirigió á la Habana.

Obligado á detenerse en este punto, aprovechó el tiempo para desembarcar la artillería, hacer que limpiasen las armas y ejercitar á los artilleros. Como el territorio de la Habana producía algodón en abundancia, mandó hacer una especie de arma defensiva ó coraza formada de algodón entretelado, á la que dió el nombre de estampilla. Se adoptó generalmente esta armadura como mejor defensa que el hierro contra las flechas y dardos americanos.

La escuadra de Cortés se componía de diez navíos y un bergantín. Dividió su pequeño ejército en once compañías, al mando cada una de un capitán, que lo era al mismo tiempo de uno de los buques, para que así tuviesen la misma autoridad en tierra que en mar. El se encargó de la primera compañía, declarando que las ponía todas bajo la protección especial de San

Pedro, cuyo nombre había de ser, por decirlo así, su grito de guerra.

Se hizo á la vela del puerto de la Habana el 10 de Febrero de 1519, y después de haber luchado por algunos días contra vientos muy impetuosos, toda la escuadra se reunió en la isla de Cozumel, donde se verificó una revista general. El número de tropas ascendía á quinientos ocho soldados, sin contar los oficiales, y ciento nueve hombres para el servicio de los navíos. Entre los soldados había trece con mosquetes, treinta y dos con ballestas y los demás no tenían más que espadas y lanzas. La caballería de Cortés, esta caballería que había de hacer un papel tan importante en la expedición, sólo constaba de diez y seis jinetes. Su artillería estaba reducida á diez cañoncitos de los llamados de montaña, y cuatro culebrinas, especie de cañón largo y delgado que ya no está en uso.

Entre tanto Velázquez, informado de que Cortés había salido de la Trinidad á pesar de sus órdenes, acusó de traición al oficial que no las había ejecutado, y tomó sus medidas para que Cortés, detenido en la Ha-

bana, fuese enviado preso á Santiago. Avisado el capitán general de la escuadra del peligro que le amenazaba, halló medio de eludir el furor de Velázquez y salvarse de sus violencias. Dió parte á sus compañeros, con cuyo afecto podía contar, del proyecto formado por Velázquez, y les indicó la suerte que les estaba reservada por la injusticia del Gobernador, pidiéndoles en el acto su parecer sobre el modo con que debería conducirse. Todos le respondieron á una voz que no debía inquietarse por las maléficas disposiciones de Velázquez contra él, y le indujeron á que siguiese con el mando que se le había confiado, suplicándole no les privase de un jefe que merecía toda su confianza. Todos juraron que estaban prontos á seguirle adonde quisiese llevarlos, arrostrando todos los peligros y hasta la muerte.

Seguro de esta suerte Cortés del afecto y decisión de sus soldados, dió la orden de la partida, y se hizo á la vela para ir á conquistar un imperio mucho más vasto que todos los países reunidos entonces bajo el dominio del rey de España.

Estaba resuelto á seguir el mismo rumbo que había conducido á Grijalva á sus importantes descubrimientos, así es que se detuvo primeramente en la isla de Cozumel. Su llegada fué una dicha para un español, arrojado por un naufragio á la costa y hecho esclavo por los salvajes. Este hombre, llamado Aguilar, había pasado ya ocho años en la esclavitud, y costó trabajo el reconocerle, porque había adoptado las costumbres, maneras, lenguaje y hasta la misma figura de los indios. El sello de su origen europeo estaba completamente borrado en aquel infeliz que apenas se acordaba de su patria. Se hallaba desnudo como los salvajes, cuyo color bronceado tenía: sus cabellos estaban trenzados al rededor de la cabeza, á la moda del país, y tenía en la mano un arco, llevando el escudo, aljaba y flechas á la espalda. No tenía más bienes que una bolsa de punto, en la que guardaba sus víveres y un antiguo libro de horas, que leía con piadosa constancia. Cuando hablaba, su lenguaje era casi ininteligible; apenas se acordaba del idioma castellano, que en su boca se había converti-

do en un dialecto bárbaro, formado en gran parte de palabras indias.

Contó á Cortés que cuando él y sus compañeros naufragaron en la costa, eran diez y nueve, pero que el hambre y las fatigas hicieron que muriesen siete; los demás fueron cogidos por un cacique del país, hombre feroz, que sacrificó en el acto cinco á sus ídolos, y se los comió después. Los que por el pronto no saciaron el horrible apetito de aquel antropófago, estaban destinados á un suplicio más cruel que la muerte: los encerró en una jaula para que fuesen engordando. Habiendo logrado escaparse, pasaron mucho tiempo una vida errante en los bosques, alimentándose de hierbas y raíces, y estaban á punto de sucumbir, cuando, descubiertos por algunos indios, fueron presentados á un cacique, el que los recibió con benignidad y les prodigó todas las atenciones de una hospitalidad generosa, porque era enemigo del que los había tratado tan cruelmente. A pesar de esto, fueron condenados á un trabajo muy penoso que excedía sus fuerzas. Sólo dos pudieron resistir el exceso de la fatiga y sobrevivir á

sus compañeros de infortunio: estos fueron Aguilar y Guerrero; pero su suerte mejoró, porque habiendo prestado singulares servicios al cacique, su amo, en una guerra que sostuvo contra otros jefes, se mostró tan agradecido que los hizo amigos y confidentes suyos. Gracias á esta nueva situación, Guerrero se casó con una india de una de las familias más poderosas del país, y poco tiempo después de su matrimonio, obtuvo un mando de importancia. Poco á poco se aficionó de tal manera á la vida y costumbres de los americanos, que á la llegada de los españoles no quiso unirse ni aun presentarse á ellos, lo que se debe atribuir á la vergüenza que pasaría presentándose á sus compatriotas con todos los signos distintivos de los salvajes; porque, según decía Aguilar, tenía la nariz taladrada á modo de los indios y su cuerpo estaba pintado de diversos colores.

Cortés abrazó al pobre Aguilar, dando su misma capa para cubrir la desnudez de aquel español, feliz por volver á verse entre sus hermanos. El Capitán general esperaba con fundamento que Aguilar le sería

muy útil en sus negociaciones con los indios, cuyo idioma hablaba con facilidad.

Saliendo de Cozumel, Cortés avanzó hacia la provincia de Tabasco, queriendo llegar al paraje en que el río de Grijalva desemboca en el mar. Como su predecesor, que puso su nombre al río, no había tenido motivo de queja por parte de los habitantes, esperaba el Capitán general que á él le sucedería lo mismo; pero se engañaba, y cuando la nave capitana fué descubierta por los naturales, acudieron manifestando intención de oponerse al desembarco. Cortés les envió al instante el intérprete Aguilar, para que renunciasen á sus designios hostiles; pero ellos rehusaron escucharle, y sin dejarle hablar tuvo que volverse á bordo sin haber adelantado nada.

Cortés no quería ser el primero á romper las hostilidades: impaciente por llegar lo más pronto posible á las costas más inmediatas al vasto imperio mejicano, la resistencia de los salvajes era para él un sensible contratiempo. Puesto en la alternativa de ceder á las amenazas de los salvajes, dando así alas á su insolencia, ó dar prin-

cipio en un país tan distante del término de sus esfuerzos á una guerra, que por feliz que fuese le había de ocasionar grandes pérdidas de hombres y de tiempo, se decidió por fin á tomar el partido violento de un ataque que juzgó necesario.

Al amanecer, todos los preparativos para el combate estaban terminados. Dispuesta la escuadra en semicírculo, empezó á subir contra la corriente del río; pero antes de empezar el combate quiso Cortés hacer nueva tentativa para ver si los indios se sosegaban. Aguilar, en calidad de intérprete, fué á decirles que de ellos dependía el ser tratados como amigos ó enemigos; pero ellos, sin escucharle, dieron en medio de espantosos aullidos la señal del ataque, avanzando todas sus canoas contra la flota española.

Comenzaron por lanzar flechas y piedras contra los españoles, que padecieron mucho, acribillados por aquella nube de proyectiles. Hasta entonces se habían mantenido inmóviles, sin contestar más que con su desdén á las amenazadoras bravatas de sus enemigos; pero ya era tiempo de pen-

sar en la defensa, y Cortés mandó disparar algunas piezas de artillería, que bastaron para que terminase el combate. Asustados los indios con el estrépito de aquel trueno que retumbaba contra ellos, y sobre todo de los terribles efectos de su poder, se precipitaron en el agua para salvarse á nado. En un momento quedaron abandonadas todas las canoas, y acercándose la flota española á la costa, Cortés desembarcó sin dificultad con todas sus tropas.

La contienda no estaba todavía terminada. Los indios que habían abandonado sus canoas para huir á los bosques, se incorporaron á un crecido número de naturales que venían para atacar á los españoles, y sorprendiendo á Cortés en el momento en que formaba su pequeño ejército en batalla, le empezaron á acribillar con flechas y piedras. El general español continuó formando sus líneas con una sangre fría extraordinaria, marchando después contra los enemigos; aunque para llegar hasta donde estaban sus masas compactas había que atravesar profundos pantanos y espesos bosques. Cuando los salvajes vieron venir á los sol-

dados españoles en buen orden y alineados unos con otros, no se atrevieron á esperarlos, y con su pronta huida evitaron los golpes de un enemigo, cuyo marcial continente y brillantes armas les ofrecían un espectáculo tan nuevo como terrible.

El valor que manifestó Cortés en este combate, reveló ya á sus soldados lo que debían esperar de semejante general. Al principio de la acción se le quedó un zapato en el fango de un pantano que tuvo que atravesar, sin que lo echase de ver hasta que, puestos los indios en completa derrota, consiguió una victoria general.

El enemigo había corrido á refugiarse en Tabasco, pueblo fortificado con una hilera de troncos clavados en tierra, como las empalizadas que se usan en las poblaciones fortificadas de Europa. El único camino que conducía á la ciudad era tan sumamente estrecho y tortuoso, que era muy temible aventurarse en él con imprudencia. Otro que Cortés, hubiera titubeado á vista de tales dificultades; pero él marchó vía recta á la población, de la que pensaba apoderarse sin resistencia; más los habi-

tantes estaban resueltos á defenderse hasta la extremidad. Habían cortado con piés derechos la entrada del pueblo y de las calles, en términos que Cortés tuvo que dar un nuevo ataque, cuyo resultado no fué dudoso. Los indios, arrojados de todas sus posiciones, dejaron entrar á los españoles; pero rehaciéndose en la plaza principal, sostuvieron una pelea aún más encarnizada. En fin, los indios cedieron, y yendo á refugiarse á las selvas, dejaron á los españoles por dueños de Tabasco.

Cortés mandó á sus soldados que no persiguiesen á los fugitivos. El botín que esta victoria proporcionó á los españoles sobrepujó á sus esperanzas, porque si los indios se había llevado á los bosques lo más precioso, dejaron por lo menos en la población abundantes víveres que tanta falta hacían á los españoles, extenuados de hambre y de fatiga.

No menos prudente que animoso, Cortés tomó todas las precauciones necesarias para poner en salvo á su tropa, y sobre todo, preservarla de una sorpresa. Al acercarse la noche alojó á todos sus compañeros en tres templos situados en los sitios más do-

minantes de Tabasco; colocó sus centinelas por escalones para que en caso de alarma los soldados tuviesen tiempo de ponerse á la defensiva. Infatigable en su vigilancia, no disfrutó un momento de reposo, y cuando dormían casi todos sus soldados para reparar sus fuerzas agotadas en combates y marchas penosas, él rondaba para ver si los centinelas que había colocado cumplían con su deber. Al salir la aurora encargó á algunos oficiales que fuesen á reconocer los bosques inmediatos; pero no encontraron ni un indio siquiera, lo que pareció de mal agüero á Cortés. Mandó que se hiciese el reconocimiento más lejos, y entonces se descubrió un ejército como de cuarenta mil salvajes, preparándose á presentar batalla á los vencedores de la víspera. Semejante aviso, en la posición en que se hallaba Cortés, era para desalentar al jefe más animoso, viéndose al frente con tal multitud de hombres, estimulados por el doble fanatismo de la religión y la libertad, y pudiendo reparar tan fácilmente sus pérdidas, mientras que la muerte de un solo español no era compensada con la de un millar de in-

dios. El Capitán general no ignoraba á qué peligros se veía expuesto; pero sin dar parte á las tropas de sus inquietudes, les presentaba siempre un semblante con tal aire de firmeza y seguridad, que logró inspirarles una confianza que él estaba muy lejos de tener, y cuando su pequeño ejército vió á su General siempre tranquilo y sereno, no dudó un solo instante de la victoria.

El primer cuidado de Cortés fué tomar una posición favorable al corto número de sus tropas, formándolas en batalla al pié de una colina, cuya elevación impedía que el enemigo acometiese por detrás. Colocando la artillería sobre esta colina, podían sus disparos hacer más estragos en los apiñados pelotones de los indios. El, con los pocos jinetes que había, se apostó en un bosque vecino, para salir y caer de improviso sobre los enemigos. Tomadas estas disposiciones, esperó á los indios, que no tardaron en presentarse.

La mayor parte venía armada de flechas y de arcos, cuya cuerda era de un nervio de buey ó pelos de ciervo retorcidos; la punta de las flechas estaba formada con

un hueso cortante ó una fuerte espina de pescado. Se servían también de un venablo que arrojaban desde lejos, ó con el que combatían de cerca manejándole como una espada; pero la más mortífera de sus armas era un sable de madera muy dura, y con el corte formado de piedras agudas, engastadas en la madera. Este sable era tan pesado, que era preciso servirse de las dos manos para manejarle. Muchos salvajes llevaban también mazas; otros hondas, con las que arrojaban á bastante distancia y con buen tino, piedras muy grandes. Sólo los jefes tenían armas defensivas, que consistían en una coraza de algodón entretelado y un escudo hecho de madera ó con la concha de una tortuga. Por lo que hace á los soldados, iban enteramente desnudos, y creían aparecer más formidables pintándose la cara y el cuerpo de diversos colores. Con el fin de aparecer más altos, se ponían en la cabeza grandes plumas enlazadas entre sí para formar un ancho penacho.

Su música militar no era menos extraña que el traje, pues consistía en una flauta de caña y un tambor hecho del ahuecado tron-

co de un árbol. Aunque ignorasen completamente el arte de alinearse para combatir, observaban, sin embargo, cierto orden, y su ejército estaba dividido en pequeñas divisiones, cada una con su jefe particular. En una sola cosa se parecía su estrategia á la táctica europea, y era en que rara vez acometían con toda la fuerza al enemigo, sino que reservaban una parte, que constituía su refuerzo, ó como se dice en el lenguaje militar, su cuerpo de reserva.

Anunciaban siempre con grandes gritos su primer ataque, el que siempre era muy impetuoso; pero si el enemigo se sostenía y el desorden llegaba á introducirse entre los primeros acometedores, resultaba inmediatamente una grande confusión, una mezcla general, seguida bien pronto de la fuga y derrota de todo el ejército.

Tal era el enemigo cuyos cerrados y numerosos batallones se acercaban para combatir, ó más bien aniquilar el pequeño ejército de Cortés, que firme en sus posiciones, esperaba el ataque. Apenas los indios llegaron á tiro de flecha, empezaron la batalla dando espantosos gritos y lanzando tan-

ta cantidad de flechas, que oscurecían el aire. Los españoles, que hasta entonces habían guardado un profundo silencio, contestaron al enemigo con una descarga general de sus cañones y arcabuces, cuyo fuego abrió anchas brechas en los batallones indios; pero aquellos truenos que enviaban la muerte á sus filas no asustaron á los salvajes, atentos sólo á llenar los huecos que entre ellos hacían los disparos de la artillería y arcabucería. Hasta se les vió coger tierra y arrojarla al aire, para que aquella nube de polvo ocultase á los enemigos las pérdidas que sufrían.

Por vigorosa que fuese la defensa de los españoles, el encarnizamiento, y sobre todo la superioridad numérica del enemigo, debían al fin triunfar de su valor. Ya les había costado mucho trabajo rehacer sus filas rotas por la impetuosidad de los indios, ya se les acababan las fuerzas, cuando Cortés salió de improviso del bosque al frente de su caballería, y se precipitó en medio de los indios, que nunca habían visto un hombre á caballo. La vista de los jinetes, que con su caballo se les representaban como un

solo animal, les causó tal sorpresa, que las armas se les caían de las manos. Los españoles se aprovecharon de aquellos momentos en que aflojaba el combate para establecer el orden en su línea de batalla y en sus movimientos; rompieron un fuego más vivo de cañones y arcabuces, y tomaron á su vez la ofensiva con tanta energía, que los indios, puestos al fin en completa derrota, huyeron en todas direcciones.

Cortés mandó á sus soldados que diesen cuartel á los fugitivos, y satisfecho de haber probado por segunda vez á los indios la superioridad de las armas españolas, se contentó con hacer algunos prisioneros, de los que pensaba servirse para establecer la paz con la nación que acababa de vencer. Contáronse en el campo de batalla los cadáveres de ochocientos indios. Los españoles no perdieron más que dos hombres, pero tuvieron hasta setenta heridos. En cuanto al número de heridos indios no se pudo averiguar, porque los que no recibieron heridas de consideración desaparecieron mezclados en el tropel que ocasionó la derrota general.

Al otro día de la batalla llevaron algunos prisioneros á la presencia de Cortés: estaban pálidos y temblando porque creían que los iban á matar; pero ¡cuál fué su asombro cuando el General español, que los recibió con benevolencia, les anunció por medio de Aguilar que ya estaban libres! Su alegría fué aún más estrepitosa al recibir algunas bagatelas de Europa que les regaló Cortés. Se les hacía tarde para ir á contar á sus compatriotas la generosidad de los españoles, la que bastó para que los indios cambiasen en pacíficas disposiciones sus transportes de furor y sus proyectos de venganza.

Todo aquel pueblo que había jurado guerra á muerte á los españoles, se hizo bien pronto amigo súyo: los indios empezaron á traer víveres al campamento, y Cortés los recompensó con magnificencia. Hasta el mismo cacique envió sus embajadores con regalos á pedir la paz que le fué concedida sin tardanza. El vino poco tiempo después y recibió regalos que le agradaron mucho, y para dar á Cortés una brillante prueba de agradecimiento le ofreció

veinte jóvenes indias diestras en hacer el pan de maíz.

Entre aquellas jóvenes había una notable por su belleza. Era hija de un cacique indio, y arrebatada en su edad temprana del lado de su padre, fué vendida al cacique de Tabasco. Después fué bautizada y se le puso por nombre Marina. Como tenía una rara inteligencia. aprendió en poco tiempo la lengua española, y el General se valió útilmente de ella en sus repetidas negociaciones con los mejicanos. Algunos historiadores aseguran que Cortés, en agradecimieto á los servicios que le había hecho, la elevó al rango de esposa suya, y que un hijo llamado Martín Cortés fué el fruto de esta unión.

En el momento en que el cacique y los principales indios estaban reunidos en la tienda del General, los caballos españoles se pusieron á relinchar. Al intante, los indios, llenos de espanto, preguntaron por qué aquellos seres tan poderosos daban unos gritos tan terribles. Se les respondió que así manifestaban su cólera, porque el cacique y su pueblo no habían sido severamente casti-

gados por su audaz resistencia á los españoles. Apenas escucharon esta respuesta, cuando discurrieron el medio de apaciguar la cólera de aquellos formidables cuadrúpedos, yéndoles á buscar mantas en que pudiesen descansar sus fatigados miembros, volatería y frutas de toda clase para su alimento. Después se hincaron de rodillas delante de los caballos, pidiéndoles perdón y jurando que en lo sucesivo serían súbditos constantes y decididos de los españoles.

Cortés, que deseaba llegar á las costas occidentales del país, dispuso los preparativos de la partida. El brillante triunfo que acababa de obtener le hacía esperar igual felicidad en sus demás empresas. Sus soldados estaban también poseídos del más vivo entusiasmo. Terminados los preparativos, la escuadra se hizo á la vela dirigiéndose al Oeste.

En esta segunda expedición, Cortés visitó todos los parajes en que Grijalva le había precedido, y abordó á la isla de San Juan de Ulúa, ondeando la escuadra entre la isla y la tierra firme. Apenas se había

anclado, cuando dos piraguas (este era el nombre que daban los indios á sus grandes barcas hechas de un solo tronco de árbol) se acercaron á los navíos españoles. Venían en ellas algunos indios, al parecer personajes de distinción, los que no manifestaron la menor inquietud, aumentándose su confianza con el buen recibimiento que Cortés les hizo á bordo de su navío. Como venían comisionados para hacerle proposiciones, mandó á Aguilar que le explicase lo que decían; pero el intérprete no pudo entender una palabra siquiera de aquel idioma: era el mejicano, y Aguilar no entendía más que el idioma de Yucatán, diferente en un todo del primero.

La posición de Cortés en presencia de los enviados mejicanos, se iba haciendo embarazosa, cuando advirtió de repente que Marina, la bella esclava de que ya hemos hablado, conversaba con muchos de aquellos indios, y supo bien pronto que aquella joven, nacida en una de las provincias de Méjico, de donde había sido arrebatada y conducida á Yucatán, hablaba con igual facilidad el idioma de los dos países. Por su

intermedio se entablaron las negociaciones, porque hablando á los mejicanos en su idioma, traducía en el acto sus palabras en el lenguaje de Yucatán á Aguilar, quien inmediatamente se las explicaba en español á Cortés.

Así fué como el Capitán general supo que Pilpatoe, gobernador de la provincia, y Teutile, general del gran emperador Motezuma, le enviaban aquellos indios para preguntarle cuál era el objeto de su viaje y ofrecerle cuanto pudiera necesitar para continuarle.

Cortés respondió del modo más afable, que sólo le traía á su territorio el deseo de hacer alianza con su nación, comunicando noticias del mayor interés para ella. Después de haber transmitido esta respuesta á los embajadores, los despidió muy contentos de su munificencia, y en seguida hizo que desembarcasen inmediatamente las tropas, los caballos y la artillería. Los españoles fueron ayudados en esta operación por los naturales, que rivalizando en celo y presteza les construyeron cabañas de hojas. ¡Infelices, no se figuraban cuánto les

iba á costar aquella hospitalidad tan generosa!

Al día siguiente llegaron Pilpatoe y Teutile, seguidos de una numerosa tropa de mejicanos armados; todo su tren anunciaba el poder del monarca á quien representaban. Cortés juzgó también que por su propio interés debía desplegar el mayor fausto para imponer á los mejicanos y darles alta idea del poderío del soberano que le enviaba por embajador. Mandó á sus guerreros que formasen á su alrededor con todo el aparato militar que podía herir la imaginación de los enviados mejicanos, y él mismo los recibió con cierta dignidad que infundía respeto.

Habiendo preguntado á Cortés los enviados de Motezuma cuáles eran sus intenciones, de qué tierra venía y qué monarca le enviaba, él les respondió en pocas palabras: «Que venía en nombre de Carlos de Austria, grande y poderoso emperador de Oriente; que venía encargado por este monarca de diversas proposiciones para el emperador Motezuma; pero que estas proposiciones eran de tal naturaleza, que exi-

gían un coloquio particular con él, por lo que pedía que inmediatamente le llevasen á la presencia del emperador.

El monarca á quien Cortés daba el pomposo título de emperador de Oriente, era Carlos V, nieto de Fernando el Católico. Este, que no había tenido hijos, sino una hija llamada Juana, concedió su mano á un príncipe austriaco llamado Felipe. De esta unión nació un hijo á quien pusieron el nombre de Carlos, el que, muerto su abuelo Fernando, resultó ser el heredero más inmediato de la corona. Proclamado rey de España, unió á esta soberanía la de los Países Bajos, y después fué elegido emperador de Alemania con el nombre de Carlos V, porque había habido otros cuatro antes que él.

Los enviados mejicanos, que estaban muy lejos de esperar semejante respuesta, la oyeron con tanta sorpresa como disgusto, porque no ignoraban cuán desagradable sería al emperador Motezuma la visita que el General español tenía empeño en hacerle. En efecto, aquel monarca estaba atormentado por los más tristes presenti-

mientos desde la primera aparición de los españoles en las costas de Méjico. Aumentaba sus terrores una antigua tradición que anunciaba que una nación poderosa vendría tarde ó temprano del Oriente á invadir y conquistar el imperio de Méjico. Esta antigua profecía, transmitida de generación en generación, explica el espanto de los mejicanos en general y de Motezuma en particular, así como el compromiso en que puso á los dos enviados la respuesta de Cortés, que exigía imperiosamente ser conducido á la capital del imperio.

A pesar de todo, abrigaban la esperanza de obligar al General español con magníficos regalos á que abandonase su proyecto: Cortés los recibió manifestando su profundo agradecimiento, y esta manifestación engañó por un momento á los enviados, que se animaron á declarar al General español que era imposible satisfacer á su demanda. Cortés, variando entonces de tono y de lenguaje, respondió á los emisarios estupefactos, que tenía suma precisión de insistir en su demanda y que llegaría hasta Méjico, quisieran ó no los enviados de

Motezuma, porque tenía que cumplir las órdenes que había recibido, antes de volver á dar cuenta de ellas al grande y poderoso monarca que representaba.

Este ultimatum amenazador, no dejó replicar á los enviados mejicanos, y suplicaron tan sólo á Cortés que les diese tiempo para participar sus intenciones al emperador Motezuma, y Cortés concedió lo que pedían.

Durante el coloquio de Cortés con los enviados, se vieron unos pintores que habían traído en su comitiva para dibujar en blancas telas de algodón las cosas más notables y que más les llamasen la atención entre los europeos. Sabiendo Cortés que aquellos cuadros eran para enviarse á Motezuma, quiso que representasen asuntos más interesantes y de más efecto en el espíritu y la imaginación de los mejicanos. Con esta idea formó su tropa en orden de batalla y presentó á los indios el simulacro de un combate europeo. Se asustaron de tal manera, que unos huyeron, otros cayeron al suelo y costó mucho trabajo á los españoles hacerles comprender que todo

aquello no era más que un juguete, dispuesto con el fin de que se divirtiesen.

Los pintores, sin volver enteramente del susto que les causó aquella diversión militar, pintaron con mano trémula las escenas que acababan de presenciar. Terminados los cuadros fueron enviados á Méjico, capital del imperio, juntamente con algunas bagatelas de Europa, y la relación detallada de todo lo acaecido durante la permanencia de los diputados mejicanos en el campamento español: todas estas cosas iban destinadas al Emperador. Entre las sabias disposiciones que los españoles encontraron establecidas en este país, había una para que en todos los grandes caminos, desde las más remotas provincias hasta la capital, hubiese andarines prácticos, empleados exclusivamente en servicio del emperador: se mantenían en todo tiempo á distancias calculadas con exactitud, para comunicar prontamente al monarca la noticia de cualquier suceso que acaeciese en su inmenso imperio.

Como unas cuarenta leguas separaban á los españoles de la capital, y á pocos días

de la partida de los enviados, ya los corredores imperiales transmitieron á Cortés la respuesta de Motezuma. Consistía en una negativa formal, absoluta; pero venía acompañada de regalos cuya riqueza correspondía al poderío del monarca que se los enviaba al General español. La generosidad de Motezuma estaba calculada para que Cortés no mirase su negativa como una ofensa. Pilpatoe y Teutile, empezaron, pues, por depositar á los piés del General español los regalos que cien indios conducían, y que fueron extendiendo sobre unas esteras.

Aquí se veían telas de algodón que, en finura y brillo, competían con las de seda; allí imitaciones de animales, de árboles y otros objetos, hechas con plumas de varios colores, pero con tanto arte, que se equivocaban con la realidad. Más allá brillaban brazaletes, collares y otras joyas preciosas que revelaban en los artífices mejicanos suma habilidad unida á mucho gusto. Los españoles no se cansaban principalmente de admirar dos globos de gran dimensión: uno de ellos, de oro macizo, representaba el sol

y el otro, de plata, representaba la luna. Había también entre aquellos regalos, muchas cajas llenas de piedras preciosas, perlas y oro en granos.

Cortés aceptó estos regalos, manifestándose muy complacido de las primeras demostraciones amistosas del Emperador, tanto que los dos embajadores, animados con el cortesano lenguaje y aire afable del General español, creyeron que era aquella la ocasión más oportuna para darle á entender, en nombre de su soberano, que era imposible el permitir que entrasen tropas extranjeras en la capital, y aguantar que permaneciesen más tiempo en el imperio de Méjico, y que el Emperador invitaba al General español y á sus soldados á que se volviesen á embarcar lo más pronto posible.

Al escuchar esta constestación, que Cortés fingió recibir como una ofensa, les declaró nuevamente que no podía conformarse con tan terminante negativa, y que su honor y el de su soberano exigían ya que no diese la vuelta á su país antes de haber tenido con el emperador Motezuma la entrevista que reclamaba.

Júzguese ahora la sorpresa de aquellos mejicanos, de aquellos hombres acostumbrados á humillar sus frentes á la voluntad omnipotente de su amo, cuando escucharon las palabras del hombre audaz que se atrevía, no sólo á entrar en contestaciones, sino á oponerse abiertamente al grande Emperador. En concepto de aquellos esclavos, la respuesta de Cortés era un atentado horrible, un abominable sacrilegio, y por esta causa permanecieron durante algún tiempo inmóviles y mudos. Cuando al fin se recobraron de su turbación, suplicaron al General español que les concediese nueva prórroga para dar parte al Emperador de la obstinación del jefe de los extranjeros: Cortés accedió á la petición de los diputados; pero exigiéndoles pronta respuesta.

Aunque ostentaba mucha calma y seguridad, no dejaba de tener sus inquietudes, y la incertidumbre del resultado de aquellas largas negociaciones, tenía su ánimo en continua y profunda ansiedad. No podía desconocer la temeridad de su empresa, ni engañarse acerca del poder del Estado que se proponía invadir con una pequeña

tropa de aventureros, que todos habían de sucumbir tarde ó temprano en lucha tan desigual. Estas consideraciones no le detuvieron; insistió en su designio, bien resuelto á desafiar y sufrir las consecuencias de su audacia, porque tampoco le era posible volver á Cuba sin exponerse á la venganza de Velázquez, irritado por su desobediencia á sus órdenes. Habiendo de elegir entre una empresa cuyo triunfo justificaría la temeridad de acometerla ó le haría sucumbir con gloria, y la perspectiva de una muerte ignominiosa por mano del verdugo, prefirió el partido que más convenía á su emprendedor carácter y á su alma ambiciosa: resolvió llegar hasta Méjico, abriéndose paso con la punta de su espada.

No todos sus compañeros estaban tan determinados como él. Había entre ellos algunos partidarios de Velázquez, los que se esforzaban á comunicar sus inquietudes á los demás soldados, incitándolos á pedir al General que los volviese á Cuba. Estos manejos fueron ineficaces, porque se estrellaron en el entusiasmo que animaba á la mayor parte de los españoles, que esperaban ha-

llar inmensas riquezas en Méjico, de donde todavía aguardaban una respuesta favorable.

Sus esperanzas, sin embargo, quedaron frustradas: Motezuma, aunque alarmado de la obstinación de Cortés, seguía con el mismo empeño de negarle la entrada en Méjico, y para alejar de una vez aquellos extranjeros de sus estados, envió á Teutile con este terrible mensaje al General español. Esta vez Cortés se manifestó menos orgulloso, y deseando ensayar el efecto de la moderación en el monarca mejicano, respondió con estudiado comedimiento: «Que uno de los principales deberes de la religión cristiana, era la instrucción religiosa del prójimo, y su iniciación en las verdades que aseguran la eterna felicidad; que había sido enviado por el gran emperador de Oriente, su soberano, á Méjico, para libertar al dueño de este grande imperio y á todos sus habitantes de los errores y falsedades de la superstición y la idolatría; que para conseguir un resultado tan feliz necesitaba hablar con el Emperador, y que por tanto les declaraba de nuevo que era indis-

pensable se verificase esta entrevista cuanto más antes.»

Teutile, indignado, estuvo á punto de interrumpir al intérprete que le comunicaba el discurso de Cortés, porque apenas podía dominar su impaciencia y su enojo. Se levantó diciendo con acento colérico, que puesto que las representaciones amistosas de nada servían, vería él de emplear otros medios más eficaces para que se cumpliesen las órdenes de su soberano. Apenas hubo pronunciado estas palabras, se retiró precipitadamente con toda su comitiva y cuantos mejicanos había en el campamento español.

La retirada de Teutile y la huida de todos los habitantes que hasta entonces habían surtido de víveres á los españoles, sumergieron á éstos y á Cortés en una profunda consternación. Bien se les alcanzaban las graves consecuencias de aquella retirada simultánea y empezaban á sentirlas en los rigores del hambre. Bien pronto el desaliento se hizo general, y los descontentos se aprovecharon de él para intentar que Cortés diese la vuelta á Cuba, acusándole

entre los soldados de que los conducía á la muerte, queriendo sacrificarlos á su temeraria ambición.

El prudente General, tan sagaz como valeroso, quiso conocer la disposición de la mayor parte de sus soldados; las personas de confianza á quienes encargó que los preguntasen, disiparon los temores que le habían hecho concebir las intrigas y las pérfidas sugestiones de los secretos partidarios de Valázquez. Contando para lo sucesivo con el afecto de casi todos sus compañeros, reunió á los promotores de la insurrección, y se presentó á ellos sin la menor señal de disgusto á vista de sus enemigos, á quienes la serenidad de su rostro tranquilizó completamente. Consultóles acerca del partido que convenía tomar en aquellas circunstancias, invitándoles á que manifestasen su opinión. Ellos entonces se creyeron autorizados para decir á Cortés lo que pensaban, y todos opinaron que era preciso embarcarse inmediatamente.

Cortés los había escuchado con la mayor calma, y les respondió con la misma serenidad, que él no era de la misma opi-

nión acerca de los peligros que tanto les asustaban, y que el temor les hacía exagerar; pero que de todos modos no pretendía que le acompañasen por fuerza, ni oponerse á su deseo.

Al instante mandó que se anunciase en el campamento el próximo reembarco de las tropas, avisando á los soldados que estuviesen dispuestos para él. Esta noticia dejó pasmados á los españoles que, desde que habían puesto el pié en aquella tierra, lisonjeaban su codicia con las más brillantes esperanzas. ¡Haber de renunciar á las ilusiones de tesoros, al porvenir de conquistas y de gloria que Cortés había prometido á su ambición! ¡Iban, pues, á volver vergonzosamente sin haber recibido la más pequeña indemnización de las fatigas sufridas, de los peligros en que habían aventurado su existencia, al punto de donde habían salido, acompañados de los más venturosos presagios y de los estímulos de la muchedumbre! No: desobedecerán á su General, y no se someterán á una orden que le deshonra. En todos los parajes del campamento, la indignación de los solda-

dos se desahogaba en violentas murmuraciones y en amenazas contra Cortés.

Esto era lo que él quería: la cólera de los soldados favorecía tanto sus proyectos, que para estimularla envió á sus confidentes para que acriminasen con vigor la conducta del General, insinuando que sólo el miedo le obligaba á renunciar á su empresa. Esta diestra maniobra excitó un gran tumulto en el campo, y los soldados pidieron á una voz que Cortés renunciase el mando de una tropa, á la que abandonaba, y que se volviese á Cuba. Este era el momento que Cortés esperaba para presentarse.

Empezó manifestando la mayor sorpresa á vista de aquel desorden; pero éste se aumentó con la gritería. Los soldados furiosos rodeaban á su General para reconvenirle, porque desconfiaba de los ventajosos resultados de una empresa de gloria para España, y le declararon que ellos, por su parte, sabrían elegir jefe más digno de mandarlos, y que á sus órdenes lograrían el noble fin de sus trabajos y sus esfuerzos.

Semejante conducta y tal lenguaje eran

graves ataques á la disciplina militar; pero Cortés estaba en el colmo de sus deseos, viéndose atacado con tal violencia, porque observaba que esta comedia caminaba al desenlace que él tenía preparado.

Respondió que jamás se le hubiera ocurrido renunciar á una empresa gloriosa, cuyo triunfo no le parecía dudoso, si no le hubieran participado el desaliento del ejército, y que había tenido que ceder á una imperiosa necesidad, dando la señal de una retirada que todos los soldados pedían; que con el mayor sentimiento había tomado una resolución tan contraria á sus deseos y esperanzas. Fué interrumpido por sus soldados, que le decían á gritos que le habían engañado indignamente; que unos pocos cobardes habían tomado el nombre del ejército para calumniarle, y que, lejos de ser cómplices de su cobardía, los demás soldados de Cortés estaban prontos á seguirle adonde quisiera guiarlos, y que á las órdenes de tal jefe arrostrarían los mayores peligros y aun la muerte.

El General español dió gracias á sus soldados por haberle desengañado, y los feli-

citó por su constancia, anunciándoles que iba á tomar todas las disposiciones para fundar una colonia en el paraje en que se encontraban, para penetrar así con más seguridad en el centro del imperio, cuyo soberano pretendía insolentemente obligarlos á salir de sus costas. Con gritos de alegría fueron recibidas estas palabras, que habían electrizado á los guerreros españoles.

Quería entre tanto Cortés aprovechar una circunstancia tan favorable para legitimar su mando, porque su autoridad podía ser puesta en duda y gravemente comprometida, desde que Velázquez había revocado los poderes que le otorgó.

Como se proponía fundar una colonia, formó para ella su ayuntamiento, teniendo cuidado de que le compusiesen hombres afectos á sus intereses. Cuando esta especie de tribunal quedó establecido, y el General hubo instalado en él á los nuevos magistrados, se presentó á ellos, llevando en la mano su bastón de mando, y con el más profundo respeto al tribunal le dirigió el siguiente discurso:

«Desde este día, señores, os considero como los representantes y delegados de nuestro augusto soberano; por consiguiente, vuestros fallos tendrán para mí la autoridad de las más sagradas leyes. Sin duda os halláis convencidos de la necesidad que tiene el ejército de ver á su frente un General cuyo poder no esté sometido al capricho de soldados; pues bien, señores, mi autoridad está en cierto modo á merced de su inconstancia. Desde que el gobernador de Cuba me destituyó de las funciones que me había confiado, se pueden poner en duda mis derechos al mando: esto es lo que me obliga á depositarlo en vuestras manos. Ahora, señores, elegid, nombrad comandante en nombre del Rey al oficial que os parezca más digno de este honor. Por mi parte, estoy pronto á dar á mis compañeros, como soldado raso, el ejemplo de la obediencia al que tengáis á bien elegir por comandante.»

Al pronunciar estas últimas palabras, inclinó su bastón de mando, presentándosele con respeto al presidente, dejó sobre la mesa el título de su autoridad militar, y se retiró.

La dimisión de Cortés fué admitida por los jueces, que desempeñaron con singular gravedad el papel de que él mismo los había encargado. Procedióse en seguida á nueva elección, y por segunda vez Cortés fué proclamado por unanimidad de votos. Concluido este acto, el tribunal anunció su resultado á las tropas reunidas, que con su adhesión y sus aplausos ratificaron la elección verificada.

II

Fundación de la Villa-Rica de la Veracruz.—El cacique de Cempoala.—Obesidad extraordinaria de este cacique.—Llegada de los españoles á Quiahislán.—Alianza de muchos caciques con Cortés.—Destrucción de los ídolos indios.—Transformación de un templo mejicano en iglesia cristiana.—Una conspiración descubierta.—Cortés destruye sus naves.—Una embajada.—Discurso del embajador.—Batalla.—Xicotencal.—Sabias exhortaciones de un sacerdote católico.—Cortés avanza sobre Cholula.—Entrevista de Cortés y Motezuma.—Entrada de los españoles en Méjico.

El ayuntamiento formado por Cortés puso á la nueva colonia el nombre de *Villa-Rica de la Veracruz*, llamándola rica porque allí era donde los españoles habían juzgado por primera vez de las inmensas riquezas de Méjico, á vista de los magníficos regalos que Motezuma había ofrecido á Cortés, y porque esperaban que los tesoros del imperio vendrían á parar allí también. Añadieron al nombre de *Villa-Rica* el de *Veracruz*, porque el día en que habían des-

embarcado era precisamente un Viernes Santo.

Sin embargo, la villa que entonces se fundó no es la misma conocida hoy con el nombre de Veracruz. Cortés tuvo que trasladar bien pronto la colonia á algunas millas más al Sur, á otro paraje más favorable para un establecimiento de este género.

En el momento en que se disponía la partida, ocurrió una circunstancia que favorecía grandemente los proyectos de Cortés. Cinco indios, enviados por un cacique vecino, se presentaron en el campamento de los españoles y solicitaron el favor de ser presentados al General. Consintió en recibirlos, y entonces uno de ellos declaró por medio del intérprete: «Que la fama de las hazañas y gloriosas proezas de los españoles en Tabasco había llegado á noticia del cacique de Cempoala, su señor, y que admirando el valor de tan ilustres extranjeros, anhelaba ser su aliado y su amigo.»

Altamente satisfecho quedó Cortés de estas demostraciones amistosas y de esta proposición de alianza, y más todavía cuando por las preguntas que hizo á los embajado-

res supo que los vasallos de Motezuma, y entre otros los de Cempoala, sufrían con impaciencia la dominación del Emperador, que su orgullo y su crueldad habían hecho insoportable su gobierno, y que sus enemigos estaban prontos á aprovechar la primera ocasión favorable para libertarse de su tiranía. Cortés, sabiendo que un imperio, por poderoso que sea, está próximo á su ruina, cuando el soberano ha perdido el amor de sus vasallos, ya no dudó del buen resultado de su empresa. Despidió á los embajadores, colmándoles de regalos y encargándoles que dijesen á su señor que el General español iría muy pronto á visitarle. Deseaba él, por otra parte, visitar un país que le habían pintado como mucho más á propósito para establecer una colonia que el paraje que entonces ocupaba.

Púsose inmediatamente en marcha con sus tropas, mientras que la escuadra iba costeando. Al fin de la primera jornada, el ejército español entró en un pueblo indio enteramente desierto, porque los habitantes habían abandonado sus casas. En los templos se encontraron ídolos, huesos huma-

nos, restos horribles de sus abominables sacrificios, y muchos libros. Eran éstos los primeros que se encontraban en América, pero en nada se parecían á los libros de Europa. Estaban formados de pergamino ó de pieles engomadas y dobladas para formar las hojas, presentando en lugar de letras una gran variedad de figuras y emblemas, lo que hizo sospechar con fundamento que aquellos libros servían para las ceremonias del culto mejicano.

Continuaron los españoles su marcha al día siguiente, encontrando siempre al paso abandonadas las poblaciones. Esta soledad les pareció de mal agüero, y se temían que el cacique de Cempoala los hubiera engañado para llevarlos á alguna emboscada. No obstante, al anochecer llegaron doce indios con víveres que el cacique enviaba á los españoles. Les había encargado, además, suplicasen al General español llegase hasta su residencia, que sólo distaba un sol, lo que en el lenguaje mejicano quería decir que sólo faltaba un día de camino. Allí esperaban á los extranjeros refrescos de toda clase.

Queriendo saber por qué el cacique no salía á recibir á los españoles, contestaron los indios que una grave incomodidad le obligaba á estarse en casa. Cortés se quedó con seis de aquellos indios para que le sirviesen á un tiempo de rehenes y de guías, y envió los restantes para que anunciasen al cacique la pronta llegada de los españoles.

Al día siguiente, el ejército español dió vista á la ciudad en que habitaba el cacique, situada en país agradable y fértil, y con una perspectiva que anunciaba desde lejos una ciudad de bastante importancia. Los compañeros de Cortés se pusieron muy alegres al verla, y más todavía cuando los soldados de vanguardia vinieron diciendo que las paredes de la población eran de plata. Este fué un cruel engaño para las tropas de Cortés, que pronto advirtieron que la blancura de las paredes consistía en la cal con que estaban blanqueadas, á la que los rayos del sol comunicaban un vivo resplandor.

Esta ciudad presentó á los españoles un notable contraste con las otras que habían

encontrado en el camino: lejos de huir, los habitantes se agolpaban en las calles y plazas para ver entrar á los hombres blancos y gozar de un espectáculo tan nuevo. Este apresuramiento no era brutal y grosero, y los españoles no fueron molestados con las demostraciones de una curiosidad indiscreta ó demasiado estrepitosa. Al llegar á la habitación del cacique se presentó éste, y entonces se conoció qué especie de incomodidad era la que le había impedido el salir al encuentro de sus nuevos aliados: era una gordura monstruosa que apenas le dejaba moverse, y para que pudiese dar un paso tenían que irle sosteniendo algunos de su servidumbre. Esta obesidad que tanto le desfiguraba, le hacía tener al mismo tiempo una facha tan grotesca, que á Cortés le costó mucho trabajo el mantenerse serio y contener la algazara de sus soldados, á quienes retozaba la risa en el cuerpo al ver el desmesurado volumen y anchas proporciones de aquel abdomen. Por lo demás, el cacique era un personaje muy grave; llevaba un brillante traje, formado de un manto de algodón, guarnecido de piedras

preciosas, las que también llevaba en las narices y en las orejas, taladradas de parte á parte para colgarse adornos de esta clase.

Las palabras que dirigió al General español al tiempo de saludarle estaban llenas de benevolencia y sabiduría, y al fin del discurso, que agradó mucho á Cortés, le convidó á pasar á su habitación para que allí pudiesen tratar con más comodidad de sus comunes intereses. Cortés aceptó este atento convite, disfrutando en casa del cacique una hospitalidad que prevenía todas sus necesidades y sus deseos, mientras que también se suministraban con abundancia á los españoles cuantos auxilios podían necesitar.

Conferenciando con este jefe indio, Cortés, que deseaba conocer sus verdaderos sentimientos y sus disposiciones respecto del soberano de Méjico, le habló del objeto de la expedición de los españoles, anunciando al cacique cómo había sido enviado por el emperador de Oriente para exterminar á los opresores de los pueblos en aquella parte del mundo. Animado el cacique con esta declaración, dejó desahogar todo

el odio que le animaba contra Motezuma en amargas quejas y en violentas reconvenciones: representó al emperador de Méjico como un déspota sanguinario, cuyo yugo deseaban sacudir todos sus vasallos. Era tal la emoción de este cacique trazando el cuadro de la tiranía de Motezuma, que todo su rostro estaba bañado de lágrimas.

El General español procuró calmarle, tranquilizándole con la promesa de la protección poderosa de los españoles contra el tirano de Méjico, puesto que Dios protegía los esfuerzos de los españoles y combatía á favor suyo.

Al día siguiente el ejército se puso en marcha para Quiabislán, punto elegido por Cortés para fundar una colonia. Después de haber cruzado campos notables por su fertilidad y bosques muy amenos, llegaron á la ciudad de Quiabislán, situada en una altura y rodeada de peñascos, que formaban en rededor suyo una muralla natural. No se encontró un habitante siquiera, porque todos habían huido al acercarse los españoles; pero al llegar á la plaza principal, quince indios salieron de repente de un templo.

Después de saludar á los españoles, les dijeron que el cacique y todos los habitantes volverían en el acto á sus casas si se daba palabra de no hacerles daño ninguno. Cortés les habló en términos de tranquilizarlos completamente, y bien pronto la ciudad volvió á poblarse, pues el mismo cacique hizo volver á los habitantes, que huían con el miedo.

Este cacique y el de Cempoala fueron conducidos en andas al campamento español. Los dos jefes, en el coloquio que tuvieron con Cortés, manifestaron con mucha viveza su aversión al gobierno tiránico de Motezuma, y obligaron de esta suerte al General español á que les ofreciese nuevamente su auxilio para romper un yugo que se les hacía insoportable.

Esta conferencia fué turbada é interrumpida por unos indios que llegaron muy azorados á decir algunas palabras al oído de los dos caciques. Así que éstos la escucharon, dieron muestras de su turbación, y se levantaron para salir, acompañados de algunos oficiales de Cortés. A poco rato se vieron seis ministros de Motezuma, vesti-

dos con ricos trajes y acompañados de numerosos esclavos, algunos de los cuales les iban llevando quitasoles de pluma. Cruzaron por el campamento español, y al pasar por delante de Cortés y sus oficiales, se atrevieron á ejecutar algunos ademanes de desprecio; pero cara hubieran pagado su insolencia, si Cortés no hubiera contenido á sus soldados que iban á precipitarse sobre los indios. Envióse á Marina para que se informase de lo que iba á suceder, y volvió bien pronto diciendo, que aquellos ministros habían hecho comparecer á los caciques y los habían reconvenido ásperamente por su amistad con los extranjeros, declarándoles que su conducta era una vil traición, y que el único medio que les quedaba de aplacar á su irritado monarca y obtener su perdón, era entregarle además del tributo ordinario, veinte indios destinados á apaciguar con su sangre la cólera de las divinidades ultrajadas.

Al oir esta relación, Cortés apenas podía contener su enojo; pero escuchando al fin los consejos de la prudencia, se limitó á llamar á los caciques para mandarles que

no obedeciesen las sanguinarias órdenes del Emperador y que prendiesen á los ministros encargados de transmitírselas, asegurándoles que él aceptaba la responsabilidad de los sucesos. Los caciques titubearon un momento, tan acostumbrados estaban á una ciega obediencia á su soberano; pero Cortés hablaba en unos términos que no admitían réplica ni incertidumbre. Los ministros de Motezuma fueron arrestados, sin que al parecer los españoles se hubiesen mezclado en este asunto.

Entonces los mismos caciques, que primeramente habían dudado echar mano á los mensajeros del Emperador, quisieron degollarlos en lugar de los indios que Motezuma reclamaba. Cortés libró estos prisioneros del cobarde furor de los caciques y los mandó custodiar por soldados españoles.

Como deseaba ante todas cosas evitar un choque con las tropas de Motezuma, recurrió á una astucia para disponer favorablemente el ánimo del Emperador á disposiciones pacíficas. Queriendo hacer creer á este monarca, que él no había tenido

parte en el mal trato que habían sufrido sus ministros, y que hasta habían sido preservados de una suerte cruel por la intervención del general español, hizo que le trajesen por la noche dos de los prisioneros, y quitándoles sus cadenas, les anunció que estaban libres para volverse á su señor. Además les encargó que dijesen al Emperador, que el General español haría los esfuerzos posibles para librar también á los demás prisioneros, y á éstos se les dijo al día siguiente que sus dos compañeros de armas se habían escapado por la noche.

Entre los caciques de las montañas vecinas había algunos que no sufrían con menos impaciencia la tiranía de Motezuma; estos jefes de razas indias, que tenían el nombre común de totonaques, se sometieron voluntariamente á los españoles, y declararon que reconocían al rey de España por su único señor.

Entonces los españoles empezaron sus trabajos para la fundación de una colonia en un paraje situado entre Quiabislán y el mar. Cortés eligió este sitio á causa de la

fertilidad del suelo y cercanía de las costas: las inmediatas selvas proporcionaban en abundancia maderas de construcción. El nombre de Villa-Rica de la Vera-Cruz que tuvo en un principio esta colonia, se ha reducido hoy sólo á Veracruz. Cortés se puso al frente de los trabajadores para animarles, y vió con satisfacción elevarse tan rápidamente las construcciones, que al cabo de un mes, la plaza estaba formada y circuida de murallas bastante sólidas para resistir los ataques de los indios.

Entre tanto los dos indios soltados por Cortés, habían dado cuenta á Motezuma de lo sucedido en el campamento de los españoles, elogiando mucho la generosidad de su General. El Emperador, que ya se disponía á marchar contra los españoles á la cabeza de un ejército poderoso, cayó en el lazo que le armó Cortés, y se creyó, por lo que le contaron los indios, que todavía podría por medio de la persuasión alejar de su imperio aquellos extranjeros. Se determinó por lo tanto á enviar otros embajadores que ofreciesen á Cortés regalos considerables y le presentasen dos jóvenes

príncipes, parientes cercanos del Emperador.

Llegaron los embajadores al campamento español al tiempo que se acababan las murallas de la nueva ciudad; entregaron al General los regalos que le estaban destinados, y después de haberle dado las gracias en nombre del Emperador por lo que había hecho en favor de sus representantes, le invitaron á salir de los estados mejicanos. Según su costumbre, Cortés recibió con mucha distinción á los enviados de Motezuma, y antes de contestar al objeto principal de su misión, puso en libertad á los cuatro prisioneros. Después declaró que sentía mucho lo que había pasado, pero que el Emperador ya debía entenderse sólo con él por la prisión de sus ministros: que los cristianos detestaban los sacrificios humanos, y que su religión les prescribía abolir tan bárbara costumbre dondequiera que la hallasen establecida; que el cacique de Cempoala y el de Quiabislán tenían derecho á la clemencia del emperador, y que su conducta con los españoles había sido con arreglo á los deberes de una generosa

hospitalidad; procurando hacer olvidar al General de los extranjeros las faltas en que Teutile había incurrido por su culpable insolencia. En fin, que tocante á la cuestión de su partida, el emperador debía tener entendido, que él no podía retirarse y volver á su patria antes de haber tenido una entrevista con el soberano de Méjico, y que, por otra parte, los españoles no retrocedían ante ningún peligro cuando se trataba de cumplir las órdenes de su rey.

La serenidad y aire majestuoso del General impusieron á los embajadores, que se apresuraron á volver á dar cuenta al Emperador de la respuesta de Cortés.

Determinado éste á llegar hasta Méjico, hacía los preparativos militares de tan arriesgada expedición; pero su excesivo celo por los intereses de la religión, estuvo á punto de comprometer una empresa, que todo concurría á presentar como muy fácil. Noticioso de que debía verificarse un sacrificio humano en un templo de sus aliados, acudió con algunos de sus campeones, y amenazó que lo llevaría todo á sangre y fuego si no eran puestos al instante en li-

bertad los prisioneros que estaban bajo el cuchillo de los sacerdotes. Esta providencia era loable y la humanidad la justificaría en caso necesario. De aquí no debía pasar el celo del General; pero quiso que los ídolos fuesen hechos pedazos por los mismos sacerdotes, y obligar á los ministros de un culto bárbaro á renunciar á sus supersticiones. Cortés se olvidaba de que aquellos hombres no conocían todavía una religión mejor que la que él les mandaba abjurar.

Cuando los sacerdotes escucharon la orden del General español, prorrumpieron en gritos y lamentos, y puestos de rodillas delante de Cortés, le suplicaban que no les impusiese tan cruel sacrificio: su cacique, temblando, no se atrevía á interceder por ellos, y guardaba un sombrío silencio. Cortés fué inflexible y mandó á sus soldados que derribasen los ídolos. Entonces los sacerdotes, sacando fuerzas de su misma desesperación, llamaron al pueblo á las armas, y en pocos instantes Cortés y los suyos se vieron rodeados de una multitud de hombres furiosos. En tan crítica situación, el General español no dió señales de acobar-

darse y anunció por medio de Marina á los indios, que si se atrevían á disparar una sola flecha contra los españoles, perdería la vida el cacique, y con él perecería todo su pueblo. Los soldados, ejecutando las órdenes de Cortés, echaron á rodar, todos revueltos por las gradas abajo, los ídolos, altares y vasos sagrados, que se hicieron menudos pedazos. Laváronse las paredes, salpicadas de sangre, y una imagen de la Virgen ocupó el lugar del principal ídolo mejicano.

Los indios, mudos testigos de esta ejecución terrible, se imaginaban que el fuego del cielo iba á consumir á los profanadores de su templo, á los destructores de sus divinidades; pero cuando vieron que los españoles quedaban sanos y salvos, esta impunidad les hizo suponer que el Dios de los extranjeros debía ser mucho más poderoso que los ídolos mejicanos, y recogiendo los fragmentos esparcidos los quemaron, para manifestar el desprecio que les inspiraban tan impotentes divinidades. Los españoles transformaron el templo en iglesia cristiana, y el mismo día en que Cortés estuvo tan au-

daz y temerario, un sacerdote católico celebró el oficio divino en presencia de un gran número de indios, asombrados del imponente espectáculo de esta ceremonia (1).

Peligros de otro género venían á entorpecer la ejecución de la empresa. Algunos marineros y soldados, á quienes fatigaba el trabajo que les imponía Cortés y que no participaban de la confianza de su General, formaron una conspiración para apoderarse de un navío y huir á Cuba. La conspiración fué descubierta y Cortés mandó prender y castigar á los autores; pero el espíritu de insubordinación que hacía tiempo reinaba en su pequeña tropa, no estaba completamente extinguido, y para quitar á los descontentos toda esperanza de salir con su idea, tomó una resolución enérgica, desesperada: resolvió destruir su escuadra, para

(1) Para cuidar del culto de la Virgen y ornato de la capilla, se ofreció un anciano, natural de Córdoba, llamado Juan de Torres. Este, que era el más anciano de los soldados de Cortés, se quedó solo y entre los indios para ejecutar su propósito, en el que no se sabe qué admirar más, si la piedad ó el valor.—N. DEL T.

que convencidos sus soldados de que la fuga era imposible, se resolviesen á vencer ó morir. Mas ¿cómo era posible que el ejército se prestase á ejecutar una resolución tan atrevida?

Mandó primero que se desmantelasen los navíos, es decir, que se les quitasen los mástiles, las jarcias y los cañones, que fueron sacados á tierra: después los carpinteros examinaron el casco de cada buque, y ganados por Cortés, declararon que todos los navíos estaban tan deteriorados, que era imposible componerlos. Entonces el General arengó á sus soldados con tanto calor y energía, que ellos mismos se brindaron á demoler los navíos sacando á la costa las tablas y las vigas. Uno solo fué reservado para despacharle á España, porque aunque el Ayuntamiento que había creado hubiese confirmado á Cortés en sus funciones de general, no se le ocultaba á éste la irregularidad de un acto que constituía una verdadera usurpación de poder. Deseaba que la corte de España le declarase gobernador de los países que iba á conquistar. Para conseguirlo, y neutralizar los envidiosos esfuerzos de

Velázquez, que no se había olvidado de afear al Gobierno español la conducta de su teniente, era necesario presentar una brillante muestra de las riquezas del imperio mejicano. Sólo se podía formar esta remesa con los regalos de Motezuma que habían sido distribuidos por Cortés á sus soldados; pero á la menor insinuación de aquél, ofrecieron éstos cuanto habían recibido, devolviéndolo sin murmurar, sin embargo de que ya era una legítima propiedad suya. Esta prueba feliz manifestó á Cortés el ascendiente que tenía sobre sus soldados. ¿A qué no podía él atreverse con unos hombres que le eran tan adictos y que se resignaban á un sacrificio de este género?

Tomó entonces sus disposiciones para partir. Tenía quinientos hombres de á pié y quince de á caballo, con seis piezas de campaña. Como unos cincuenta soldados casi todos inválidos, se quedaron con dos caballos en Veracruz, para formar la guarnición. Fácil hubiera sido á Cortés aumentar su ejército con numerosas tropas auxiliares que los caciques le ofrecían; pero rehusó las ofertas de aquellos jefes, no ad-

mitiendo más que cuatrocientos hombres con doscientos *tamenes* ó indios de carga para llevar las provisiones del ejército. Para seguridad de los españoles que dejaba á su espalda, escogió entre los indios cincuenta de los más ricos y de más suposición, para que le sirviesen de rehenes y respondiesen de la seguridad de los españoles que iban á constituir la escasa guarnición de Veracruz.

El pequeño ejército de Cortés, partió de Cempoala el 16 de Agosto de 1519. No ocurrió suceso notable en los primeros días de marcha; como que se atravesaba por un país, cuyos caciques, como el de Cempoala, eran aliados de los españoles; así es que en todas partes hallaron víveres en abundancia. Llegaron por fin á Tlascala, cuyo territorio tendría como unas cincuenta millas de circuito. Cruzan este país montañas que se consideran generalmente como una continuación de las que se extienden á lo largo de la América meridional y que se llaman la cordillera de los Andes ó simplemente las Cordilleras.

Un valor á toda prueba, un ardiente amor á la libertad distinguían á los habi-

tantes de estas montañas entre los naturales de los demás puntos de América. Sometidos durante mucho tiempo al Gobierno mejicano, habían conquistado al fin su libertad y formaban una poderosa república, respetada por los pueblos vecinos. El país estaba dividido en distritos, que tenían sus representantes en Tlascala, cabeza de la república. La reunión de estos diputados formaba el gran Congreso, que ejercía el poder legislativo de la nación, ofreciendo tal vez el único ejemplo de un Gobierno aristocrático, es decir, un Gobierno en que el supremo poder se halla en manos de los habitantes más principales, en medio de un pueblo cuyas groseras costumbres debían hacerle considerar como salvaje.

La nación no era numerosa; pero su fuerza residía en su valor, en su amor á la independencia, y en su carácter vengativo. Había rechazado todos los ataques de Motezuma para volverla á su dominio, por lo que conociendo Cortés las ventajas de una alianza con semejante pueblo, resolvió enviar á Tlascala una embajada que propusiese al Gobierno un tratado de paz.

Escogió para esta importante comisión á cuatro cempoales, dictándoles por medio de Marina un discurso que aprendieron de memoria. Queriendo que se observasen en esta circunstancia todas las ceremonias acostumbradas entre los indios, se puso á los embajadores una gran capa de tela de algodón; en el brazo izquierdo una gran concha en forma de escudo, y en la mano derecha una larga flecha adornada con plumas blancas. La punta de la flecha estaba vuelta hacia abajo, lo que anunciaba disposiciones enteramente pacíficas: la flecha adornada con plumas rojas hubiera sido una señal de guerra.

Cuando los embajadores estuvieron adornados así á la usanza india, partieron; debiendo tener cuidado de no salirse del camino real, porque apartándose de él se hubieran visto expuestos á los insultos, perdiendo la inmunidad que debían á su traje. El nombre con que los indios designaban esta singular costumbre, corresponde á lo que se entiende en Europa por derecho de gentes.

Llegados á Tlascala los embajadores, fue-

ron conducidos á una casa particular, donde se les trató con todas las atenciones y el esmero que exigía su carácter. Al día siguiente el Senado los admitió para escuchar las proposiones que les habían encomendado. Los miembros de aquel consejo estaban sentados, por orden de edad, en unos taburetes de una pieza y de madera muy rara. Los embajadores se presentaron en una actitud respetuosa, es decir, con la cabeza cubierta con el manto y la flecha levantada en alto. Entonces los senadores se levantaron un poco de los asientos para saludar, y los diputados, haciendo una humilde reverencia, se adelantaron hasta el medio de la sala de las deliberaciones, donde se hincaron de rodillas. Allí esperaron con los ojos bajos el permiso de dirigir su discurso á la augusta asamblea. El consejo les hizo seña de que podían hablar, y entonces, sentándose en el suelo con las piernas cruzadas, el que había aprendido el discurso le relató en estos términos:

«Pueblos libres, valientes é invencibles: el cacique de Cempoala y los caciques de las montañas, vuestros aliados y amigos,

os saludan y os desean una abundante cosecha y el exterminio de todos vuestros enemigos. Os participan como han sido visitados por unos hombres extraordinarios venidos de Oriente. Estos hombres, semejantes á los dioses, puesto que manejan las armas de que éstos se sirven ordinariamente, es decir, el trueno y el rayo, han llegado á nuestras tierras en grandes castillos que vuelan por el mar. Dicen que adoran un dios más poderoso que los nuestros, y que aborrece la tiranía y los sacrificios humanos. Su jefe es el enviado de un soberano de gran poder, al que su religión previene poner fin á las vejaciones é injusticias de Motezuma. Nosotros debemos ya á este capitán la dicha de vernos libres de la tiranía del Emperador. Teniendo precisión de pasar por vuestro territorio para ir á Méjico, quiere saber las injurias que el tirano os ha hecho, para defender vuestros derechos y los suyos, asociaros á su noble causa y hacer que triunfen vuestros comunes intereses. No podéis, por lo tanto, dudar de sus amistosas intenciones, y os pide únicamente el permiso de pasar por vuestro territorio.

Estad seguros de que no desea más que vuestro bien; que sus armas no son más que instrumentos de justicia, porque los guerreros que las llevan sólo las emplean para castigar á quienes les atacan ú ofenden.»

Terminada la arenga, los embajadores se arrodillaron de nuevo, tocaron casi con la frente el pavimento de la sala, y después, cruzando las piernas, esperaron en un respetuoso silencio la contestación del Senado. Se les dieron las gracias por las noticias que acababan de dar, declarándoles que ya se les pasaría una respuesta en debida forma, así que se deliberase acerca del objeto principal de la arenga; es decir, la cuestión del paso por el territorio tlascalteca. Se les invitó en seguida á que se retirasen y empezó la deliberación.

Estaban divididas las opiniones de los consejeros, porque unos querían la paz y otros la guerra. El más ardiente campeón de la guerra era el general Xicotencal, joven magnate lleno de valor; pero arrebatado por el exceso de su bélico entusiasmo. Consiguió que su dictamen fuese apro-

bado por la mayoría, que decidió fuesen los embajadores retenidos en Tlascala para dar tiempo á los preparativos de defensa.

Pasados ocho días y no viendo Cortés volver á sus embajadores, se determinó seguir adelante para averiguar su paradero; pero apenas se había puesto en camino, cuando encontró una multitud de indios armados para disputarle el paso. Trabóse un combate en el que los indios, batidos y dispersos, perdieron mucha gente, quedando heridos algunos españoles. Cortés pudo entonces penetrar en el país, y al otro día del combate vió llegar á dos de sus embajadores, acompañados de cierto número de tlascaltecas que acusaron á sus aliados llamados otomíes, de haber atacado imprudentemente á los españoles; imprudencia de la que habían sido bien castigados con su derrota y la muerte de sus más intrépidos jefes. Después de haberse excusado de esta manera, se retiraron, dejando á Cortés en la misma incertidumbre respecto de las verdaderas disposiciones del pueblo tlascalteca.

Bien pronto supo á qué atenerse, porque

al día siguiente llegaron los otros dos embajadores en un estado que excitó á la vez la piedad y la indignación de los españoles. Noticiaron á Cortés, que habían sido aprisionados en contra del derecho de gentes y que debían ser sacrificados por los tlascaltecas á sus dioses, pero que habían conseguido escaparse por la noche. A juzgar por lo que decían estos embajadores, el pueblo tlascalteca había jurado inmolar también á todos los españoles.

Entonces Cortés no titubeó en arrostrar el peligro que le amenazaba: siguió su marcha, y bien pronto se halló rodeado de una innumerable multitud de enemigos, al frente de los cuales se hallaba el joven Xicotencal. Era preciso dar la batalla y se dió en efecto; pero estuvo en muy poco que fuese funesta á Cortés y todo su ejército, por un suceso de poca importancia. Un jinete español que, separándose de los suyos, se había precipitado en los batallones enemigos, recibió muchas heridas, y su caballo, acribillado de flechas, cayó muerto en el suelo. Los indios cortaron entonces la cabeza del animal, y levantándola en lo

alto de una pica, la llevaron en triunfo por todas partes, á fin de probar que aquel monstruo podía ser vencido y muerto. La vista de la cabeza cortada reanimó el valor de los indios, siendo su ataque tan impetuoso, que los españoles empezaron á ceder, sin que pudiesen resistir á las masas que los oprimían y que iban á acabar con ellos.

De repente cesa el combate, las bocinas de los indios tocan retirada, y el enemigo abandona un campo de batalla en el que á poca costa hubiera conseguido una completa victoria. La causa de esta retirada que salvó á los españoles, era que habiendo muerto ya los principales jefes indios, era preciso nombrar quien los reemplazase; el enemigo además se retiraba satisfecho, llevándose como un glorioso trofeo la cabeza del caballo, la que Xicotencal cuidó de enviar al Senado.

El General español buscó una posición en que pudiera fortificarse contra un enemigo tan peligroso; pero no perdiendo la esperanza de hacer paces con los tlascaltecas, envió á su General algunos prisioneros, que al presentarle sus proposiciones pacíficas,

le hiciesen conocer las terribles consecuencias de una resistencia más prolongada. Indignóse Xicotencal de tal manera con las proposiciones y amenazas del General español, que maltrató á los infelices que se las habían hecho, enviándolos cubiertos de heridas, para que dijesen á Cortés que al día siguiente al amanecer, Xicotencal se presentaría con un poderoso ejército para prender al General español y todos sus soldados, y sacrificarlos ante los altares de sus dioses.

Aunque esta noticia no correspondiese á las esperanzas de Cortés, venía acompañada de un regalo que daba á entender no se hallaba el General tlascalteca tan irritado como parecía. Este regalo consistía en trescientas gallinas y en víveres de varias clases: verdad es que Xicotencal había cuidado de advertir á Cortés, que enviaba aquellas provisiones á sus enemigos para que estuviesen bien mantenidos antes de ser inmolados, y su carne fuese de mejor gusto, porque se proponía regalarse con ella en compañía de sus principales guerreros.

Esta fanfarronada causó risa á los españoles, que se comieron alegremente lo que

el enemigo les había enviado, mientras se preparaban al combate del día siguiente. Xicotencal cumplió su palabra: al romper el día, se presentaron numerosos batallones que atacaron con furor á los españoles; pero la táctica militar y la superioridad de las armas, triunfaron también esta vez del tesón y del valor, siendo derrotados los tlascaltecas, que abandonaron el campo de batalla á los españoles. No fué suficiente á abatirlos esta tercera derrota, porque persuadidos de que los españoles eran unos hechiceros, esperaban también que los magos de su nación podrían saber más que ellos. Además, sus sacerdotes, que pretendían adivinar lo futuro, les prometían siempre la victoria. Consultados de nuevo, respondieron que los españoles, hijos del sol, debían toda su fuerza á los rayos de este astro durante el día; pero que por la noche quedaban tan débiles que era cosa muy fácil vencerlos y exterminarlos.

Determinados los tlascaltecas á aprovecharse del aviso, intentaron un ataque nocturno contra los españoles; pero Cortés, siempre vigilante, había tomado todas sus

precauciones para no ser sorprendido: así es que cuando se presentaron, fueron rechazados con gran pérdida. Entonces se llegaron á convencer de que los españoles eran más que hombres, puesto que sin morir uno siquiera habían dejado tendidos en el campo millares de tlascaltecas. Empezaron por sacrificar á los dioses algunos de sus magos para castigar su embuste, y después enviaron á Cortés una embajada solemne pidiendo la paz, y escogiendo para embajadores á los principales de la nación.

Vestidos con sus trajes de ceremonia, adornados con plumas blancas, que eran, como ya se ha dicho, un símbolo de paz, llegaron los embajadores al campamento español, deteniéndose de rato en rato, para tocar la tierra con la mano que besaban en seguida: repitieron muchas veces esta ceremonia hasta llegar á las líneas españolas donde quemaron perfumes.

Admitidos en presencia de Cortés, pronunciaron este discurso: «Si sois divinidades maléficas, ahí tenéis cinco esclavos para que bebáis su sangre y os saciéis con

su carne : si sois dioses benignos, aquí tenéis perfumes y plumas de diferentes colores; pero si sois hombres, aquí tenéis carne y pan para vuestro alimento.» Anunciaron después que el objeto principal de su misión era pedir perdón de las hostilidades cometidas por sus imprudentes compatriotas, y arreglar al mismo tiempo las condiciones de la paz. El General español, conservando el ademán de dignidad y grandeza con que había recibido á los embajadores tlascaltecas, les dirigió enérgicas reconvenciones por la conducta de su gobierno, y su terquedad en despreciar las proposiciones pacíficas que se le habían hecho. Les declaró, sin embargo, que estaba dispuesto á perdonar con tal que la república guardase una estricta neutralidad, y le diese una satisfacción de las injurias hechas á los españoles y á su jefe.

Así que el senado de Tlascala supo la respuesta de Cortés, mandó á todos los habitantes de las cercanías de la ciudad que llevasen víveres á unos extranjeros tan extraordiarios, proporcionándoles cuanto necesitasen sin pedir ni recibir el pago, que-

dando los españoles admirados del celo y exactitud con que se cumplió esta orden. Dos días después llegó al campo una magnífica comitiva, á cuyo frente venía Xicotencal: formábanla cincuenta magnates de la nación, todos ricamente vestidos. El jefe traía puesto un largo vestido blanco, adornado de plumas y piedras preciosas: era un joven alto y delgado, cuyo marcial aspecto revelaba la costumbre del mando.

Saludó á la usanza del país al General español, después tomó asiento sin que nadie se lo mandase y sin pedir permiso, y dirigió á Cortés este discurso: «A mí sólo hay que culpar por las hostilidades cometidas contra los españoles; pero me había equivocado: creía que los españoles eran aliados de Motezuma, mi enemigo, el enemigo de mi patria. Deseando expiar mi culpa y obtener el perdón de un pueblo que es inocente, vengo á ponerme en manos del vencedor. Que disponga de mí como quiera; resignado estoy á sufrir todas las consecuencias de mi falta; pero que conceda la paz que pide todo un pueblo. Tlascala espera recibir dentro de sus muros al jefe de

los extranjeros y á sus soldados que no encontrarán más que amigos.»

La franqueza generosa de estas palabras, pronunciadas con notable firmeza, agradó mucho á Cortés, que después de haber reprendido severamente á este jefe por su resistencia, que había hecho correr tanta sangre, mudó de tono y le prometió que dentro de algunos días pasaría á Tlascala.

Mientras que sucedía todo esto en el campamento español, llegó nueva embajada de Motezuma, para traer regalos á Cortés é inducirle de nuevo á renunciar á su proyecto de ir á Méjico. Sospechábase ya con razón, que no era tanto esto lo que pretendía Motezuma, como el estorbar que hiciese alianza con la república de Tlascala. Los embajadores mejicanos se esforzaron, sí, á inspirar al General español desconfianza de los tlascaltecas, á quienes representaban como gentes sin fe y prontos á vender á sus nuevos aliados; pero Cortés le contestó de manera que conociesen no se le ocultaban sus interesadas calumnias.

Entre tanto el terror reinaba en Tlascala, porque no viendo los habitantes llegar

al General español á su ciudad, se imaginaron que la tardanza era un efecto de las sugestiones é intrigas de los embajadores de Motezuma. Para neutralizarlas de una vez, tomó el Senado la resolución de trasladarse al campamento de los españoles, ofreciéndose en rehenes á su jefe. Desplegóse gran pompa en la ejecución de este proyecto: cada individuo del Senado llevaba un traje blanco, símbolo de paz, y era conducido en unas andas ó palanquín por oficiales de un rango inferior.

Venía á la cabeza de esta reunión imponente el padre de Xicotencal; este anciano, que estaba ciego, se distinguía por un vigor de espíritu y una energía de carácter que su edad avanzada no había podido debilitar. Haciendo que le llevasen junto á Cortés le abrazó y le pasó la mano por la cara, para forma alguna idea de él por medio del tacto. He aquí el discurso que le atribuyen los historiadores españoles, el que ofrece algunos rasgos de varonil elocuencia.

«¿Qué importa que tú seas un dios ó un hombre?; de todos modos tienes á tu dispo-

sición el senado de Tlascala, y ya no puedes dudar de su rendimiento y obediencia. Lejos de nosotros la idea y la intención de excusar la falta de nuestro pueblo; al contrario, aceptamos toda la responsabilidad, esperando así aplacar tu célera y desarmar tu venganza. Nosotros resolvimos hacerte la guerra; pero también nosotros somos los que venimos á pedirte la paz. Motezuma se esfuerza, ya lo sabemos, á introducir el odio y la desconfianza entre nosotros, para que nos rehuses tu alianza; pero si das oído á sus pérfidas insinuaciones, acuérdate de que es nuestro enemigo. ¿Podrás tú dudar todavía de que es un hombre malo y pérfido, cuando en este momento mismo quiere que seas injusto con nosotros? No es tu auxilio el que solicitamos contra él: no nos hace falta, y tú eres el único enemigo á quien no podemos combatir con esperanzas de vencer; pero nos duele que te alucine con sus artificios y falaces promesas: conocemos mejor que tú á este jefe acostumbrado á burlarse de los juramentos. Escucha, generoso capitán, aunque estoy ciego, veo bien claramente la desgracia que te va á

ocasionar tu noble confianza. Tú estás propenso á concedernos la paz, si Motezuma no te retrae de ello; mas, ¿por qué desea retraerte? ¿Por qué dudas en acceder á nuestros votos y á nuestras súplicas? ¿Por qué rehusas á nuestra ciudad el honor de tu presencia? Estamos determinados á merecer, á obtener tu confianza y tu amistad, ó hacerte el sacrificio de nuestra libertad. Escoge ahora: es preciso que seamos tus amigos ó tus esclavos: fija nuestra suerte, que respetuosamente esperamos la sentencia que salga de tu boca.»

Cortés respondió que se apresuraría á satisfacer los deseos del senado de Tlascala, y pidió solamente algunos hombres para conducir los bagajes y la artillería. Al día siguiente por la mañana ya estaban en el campo quinientos tamenes ó indios de carga, rivalizando entre sí sobre quién había de cargar con el fardo más pesado. El ejército se puso en camino, pero marchando en columna, como si se fuese á combatir; precaución ordinaria de Cortés, con la que este jefe, tan prudente como animoso, solía asegurar el resultado de todas sus operaciones.

Los españoles hicieron en Tlascala una entrada triunfal; el pueblo se agolpaba en las calles por donde pasaban, mezclando sus gritos de alegría con el ruido de los tambores y de los pífanos; las jóvenes les arrojaban flores, y los sacerdotes, revestidos con sus trajes, quemaban incienso delante de ellos. Los individuos del Consejo Supremo ó Senado, y los habitantes más principales, vinieron á ofrecerles su respetuoso homenaje. Condujeron á tan ilustres huéspedes, á quienes designaban con el nombre de Teules, es decir, dioses, á una casa tan espaciosa, que todos pudieron alojarse en ella.

Apenas Cortés se instaló en ella con su tropa, colocó centinelas en todas las avenidas: esta precaución, que anunciaba desconfianza, desagradó á los tlascaltecas; pero se les hizo entender que era costumbre de los ejércitos europeos, y que, aun en tiempo de paz, la disciplina y las ordenanzas militares prescribían precauciones de este género. Entonces los tlascaltecas no hicieron más objeciones contra la medida adoptada por el General español, y hasta

el mismo Xicotencal se propuso seguir una costumbre cuya sabiduría y utilidad no pudo menos de confesar.

Conociendo Cortés el poderoso auxilio que le podría proporcionar la alianza con una nación tan generosa como valiente, recomendó á sus soldados que tratasen á los tlascaltecas con mucha dulzura é igualdad. El fué el primero en darles ejemplo de esta política hábil y previsora, esforzándose con su buen proceder á estrechar los lazos de amistad que le unían ya al caudillo de los guerreros de Tlascala; pero estuvo á punto de malograr todas las ventajas que le ocasionaba, por su exagerado celo en favor de la religión.

En una conferencia que tuvo con uno de los individuos del Senado, le indujo á que renunciase el culto de los falsos dioses, para no adorar más que al Dios de los cristianos; pero el indio le dió una respuesta muy singular. Según él, un solo general, que era un hombre, podía mandar muy bien, á un mismo tiempo, á los españoles y á los tlascaltecas; pero el único Dios de los cristianos no podía bastar para unos y otros,

Los tlascaltecas necesitaban muchos dioses; necesitaban uno que les protegiese contra las tempestades, otro para preservarlos de las inundaciones, otro que les favoreciese en la guerra, y otro, en fin, para los casos extraordinarios en que tuviesen que valerse de él. Cortés le replicó, que el Dios de los cristianos, Supremo Señor y árbitro de todas las cosas, cuidaba de remediar todas las necesidades de los hombres; pero el tlascalteca no pudo acabarse de persuadir de que un solo Dios pudiera multiplicarse para atender á tan diversas obras. Entonces el General español llamó en su auxilio al capellán de la expedición, que trató de persuadir al senador y á los tlascaltecas que se encontraban con él. Escucharon con la mayor atención al sacerdote cristiano; pero cuando acabó de hablar, el individuo del Supremo Consejo suplicó á Cortés que no volviera á suscitar tan delicadas cuestiones fuera de su campamento, para preservar á los tlascaltecas de la temible cólera de sus Teules.

Estas palabras irritaron á Cortés, en términos que ya se disponía, como en Cem-

poala, á destruir en el acto el culto de los ídolos en Tlascala; pero el P. Bartolomé de Olmedo, digno ministro de una religión de tolerancia y de paz, retrajo á Cortés de la ejecución de este proyecto imprudente, cuyas consecuencias podían ser fatales á los españoles.

En el momento que el ejercito español, reforzado con un cuerpo de seis mil tlascaltecas, iba á romper la marcha, llegó nueva embajada de Motezuma, para convidar á Cortés á dirigirse á Cholula, porque el Emperador había dispuesto que se le hiciese allí el conveniente recibimiento y que se proporcionasen víveres con abundancia al ejército. Por lo demás, los embajadores no suscitaron la cuestión de la marcha á Méjico.

Esta invitación pareció sospechosa á los tlascaltecas, que suplicaron á Cortés no aceptase, porque ocultaba alguna emboscada. El General español dió gracias á sus aliados por el aviso; pero les declaró que no había peligro que hiciese retroceder á los españoles, y marchó con su ejército hacia Cholula. Fueron recibidos los españoles con

las más amistosas demostraciones; pero se prohibió á los tlascaltecas la entrada en la ciudad, bajo pretexto de que eran enemigos declarados de los cholulanos, y tuvieron que acampar fuera de la población; cosa que ellos supieron hacer con sorprendente habilidad, imitando á los españoles y rodeándose, como ellos, de fosos y trincheras.

Durante los primeros días, los cholulanos se manifestaron muy solícitos en festejar á sus huéspedes; pero los españoles advirtieron ciertos hechos que justificaban la desconfianza de los tlascaltecas. Los víveres cesaron de llegar con abundancia; los caciques se manifestaban más fríos, y se notaron frecuentes reuniones de los embajadores de Motezuma. Dos tlascaltecas que habían conseguido introducirse en la ciudad á favor de un disfraz, informaron á Cortés de que habían visto por la noche un gran número de mujeres y de niños que se refugiaban en paraje seguro; y que seis niños habían sido sacrificados á los ídolos en el templo principal; sacrificio que era el preludio ordinario de una expedición militar. En consecuencia, Cortés debía tomar sus

disposiciones, para no ser sorprendido por un enemigo pérfido y desleal.

El General español estuvo alerta y observó á los cholulanos para penetrar sus intenciones; pero una feliz casualidad le hizo descubrir cuanto tramaban contra sus huéspedes. La intérprete Marina había sabido inspirar tan vivo y sincero afecto á una cholulana, esposa de uno de los principales habitantes de la ciudad, que esta mujer, deseando salvar á la joven, puso en su noticia toda la conspiración formada contra los españoles, que habían de perecer sin distinción, aconsejándola que los abandonase para no perecer con ellos. Marina, partidaria de los españoles, fingió que se aprovechaba del aviso de la cholulana, para obtener de ella todos los pormenores de la conspiración. Así, consiguió saber que un cuerpo de tropa mejicana estaba oculto en las cercanías de Cholula, para presentarse á una señal convenida; que se habían formado barricadas en muchas calles, y que en otras había fosos ligeramente encubiertos para que se hundiesen los caballos; que además habían subido una gran cantidad

de piedras y otros proyectiles á lo alto de las casas y de los templos, para arrojarlos contra los españoles y dejarlos aplastados.

Cortés, viendo el peligro que corría, se apresuró á tomar sus disposiciones para desconcertar la trama. Hizo venir primeramente á la mujer india que había hablado con Marina y á tres de los principales sacerdotes, y habiéndolos encerrado, les hizo confesar á fuerza de amenazas la matanza que estaba dispuesta por los cholulanos. Juzgó entonces que era indispensable dar un gran golpe para aterrar á Motezuma y á sus parciales, y mandó que sus soldados y los cempoales que los acompañaban formasen en batalla en el gran patio del alojamiento, y avisó á los tlascaltecas acampados fuera de puertas, que invadiesen la ciudad al primer tiro que oyesen. Los principales caudillos de Cholula fueron atraídos con varios pretextos al cuartel español y arrestados en él: en seguida Cortés mandó que saliesen las tropas para empezar el ataque.

Entonces los españoles y los cempoales se precipitaron en las calles, mientras que

los tlascaltecas entraban en la ciudad. Bien pronto el suelo quedó cubierto de cadáveres, porque los habitantes, sin jefes, se dejaban matar sin resistencia. Verdad es que los mejicanos, saliendo de su emboscada, acudieron á socorrerlos, pero fueron derrotados y buscaron su refugio en las torres y en el templo principal. Cortés anunció que se perdonaría la vida á los que se rindiesen; pero sólo un mejicano bajó de las torres; los demás prefirieron la muerte al oprobio del vencimiento. Cortés, dejándose arrebatar de la cólera en el calor del combate, deshonró su vitoria con un acto de crueldad, mandando pegar fuego al templo, donde muchos infelices perecieron entre las llamas.

Durante dos días los irritados españoles hicieron que corriese la sangre en la ciudad de Cholula entregada al saqueo. El cansancio de los soldados puso fin á la matanza, y Cortés vengado, dió libertad á los magistrados prisioneros, y echándoles en cara su perfidia y el haber sido causa de todas las desgracias de su ciudad, les mandó que hiciesen venir á todos los habitantes que

habían huido, puesto que él les concedía una amnistía general. Era tal la impresión de supersticioso temor, producida por las sangrientas escenas con que habían señalado su venganza los españoles, que todos los cholulanos fugitivos volvieron á la ciudad, que en breve se vió llena de un pueblo sumiso y obediente.

Pero el mismo hombre que había autorizado unos excesos que tanta sangre costaron á los infelices cholulanos, se propuso ser el mediador de una sincera reconcilición entre dos pueblos animados entonces uno contra otro de los más hostiles sentimientos. Cortés hizo que tlascaltecas y cholulanos se jurasen, con todas las ceremonias que aseguran la inviolabilidad de los juramentos, una amistad que, uniéndolos entre sí, le proporcionaba al mismo tiempo el auxilio de dos aliados tan poderosos. Esta reconciliación fué á la vez un acto de humildad y de previsora política.

Continuó entonces su marcha á Méjico, oyendo al paso en todas partes las quejas de los indios contra el despotismo de Motezuma. Los gobernadores no deseaban otra

cosa más que libertarse de él. Entre los caciques que recibieron á los españoles como unos libertadores, el de Tezcuco, una de las ciudades más considerables del Imperio, manifestó á Cortés el odio más violento al Emperador. ¿Pero qué hacía este monarca, señalado en todas partes como un tirano, al ver que un enemigo formidable llegaba á la capital?

La conducta de Motezuma revelaba la indecisión, síntoma de miedo y debilidad: tan pronto enviaba mensajeros á Cortés para invitarle á entrar en Méjico, tan pronto le enviaba á decir que se detuviese; pero el General español avanzaba siempre: cruzando las montañas de Chalco, llegó á Tezcuco y de allí á Iztapalapa. Al bajar de las montañas de Chalco, quedaron los españoles agradablemente sorprendidos á vista de un delicioso paisaje. A su frente se extendía un inmenso y delicioso país, donde se divisaba un lago semejante á un mar, y en medio de este lago, ciudades y villas que parecian salir del seno de las aguas. Entre las ciudades era fácil reconocer á la capital, notable por sus muchos templos. De-

tuviéronse los españoles á vista de tal espectáculo, cuya magnificencia excitaba su sorpresa y admiración, creyéndose transportados al país de las encantadoras. Olvidaron entonces los males que habían sufrido para no acordarse más que de la recompensa reservada á su constancia y valor; ya llegaban al término de sus afanes, y se distribuían con la imaginación los tesoros que encerraba la brillante capital: ya podía Cortés imponerles nuevos sacrificios y nuevas penalidades, porque prontos estaban á seguirle á todas partes. Así, el General, viendo el universal ardor y el entusiasmo que animaban á su ejército, trató de aprovecharse de ellos, avanzando, lleno de confianza, por una de las calzadas del lago, hacia el palacio del Emperador.

De repente se vieron salir de la ciudad como unos mil mejicanos que traían mantos de tela de algodón y penachos en la cabeza. Salían á recibir al ejército español, por lo que al acercarse saludaron al General con respeto y le anunciaron la próxima llegada del mismo Emperador. Poco después se descubrió la vanguardia de su

brillante comitiva, formada por doscientos hombres de la servidumbre del Emperador, los que traían también mantos blancos y penachos; pero caminaban descalzos, de dos en dos, y guardando un profundo silencio.

Así que llegaron al frente del ejército español, hicieron alto y se formaron á los lados de la calzada, para que llegase hasta los extranjeros otra comitiva de servidores de Motezuma, vestidos con mayor magnificencia. En el centro de esta comitiva descollaba el monarca sentado en una silla de oro llevada en andas por cuatro señores principales de su Imperio. Otros dependientes sostenían sobre la cabeza del monarca un dosel de tela, entretejida de plata, sobre la que ondeaban plumas verdes.

Precedían á esta comitiva ocho magistrados, llevando en la mano unos bastones de oro que levantaban de rato en rato con sólemne gravedad. Cada vez que los magistrados levantaban sus bastones, el pueblo se prosternaba, tapándose la cara con las manos, como si se juzgase indigno de levantar los ojos hacia su soberano. Cuando

esta tropa llegó junto á los españoles, Cortés se apeó del caballo y se adelantó respetuosamente hacia Motezuma. En el mismo instante, el Emperador se levantó de su silla, y bajando de las andas, se adelantó lentamente hacia Cortés por encima de unas alfombras que los de su comitiva iban tendiendo para que no tocase con los piés en el suelo.

Cortés saludó al monarca á la usanza europea, y Motezuma contestó al saludo, besando su propia mano, con la que había tocado la tierra; signo, como ya se ha dicho, del mayor respeto entre aquellas gentes. Por esta causa, los mejicanos quedaron altamente sorprendidos de ver á un monarca tan orgulloso, que ni aun á los ídolos honraba más que con una inclinación de cabeza, rendir tal homenaje á los extranjeros. Ya no dudaron de que eran unas divinidades, y el nombre de *Teules*, que en lengua mejicana significa *dioses*, era repetido con frecuencia por los numerosos espectadores de esta escena.

Después de los primeros cumplidos, Cortés se quito una cadena de piedras falsas

que llevaba sobre la armadura, y se la echó al cuello.

Motezuma, que pareció quedar muy satisfecho del regalo, mandó que trajesen al instante la alhaja más preciosa de su tesoro, que consistía en un collar de conchas muy raras, de cuyas puntas pendían cuatro cangrejos de oro. El mismo echó este collar al cuello de Cortés, lo que redobló la sorpresa de los mejicanos.

El Emperador era de mediana estatura y más bien delgado que grueso; tenía aire de majestad y viveza en sus miradas; su piel era menos tostada que la de los demás mejicanos, y tendría como unos cuarenta años. Traía un largo manto de fina tela de algodón, cubierto de joyas de oro, perlas y piedras preciosas. La corona de oro que llevaba en la cabeza era parecida á una mitra, y su calzado se componía de placas de oro macizo, sujetas con hebillas del mismo metal.

Cortés y Motezuma entraron juntos en la ciudad, que no se llamaba entonces Méjico, sino Tenuchitlán. Los historiadores españoles aseguran que se contaban más de

veinte mil casas de un solo piso, y hablan también del extraordinario número y magnificencia de los templos que embellecían esta ciudad; pero sus relaciones son algo exageradas. En lo que no cabe duda, es en que la capital del imperio mejicano era muy grande y estaba muy poblada.

Un palacio, que por sus altas murallas y sus puertas, parecía desde lejos una fortaleza, fué el alojamiento adonde el mismo Motezuma condujo á los españoles. Según su costumbre, Cortés colocó en todas las avenidas centinelas y cañones, recomendando á sus oficiales y soldados que observasen la más exacta disciplina y estuviesen alerta para evitar toda sorpresa, porque desconfiaba, no sin fundamento, de la hospitalidad mejicana.

III

Visita de Motezuma á Cortés.—Sacrificios humanos.—Muerte de Escalante, gobernador de Veracruz.—Motezuma es llevado prisionero al cuartel de los españoles.—Suplicio de Qualpopoca y de sus hijos.—Tentativa de Cortés contra los ídolos.—Proyectos de rebelión contra los españoles.—Situación crítica de Cortés.—Narvaez viene contra él.—Cortés sale de Méjico y marcha en busca de su enemigo.

Aquella misma noche fué Cortés visitado por el Emperador, que traía un magnífico acompañamiento. Después de las ordinarias atenciones de cortesía, el monarca y Cortés tomaron asiento familiarmente, uno al ladó del otro, mientras que la comitiva de Motezuma y los españoles estaban de pié junto á la pared. Entonces el Emperador dirigió á Cortés un discurso, que fué en el acto traducido por Marina, y en el que fueron muy notables estas palabras: «Unos te habrán dicho que yo provengo de la estirpe de los dioses, y otros que soy un tira-

no orgulloso y sanguinario; ambas cosas son mentira.» En seguida distribuyó algunos regalos á los españoles que estaban presentes, y dando por terminada la visita, se volvió á su palacio.

Al día siguiente le pagó Cortés la visita, presentándose en la residencia imperial acompañado de sus principales oficiales. Esta vez la conversación duró más tiempo y giró sobre los usos y costumbres de los europeos. Cortés satisfizo á las repetidas preguntas del Emperador; pero haciendo que recayese el coloquio sobre punto de religión, y mostrándose horrorizado de los sacrificios humanos, así como de la costumbre establecida en Méjico de comerse los prisioneros de guerra. Al fin consiguió que Motezuma le prometiese desterrar de su mesa la carne humana.

Conforme ya se ha dicho, la nación mejicana consideraba los sacrificios humanos como el homenaje más grato á sus ídolos. Muchas veces la guerra que se hacía á los pueblos vecinos, no tenía más objeto que el de procurarse prisioneros para sacrificarlos en los altares de los dioses y comérselos

después. Solían á veces sacrificarse mil víctimas en un mismo día; algunos historiadores hacen subir este número á veinticinco mil (1). Si durante una larga paz, faltaban prisioneros que degollar, los sacerdotes representaban al Emperador que los dioses tenían hambre, y entonces el monarca mandaba publicar en todos sus dominios que los dioses querían tener un buen banquete, que era lo mismo que declarar una guerra general á todos los pueblos vecinos.

Cuando suficiente número de prisioneros había caído en poder de los mejicanos, eran conducidas las víctimas al atrio del templo. Poco después llegaba un sacrificador revestido con una túnica blanca, llevando en sus manos un idolillo, hecho con harina de cebada y miel, el que tenía los ojos verdes y los dientes amarillos. Subiéndose sobre una piedra que le permitía asomarse por enci-

(1) Este número deberá entenderse en un año, y aun en este período de tiempo, el cálculo es excesivo. Nuestro grave historiador Solís, que más bien peca de exagerado en sus narraciones, no hace subir el número de víctimas más que á veinte mil.—N. DEL T.

ma de la pared, presentaba aquella horrible figura á cada uno de los prisioneros, gritándole: «¡He aquí á tu dios!» Bajándose en seguida, marchaba á la cabeza de los prisioneros hacia el sitio en que los esperaban los otros sacrificadores. El director de estas execrables ceremonias se llamaba el Topilzin; su vestido, muy largo, estaba guarnecido con pedazos de tela encarnada; llevaba en la cabeza una corona de plumas verdes y amarillas, y le colgaban de las orejas y del labio inferior unos arillos de oro en que había engastadas piedras verdes. Su rostro era negro como el azabache, y tenía en la mano un cuchillo formado con un pedernal ancho y punzante. Le asistían otros cinco sacerdotes, cada uno con sus funciones particulares, y se inmolaban los prisioneros sobre una ancha losa.

Apartemos la vista de este horrible cuadro de una bárbara superstición y veamos cómo Cortés va á salir de la posición peligrosa en que le ha colocado su audaz empresa, pues no tardó en conocer que tanto él como su ejército, se hallaban en cierto modo á merced de un pueblo innumerable

y de un príncipe cuyo afecto le parecía poco sincero.

Los avisos que le daban los tlascaltecas, sus exhortaciones incesantes para que desconfiase de Motezuma, habían en fin, hecho conocer al General español los peligros de su posición. Bastaba, en efecto, cortar los puentes de las calzadas, para dejarle enteramente separado de tierra, y en este caso ¿cómo hubiera podido resistir á los ataques de un pueblo entero, que hubiera concluido por aniquilar aquel puñado de extranjeros á pesar de su valor? Un suceso lamentable, acaecido en Veracruz, aumentó todavía más la inquietud de Cortés. Supo que después de su partida, un general americano llamado Qualpopoca, había acometido á los pueblos que bajo la protección de los españoles, habían sacudido el yugo de Motezuma; que Escalante, gobernador de Veracruz, había querido socorrer á sus aliados, y que había quedado herido de muerte en una batalla contra Qualpopoca; que siete españoles habían perecido, y que otro, hecho prisionero, había sido muerto por los mejicanos. Cortés supo además, que la ca-

beza de este soldado había sido llevada en triunfo por las diferentes ciudades del Imperio, para probar que los españoles no eran inmortales, y que después este sangriento trofeo había sido enviado á Méjico.

Otros datos no le dejaron duda de las intenciones hostiles de los mejicanos: algunos fieles tlascaltecas le informaron de que los principales ministros del Emperador hacía algún tiempo que tenían conferencias secretas, en las que se tramaba una conspiración contra los españoles. Cortés tomo una resolución atrevida, decisiva, que comunicó á sus oficiales, insistiendo en la necesidad de su pronta ejecución. Se trataba nada menos que de apoderarse de la persona de Motezuma: en una palabra, llevársele preso, como una prenda que garantizaba la seguridad del ejército español y de su jefe.

Cortés se valió tan pronto de buenas razones como de amenazas, para determinar al Emperador á que pasase al cuartel de los españoles. El Emperador se mantenía inflexible, hasta que el joven oficial español, Velázquez de León, exclamó con gesto amenazador: «¿Para qué son tantos mira-

mientos? ¡Apoderémonos de ese hombre á la fuerza, ó matémosle si se atreve á resistir!» Motezuma preguntó al intérprete que significaban aquellas palabras tan coléricamente pronunciadas, y Marina al explicárselas, tuvo cuidado de insinuarle que era perdido si no se sometía inmediatamente á la voluntad de Cortés. Entonces aquel príncipe que al principio había manifestado alguna energía, cayó en un profundo abatimiento. Temblando por su vida, se resignó á seguir á Cortés, anunciándole que estaba pronto á ir al cuartel de los españoles.

Cortés procuró hacer más llevadero el cautiverio del monarca, permitiendo á sus principales funcionarios que viniesen á visitarle; no obstante, bajo pretexto de evitar confusión, no permitía que se reuniese gran número de visitas en el aposento de Motezuma. En cuanto á éste, continuó manifestándose alegre, para engañar á sus vasallos y no dejarles sospechar el oprobio de su situación. Fiel á este sistema de disimulo, manifestaba el mayor cariño á los españoles, sin embargo de que realmente eran sus carceleros.

Durante estos sucesos, Qualpopoca, su hijo y cinco de sus capitanes, llegaron á Méjico en virtud de la orden dada por Motezuma. Este, que persistía en sostener que había obrado contra sus instrucciones, los abandonó á la justicia de los españoles. Formóseles un consejo de guerra, ante el cual aquellos infelices prestaron las más explícitas declaraciones, y en consecuencia fueron sentenciados á ser quemados vivos. Hasta entonces habían tomado sobre sí la responsabilidad de su conducta, esforzándose por disculpar á su soberano; pero su valerosa lealtad se desmintió á vista del suplicio, declarando antes de morir que habían obedecido á las órdenes de Motezuma. Apenas hicieron esta confesión, mandó Cortés que los llevasen al sitio en que había de cumplirse la sentencia, y acompañado de algunos oficiales y un soldado que llevaba unos grillos, se presentó en la habitación de Motezuma. «Los culpables—le dijo—han declarado al fin que habéis sido la causa del crimen cometido por orden vuestra: la justicia exige que seáis castigado como ellos.» Apenas dijo estas

palabras, salió sin esperar respuesta, haciendo seña al soldado de que pusiese los grillos á Motezuma. No opuso éste resistencia á la humillación vergonzosa que le hacían sufrir, lo que, por otra parte, de poco le hubiera servido; antes figurándose que también iban á conducirle al suplicio, se abandonó á una violenta desesperación.

Cuando los sentenciados exhalaron el último suspiro, Cortés volvió á presentarse á Motezuma y le dijo: «Ahora ya queda satisfecha la justicia, y la muerte de los cómplices ha expiado vuestro crimen.» En seguida mandó que le quitasen los grillos, lo que hizo pasar á Motezuma desde la desesperación á la más viva alegría, dando las gracias y abrazando á Cortés como á su libertador.

El poder de los españoles parecía suficientemente asegurado en Méjico; pero el prudente Cortés se consideraba como encerrado en una isla, y discurría sin cesar el medio de abrirse paso para salir de la capital, aun en el caso en que los mejicanos llegasen á romper los diques y calzadas. Así en sus coloquios con Motezuma, le ha-

blaba con frecuencia de la construcción extraordinaria de los navíos europeos, á ver si excitaba su curiosidad y manifestaba deseos de contemplar tan maravillosas embarcaciones. Habiendo al fin Motezuma manifestado este deseo, Cortés le prometió procurarle esta satisfacción, y por orden del Emperador se enviaron suficientes indios de carga á Veracruz, para transportar hasta Méjico los restos que aún se conservaban de los navíos españoles. Otros obreros fueron á cortar en los vecinos bosques las maderas necesarias, y en poco tiempo quedaron construidos dos bergantines, en los que algunas veces salía á paseo el monarca enajenado de gozo. El General español se aprovechaba de estos paseos para estudiar la situación del lago y de todas sus cercanías.

Conforme ya se ha vistó, Motezuma se había manifestado muy docil á las exigencias de Cortés; pero cierto día le envió á llamar, y Cortés, que no ignoraba las secretas entrevistas de su prisionero con los sacerdotes y los principales de la nación, tomó las precauciones que autorizaba su

justa desconfianza, presentándose á Motezuma con doce de sus valientes compañeros. El aire sombrío que advirtió en el semblante del monarca, le confirmó en sus sospechas; pero mayor fué su asombro cuando Motezuma, cogiéndole de la mano, le dijo con voz casi amenazadora: «Que esperaba dispusiese cuanto antes su partida, supuesto que ya había desempeñado la comisión que su monarca le había confiado.» Era la primera vez que el Emperador se expresaba con tanta firmeza y resolución.

Cortés se volvió al instante hacia uno de los oficiales que le acompañaban, y le dió secretamente la orden de poner la tropa sobre las armas; después, sin manifestar la menor turbación, respondió á Motezuma que deseaba vivamente volver á su patria; pero que tenía necesidad para ejecutarlo de construir algunos navíos que sustituyesen á los que habían sido destruidos; que por lo tanto suplicaba al monarca diese órdenes para que los españoles fuesen ayudados en este trabajo largo y difícil.

Motezuma, al escuchar estas palabras,

hizo tales demostraciones de alegría, que no dejaron duda ninguna á Cortés de cuáles eran las disposiciones del monarca y de su pueblo: el Emperador saltó al cuello del General, abrazándole una y más veces, y asegurándole que los mejicanos y sus dioses quedarían igualmente satisfechos de aquella declaración, porque pedían con la misma impaciencia la salida de los extranjeros. Cortés conoció cuánta astucia era menester para salir de aquel compromiso y evitar los peligros que le amenazaban: continuó disimulando sus verdaderas intenciones, y después de haber dado públicamente y en voz alta la orden de construir los navíos, encargó á los carpinteros españoles que trabajasen con excesiva lentitud, para dar tiempo que llegasen los refuerzos que esperaba de España.

Ocurrió por entonces el acontecimiento que mejor puso á prueba la intrepidez de Cortés, y que estuvo á pique de arruinar su prosperidad. Cierto día, Motezuma le avisó que tenía una noticia muy importante que comunicarle, y cuando el General español se presentó á saberla, desarrolló

una tela de algodón, en la que estaban pintadas, á la manera de los mejicanos, diez y ocho embarcaciones europeas. El correo que había traído aquel cuadro al Emperador, declaraba que todas aquellas embarcaciones estaban ancladas en la costa.

Esta noticia colmó de alegría á Cortés, figurándose que en aquellos navíos venían los refuerzos que aguardaba, y que, al mismo tiempo, le traerían el nombramiento en debida forma, de gobernador de todos los países que había decubierto; pero una carta de Sandoval, gobernador de Veracruz, disipó todas sus ilusiones. Por ella supo que la referida escuadra había sido equipada por Velázquez, el que había mandado á Narvaez (1), jefe de la expedición, que hiciese prisioneros á Cortés y todos sus

(1) Pánfilo de Narvaez, natural de Valladolid, hombre ambicioso y de altivo carácter. Pasó con treinta hombres desde la Jamaica á Cuba, y ayudó á Diego Velázquez en la pacificación de esta isla. Después fué gran privado del gobernador, que le confió la escuadra.—N. DEL T.

partidarios, y los llevase á Cuba para que fuesen juzgados.

La posición de Cortés se agravaba de día en día, complicándose con nuevas dificultades y nuevos peligros. Si se decidía á marchar en contra de un ejército europeo, dos veces más fuerte que el suyo, le era preciso abandonar á Méjico, y abandonándole, perdía el fruto de tantos trabajos y tantos esfuerzos. Por otra parte, ¿qué esperanza podría tener de la victoria, combatiendo con un enemigo que le igualaba en valor y destreza militar, y cuyos adalides no estaban quebrantados con tan prolongadas marchas y tan continuos combates como los de Cortés? Pero si esperaba en Méjico á Narvaez, se esponía á tener dos enemigos con quien combatir, porque los mejicanos no hubieran desperdiciado una ocasión tan favorable á sus deseos y á sus proyectos de venganza. ¿Debería desarmar la cólera de Velázquez con una sumisión voluntaria, y entregar su cabeza á los jueces de Cuba, harto dispuestos á sacrificar un rival á la envidia y rencor del gobernador?

Pero las más desconsoladoras noticias se sucedían y se multiplicaban, anunciándole á cada instante reveses. Supo que un cierto número de sus soldados había seguido las banderas de Narvaez, y al mismo tiempo, éste hacía publicar que Cortés y sus partidarios, traídos á su soberano, habían sin orden suya declarado la guerra á los mejicanos, para sujetarlos, y que él, Narvaez, venía á castigar este delito, por lo que era preciso que Motezuma le ayudase al justo castigo de los facinerosos que habían invadido sus estados.

Cortés, viendo que no había más remedio que apelar á las armas, se preparó á una lucha desesperada. Dejó á su teniente Alvarado en Méjico con ochenta hombres, encargándole se condujese con la mayor prudencia con los mejicanos, y tuviese el más profundo respeto á Motezuma, que prometió seguir en el alojamiento de los españoles hasta el regreso de Cortés. Tomadas estas disposiciones, salió éste de Méjico, marchando con su pequeña tropa al encuentro del orgulloso Narvaez.

IV

Reunión de Cortés y Sandoval.—Narvaez, sorprendido en Cempoala, es hecho prisionero.—Sus tropas se incorporan á las de Cortés.—Regreso de Cortés á Méjico.—Rebelión de los mejicanos.—Motezuma se presenta al pueblo para apaciguarle.—Es herido.—Su muerte.—Quetlavaca su hermano le sucede.—Heroico designio de dos jóvenes americanos.—Construcción de un puente volante.—El general español se apresura á salir de Méjico.—Principio de la retirada.—Rotura de un dique.—Combate.—Intrepidez de Cortés.—Exterminio de parte de las tropas españolas.—La noche de la desolación.—Horribles padecimientos.—Batalla de Otumba.—Cortés se apodera del estandarte imperial.—Llegada de refuerzos.—Muerte de Quetlavaca, sucesor de Motezuma.—Guatimocín nuevo Emperador.

Cortés había mandado á Sandoval, gobernador de Veracruz, que viniese á reunírsele con los pocos españoles que mandaba. Confió éste la custodia de la colonia á los indios sus aliados, y salió al encuentro de su General, reuniéndose con él á doce millas de Cempoala donde estaba Narvaez. Las tropas reunidas de Sandoval y de Cor-

tés, no formaban más que un batallón de doscientos cincuenta hombres, y sin embargo, el animoso Cortés no persistió menos en atacar á un enemigo que le era tan superior en número.

Hizo una nueva tentativa para amansar el intratable genio de Narvaez, porque estremecido con la idea de una guerra civil, quería que toda la odiosidad de ella recayese en el teniente de Velázquez, pero este contestó á los mensajes de Cortés con injurias y amenazas. Lejos de intimidarse por la jactancia de su adversario, Cortés avanzó hasta Cempoala, y cuando sólo distaba una milla, Narvaez salió de la población para dar la batalla. Una abundante lluvia que cayó en aquel día, y la posición ventajosa que había tomado Cortés al otro lado de un arroyo, impidieron á Narvaez el que le atacase. Ya se quejaban las tropas de este último de las fatigas que habían sufrido á las órdenes de un general que no era muy de su agrado, y al anochecer tuvo que entrarse en la población.

Entonces Cortés concibió un atrevido proyecto, cual fué el aprovecharse de la os-

curidad de una noche lluviosa y sorprender al enemigo que no debería estar vigilante. Resuenan de improviso los terribles gritos de guerra que lanzan Cortés y sus intrépidos soldados. Narvaez entonces conoce, aunque tarde, su error, y en el momento en que trata de abrirse paso con espada en mano, cae sin conocimiento herido de un lanzazo que le echó un ojo fuera.

Una circunstancia singular facilitó la sumisión de las tropas de Narvaez. Habían descubierto en la oscuridad de la noche el brillo de una inmensa cantidad de lucecillas, que se les figuraron las mechas encendidas de un cuerpo de arcabuceros que venía en el ejército de Cortés, porque en aquella época todavía no se usaban las piedras de chispa en las armas de fuego, sino unas mechas; pero las luces vistas por los soldados de Narvaez eran producidas por los gusanos de luz, que en América son mayores que los insectos de esta clase que se encuentran en Europa.

Cortés se manifestó después de la victoria humano y aun generoso, porque no sólo trató á los prisioneros con el mayor

afecto, sino que les hizo algunos regalos, dejándolos en libertad de alistarse en sus banderas ó volver á Cuba: casi todos eligieron el primer partido. De esta manera el afortunado General vió reforzado su ejército con ochocientos soldados. En cuanto á Narvaez, apenas volvió en sí y se vió cargado de cadenas y en poder de un enemigo al que había tratado con insolente desprecio, estuvo á pique de morir de dolor y de vergüenza. Cortés quiso verle; pero respetando su infortunio con un acto de delicadeza, entró sin darse á conocer, en el aposento en que Narvaez estaba acostado. La actitud respetuosa de los soldados hizo que Narvaez conociese quien era, y volviéndose á Cortés le dijo: «Señor capitán, bien podéis estar contento por la dicha que habéis tenido en hacerme prisionero.» El terco orgullo de Narvaez merecía una severa respuesta. «Buen hombre, le contestó Cortés, todo lo que Dios hace está bien hecho; sin embargo, os juro que mi victoria y vuestra prisión son, en mi concepto, hechos de bien poca importancia para que pueda envanecerme por ellos.» Después de haberle dado

esta justa lección, Cortés mandó que fuese conducido á Veracruz, donde debía quedar arrestado.

Apenas gozaba Cortés algunos instantes de reposo en el teatro de su triunfo, cuando recibió la funesta noticia de la rebelión de los habitantes de Méjico, contra los españoles que había dejado en esta ciudad. Alvarado, que se sostenía con dificultad en su fortaleza, pedía pronto socorro, y el mismo Motezuma enviaba uno de sus correos, suplicando á Cortés que volviese cuanto antes á la capital, donde dominaba la insurrección victoriosa.

No había un momento que perder, por lo que Cortés se dirigió con su ejército á la capital, pasando por Tlascala. Los tlascaltecas, sus ardientes partidarios, pusieron todas sus tropas á su disposición; pero no llevó consigo más que dos mil hombres.

Se temía que le costaría trabajo el entrar; pero encontró los puentes en el mismo estado que los dejó á su salida. Entró, pues, en Méjico con su ejército, disponiendo de fuerzas considerables; y con el doble prestigio de la victoria y el poder, hubiera fá-

cilmente triunfado de la insurrección, si hubiera sabido portarse con aquella moderación que exigía una previsora política; pero la prosperidad le había deslumbrado, y se creyó que ya no le eran indispensables la sagacidad y la prudencia. Se manifestó violento y altivo, alcanzando sus desprecios al mismo Motezuma. Se imaginó que comprimiría fácilmente la rebelión con la fuerza, y la primera providencia que tomó fué enviar á Ordaz, uno de sus mejores oficiales, á la cabeza de cuatrocientos hombres escogidos entre españoles y tlascaltecas, para indagar el estado de la población é informarse de si disponía nuevos ataques. Ordaz salió con su destacamento; pero apenas se hubo internado en una calle, cuando le salió al encuentro una tropa de mejicanos armados. Marchó hacia ellos para coger algunos prisioneros á quienes se pudiese preguntar; pero los mejicanos se replegaron al instante. Esta era una astucia suya para atraer á los españoles á una emboscada, y Ordaz, que se empeñó en perseguirlos, se vió de repente envuelto y atacado por los muchos mejicanos que le

esperaban. Al mismo tiempo le arrojaban desde lo alto de las casas, coronadas de gente, piedras, flechas y venablos. Ordaz no se apuró en tan crítica situación; formó el cuadro con su gente, colocando en sus lados á los que tenían lanzas, y en el centro á los que tenían arcabuces, para que disparasen contra los enemigos que estaban en los terrados y ventanas, mientras que los otros rechazaban á los acometedores con sus lanzas. Dió entonces la orden y el ejemplo de romper por donde más compactas se presentaban las masas de los mejicanos. Tan vigoroso ataque les obligó á retirarse, y Ordaz pudo llegar al alojamiento, no habiendo perdido más que un soldado español y ocho tlascaltecas; pero quedando herido, así como casi todos sus soldados.

Al día siguiente el enemigo dió un nuevo asalto, y aunque rechazado esta vez con una pérdida enorme, no por eso dejó de renovar sus tentativas contra el fuerte en los siguientes días.

En uno de estos encarnizados ataques de los mejicanos, Motezuma quiso evitar la efusión de sangre, presentándose á su pue-

blo con todos los atributos de su poder, con toda la pompa ante la que se humillaba con respeto la servil obediencia de sus vasallos, y creyendo que su voz conservaba aún su antiguo ascendiente para con ellos.

Se reviste apresuradamente con su manto imperial, se pone la diadema en la cabeza, y realzando todavía más el esplendor de su traje con un adorno guarnecido de piedras preciosas que no se usaba más que en los días de gran ceremonia, sale de su habitación acompañado de los principales mejicanos que entonces se hallaban en su compañía. Uno de ellos, subiendo á lo alto de la muralla, anuncia al pueblo sorprendido la llegada de su Emperador, que desea saber el motivo de sus quejas, y ofrece á sus vasallos su paternal mediación entre ellos y los extranjeros, que también son huéspedes suyos.

Al sólo nombre de Motezuma, los mejicanos cesaron de combatir y el silencio sucedió á los alaridos con que atronaban los aires. Entonces el monarca subió á la muralla, y á su vista el pueblo, penetrado de

respeto á su soberano, permaneció silencioso é inmóvil. El Emperador buscó con la vista entre la multitud á los que tenían más influencia sobre ella, los llamó por su nombre, y dirigió un discurso al pueblo que tan resuelto se mostraba, tan fiel á su soberano, y que con tanto valor lidiaba por su libertad.

Cuando acabó de hablar, el silencio duró todavía por algunos minutos; después empezó un ruido sordo causado por violentos murmullos, y que aumentándose sucesivamente terminó en voces sediciosas y vehementes excitaciones á la rebelión.

Motezuma, queriendo responder, hizo seña con la mano para imponer silencio, pero no quisieron escucharle. Los gritos se aumentaban; por último, muchas piedras y flechas fueron arrojadas contra el monarca. Los dos soldados que Cortés había puesto á su lado, quisieron ampararle con sus escudos, pero ya era tarde; le habían alcanzado algunas flechas, y además vino á darle en la cabeza una piedra lanzada con tal furia y violencia, que le hizo caer sin conocimiento al pié de los españoles.

El General español mandó que transportasen al instante á su habitación al desgraciado príncipe que no daba señales de vida, dando sus órdenes para que le prodigaran todos los cuidados que reclamaba su desesperada situación, y después acudió á vengarle; pero ya no era tiempo. Apenas los mejicanos vieron caer á su Emperador, cuando sorprendidos y aterrados se dispersaron á la vez, como si temiesen que el rayo viniese á castigar su delito cayendo sobre sus cabezas.

Entre tanto el infeliz monarca había recobrado el uso de sus sentidos; pero en un estado que inspiraba compasión. Se enfurecía al recordar de qué modo tan infame le habían tratado sus mismos vasallos. Expiró maldiciéndolos, y hasta su último suspiro se negó á las instancias de los españoles, para que abrazase la religión cristiana.

Los mejicanos eligieron por sucesor de Motezuma á su hermano, llamado Quetlavaca, el que hasta entonces había sido cacique de Iztapalapa. El primer acto del nuevo Emperador, fué la continuación de las hostilidades contra los españoles, y su

estreno militar una empresa que les hizo correr mucho peligro. Colocó sus mejores campeones sobre los terrados y sobre la plataforma del templo principal, adonde hizo llevar piedras y maderos para arrojarlos al patio principal del alojamiento de los españoles. Cortés, que ya se ocupaba en los preparativos de su retirada, se vió comprometido á retardarla, hasta desalojar á los enemigos de una posición desde la que podían aplastar con facilidad á sus tropas.

Encargó esta operación á Escobar, uno de sus más intrépidos capitanes, poniendo á sus órdenes un fuerte destacamento compuesto de lo mejor del ejército, y el mismo Cortés se encargó de ahuyentar al enemigo de las calles, cubriendo la retaguardia de los españoles en el momento de atacar el templo. Escobar llegó con facilidad hasta el pié de las gradas y aun subió hasta el medio de ellas; pero fué necesario que Cortés acudiese á socorrerle para que los españoles pudiesen ganar la cumbre de la plataforma.

Entonces fué cuando dos jóvenes ameri-

canos se distinguieron con un acto de sublime patriotismo. Habían jurado sacrificarse por la salvación de su patria, y para verificar su generosa resolución se acercaron en actitud de súplica al General español que andaba combatiendo: creyó éste que deseaban rendirse, y no le ocurrió al verlos sospecha ninguna. Apenas estuvieron junto á Cortés, que iba á tenderles la mano, como para ponerlos bajo la salvaguardia de su clemencia, cuando se agarraron á él, y llevándole á la parte más elevada del edificio, hicieron su empuje, y fuertemente asidos á su cuerpo se precipitaron desde el borde de la galería. Esperaban llevarse consigo á Cortés; pero éste, que conoció su intención, se agarró con tal fuerza al borde, que logró desprenderse de los dos mejicanos: bajaron éstos á estrellarse en las losas, víctimas de una resolución que de nada sirvió á su desdichada patria, pero que fué admirada, según dicen, por el mismo Cortés.

Sólo la muerte del último mejicano de cuantos defendían el templo, puso fin á la carnicería: se asegura que perecieron qui-

nientos, todos de las principales familias de Méjico.

Al día siguiente los mejicanos permanecieron tranquilos y como si abandonasen el ataque del alojamiento español. Cortés entonces empezó los preparativos de su marcha; pero las disposiciones del enemigo estaban muy lejos de ser pacíficas. Había jurado exterminar hasta el último de los españoles, y el tiempo de su aparente inacción estaba destinado á combinar un nuevo plan que dejase más segura su venganza. Querían cortar la retirada á los españoles, y cortando los puentes de los diques, sitiarlos por hambre, quitándoles los medios de procurarse víveres.

Pero Cortés, meditando cómo desconcertar el proyecto de los mejicanos, hizo construir con celeridad un puente volante, para irle echando sucesivamente en todas las cortaduras de la calzada y establecer así las comunicaciones. Así que estuvo acabado, fijó la retirada para la noche siguiente, esperando que sería favorecida por la oscuridad y por las creencias supersticiosas del enemigo.

Al acercarse la noche, dividió sus tropas en tres columnas, dando á Sandoval el mando de la primera ó de vanguardia; él quiso mandar la columna del centro, y Velázquez de León, pariente cercano del Gobernador de Cuba, se puso á la cabeza de la tercera que formaba la retaguardia.

A media noche empezó esta retirada con visos de huida, con el mayor silencio para no llamar la atención del enemigo, y la lluvia que estaba cayendo, como que favorecía la salida de las tropas españolas. No encontraron obstáculo ninguno hasta la calzada de Tacuba, hacia donde se dirigían, no figurándose que estuviese cortada, por hallarse en dirección opuesta al camino que habían seguido los españoles para entrar en la ciudad.

Los mejicanos habían tenido buen cuidado de cortar esta calzada, y fué preciso echar el puente volante sobre la cortadura, que se franqueó sin dificultad; pero en el momento en que las tropas llegaban á otra cortadura que se disponían á pasar de la misma manera, se oyeron de improviso los gritos de guerra; el lago se cubrió al ins-

tante de canoas, y una granizada de flechas y de piedras fué el primer anuncio del combate más terrible de que hace mención la historia: combate cuyo horror era aumentado por un conjunto de diversas circunstancias.

Cortés se manifestó heroico, verdaderamente heroico en esta espantosa noche; sólo él conservó su sangre fría y su firmeza; sólo él no desesperó de la salvación del ejército. Reuniendo como unos cien hombres hizo los mayores esfuerzos para abrirse paso hasta la segunda y luego hasta la tercera cortadura de la calzada. Al fin triunfó su valor y llegó á tierra firme, sirviéndole de puente los cadáveres de sus enemigos que llenaron el hueco de las cortaduras.

¿Pero qué le importaba la salvación? El peligro de la mayor parte de sus soldados le llama al teatro de duelo y de matanza: escoge entre los que se han salvado los pocos que no estaban heridos y vuelve con ellos al sitio del peligro. Logra incorporarse con parte de sus compañeros, que seguían por la calzada, el camino que él les

había abierto, mas ¡ah! todavía quedaban muchos desgraciados que salvar. Escuchábanse los lúgubres acentos de los españoles que habían caído vivos en poder de un enemigo feroz, que los llevaba al templo para inmolarlos en los altares de sus divinidades. Cortés quería ir á libertarlos; mas en vano trata de llegar hasta ellos; obstáculos insuperables se le oponen, y le es preciso limitarse á proteger y asegurar la retirada de los pocos soldados que sobreviven á este gran desastre.

Cuando salió la aurora, Cortés pudo conocer la extensión de sus pérdidas, y no pudo reprimir sus lágrimas al ver cuántos valerosos compañeros de armas le faltaban. La mayor parte de sus tropas había perecido á manos del enemigo, ó en las aguas del lago; dos mil tlascaltecas habían sucumbido con más de la mitad de los españoles. Entre los muertos se contaba Velázquez de León y otros muchos intrépidos oficiales, y casi todos los que se habían salvado estaban cubiertos de heridas: nada se había podido salvar de la artillería, municiones y bagajes, y cuantos tesoros se

habían reunido se perdieron también casi en su totalidad.

Un nombre que caracteriza esta espantosa derrota ha perpetuado su recuerdo: la noche tan fatal á los españoles es conocida hoy día en Nueva España con el nombre de *Noche triste*.

En Tamba fué donde los fugitivos españoles hicieron alto por la primera vez desde su salida de Méjico; pero no se detuvieron mucho tiempo en este paraje. No podían contar más que con la hospitalidad de los tlascaltecas, y para llegar á su capital era preciso costear toda la parte septentrional del gran lago mejicano. Como los españoles se hallaban entonces en la parte occidental, tenían que atravesar países desconocidos, en los que no esperaban encontrar los bastimentos que tan necesarios eran á las tropas fatigadas con una larga caminata. A pesar de todo, este era el único partido que Cortés podía tomar para salvar los restos de su ejército, por lo que se dirigió á Tlascala.

La marcha de los españoles al través de inmensas soledades, donde no encontraban

para alimentarse más que frutas silvestres, raíces y tallos verdes de maíz, fué una serie de horribles padecimientos.

Hacía ya cinco días que caminaban de esta suerte las tropas españolas; pero todavía no habían llegado al término de sus males. La joven Marina, que lo mismo que Aguilar, pudo salvarse de la catástrofe de la Noche triste, había oído decir muchas veces á los mejicanos en sus repetidos ataques contra los españoles: «Id, malvados, caminad al sitio en que recibiréis el castigo de vuestros delitos.» El sentido de estas palabras encerraba un enigma que no se adivinó hasta que al sexto día llegaron al valle de Otumba. Desde una altura inmediata á este paraje, descubrieron los españoles con espanto, allá á lo lejos, los numerosos batallones indios que cubrían la llanura. Aquellos mismos que hasta entonces habían conservado toda su serenidad, no pudieron menos de estremecerse á vista de tantos y tan nuevos enemigos como se presentaban para combatir. Cortés, á prueba de todos los reveses de fortuna, reanimó el valor de sus soldados, haciéndolos com-

prender en una enérgica alocución, que había llegado el momento de vencer ó morir, y vió al instante marchar á sus tropas en busca del enemigo que no esperaba tan impensado acometimiento.

Había inspirado Cortés tal ardor á sus valientes, que rompieron hasta el centro del ejército mejicano, sembrando el camino de muertos y moribundos; pero bien pronto, agobiados de fatiga, apenas podían manejar sus armas, y envueltos y acosados por la muchedumbre de los mejicanos, iban ya á sucumbir todos en lucha tan desigual, cuando una repentina inspiración de su jefe los salvó y les dió la victoria. Divisando á lo lejos al General del ejercito enemigo, que llevaba el estandarte del imperio, se acordó de que la pérdida de este estandarte era para los mejicanos la señal de la derrota. Reunió al instante á sus capitanes que tenían caballo, y se precipitó con ellos sobre la tropa que custodiaba el estandarte, la dispersa y de un bote de lanza tiende á sus piés al General mejicano. Uno de los jinetes echa pié á tierra, remata de una estocada al General

y se apodera del estandarte, á cuyo tiempo las demás banderas se rinden á los españoles, y los mejicanos, despavoridos, huyen arrojando sus armas.

Esta victoria, que dejaba á los españoles franco el camino de Tlascala, les proporcionó también un botín considerable; oportuna indemnización de los tesoros que habían tenido que abandonar en Méjico, porque los enemigos, dando por suya la victoria, habían venido adornados con sus más ricas preseas, que fueron despojo de los soldados de Cortés.

Al día siguiente entraron en el territorio de los tlascaltecas, que los recibieron con su acostumbrada benevolencia, y así pudieron disfrutar algún descanso. Hallábanse todavía en Tlascala cuando Cortés recibió una noticia que le colmó de alegría, porque iba á recibir un inesperado refuerzo de soldados y municiones de toda especie.

Velázquez, gobernador de Cuba, dudaba tan poco del triunfo de Narvaez, que sin esperar noticias suyas, le envió otros dos navíos cargados de municiones, dando á los comandantes de estos navíos nuevas

instrucciones para el General. El gobernador de Veracruz hizo mañosamente que los dos buques entrasen en el puerto, y apoderándose de ellos sin dificultad, determinó á las tripulaciones á que sirviesen á las órdenes de Cortés. Poco tiempo después llegaron á la costa otros tres grandes navíos que formaban parte de una escuadra considerable, equipada por el gobernador de la Jamaica para hacer nuevos descubrimientos; pero los capitanes, habiéndose dirigido hacia las provincias septentrionales de Méjico, habían encontrado pueblos pobres y belicosos que les hicieron mal recibimiento. Después de penosas excursiones y sin útil resultado, habían venido á parar al puerto de Veracruz, é invitados allí á incorporarse á las tropas de Cortés, le procuraron tan considerable refuerzo de armas y municiones de guerra, que el ejército se encontró tan numeroso como en el momento de entrar en Méjico, y se creyó con él capaz de conquistar todo el Imperio. Los tlascaltecas y los otros pueblos indios aliados suyos, le facilitaron un cuerpo auxiliar de diez mil hombres.

Otro suceso que concurrió á favorecer sus proyectos contra Méjico, fué la muerte del nuevo emperador Quetlavaca, que mandaba á los mejicanos en la *Noche triste*.

Los mejicanos eligieron por Emperador en lugar de Quetlavaca, á un cercano pariente de Motezuma llamado Guatimocín. Este, que no carecía de valor ni de previsión, apresuró la ejecución de los trabajos empezados por orden de su predecesor, y cuando llegaron á su noticia los nuevos preparativos de los españoles, reunió en su capital gran número de guerreros convocados de todas las provincias del imperio. Guatimocín estaba dispuesto á oponer una desesperada resistencia al enemigo.

Cortés, avisado de lo que pasaba en Méjico, no se arredró por las nuevas dificultades de su empresa, y se puso en camino á la cabeza de su ejército, dirigiéndose á la capital del Imperio.

V

Marcha de los españoles á Méjico.—Llegada á Tezcuco.—Perfidia de un cacique.—Preparativos de defensa en Méjico.—Cortés hace construir una flota para el ataque de la capital.—Conspiración contra él.—Plan de los conjurados.—Los trece bergantines.—Ataque de Méjico.—Desastres.—Nuevos aliados.—Los españoles entran en Méjico.—Un desafío.—Guatimocín cae prisionero.—Sumisión de los mejicanos. Guatimocín y su ministro puestos en el tormento.—Reedificación de Méjico.—Muerte de Guatimocín.—Regreso de Cortés á España.—Se justifica y vuelve á Méjico.—Descubrimiento de la península de la California.—Cortés vuelve á España.—Su muerte.

Había llegado ya el ejército á las cercanías de Tezcuco, cuando se presentaron embajadores, enviados por el cacique de esta ciudad para convidar á Cortés á que descansase en ella por la noche, ofreciéndole cuanto sus tropas pudiesen necesitar, pero diciendo que los indios auxiliares debían acampar fuera de la población.

Pareció este convite sospechoso á Cortés, que juzgó debía dejar para el día siguien-

te su entrada en Tezcuco. Satisfecho pudo quedar de su previsión, porque al entrar al otro día por la mañana en la ciudad la encontraron desamparada. Cortés se apoderó al instante de las plazas principales, en las que formó sus tropas en batalla. Al fin se atrevieron á llegar algunos habitantes, por los que se supo que el cacique había formado el proyecto de aniquilar á todos los españoles en la noche anterior, y que había huído, creyendo ya descubierto su designio.

Conoció Cortés que le sería imposible apoderarse de Méjico, sin tener á su disposición una flotilla de pequeños buques de guerra para dispersar las canoas mejicanas. No había en todo su ejército más que dos ó tres carpinteros: era preciso cortar las maderas de construcción en los bosques de Tlascala, y todos sus soldados no bastaban para transportar estas maderas hasta Tezcuco; pero el valor de Cortés se aumentaba tanto á vista de las dificultades como de los peligros; ¡necesita una escuadra y la tendrá!

Puso bajo la dirección de sus carpinteros

un gran número de tlascaltecas para que les sirviesen de obreros, y en tanto que se activaban estos trabajos, empezó á tomar sus medidas para rendir por hambre la ciudad. Sometió muchas poblaciones inmediatas, atrayendo otras á sus intereses, haciendo alianza con ellas. Esta inesperada defección afligió á Guatimocín, pero sin desanimarle.

Por este tiempo se vió Cortés expuesto á un gran peligro, y en el momento en que se disponía á destronar á Guatimocín y conquistar sus estados, una conspiración iba á estallar para destruir sus proyectos y tal vez hacerle perder la vida.

Los antiguos soldados de Narvaez, que se habían incorporado en su ejército, le seguían á disgusto, quejándose altamente de que habían sido engañados en sus esperanzas de fortuna por el nuevo General, que les había prometido riquezas inmensas. En vísperas de dar el primer asalto, se asustaban con la perspectiva de los azares de una lucha que debía ser larga y sangrienta. Un simple soldado, por nombre Villafaña, que reunía suma resolución á una

sagacidad poco común, había permanecido fiel al partido de Velázquez: viendo el descontento general de sus compañeros, supo hábilmente aprovecharse de él para formar el proyecto de asesinar á Cortés y á sus principales capitanes, nombrando después otro general que volviese el ejército á Cuba. Los conjurados deberían sorprender á Cortés en el momento en que estuviese á la mesa con sus oficiales, y cayendo sobre ellos, procurar que el General fuese la primera víctima. Uno de los cómplices sufrió tales remordimientos que fué á presentarse á Cortés para darle parte de la conspiración.

Marchó Cortés en seguida al alojamiento de Villafaña, que turbado á vista del General, confesó su crimen sin intentar disculparse. Cortés le mandó arrestar, y le encontraron un papel que ocultaba con mucho empeño: era la lista de los conjurados, entre los que se contaban muchos que Cortés creía fieles á su causa; pero la prudencia le imponía silencio, y se guardó muy bien de revelar su asombro é indignación al recorrer aquella lista. No se impuso más

castigo que el de horca al jefe de los conjurados.

Al día siguiente por la mañana, reunió sus tropas como para una revista, y al dirigirse á los conjurados cuyos nombres estaban inscritos en la lista, ellos temblaban todos; pero Cortés, aparentando que no advertía su turbación, les refirió las maquinaciones é intrigas de Villafaña, y después de haberles participado el castigo del traidor, los tranquilizó completamente, asegurándoles que habían sido inútiles todas las pesquisas para averiguar los cómplices de su delito.

Los culpables, persuadidos de que no habían sido descubiertos por Cortés, empezaron á respirar y se prometieron ser en lo sucesivo fieles al General.

Entre tanto, se hallaban ya prontos los materiales para la construcción de los trece bergantines; pero faltaba trasladarlos desde el territorio de Tlascala á Tezcuco. Esta marcha tan penosa ofrecía un espectáculo enteramente extraordinario. En el centro iban ocho mil tamenes é indios de carga, llevando las vigas, mástiles, cuerdas, velámen y herraje. Quince mil tlascaltecas,

entre cuyas filas se habían distribuido algunos soldados españoles, para conservar el orden en la marcha, formaban la vanguardia y la retaguardia, marchando también por hileras en los flancos de la columna, tan larga que ocupaba el espacio de más de una legua. Sandoval se puso á la cabeza de la columna, eligiendo para mandar la retaguardia, á un joven tlascalteca, llamado Chechimical, porque Xicotencal, el joven guerrero que tan brillante papel había representado al principio de la invasión española, ya no existía (1).

El joven Chechimical era no menos temerario y orgulloso que Xicotencal: tenía pretensiones muy singulares, y quiso disputar el mando de la vanguardia á Sandoval. Al llegar á Tezcuco, Chechimical pidió que se hiciese alto por unos instantes,

(1) La muerte de Xicotencal y la causa que hubo para ella, es uno de los puntos oscuros de la historia de América. Parece lo más seguro que su orgullo y altivo carácter se avenían mal con los españoles, y que estos se dieron prisa á matarle, cuando desamparó el ejército, llevándose sublevadas casi todas las fuerzas de Tlascala.—N. DEL T.

para tener tiempo de acicalarse con sus más bellas plumas y otros adornos guerreros, «porque — decía él — cuando un valiente soldado va á combatir, debe ir tan adornado como si fuese á una revista».

Estas bravatas hicieron sonreir de lástima á Cortés, que desde luego conoció que los servicios de semejante auxiliar le serían de poca utilidad. En efecto, los historiadores españoles no hablan siquiera una palabra de las hazañas de este fanfarrón cuya jactancia divertía mucho al ejército.

Mientras que se trabajaba con ardor en la construcción de los bergantines, recibió Cortés una noticia que le colmó de alegría. Supo la llegada á Veracruz de cuatro navíos enviados desde la isla Española y que le traían un refuerzo considerable.

Resolvió entonces atacar á un tiempo á Méjico por tres distintos parajes, para lo que dividió su tropa en tres columnas. Sandoval obtuvo el mando de la primera, Alvarado el de la segunda y Olid se puso á la cabeza de la tercera.

Desde este momento, no pasó día sin una acción mortífera; los bergantines te-

nían que combatir con las numerosas canoas que cubrían el lago, y las tropas de tierra atacaron á los mejicanos que ocupaban las calzadas. Los españoles, es verdad que dispersaron y echaron á pique las canoas, pero el ataque en las calzadas presentaba las mayores dificultades. Se conseguía desalojar á los mejicanos de las trincheras que habían levantado para proteger las brechas y se echaban puentes sobre las cortaduras; pero como los españoles temían el ver renovados los desastres de la *Noche triste*, se retiraban al anochecer á tierra firme, y los sitiados se aprovechaban de la noche para reparar sus fortificaciones; de modo que las tropas españolas se consumían en inútiles esfuerzos.

Entonces Cortés, el hombre de atrevidas resoluciones, quiso terminar de una vez esta guerra, que si se dilataba más, iba á destruir poco á poco su ejército ya debilitado. Por consiguiente, tomó todas las disposiciones para dar al otro día un asalto general á la ciudad.

Al salir la aurora, cada jefe se puso á la cabeza de su columna, y si los españoles

atacaron con vigor la defensa fué porfiada, y los mejicanos opusieron una resistencia que agotaba las fuerzas de sus enemigos. La columna de Cortés fué la que más avanzó, y destruyendo cuanto encontraba por delante, se apoderó de las trincheras que defendían las calzadas y penetró en la ciudad, persiguiendo al enemigo que huía. Conservando en medio del triunfo toda su presencia de espíritu, se acordó de asegurar la retirada, para el caso en que fuese necesaria. En consecuencia mandó á Julián de Alderete, oficial nuevamente llegado de la Española, que se quedase con suficiente número de soldados para ir cegando las cortaduras de la calzada, mientras que los demás destacamentos seguían combatiendo. Alderete, llevado de un falso punto de honor, se creyó que era mengua suya estar lejos del peligro, en el momento en que sus compañeros se cubrían de gloria lidiando, y desobedeciendo á Cortés, abandonó la calzada para ir á unirse con los combatientes.

Guatimocín, advirtiendo esta imprudencia, dió la señal á la que correspondió el

ruido solemne del tambor sagrado del dios de la guerra, que resonaba en lo alto del adoratorio principal. Entonces los mejicanos que huían, volvieron caras, precipitándose furiosos sobre los españoles, que ya fatigados no pudieron resistir tan impetuoso ataque. En vano Cortés emplea, ya las amenazas, ya las súplicas para rehacer sus tropas; se vió apresado de repente por tres capitanes mejicanos que se le llevaban dando gritos de alegría. Dos de sus oficiales (1) vuelan al socorro de su General, atacan á los mejicanos que le sujetan, les dan muerte y caen á su vez traspasados de mil heridas, pero su resolución intrépida, su heroico sacrificio han salvado á Cortés, que ya libre consigue llegar á la tierra firme.

(1) Según nuestro historiador Solís, quien salvó la vida á Cortés fué tan solo el capitán Francisco de Guzmán. Viendo á su General herido, solo en medio de los enemigos y con el caballo muerto á flechazos, se apeó del suyo para ofrecérsele, con lo que Cortés salvó la vida, y Guzmán, á pesar de inauditos esfuerzos, fué víctima de su arrojo y lealtad. —NOTA DEL TRADUCTOR.

Este sangriento combate costó á Cortés más de sesenta españoles, incluso los prisioneros; mil tlascaltecas perdieron también la vida.

Fué además consecuencia suya la súbita y general deserción de todos los indios; pero Cortés la detuvo por medio de un expediente, que no sólo le restituyó sus antiguos aliados, sino que le proporcionó otros cuyo concurso le fué muy útil, y su cooperación decisiva contra Méjico. Mandó suspender las hostilidades durante ocho días, y fortificándose bien en sus acantonamientos defendidos además por los bergantines, esperó la época fijada por los oráculos mejicanos para el aniquilamiento total del ejército español (1). Los ocho días pasaron

(1) Para inteligencia de este pasaje, es preciso advertir que Guatimocín, apurando todos los recursos para sostenerse en su crítica posición, había divulgado la noticia de que Vitziliputli, el dios de la guerra, le había anunciado que los españoles y cuantos habían tomado partido á su favor, habían de perecer antes de ocho días, lo que fué causa de la deserción de los indios auxiliares, entre quienes todavía no habían acabado de perder el crédito los oráculos de sus ídolos.—N. DEL T.

y al noveno el ejército existía aún. Entonces se desengañaron los indios, engañados con la astucia de Guatimocín, y volviendo al lado de los españoles, les prometieron su auxilio hasta destruir el poder de un Emperador que se había burlado de su credulidad.

Renováronse entonces las hostilidades, y el General español estableciendo alrededor de la ciudad un estrecho bloqueo, cortó enteramente la introducción de víveres á los habitantes, que muy en breve empezaron á sufrir los horrores del hambre. La peste se declaró también en la ciudad, donde hizo numerosas víctimas.

Antes de dar la señal de un ataque combinado contra los últimos atrincheramientos de Guatimocín, Cortés le hizo por la última vez proposiciones de paz. Al fin el Emperador se presentó como dispuesto á un convenio, y una suspensión de armas durante tres días fué el resultado de estas negociaciones.

Durante esta tregua, un simple foso separaba á españoles y mejicanos que se observaban mutuamente. Algunas veces solía

salir fuera de las trincheras un mejicano para desafiar á los españoles, que despreciaban estas fanfarronadas. No obstante, uno de estos provocadores recibió una lección que quitó á sus compatriotas las ganas de repetir estas insolentes provocaciones. Armado con la espada y rodela de un español sacrificado, vino á plantarse entre los dos ejércitos, usando en su desafío palabras afrentosas para los soldados extranjeros. Algunos españoles pidieron á Cortés el permiso de castigar al audaz provocador; pero el General lo negó, anunciando en voz alta al indio por medio del intérprete «que si traía otros diez soldados mejicanos, permitiría á aquel joven que fuese á cortarles el pescuezo». El intérprete señalaba, al decir estas palabras, un pajecillo de Cortés, que podría tener como unos diez y seis años de edad, y se llamaba Juan Núñez de Marcado. El mejicano, irritado con este desprecio, repitió su desafío con mayor insolencia, y entonces Marcado, saltando de las trincheras, atacó al fanfarrón con tanto vigor, que muy en breve le tendió muerto á sus piés. Todos los españoles palmotearon

cuando el vencedor vino á poner á los piés de su General la espada y el escudo del vencido. Cortés le abrazó y en premio de su valor le ciñó con sus propias manos la espada que había quitado al mejicano.

Guatimocín, que sólo procuraba ganar tiempo, había anunciando que vendría en persona á tratar con Cortés de las condiciones de la paz; pero esta era una astucia para ocultar sus verdaderas intenciones. Quería, aconsejadó por sus cortesanos, salir secretamente de Méjico y retirarse á las provincias más distantes del Imperio para reunir nuevo ejército. Se habían adoptado todas las disposiciones para asegurar la fuga del Emperador: los nobles mejicanos, embarcados en las muchísimas canoas que estaban preparadas, atacaron con vigor á los bergantines, mientras que el Emperador escapaba por el lago. Sandoval, que mandaba á la sazón la flotilla española, empezó á dispersar las canoas á cañonazos; pero los que venían en ellas, despreciando el fuego de metralla, no trataban más que de llegar hasta los bergantines.

Advirtió de repente Sandoval, que mu-

chas canoas atestadas de gente, cruzaban el lago á fuerza de remo con extraordinaria rapidez. Sospechando que Guatimocín iba en alguna de aquellas canoas, mandó darles caza, y Holguin, cuyo buque era el más velero, fué el primero que las alcanzó. Disponíase á echarlas á pique; más así que fué conocido su intento, los remeros se pararon, y los soldados rindieron las armas pidiendo á gritos que se perdonase la vida al Emperador. Holguin saltó con espada en mano á la canoa y reconoció á Guatimocín en las señales de respeto de los que le rodeaban. El mismo Emperador, adelantándose hacia el capitán español con tanta dignidad como presencia de espíritu, le declaró que era su prisionero, que estaba pronto á seguirle, y que únicamente recomendaba su esposa y las que estaban con ella á la cortesía de los españoles.

Cuando los mejicanos supieron que Guatimocín estaba prisionero, rindieron las armas, y los españoles fueron dueños de toda la ciudad. Los primeros días que siguieron á la conquista de Méjico, se pasaron en estrepitosas demostraciones de re-

gocijo y envanecimientos por el triunfo; pero á estos transportes de alegría sucedieron bien pronto las murmuraciones y las quejas, á vista de la escasa parte de botín que cada soldado iba á recibir por premio de tantas fatigas. Los descontentos acusaban, ya á Guatimocín, ya á Cortés, atribuyéndoles el que habían ocultado para ellos una gran parte de los tesoros del Imperio.

En vano el General trató de apaciguarlos: Alderete, que había sido nombrado tesorero real, se presentó á Cortés á la cabeza de los descontentos, y pidió, en virtud de sus funciones, que se le entregasen Guatimocín y su ministro, para obligarles á declarar el paraje del lago donde se había arrojado el tesoro imperial. Cortés tuvo la debilidad de ceder, y abandonando su prisionero á los verdugos que le reclamaban, Guatimocín y su ministro fueron puestos á cuestión de tormento.

Admirable fué la firmeza del Emperador en medio de los tormentos. Se cuenta que tendieron á las dos víctimas sobre unas parrillas, bajo las cuales había carbones encendidos. El ministro de Guatimocín

sufrió al principio el tormento con valerosa resignación; pero hubo un momento en que su constancia estuvo á punto de sucumbir, y lanzando un grito de dolor, volvió los ojos hacia su señor como si le pidiese permiso para declarar. El Emperador penetró el significado de aquella mirada, y dijo con la mayor sangre fría á su ministro:

—¿Y yo, acaso estoy aquí puesto sobre rosas?

Estas palabras recordaron al ministro su deber, guardó silencio, y sin proferir ni una queja ni un suspiro, murió á vista de su señor. Al fin Cortés acudió para mandar que cesase el suplicio del Emperador y arrancarle medio muerto de mano de sus verdugos.

La conquista de la capital produjo la sumisión de las provincias del Imperio, y todos sus habitantes doblaron la cabeza al yugo de los nuevos conquistadores. Cortés trató de reedificar á Méjico, que no era más que un montón de ruinas; esta ciudad, destinada á ser la primera de las ciudades de América, lo fué efectivamente y ha conservado esta supremacía.

El amor de la libertad, que no podía es-

tar comprimido, hizo que estallasen muchas conspiraciones para sacudir el yugo de los españoles. Todas fueron reprimidas y acarrearon una venganza terrible; la sangre corrió á torrentes, y Cortés se deshonró autorizando crueldades, cuyo relato hace estremecer. En la provincia de Panuco, sesenta caciques y cuatrocientos nobles mejicanos fueron quemados en una misma hoguera, haciendo que los hijos y parientes de las víctimas fuesen testigos de aquella horrible escena (1).

(1) El suplicio de la hoguera, por horroroso que hoy día nos parezca, es el que estaba más en uso en la época de la conquista; le usaban los mismos indios, y era el que como más aterrador se podía emplear en represalias de los bárbaros sacrificios que hacían aquellos naturales con cuantos españoles caían en sus manos, á quienes rompían el pecho para sacar el corazón palpitante, disputándose luegó los demás miembros en un odioso festín. Los sentenciados de la provincia de Panuco, cuyo número hace subir el autor á más del que citan los historiadores más enemigos de Cortés, habían asesinado antes á cerca de seiscientos españoles, muchos de ellos de los ya avecindados pacíficamente en las provincias conquistadas. Tampoco está bien probado que se hiciese asistir al suplicio á los parientes de las víctimas.—N. DEL T.

Guatimocín no sobrevivió mucho tiempo á la destrucción de su imperio; le acusaron de incitar y favorecer la rebelión de sus antiguos vasallos y de que procuraba escaparse de la prisión. Se apoderaron de él, lo mismo que de los caciques de Tezcuco y de Tacuba, y todos tres fueron ahorcados, en medio del día, en una de las principales calles de Méjico (1).

Cortés preparaba una expedición desde Méjico á Honduras, para someter al dominio español aquella inmensa comarca y castigar á Olid, uno de sus tenientes que se le había rebelado; pero un comisario enviado por la corte de España llegó á Méjico. Apenas había llegado, cuando cayó enfermó y murió, por lo que los empleados reales, engañados en su esperanza, renova-

(1) Guatimocín y sus cómplices no fueron ahorcados en Méjico, sino en un pueblecillo indio por donde pasaron los españoles en su expedición á Honduras. El antiguo emperador de Méjico acompañaba á Cortés con tropas auxiliares en esta expedición, y su muerte se hizo inevitable desde que se descubrió su designio de aniquilar á todo el ejército español.—N. DEL T.

ron sus quejas y sus denuncias á la corte de España, que nombró una nueva comisión, provista de más amplios poderes para juzgar al gobernador de Méjico y usar de rigor con él.

Cuando Cortés supo esta providencia del Gobierno español, se determinó á presentarse en España para invocar la justicia de Carlos V. No tuvo motivo de arrepentirse de esta resolución, ni de la confianza con que se presentaba á su juez supremo. Estaba él, además, absuelto de antemano con la misma admiración que excitaba en todas partes la presencia de un hombre que se había ilustrado con unos hechos tan maravillosos, y cuya gloria igualaba á la de los héroes de la antigüedad y de los tiempos modernos. Carlos V le recibió con mucha distinción, le concedió el collar de una de las órdenes españolas, le creó conde (1) y le concedió una vasta extensión de territorio en Nueva España.

---

(1) La recompensa que obtuvo Cortés por sus importantes servicios fué el nombramiento de virrey y gobernador de Nueva España, cargo que en 1529

De vuelta en Méjico, Cortés se vió reducido á un papel casi secundario por la rivalidad envidiosa de los miembros de la Audiencia. Para distraerse de sus penas y de las contrariedades que experimentaba; para no echar de menos su decaído poder, equipó una escuadra considerable en la costa occidental de Méjico con ánimo de hacer descubrimientos en el gran mar del Sur. El resultado de esta expedición, en la que corrió grandes peligros, fué el descubrimiento de la península de la California, unida á la América septentrional.

Volvió á encontrar en Méjico los enemigos que había dejado, y desesperado de salir con victoria en lucha tan desigual, creyó que podía contar aún con la justicia del monarca y volvió otra vez á España; pero sus ilusiones fueron bien pronto disipadas por el frío recibimiento que le hi-

---

quedó reducido al de capitán general del mismo territorio. No fué el título de conde el concedido á Hernán Cortés, sino el de marqués del Valle de Guaxaca, aunque él no se firmaba más que el marqués del Valle.—N. DEL T.

cieron en la corte y por la desdeñosa indiferencia con que escucharon sus quejas.

Las pesadumbres abreviaron sus días, y murió en su patria el 2 de Diciembre de 1547 á los setenta y cinco años de edad (1). Su cuerpo fué transportado, conforme él lo había pedido al morir, á Nueva España, y fué enterrado con gran pompa en la catedral de Méjico; pero sus restos mortales han sido trasladados después á la Habana, como los de Colón, y casi en la misma época.

(1) Otros autores señalan la muerte de Cortés á la edad de sesenta y dos á sesenta y tres años, y añaden que sus restos mortales fueron depositados en el hospital de Jesús que él había fundado. —N. DEL T.

FRANCISCO PIZARRO

I

Ojeada retrospectiva.—Ojeda y Nicuesa.—Construcción de San Sebastián y de Nombre de Dios.—Núñez de Balboa.—Descubrimiento del Océano Pacífico.—Pedrarias.—Destitución de Balboa.—Es arrestado.—Su proceso.—Su muerte.—Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Fernando de Luca.—Detalles acerca de Pizarro.—Triunvirato.—Una misa.—Partición de la hostia.—Sacrilegio.—Expedición para la conquista del Perú.—La tierra de Fuego.—Los vientos alisios.

Después de la muerte de Colón, muchos aventureros se lanzaron á seguir sus huellas, lisonjeados con la esperanza de completar en el continente americano los descubrimientos de aquel grande hombre. Hubo dos entre ellos, Ojeda y Nicuesa, que se encaminaron hacia el istmo de Darién, y perpetuaron su nombre con la fundación de dos colonias: el primero

fundó á San Sebastián, y el segundo á Nombre de Dios. En el momento en que Nicuesa desembarcó en este paraje, que halló muy á propósito para establecer una colonia, se volvió hacia sus compañeros exclamando: «Paremos aquí en nombre de Dios», y la colonia conservó este nombre.

Un oficial que Ojeda había enviado á la Isla Española, trajo consigo á un hombre que adquirió después gran celebridad: llamábase Núñez de Balboa y reunía mucho talento á un valor á toda prueba. Acusado en la Española de un crimen que no citan los historiadores, y queriendo librarse de la pena capital en que había incurrido, se escondió dentro de un tonel, y así hizo que le llevasen á bordo del navío enviado por Ojeda. Consiguió burlar la vigilancia del mismo capitán, á quien habían prohibido admitir á bordo ningún criminal. Balboa no salió de su estrecho escondite hasta algunos días después de haberse embarcado, y cuando el buque se hallaba á más de cien leguas de la Isla Española. El capitán le amenazó con que le dejaría en la primera isla desierta que encontrase al paso; pero

las vivas instancias de la tripulación en favor del fugitivo, aplacaron por fin al capitán, y Balboa desembarcó en el Darién.

No tardó en distinguirse por su actividad, su inteligencia y su resolución: él fué quien aconsejó el establecimiento de una colonia á la embocadura del río del Darién, y en un terreno conquistado á las márgenes de este río. Esta colonia fué llamada Santa María la Antigua del Darién, aunque hoy día se designa sólo con el nombre de Santa María. Los compañeros de Balboa, reconociendo su mérito, le eligieron comandante: emprendedor y ambicioso, quiso distinguirse con algunos descubrimientos importantes, y explorando las comarcas vecinas, hizo alianza con muchos caciques, sometiendo á los que opusieron resistencia á sus invasiones.

El paso al través del estrecho istmo de Darién presentaba obstáculos casi insuperables. Una cadena de altas montañas, enlazadas con las cordilleras ó Andes, que se estienden á lo largo de la América, protegen este istmo contra el choque de los dos mares, y estas montañas se hallaban

cubiertas de bosques tan espesos, que parecía imposible abrirse paso. La lluvia, que no cesa de caer durante nueve meses del año, transforma en lagos ó pantanos impenetrables los valles que dividen las montañas; así es, que bajo la influencia de esta humedad que hace tan insalubre aquella morada, se multiplican las serpientes, las víboras, los sapos, los lagartos y muchísimas variedades de insectos.

Estas dificultades no arredraron al temerario jefe de los aventureros españoles. Hacía veinticinco días que disputaban estos su existencia al hambre, á la sed, al frío y calor, siguiendo un camino practicable apenas á los animales feroces, y, sin embargo, no habían andado más terreno del que andaría en seis días un hombre marchando al paso ordinario por un camino real. Ya empezaban á desconfiar de los resultados, cuando llegaron por fin al pié de una alta montaña, desde cuya cumbre se debía descubrir el nuevo Océano, según aseguraba el hijo del cacique Komagre, y este joven indio no les había engañado.

Balboa quiso tener, él sólo, el honor de

un descubrimiento tan importante, y fué el primero á trepar por la montaña, mientras que sus compañeros le seguían con sus inquietas miradas: llegó así á la cumbre, donde se hincó repentinamente de rodillas, levantando sus manos al cielo. Al ver esta acción, los españoles que comprendían la causa del éxtasis de Balboa acuden á unirse con él y gozar el magnífico espectáculo que el Océano presenta á sus ojos asombrados. A ejemplo de su jefe se arrodillan también, y dan gracias al cielo por la felicidad y la gloria que acaba de concederles.

El jefe español se apresuró á tomar posesión, en nombre del rey de España, su señor, de aquellas dilatadas comarcas y del mar del Sur que baña sus costas.

Apenas se había alejado de la orilla, cuando un terrible huracán alborotó las olas, y poco faltó para que las canoas fuesen sumergidas. Los indios mismos, aunque familiarizados con aquellos peligros, quedaron atemorizados, pero como el riesgo era urgente, saltaron al agua y ataron las canoas de dos en dos, con lo que se pudo

evitar que se fuesen á pique. Al fin los españoles pudieron llegar á una isla formada de peñascos; pero un nuevo peligro les aguardaba en aquel lugar donde esperaban haber encontrado un asilo seguro; la isla entera quedó inundada en la hora del reflujo. Balboa y sus infelices compañeros tuvieron que pasar la noche con el agua hasta la cintura, y temiendo el quedar todos sumergidos con la elevación de la marea. Así que amaneció quisieron volver á embarcar, pero había algunas canoas enteramente hechas pedazos y otras tan averiadas que no podían sostenerse en el mar. En cuanto á las provisiones y efectos de los españoles, todo se lo había llevado el agua.

Muriéndose de hambre y de frío, y extenuados de cansancio, se veían condenados á perecer sobre aquella roca estéril: felizmente encontraron algunos arbolitos, y arrancándoles la corteza, todavía tierna, la mascaron mezclada con algunas hierbas, sirviéndose de la misma mezcla para tapar las rajas y agujeros de las canoas que habían padecido menos. En semejantes barcas se atrevieron á aventurarse en el mar, y pre-

cedidos de los indios que iban nadando delante de ellos, llegaron por fin á la costa. Se refugiaron al territorio de un cacique, que en lugar de proporcionarles víveres, conforme habían prometido los indios, acudió con una tropa de naturales armados para atacarlos.

No esperaron los españoles el ataque, sino que acompañados de los perros, tan hambrientos como ellos, cayeron sobre los indios, matando á muchos, ahuyentando á los demás y dejando mal herido al cacique. Esta victoria de los españoles decidió al enemigo á implorar la paz.

Entre todos los compañeros de Balboa el que se distinguió más por su intrepidez y la energía de su carácter fué Francisco Pizarro, á quien veremos bien pronto aparecer en la escena, aunque no con un papel subalterno.

Apenas volvió Balboa á Santa María, cuando envió á España un comisionado que anunciase al rey Fernando el descubrimiento del mar del Sur, y le presentase la parte que tocaba á la corona del oro y perlas que se habían recogido en esta expedi-

ción. El rey Fernando quedó al principio muy gozoso con tal noticia, pero después desconfió de Balboa y envió para que le reemplazase en Santa María otro gobernador con la comisión de acabar prontamente lo que el primero había comenzado. Este acto de palpable injusticia debía tener las consecuencias más funestas para Balboa.

El nuevo gobernador del Darién se llamaba Pedrarias, pertenecía á una de las familias más nobles de España y tenía los modales propios de su nacimiento; pero era intrigante, hipócrita y envidioso. El Gobierno español puso á su disposición quince navíos y mil doscientos hombres, siendo muchísimos los caballeros que quisieron participar de los peligros y la gloria de la expedición. Este era el armamento más considerable que el rey Fernando había costeado.

Así que entró la flota en el estrecho de Darién, Pedrarias envió á tierra un mensajero que anunciase á Balboa su destitución y la llegada del nuevo gobernador. Creíase que indignado aquel por la afrenta con que el Rey pagaba sus servicios, desobedecería

sus órdenes y trataría de mantenerse á fuerza de armas en el puesto que ocupaba. Creíase también que el Gobernador viviría rodeado de fausto y ostentación, ejerciendo sus funciones con la solemnidad que convenía al representante de un poderoso monarca; pero ¡cuál fué la sorpresa del enviado de Pedrarias cuando se encontró un hombre cubierto con un grosero vestido de algodón, con zapatos de esterilla y muy afanado en componer su miserable choza de cañas!

Este hombre era Balboa, el gobernador de Santa María; no titubeó en declarar que estaba pronto á someterse á las órdenes de su Soberano. En vano sus soldados, que pasaban de cuatrocientos hombres, todos aguerridos, hicieron vivas instancias al Gobernador para que se pusiese á su cabeza y defendiese sus derechos con espada en mano; él persistió en su resolución; cuando desembarcó Pedrarias fué á rendirle homenaje, protestando su obediencia y su lealtad.

El primer acto del nuevo Gobernador fué imponer una multa considerable á Bal-

boa para castigarle por haber usurpado estas funciones. Además, queriendo deshacerse á toda costa de un rival peligroso, cuyos talentos excitaban su envidia, le hizo comparecer ante un tribunal cuyos jueces estaban vendidos al Gobernador, y se le declaró complicado y convicto de conspiración contra la persona del Rey y su delegado; y á pesar de las lágrimas y ruegos de toda la colonia, hasta de los mismos jueces, que expiaban ya con sus remordimientos una sentencia tan infame, el implacable Pedrarias hizo decapitar á Balboa en la plaza principal de Santa María.

Entre los españoles que se habían establecido con Pedrarias en Panamá, había tres hombres que iban pronto á hacerse muy célebres. El primero se llamaba Francisco Pizarro; el segundo, Diego de Almagro, y el tercero, Fernando de Luca; este último era un sacerdote que se había enriquecido en Santa María.

Francisco Pizarro había nacido, en el año de 1475, en Trujillo de Extremadura, y era hijo natural de un caballero español y una cortesana. Su niñez se pasó en las

groseras ocupaciones del campo, donde guardaba los ganados. Privado de educación y avergonzándose del género de vida á que condenaba su juventud, sentó plaza de soldado. Este oficio presentaba en Europa poco aliciente á su ambición, y se embarcó para América, animado con el ejemplo de tantos aventureros como allí se habían enriquecido. Acompañó á Balboa en su peligrosa expedición, distinguiéndose de tal modo, que, á pesar de sus escasos conocimientos, obtuvo el grado de oficial. El vigor de su constitución igualaba á su valor y á la energía de su carácter. El primero en el puesto del peligro, vigilante, aplicado, había comprendido la necesidad de suplir los conocimientos que le faltaban, y bien pronto hizo ver que el antiguo guarda de cerdos era muy digno del mando.

Estos tres hombres se asociaron para dirigir una expedición al Perú. Cada uno de ellos se ofreció á contribuir con cuanto tenía para los gastos del armamento. Pizarro, menos rico que sus asociados, se encargó de dirigir y mandar la expedición;

Almagro prometió llevarle de tiempo en tiempo refuerzos, víveres y municiones de guerra. En cuanto á Fernando de Luca, más astuto é inteligente que sus compañeros, debía quedarse en Panamá para conservar las buenas disposiciones de Pedrarias y velar por los intereses de la asociación.

Cuando Luca consiguió que el Gobernador aprobase la expedición, fué á la iglesia con sus dos compañeros y celebró una misa. Después de haber consagrado la hostia, la partió en tres pedazos, comulgando él con uno y dando los otros dos á los cómplices de aquel sacrilegio, porque bien merece este nombre un acto que tenía por objeto la muerte y la desolación.

Un solo navío y ciento doce hombres de equipaje eran las fuerzas con que Pizarro se proponía conquistar el mayor imperio del mundo. Levó áncoras en el golfo de Panamá, dirigiéndose al Sur; pero se hizo á la vela en la estación menos á propósito, y los vientos periódicos le eran contrarios.

Natural era que Pizarro, privado de conocimientos especiales y positivos, hallase

grandes obstáculos; quería dirigirse hacia el Sur, mientras que los vientos soplaban directamente al Norte.

Después de una navegación de setenta días; después de una lucha peligrosa contra las olas y los vientos contrarios, apenas había pasado de la isla de las Perlas, situada en el centro del gran golfo de Panamá.

II

Apuros de Pizarro y de sus compañeros.—Desembarco en las costas de Quito.—Huracanes y temblores de tierra.—Rebelión de Pizarro.—Sus catorce compañeros.—La isla Gorgona.—Llegada de un navío.—Desembarco en Túmbez.—Los peruanos.—El guanaco.—Pizarro en Madrid.—Vuelve al Perú.—Incursiones de los españoles.—El río de las Esmeraldas.—Los Incas.—Religión de los peruanos.—Las vírgenes del Sol.—Legislación peruana.—Usos y costumbres.—El noviciado de los soberanos.—Huaina Capac.—Sus dos hijos.

Los diversos parajes dónde abordó Pizarro debían inspirar un profundo desaliento á este jefe y sus compañeros; no encontraban por todas partes más que intrincadas selvas sin un solo árbol frutal, ó lagunas fangosas, cuyas aguas estancadas exhalaban mefíticos vapores, y por todas partes también acudían los pueblos salvajes para combatir y exterminar á los extranjeros. En lugar del oro que buscaban en aquellas costas, los españoles no habían

encontrado más que hambre, viéndose precisados, para sostener su miserable existencia, á comerse los tiernos retoños de los árboles, y viéndose además acometidos de enfermedades, á las que sucumbió la mayor parte de los compañeros de Pizarro. Viendo éste su tropa tan debilitada, comprendió que debía volverse atrás en busca del refuerzo que Almagro había prometido traerle. Se decidió á hacerse á la vela para Chuchama, situada en frente de la isla de las Perlas.

Almagro, fiel á su promesa, había reclutado setenta hombres, y se los traía á Pizarro, á quien suponía ya en el rico país cuya conquista habían proyectado. Dirigiéndose hacia este paraje, había encontrado el mismo obstáculo que su compañero en los vientos contrarios; lo mismo que éste había tenido que combatir con los habitantes de las costas, y aun había perdido un ojo en un encuentro muy vivo con los salvajes. En la isla de las Perlas supo dónde se había refugiado Pizarro, y fué al instante á reunirse con él en Chuchama.

Esta reunión hizo olvidar á los dos aven-

tureros los males que habían sufrido, y lejos de sentirse desanimados con tan tristes preludios, resolvieron hacerse al instante á la vela. Esta vez fueron más felices y llegaron, aunque no sin dificultades, á la bahía de San Mateo en las costas de Quito. Desembarcaron en Tucamas, cerca de la embocadura del río de las Esmeraldas. Quedaron agradablemente sorprendidos con la fertilidad de una provincia, que era la más vasta y más bella del imperio del Perú, porque á pesar de que este país se halla bajo el fuego del Ecuador, el aire es tan templado, que ofrece la suavidad de una eterna primavera.

Pero este hermoso país se halla expuesto á tempestades y temblores de tierra tan frecuentes, que alejan de él á los europeos. La capital del Perú fué víctima cuatro veces de estos temblores de tierra; enteramente destruida por la quinta catástrofe, hace más de un siglo, fué reedificada; pero los habitantes, avisados al fin por una triste experiencia, se guardaron muy bien de construir casas muy altas, que no convienen á un país cuyo suelo se halla ex-

puesto á tan frecuentes conmociones. Las edificaron de solo un piso para que pudiesen resistir mejor á los temblores de tierra; conformándose en este particular á la antigua costumbre de los indígenas.

Pizarro y Almagro opinaron que sería una temeridad el intentar una conquista que podía presentar grandes dificultades, con una tropa debilitada con las fatigas de un largo viaje y las enfermedades, y se decidió que Almagro volviese á Panamá para buscar nuevos refuerzos, mientras que Pizarro iría á esperarlos con los soldados que le quedaban en la islita del Gallo, situada á poca distancia de tierra firme. A consecuencia de esta resolución, Almagro se separó de su compañero y partió á Panamá.

Pizarro abandonó bien pronto la isla de Gallo, que le ofrecía poca seguridad, y pasó á otra isla á la que dió el nombre de Gorgona, á causa de los sombríos y espesos bosques de que estaba cubrierta, y de las escarpadas montañas que la erizaban. Hacía ya cinco meses que estaba en ella, y todavía no había llegado ningún navío con las provisiones y los refuerzos que espera-

ba. Trató entonces de salir de una posición tan horrible y llegar á tierra firme. Comenzó á trabajar, con ayuda de sus compañeros, en la construcción de una balsa, único recurso que se presentaba en medio de su desesperación; pero en el momento en que trabajaban con más ardor en esta obra difícil, vieron venir un navío á toda vela hacia la isla.

Pronto llegó, y su arribo excitó transportes de alegría, porque venía enviado desde Panamá por los asociados de Pizarro, que habían conseguido al fin el permiso, del nuevo Gobernador. Pizarro y sus catorce compañeros se embarcaron en este navío, haciéndose á la vela al Sur-Este hacia las costas del Perú.

Después de veintiún días de navegación, entraron en la bahía de Túmbez, ciudad peruana. Apenas habían anclado los españoles, cuando acudieron muchos peruanos, manifestando la sorpresa que les causaba la vista del navío y de hombres blancos y con barbas. Después se acercaron diez ó doce canoas llenas de peruanos, que traían á los españoles bastimentos de toda especie

en vasos de oro y de plata: todo esto lo enviaba el cacique, invitándoles al mismo tiempo á desembarcar. Todos querían bajar á tierra, pero Pizarro no concedió este permiso más que á uno de sus españoles, acompañado de un negro. El diferente color de aquellos dos extranjeros asombró á los peruanos, que todos son de color de cobre, é hicieron un experimento singular con el negro, lavándole la cara á ver si se volvía blanco; la inutilidad de sus esfuerzo no hizo más que redoblar su asombro y su admiración.

Los dos enviados de Pizarro fueron recibidos en todas partes con el mayor afecto, festejando su llegada y ofreciéndoles en todas partes víveres y la hospitalidad más generosa. Pudieron de paso juzgar de la riqueza del país por el oro y la plata que brillaban en las habitaciones.

La lana que los peruanos empleaban en sus vestidos no era producto de verdaderas ovejas, sino de otros animales lanudos, á los que llamaban indistintamente llamas, carneros del Perú y guanacos.

Convencido Pizarro por la relación de los

dos enviados, de que sería una locura tratar de someter con tan escasa tropa un pueblo tan numeroso, dilató la ejecución de su empresa y resolvió limitarse á explorar las costas de aquel hermoso país, y adquirir noticias exactas acerca de sus fuerzas, y el régimen de gobierno de la nación peruana. Con esta intención se apresuró á dirigirse hacia el Sur.

De vuelta en Panamá, se creyó Pizarro que el gobernador, viendo las pruebas de la riqueza de las comarcas visitadas por los españoles, le facilitaría su apoyo para preparar otra expedición. En vano presentó á Pedro de los Ríos los magníficos vasos de oro y de plata; en vano ostentó á su vista las telas de lana y de algodón que había traído; en vano le enseñaba muchos jóvenes peruanos que había embarcado para que le sirviesen de intérpretes; el gobernador permaneció indiferente y frío: llegando su prudencia á equivocarse con la cobardía, temió debilitar la colonia de Panamá permitiendo á Pizarro que reclutase nuevos soldados. Rehusó, por consiguiente, toda especie de socorro á los tres asociados, á

quienes esta negativa puso en el mayor compromiso, porque estaban completamente arruinados y sin crédito para procurarse nuevos recursos.

Resolvieron dirigirse directamente á la corte de España, y Pizarro fué elegido para desempeñar esta difícil comisión. Los tres compañeros lograron reunir los fondos necesarios para el viaje, y Pizarro partió. Presentóse á Carlos V, que entonces reinaba en España, y todos los que conocían al jefe de los aventureros quedaron asombrados de la dignidad y nobleza con que se presentó en la corte. La relación que hizo al Emperador y á sus ministros de los trabajos y peligros de la primera expedición, el cuadro que trazó de los vastos dominios que había descubierto, y el acento de verdad de sus palabras maravillaron á la corte imperial. Se apresuraron á concederle la autorización que solicitaba, obteniendo además el Gobierno de todos los paises que conquistase y la dignidad de juez supremo; sin embargo de que se había comprometido á pedir esta dignidad para su amigo Almagro. Fernando de Luca, el tercer aso-

ciado, como que era eclesiástico, no inspiraba recelos á la ambición de Pizarro, y así no tuvo queja de infidelidad, porque á petición de Pizarro, le concedieron la dignidad de arzobispo de todos los países que fuesen conquistados.

Así que Pizarro entró en el golfo de Méjico, se dirigió hacia Nombre de Dios, desembarcó con sus compañeros, y siguió á lo largo del istmo hasta Panamá. Almagro se llenó de júbilo al saber el feliz resultado de las negociaciones de Pizarro en Madrid; pero cuando supo la deslealtad con que se había portado respecto de él, se llenó de indignación y declaró que no quería tener más relaciones con un hombre que le había engañado tan indignamente. Al fin Fernando de Luca consiguió reconciliarle con Pizarro, que ofreció cederle la dignidad de juez supremo. Entonces los tres asociados se ocuparon con la mayor actividad en los preparativos de la expedición.

No se componía más que de tres navíos pequeños y de ciento ochenta soldados, entre los que se contaban treinta y seis jine- Se hizo á la vela á principios del año de

1531. Pizarro quería desembarcar en Túmbez, pero fué alejado por los vientos y las tempestades, y tuvo que entrar en la bahía de San Mateo, desde donde resolvió ir por tierra á Túmbez, aunque era preciso atravesar un país cubierto de lagunas intransitables y cruzar grandes ríos cerca de su desembocadero. Durante esta penosa marcha, los españoles hubieran podido hallar algunos auxilios en los indígenas; pero estos huían al acercarse unos extranjeros cuyos pasos iban señalados con las violencias y rapiñas. Faltos de víveres y en vísperas de morir de hambre, llegaron á Conca, ciudad situada cerca del mar y casi debajo de la línea. Se arrojaron, cual lobos hambrientos que invaden un rebaño, sobre la desgraciada ciudad, ahuyentando á los habitantes para saquearla. Se apoderaron, no sólo de los víveres de los indios, sino también de muchos vasos de oro y plata y de esmeraldas. Estas piedras preciosas se hallan con tal abundancia en este país, que han hecho dar al río que le baña el nombre de Río de las Esmeraldas.

Después de haber permanecido algún

tiempo en la isla de Puna, que está situada en el golfo de Guayaquil, salió Pizarro de esta isla para volver al continente. Se dirigió á marchas forzadas hacia Túmbez; pero había llegado allí la noticia de las rapiñas de su tropa, y en lugar de hallar en los habitantes la hospitalidad y afecto que tanto había tenido que alabar, no encontró más que disposiciones hostiles. Habían tomado las armas, y con el cacique á la cabeza se resistieron á todas las tentativas de Pizarro para que hiciesen alianza con los españoles.

¡Era forzoso combatir! Pizarro concibió el proyecto de sorprender al cacique con un brusco acometimiento. Parte acompañado de sus dos hermanos y de cincuenta jinetes, atraviesa por la noche un río, y superando los obstáculos de un terreno intransitable, se presenta al romper el día delante del campo del cacique. A vista de un enemigo que creían tan distante y de los caballos, de aquellos monstruos que con el jinete que los montaba tenían por un mismo animal, todos los peruanos huyeron poseídos de espanto. Pizarro y sus caballe-

ros los persiguen y los dispersan dando muerte á algunos de ellos.

Reconociendo su debilidad y el irresistible poder de tan formidable enemigo, el cacique envió regalos al vencedor, pidiéndole la paz con vivas súplicas. Este cacique no era soberano de todo el país, sino únicamente gobernador de todo el territorio de Túmbez: mandaba en nombre del rey, de quien era á un tiempo el teniente y el vasallo.

Pero antes de comenzar la narración de las operaciones militares de Pizarro, debemos de tomar de los escritores españoles, á pesar de que han mezclado algunas fábulas con la historia del Perú, los necesarios detalles acerca del imperio de los Incas, que va á ser bien pronto el trofeo de un aventurero afortunado.

Según estos historiadores, el imperio de los Incas ó del Perú se hallaba floreciente hacía ya cerca de cuatrocientos años. Fué fundado por Manco-Capaz y su mujer Mama-Ozello. A la voz de Manco-Capaz, los habitantes de este país montañoso se reunieron para escuchar sus lecciones y

poner en práctica su enseñanza. Así fué cómo aprendieron á cultivar la tierra, á formarse vestidos y construir cabañas. Mama-Ozello, por su parte, enseñó á las mujeres de estos salvajes, el arte de hilar y de tejer, habituándoles á las demás ocupaciones de la vida doméstica. Así empezó para estos pueblos groseros una educación que suavizó sus costumbres y concluyó por darles las formas de una nación casi civilizada.

Estos legisladores sustituyeron al antiguo culto de los salvajes, que sacrificaban á sus ídolos víctimas humanas, una religión que no reconocía más que un Ser supremo: éste era el Sol.

Se erigieron templos al Sol como al dios de los peruanos. Los Incas, como descendientes del Sol, eran los únicos sacerdotes en los templos; las mujeres solteras de esta familia, á quienes se llamaba vírgenes del Sol, estaban consagradas á su culto, como las vestales entre los romanos, y aunque podían tomar esposo, había de ser en la familia de los Incas.

Entre los peruanos, la Luna era también

considerada como una divinidad, aunque de orden inferior, y creían que podía morir. Su opinión acerca de los eclipses era muy singular: cuando se verificaba alguno de ellos, creían que la luna estaba enferma, temiendo que se muriese, porque entonces, cayendo del cielo, haría pedazos la tierra.

Para conjurar esta catástrofe daban grandes alaridos y redobles de tambor, con cuyo estrépito se mezclaba el discordante sonido de sus pífanos: también castigaban á los perros para hacerles aullar, porque creían que la luna tenía mucho cariño á estos animales.

El día en que los peruanos concurrían á la reunión general con los príncipes de la familia de los Incas, era un día de fiesta que empezaban y concluían con la música y el baile. Se cultivaban primeramente las tierras del Sol; después las de los pobres y los guerreros, en seguida las de los Incas y por último la parte concedida al pueblo.

Gracias á esta comunidad de trabajos y placeres, los corazones de los peruanos se hallaban unidos con los lazos de un mutuo cariño. Queriendo á los Incas como si fue-

sen sus padres, obedeciéndolos como súbditos siempre dóciles, respetuosos, se conformaban á sus órdenes, que miraban como sagradas: eran, en su concepto, órdenes emanadas del mismo Sol, del que los Incas eran intérpretes y medianeros. Cuando un peruano había contravenido á las leyes, venía á acusarse de aquella infracción, se denunciaba á sí mismo y pedía el castigo de la falta cometida.

Los peruanos nada podían poseer en propiedad; al fin de cada año se verificaba nueva repartición de los campos asignados á cada familia. En la ejecución de esta medida se tomaba en consideración el aumento ó disminución de la familia, y de este modo se hacía imposible el dominio perpetuo.

Las pruebas á que tenían que sujetarse los jóvenes Incas, antes de ser declarados hijos del Sol, exigían tanta constancia, firmeza y valor, como fuerza, sutileza y agilidad. Así es que debían hacer con su propia mano un arco y una flecha, una maza, un venablo, una honda, un escudo y un par de zapatos, ó más bien suelas de correa atadas con cordones de lana.

Estas pruebas duraban un mes, y mientras que los jóvenes estaban sujetos á ellas, eran visitados continuamente por sus inspectores y sus maestros, que los exhortaban á mostrarse dignos de su estirpe, cuya gloria recordaban.

Once reyes habían ocupado sucesivamente el trono de las Incas desde la muerte de Manco-Capaz. El duodécimo de los reyes del Perú, Huayna-Capaz, dejó dos hijos: uno, llamado Huascar, había nacido de una mujer de la familia de las Incas, y el otro, llamado Atahualpa, de la hija del Rey á quien el último soberano había quitado la provincia de Quito. Había éste mandado que después de su muerte los dos hermanos dividiesen el reino entre sí, reinando Huascar en el antiguo dóminio de sus padres y Atahualpa en la provincia de Quito. El pueblo se pronunció con energía contra una disposición que violaba la ley fundamental, la que prevenía que la primera condición para ser soberano, era el provenir por línea paterna y materna de la familia de los Incas. Huascar quiso aprovecharse de esta manifestación pública que le era tan favo-

rable, y hacer valer el derecho que le daba la ley fundamental. Por consiguiente, resolvió obligar á su hermano á que le cediese la provincia de Quito, pero Atahualpa le opuso una viva resistencia; la guerra civil estalló, y Huascar, vencido, cayó en manos de su hermano. Abusó éste cruelmente de su victoria, y creyendo consolidar su poder, mandó matar á todos los hijos del Sol de que pudo apoderarse por fuerza ó por astucia. Sólo exceptuó á su hermano Huascar, prisionero, para no acabar de exasperar á sus vasallos irritados con su barbarie.

Tal era la situación política del imperio del Perú, cuando Pizarro formó el proyecto de conquistarle.

III

Perfidia de Pizarro. — Horrible matanza de los peruanos.—Las patatas y la quina.—Cautiverio de Atahualpa.—Proposiciones que hace á los españoles.—El aposento lleno de oro.—Asesinato de Huascar.—El templo del Sol.—Atahualpa es juzgado y sentenciado á muerte.—Ejecución de la sentencia.—Entrada de los españoles en Cuzco.—Tesoros que encuentran.—Desprecio que hacen del oro.—Algunos españoles asesinados por los peruanos.—Expedición de Belalcázar.—Se apodera de Quito.—Llegada de Alvarado, teniente de Cortés, cerca de esta ciudad.

Entre tanto Pizarro, después deber salido de Túmbez, avanzaba siempre con dirección al Sur, hasta llegar á la embocadura del río llamado Piura. Esta comarca le pareció conveniente para establecer una colonia, que fué la primera que fundaron los españoles en el Perú y á la que dieron el nombre de San Miguel. Resolvió dejar en ella una parte de sus tropas para que activasen los trabajos del nuevo establecimiento, mientras que él, con un corto número de soldados, penetraba en lo interior del país.

Apenas había salido de San Miguel, cuando recibió casi al mismo tiempo diputaciones de Huascar y de su hermano Atahualpa. Como éste le pedía una entrevista, salió al encuentro del Inca; pero mientras que Atahualpa, confiando en la lealtad del jefe español, no pensaba más que en desplegar toda la pompa y magnificencia de la soberanía en su marcha solemne, Pizarro adoptó algunas medidas que revelaban sus disposiciones hostiles: parecía que iba á un combate más bien que á una cita amistosa.

Al acercarse adonde estaban los españoles, notó Atahualpa su actitud hostil, y sus amigos le participaron sus sospechas y temores, que á la verdad no eran infundados.

«Estos extranjeros—contestó el Inca para tranquilizarlos—son unos enviados de la divinidad; guardaos mucho de irritarlos con vuestras ofensas; nuestro deber es conciliarnos su afecto con nuestras atenciones y nuestra presteza en ejecutar cuanto pueda serles agradable.»

Mientras que dirigía estas palabras á los que le rodeaban, el capellán ó misionero

que llevaban los españoles, Vicente Valverde, se adelantó, llevando la cruz en una mano y la biblia en la otra, y colocándose cerca del palanquín del Emperador, le dirigió un largo discurso para explicarle los principales dogmas de la religión cristiana.

El Inca escuchó con una paciencia admirable este discurso, limitándose á responder á Valverde con gran moderación.

«Que él no deseaba otra cosa más que hacerse aliado y amigo del rey de España, aunque no estaba dispuesto á reconocerle por señor. Que todo lo restante del discurso era ininteligible para él, pero que tendría un placer en saber de qué medio se había valido para que llegasen á su noticia todas las cosas que le había contado.

«Por este libro.»

Esta fué la única respuesta de Valverde, que le enseñaba su biblia. El Inca coge el libro, le examina, le da una y más vueltas en todos sentidos, se le acerca á la oreja, y al fin, arrojándole, dijo con burlona sonrisa:

«Nada me habla.»

Al escuchar estas palabras, que á los españoles importaba considerar como insultos á la religión y audaces profanaciones, resuenan gritos de venganza y de muerte.

«¡Matemos á estos perros, que desprecian las palabras de Dios y pisotean el libro de sus santas leyes!»

Pizarro, como si esperase esta señal, dió la orden de disparar contra los peruanos; la infantería empieza la batalla al son de los instrumentos bélicos; la caballería sale de su emboscada, y Pizarro, al frente de sus mejores soldados, se precipita sobre la muchedumbre, que defiende al Emperador. Sorprendidos, asustados con tan imprevisto ataque los infelices peruanos, huyen de la muerte que los arcábuces les envían, y la caballería sigue su alcance á cuchilladas. Los principales de la nación permanecían firmes junto á su Rey, muriendo por defenderle; pero el intrépido Pizarro es el primero que rompe hasta Atahualpa, le coge por un brazo y le hace prisionero. La noche sola puso fin á la batalla.

Cuatro mil peruanos, entre los que se

contaban algunas mujeres, niños y ancianos, perecieron en esta horrible jornada: de los vencedores ninguno quedó herido, excepto Pizarro, contuso en una mano en el momento de rendir á Atahualpa.

Después de haber recogido los despojos en el campo de batalla, celebraron los españoles, á su manera, su terrible victoria. Al día siguiente se apoderaron del campamento del Inca, donde encontraron inmensas riquezas en oro, plata, muebles y telas de gran valor: bien pudieron saciar su avaricia, porque estos tesoros de todas clases sobrepujaban á sus esperanzas.

Así empezaron los españoles la serie de sus conquistas, dejando recuerdo de su entrada en el Perú, en este vasto y hermoso país, al que el antiguo mundo debe dos producciones preciosísimas, cuyo descubrimiento fué un verdadero beneficio para la humanidad: estas producciones fueron la patata y la quina. El Perú, y principalmente la fértil provincia de Quito, es en cierto modo, la patria de la patata; de allí es desde donde ha sido transportada á otras localidades de América, y por último á Eu-

ropa. Todo el mundo conoce y aprecia la utilidad de este tubérculo, que constituye hoy día el principal alimento del pobre, que no es despreciado en la mesa del rico, y que se recomienda á la vez por sus cualidades nutritivas y su baratura. No tenemos necesidad de hacer el elogio de la quina: es la corteza de un árbol que sólo se cría en el Perú y produce unas hojas y flores parecidas á los jacintos de Europa. Ha habido época en que la libra de quina costaba cien escudos.

Atahualpa, prisionero de los españoles, no se manifestaba abatido por la desgracia de que había sido víctima. Encerrado en una sala que tenía veintidós piés de largo por diez y seis de ancho, ofreció á Pizarro que la llenaría de oro hasta la altura á que pudiese alcanzar con la mano, puesto de pié derecho, si quería darle la libertad. Pizarro, contentísimo de una oferta tan seductora, trató de aprovecharla haciendo una señal en la pared á la altura convenida. Al instante Atahualpa envió á Cuzco, á Quito y á otras ciudades, sus agentes, con orden de proporcionar el tributo estipulado. Los pe-

ruanos se apresuraron á obedecer, trayendo oro de todas partes; pero la pieza nunca se llenaba, á lo menos tan prontamente como deseaban los españoles, y Pizarro murmuraba de esta lentitud, que el Inca atribuía á la distancia de los parajes desde donde debía traerse el oro. En efecto, Cuzco está cien leguas de Caxamarca, y las comunicaciones eran muy dificultosas entre estas dos ciudades. Para calmar la impaciencia de Pizarro, el Inca le propuso que enviase dos de los suyos á Cuzco para que se cerciorasen por su testimonio de que el pacto estipulado por el monarca podía ser cumplido, y que no había contado en vano con el amor de sus vasallos.

Soto (1) se presentó para desempeñar esta expuesta comisión, acompañado de un solo español llamado Barco. Atahualpa les invitó á que subiesen en una de sus literas, á

(1) Este Soto, que ya era entonces la segunda persona del ejército, y fué después gran favorecedor del Inca, es el mismo Hernando de Soto, conquistador de la Florida y émulo en este país de las glorias de Cortés y de Pizarro.—N. DEL T.

fin de que los peruanos les tuviesen más respeto.

Llegados al paraje en que habían de cumplir su comisión, se quedaron pasmados á vista del oro y plata que contenían los palacios de Atahualpa y los templos del Sol; pero el espectáculo de tantas riquezas inflamó de tal modo su codicia, que exigieron que se despojasen también los edificios sagrados. Esta petición hizo estremecer á los peruanos, y en vano representaron á los dos españoles que no era necesario cometer un sacrilegio para proporcionar el rescate del monarca. Soto y Barco se pusieron á arrancar con sus propias manos las láminas de oro que cubrían las paredes de los templos; y era tal el terror que inspiraba el nombre español, que los peruanos permanecieron inmóviles á vista de la expoliación que ejecutaban con el mayor descaro aquellos dos hombres solos en medio de un numeroso pueblo, cuya piadosa indignación parece que desafiaban.

Mientras que los dos enviados de Pizarro desempeñaban de esta manera su comisión, se recibió en el cuartel general la noticia

del regreso de Almagro, que traía un poderoso refuerzo y había fondeado en San Miguel. Entonces, con el temor de que los recién venidos reclamasen una parte del botín, se decidió que se hiciese la distribución, aunque la totalidad del oro, que debía ser el rescate de Atahualpa, estaba muy lejos de estar completa.

Se reservó el valor de cien mil piastras para Almagro; después Pizarro, sus hermanos y los demás capitanes recibieron la parte que les correspondía, según sus grados. Tocaron además ocho mil piastras á cada jinete, y cuatro mil á cada soldado de infantería. La piastra equivale á veinte reales de nuestra moneda; pero en aquella época, diez escudos valían más que ciento en el día. Así, es fácil figurarse el enajenamiento de aquellos hombres, reclutados la mayor parte entre las clases bajas de España, cuando se vieron poseedores de tan grandes riquezas.

Hubo entre ellos muchos que manifestaron á Pizarro el deseo de volver á España para disfrutar pacíficamente el caudal que habían adquirido en el Perú. Pizarro no

creyó que debía detenerlos, juzgando, con razón, que ya no podía contar con unos hombres cuya codicia estaba satisfecha.

Almagro llegó á Caxamarca con el esperado refuerzo; pero así que llegó se suscitaron contestaciones enojosas entre él y Pizarro: Almagro se quejaba de la desigualdad con que se había distribuido el botín, y aunque estaba reservada para él y sus compañeros una suma muy considerable, reconvino á Pizarro porque se había adjudicado la parte mayor. Pizarro consiguió con regalos y promesas calmar el resentimiento de su asociado, y la reconciliación de estos dos hombres pareció sincera.

Entre tanto, Atahualpa había aprontado la cantidad de oro estipulada por su rescate, y todavía estaba prisionero. Lejos de ponerle en libertad, los españoles ni aun tenían con él las consideraciones que se debe á la desgracia; harto de humillaciones, respondían á sus quejas con nuevos ultrajes.

Todos los españoles, tanto los de Almagro como los de Pizarro, deseaban verse libres de aquel prisionero: se temían que

mientras viviese, el oro que se continuaba recogiendo bajo el risible nombre de rescate, llegase á ser presa exclusiva de Pizarro y de los suyos. Pizarro, por su parte, tenía además que vengar una ofensa personal que se imaginaba haber recibido del Inca, y no tardó en presentársele una ocasión favorable á su designio.

Había un miserable, llamado Felipillo, que había desempeñado de un modo ridículo las funciones de intérprete en las negociaciones entre españoles é indios, y que gozaba mucha privanza con Pizarro. Esta privanza le hizo tan insolente, que se atrevió á pretender la mano de una de las mujeres del Inca, hija del Sol; pero conoció que no podía verificarse este enlace mientras viviese el monarca prisionero: era, por lo tanto, preciso que muriese.

El infame denunció una conspiración imaginaria, cuyo jefe decía ser el Inca, y supuso reuniones de peruanos, que á una señal de Atahualpa debían pasar á cuchillo á todos los españoles. Los hombres que deseaban desembarazarse á toda costa del Inca, acogieron al instante esta acusación

tan grave. Se formó un tribunal, que pronunció su sentencia, siendo Pizarro el encargado de anunciársela.

Al escuchar Atahualpa esta noticia empezó á llorar, y postrándose á los piés de Pizarro, puso á Dios por testigo de su inocencia, quejándose de la deslealtad de los hombres barbudos, que después de haberle hecho pagar el importe de su rescate, querían todavía darle muerte. Por último suplicó á Pizarro que si dudaba de su veracidad, le enviase á España, comprometiéndose á llevar en persona al Emperador una gran cantidad de aquel metal á que los españoles daban tanta importancia.

Las lágrimas, las súplicas, las promesas, todo fué inútil. El inflexible Pizarro contestó fríamente al Inca, que ya no estaba en su poder el impedir ó suspender la ejecución de la sentencia. Hizo después una seña á muchos negros que estaban esperando, para llevarse al infeliz monarca, al que pocos momentos después ya le habían dado garrote. La sentencia era de quemarlo vivo, pero se mitigó su suplicio porque había consentido en recibir el bautismo.

Ciertamente que fué muy cruel la conducta de Pizarro; pero la suerte que tuvo Atahualpa ¿no se puede considerar como una especie de expiación con que la justicia divina quería castigar su crueldad con su hermano Huascar, al que había mandado asesinar poco antes del regreso de Almagro, y con toda la familia de los Incas que había inmolado á su ambición sanguinaria?

Dejaba muchos hijos y dos hermanos: Pizarro quería que le sucediese uno de sus hijos en el trono de los Incas, para valerse de este fantasma de rey en sus proyectos de conquista. Este niño, con todos sus hermanos y hermanas, se hallaba entonces en Quito, donde Atahualpa los tenía confiados á la custodia de un general peruano llamado Ruminagui. Antes de morir, el Inca le había enviado uno de sus ministros, recomendándoselos de nuevo á su vigilancia y lealtad: después le enviaron también su cadáver, para que dispusiera se le hiciesen unos funerales dignos del rango que había ocupado.

Pero el general peruano, ingrato y feroz á un mismo tiempo, hizo que dieran muer-

te, no sólo á los hijos del desgraciado príncipe, sino á todos los personajes que habían concurrido á Quito para asistir á sus funerales.

Mientras que Ruminagui se bañaba en Quito en la sangre de Atahualpa y sus más fieles servidores, otro general, no menos ambicioso que él, hacía proclamar Inca en el Cuzco, aunque sólo por la forma, á uno de los hermanos de Huascar, llamado Pauli. Este general se llamaba Quizquiz. En las demás provincias del Imperio, otros jefes trataban de aprovecharse de aquellas turbaciones, para apoderarse del poder: en todas partes reinaban el desorden y anarquía.

Semejante estado de cosas era en extremo favorable á los designios de Pizarro. Púsose en camino inmediatamente para el Cuzco, llevando en su compañía al joven Inca; pero se le murió en el viaje. Esta circunstancia no le detuvo, porque había recibido poderosos refuerzos de Panamá y otras colonias españolas, y además no podía contar con una seria resistencia por parte de los peruanos divididos. Quizquiz

es verdad que había reunido tropas numerosas, tratando de oponerse á la marcha de los españoles; pero, siempre vencido, ni aun pudo defender las avenidas de la capital. Pizarro entró en ella después de varios encuentros, en que apenas tuvo cinco ó seis hombres ligeramente heridos.

El tesoro que Atahualpa había entregado por su rescate, era poca cosa en comparación del botín inmenso que hallaron los españoles en Cuzco, á pesar de que los habitantes de esta capital habían huido con sus efectos más preciosos. Pero desde este momento, el oro que los españoles encontraban en tanta abundancia, empezó á no tener valor á sus ojos. Los simples soldados rasos eran tan pródigos de él, que jugaban entre sí unas sumas que ningún soberano se hubiera atrevido á aventurar. Un par de calzones, lo mismo que un par de botas se pagaba en treinta piastras; un caballo costaba quinientos ó seiscientos ducados, y aun mucho tiempo después de la época de que se trata, estos precios se mantenían tan subidos, subsistiendo el poco valor del oro.

Ocurrió por entonces un suceso terrible

que vino á turbar toda la alegría de Pizarro: un buen destacamento de sus tropas, marchando con ciega seguridad, fué sorprendido en una emboscada por los peruanos, y muchos soldados españoles cayeron vivos en su poder. Fueron llevados delante de un hermano de Atahualpa, llamado Titu-Autaché, para que dispusiese acerca de ellos. Se reconocieron algunos que habían tenido parte en la muerte de Atahualpa, y otros que habían hecho los mayores esfuerzos para salvarle. Titu-Autaché hizo que diesen garrote á los primeros, á quienes ataron al mismo poste que había servido para el suplicio de Atahualpa, y puso en libertad á los segundos, á quienes despidió colmados de magníficos regalos.

En este intervalo, un suceso de otra naturaleza, pero cuyas consecuencias debían ser mucho más graves para los españoles, fué en cierto modo la señal de un trastorno general.

Pizarro había dejado á su teniente Belalcázar en San Miguel con un corto número de soldados: cuando aquel tuvo noticia de la toma de Cuzco y supo el rico botín que

había tocado á los soldados de Pizarro, quiso también tener su parte de riquezas y de gloria y formó el proyecto de apoderarse de Quito, capital de la vasta comarca de este nombre, destronando á Ruminagui que se había constituido soberano. Reforzado con algunas tropas que llegaron á San Miguel, dejó en este punto un corto destacamento y marchó resueltamente contra Quito. Triunfó á fuerza de valor y de constancia, de las dificultades de un camino muy penoso al través de impetuosos torrentes, de selvas casi impenetrables y de profundas lagunas. La esperanza de una rica y abundante presa, sostenía y animaba á Belalcázar y sus intrépidos compañeros. Después de haber superado todos estos obstáculos, de haber vencido y hecho huir á Ruminagui que había tratado de impedir su marcha, entraron por fin en Quito. Pero un cruel desengaño les esperaba en esta capital, donde creían encontrar el resto de los tesoros de Atahualpa. La ciudad había sido abandonada por los habitantes, que se habían llevado todos los objetos que pudieran ser de algún valor.

Apenas se habían instalado en su estéril conquista, cuando apareció en las cercanías de Quito un cuerpo de tropas españolas al mando de Alvarado, el antiguo capitán de Cortés.

Nombrado por el conquistador de Méjico gobernador de la provincia de Guatemala, situada en las costas del mar del Sur, más allá de Tabasco, supo los triunfos de Pizarro en el Perú, y formó el proyecto de concurrir él también, porque el descanso á que le condenaba su gobierno de Guatemala no convenía de modo ninguno á su carácter aventurero y á su actividad infatigable. A su voz acuden numerosos soldados que se reputaban felices en seguir la bandera de tan famoso capitán, y bien pronto se encontró á la cabeza de quinientos hombres, entre los cuales había doscientos bastante ricos para comprar un caballo.

Desembarcó en Puerto-Viejo, situado un poco al Sur, más allá de la línea, y desde allí se dirigió hacia Quito. ¡Pero qué fatigas, qué padecimientos van á poner á prueba la intrepidez del jefe y de los sol-

dados! El hambre les hizo matar los caballos y no encontraban alivio del tormento de la sed más que en las gotas de rocío recogidas en la concavidad de las hojas de algunas plantas. Tan pronto les faltaba el aliento con los ardores sofocantes de un sol abrasador, tan pronto el frío cruel que reina en las montañas hiela sus miembros y los deja entorpecidos. Los cadáveres de sesenta compañeros quedaron en el camino. Unas veces tenían que sufrir la nieve, otras veces una lluvia de cenizas ardientes que despiden los volcanes inmediatos á Quito, las que, llevadas por el viento, los envuelven en una nube de fuego que no les deja respirar.

No había obstáculo, sin embargo, capaz de detener á Alvarado y sus campeones, y llega por fin con ellos á vista de Quito.

IV

Reunión de Belalcázar y Almagro en Quito.—Preparativos de combate.—Convenio.—Manco, nuevo Inca del Perú.—Se presenta á Pizarro.—Alvarado vuelve á Guatemala.—Pizarro pone la primera piedra de Lima.—Llegada de Hernando Pizarro á España.—Premia el rey á Francisco Pizarro y Almagro.—Querellas. Preparativos de Almagro para su expedición á Chile.—Padecimientos de los españoles.—Frío excesivo.—Llegada á Chile.—Rebelión de los peruanos.—Quieren apoderarse de Lima y de Cuzco.—Son rechazados.—Guerra civil entre los españoles.—Almagro entra en Cuzco por sorpresa.—Los hermanos de Francisco Pizarro son hechos prisioneros.—Generosidad de Almagro.

La aproximación de un cuerpo de tropas españolas causó la mayor inquietud á Belalcázar, á quien Pizarro se había incorporado con su pequeño ejército. ¿Era un aliado ó un enemigo el que se presentaba? Para salir de la duda, los dos jefes reunidos enviaron siete jinetes á la descubierta; pero cayeron en poder de los soldados de Alvarado, quienes los llevaron prisioneros á la presencia de su General. Hízoles éste

muchas preguntas acerca de la situación y la fuerza del ejército, y después de haberlos tratado con el mayor miramiento, los despachó á Quito sin darles recado ninguno para Belalcázar y Almagro: semejante conducta les inspiró desconfianza y se prepararon á combatir.

En esta circunstancia, el infame Felipillo, aquel intérprete que tan odioso papel representó en la historia de la conquista del Perú, se hizo culpable de otra traición de que esperaba grandes ventajas. Salió clandestinamente de Lima, y presentándose á Alvarado, le ofreció que, no sólo le entregaría á Almagro, sino que le haría dueño de toda la provincia de Quito. Alvarado rechazó con desprecio esta proposición.

Entre tanto los dos ejércitos avanzaban, y cuando llegaron uno enfrente de otro, se detuvieron esperando cada partido que el otro diese la señal de combate, ó fuese el primero á proponer una reconciliación. Por ambas partes el punto de honra de los jefes hacía imposible la iniciativa, y sin duda la sangre hubiera corrido, si un hombre prudente y animado de un sincero pa-

triotismo, no hubiese servido de mediador entre los dos ejércitos prontos á degollarse y no hubiese determinado á los jefes á convenir en una tregua de veinticuatro horas para arreglar las condiciones de la paz. Gracias á este mediador, cuyo nombre no merecía el ingrato olvido de la historia, los jefes lograron entenderse y firmaron recíproco convenio. Belalcázar y Almagro se obligaron á pagar á Alvarado cien mil piastras para indemnizarle de los gastos de su expedición, y por su parte, el antiguo teniente de Cortés prometió que, mediante esta indemnización, se volvería á su gobierno de Guatemala, renunciando á todos sus proyectos contra el Perú: demasiado generoso con el traidor Felipillo, pidió y obtuvo su perdón.

Casi por este tiempo fué cuando murió Titu-Autache, aquel hermano de Atahualpa que debía sucederle en el trono, y transmitió todos sus derechos á su hermano llamado Manco. Este resolvió ir á Cuzco á solicitar la protección de Apu (tal era el título que los peruanos daban en su lenguaje al gobernador Pizarro). Los amigos

del joven príncipe quisieron en vano distraerle de este propósito, induciéndole á que sostuviese sus derechos con la fuerza de las armas: en vano trataron de asustarle, recordándole la conducta que habían usado los españoles con su hermano Atahualpa, que al fin había sido víctima. Manco se presentó en el Cuzco, y no quedó arrepentido de su confianza. Pizarro recibió al Inca con todos los honores debidos á su rango y nacimiento, y entregándole la banda roja, señal distintiva de la soberanía, le reconoció por legítimo emperador del Perú.

Entre tanto Alvarado no quería volverse á Méjico antes de haber visto á Pizarro. Marchando á Quito los tres jefes reunidos, fueron atacados repetidas veces por Quizquiz, perdiendo en estos encuentros hasta catorce soldados muertos y cincuenta heridos; pero sin dejar de perseguir al general indio hasta la ciudad en que se había refugiado con los restos de su ejército. La situación de Quizquiz era desesperada, y algunos de sus oficiales le aconsejaban que pidiese la paz; pero él estaba tan enfureci-

do contra los españoles, que amenazó con la muerte al primero que volviese á darle semejante consejo: otros le proponían el dar la batalla á los enemigos, pero Quizquiz no se atrevió á tomar tan enérgica resolución; entonces uno de sus capitanes, indignado de tanta cobardía, le mató de una lanzada. Su muerte fué la señal de la dispersión de las tropas peruanas, y los españoles entraron en la ciudad sin hallar resistencia.

Cuando Pizarro supo la llegada de Alvarado y el convenio celebrado con él, salió al encuentro de un rival que pudiera ser muy temible, si llegaba á ver el rico botín recogido en Cuzco. Cuando se avistaron le recordó su promesa de volver á Guatemala, y para obligarle á que se volviese cuanto antes, añadió á las cien mil piastras que Belalcázar y Almagro se habían comprometido á darle un regalo de igual valor, acompañado de muchos vasos magníficos y pedrerías. Alvarado, satisfecho, partió para volverse á Guatemala y dejó á Pizarro casi todos los soldados que le habían acompañado en su expedición,

Libre ya de un concurrente cuyos talentos temía, trató Pizarro de llevar á cabo el proyecto que hacía tiempo tenía formado, de edificar una ciudad que fuese el centro de sus conquistas y la capital de su gobierno. Al tiempo de dirigirse hacia la costa, envió á Cuzco á su asociado Almagro, recomendándole que tratase con la mayor dulzura al Inca y á todos los peruanos que había dejado en aquella ciudad. Este cambio de conducta era debido á la sagaz política del jefe español.

El paraje que Pizarro escogió para echar los cimientos de la nueva ciudad, era un valle agradable y fértil, no lejos de la orilla del mar y á la embocadura de un río, llamado primero Kimac y después Lima, á los 13° de latitud Sur. Puso la primera piedra de esta ciudad el día de Reyes, y por esta coincidencia la llamó ciudad de los Reyes; aunque hoy sólo es conocida con el nombre de Lima. Los trabajos se continuaron con tal actividad, que la población parecía salir de la tierra á la voz de Pizarro. Hizo edificar un palacio magnífico que debía servir para residencia del Gobernador, y á

ejemplo suyo, todos sus capitanes se apresuraron á construir, á sus expensas y según su caudal, un gran número de casas.

En este intervalo, Hernando Pizarro partió con la enorme cantidad de oro y de plata que formaba la parte del Emperador; estas inmensas riquezas deslumbraron los ojos del monarca, y la nación participó de su sorpresa y su regocijo. En todas partes se prodigaron los agasajos y las demostraciones de la más alta estimación al hermano del conquistador del Perú, y fué admitido caballero de la Orden de Santiago. Su hermano Francisco y Almagro no quedaron olvidados en la distribución de las recompensas y favores, y se les concedió el título de Marqués. No sólo el Emperador confirmó á Pizarro en su empleo y funciones de gobernador, sino que aumentó los límites de su gobierno con setenta leguas marinas á lo largo de las costas del Sur. En la patente de gobernador que le fué extendida se daba á estas vastas comarcas el nombre de Nueva Castilla. Almagro, además del título de adelantado que Pizarro le había prometido, obtuvo un gobierno

independiente, que confinaba con el de Pizarro y tenía más de doscientas leguas de extensión al Sur. El país de que se nombraba á Almagro gobernador, á pesar de que los españoles todavía no habían penetrado en él, era Chile, que en el nombramiento del Emperador se designaba con el nombre de la Nueva Toledo.

La noticia de estos diversos nombramientos llegó al Perú antes que volviese Hernando Pizarro, y suscitó al instante vivas disputas entre Pizarro y Almagro. Este pretendía que Cuzco, residencia de los Incas, se hallaba comprendido en el gobierno que le concedía la corte de España, y esta absurda pretensión no podía ser admitida por Pizarro. Mediaron entre los dos jefes amargas reconvenciones, palabras irritantes, y estuvo en poco que los españoles diesen á los peruanos el espectáculo de una guerra civil.

Al fin Almagro aventuró algunas proposiciones amistosas, á las que Pizarro, con su natural franqueza, correspondió con disposiciones pacíficas. Pizarro prometía ceder á su antagonista una parte del Perú, si el

país que Almagro iba á conquistar no era tan extenso y tan rico como se esperaba: éste, que tenía derecho á dudar de la buena fe y lealtad de su asociado, no titubeó, sin embargo, en aceptar su proposición, y una ceremonia religiosa concurrió también, como en la época de su primera asociación, á consagrar el nuevo tratado concluido por aquellas dos ambiciones rivales.

Almagro, satisfecho, no se ocupaba más que de los preparativos de su expedición á Chile. Reunió un ejército de cerca de seiscientos europeos y un cuerpo auxiliar de quince mil peruanos que Manco le proporcionó. Había dos caminos para ir desde Cuzco á Chile: el uno atravesaba por unas llanuras que se extendían á lo largo de las costas del mar, y si se tomaba el otro camino, mucho más corto, pero sólo practicable en el verano, era preciso escalar altas montañas escarpadas, y por lo regular cubiertas de nieve, por lo que reina en ellas un frío excesivo. Los peruanos inducían á los españoles á que siguiesen el camino más largo porque era el más seguro y el más fácil, pero la altivez castellana des-

preciaba este consejo. Almagro y sus compañeros querían probar á los peruanos que no había obstáculo capaz de intimidarles y que nada se resistía á sus esfuerzos.

Pero cuando se internaron en aquel horrible país, bien pronto se arrepintieron de su temeraria audacia: el frío era tan horroroso, que para no quedarse helados tenían que estar en continuo movimiento. ¡Desgraciado del que se paraba para disfrutar un momento de reposo y quedaba rendido de sueño; no se despertaba jamás! El hambre, que les obligó á matar sus caballos, vino también á aumentar sus apuros, y en medio de tan angustiosa situación todavía tenían que rechazar los ataques de los salvajes que, excelentes flecheros, dejaban tendidos muchos españoles y peruanos.

El ejército de Almagro iba debilitándose y disminuyendo de día en día. Muchos españoles, y peruanos todavía más, se quedaron helados de pié derecho, asaltados y heridos de muerte por el frío. La inmóvil rigidez de sus cadáveres, arrimados á un árbol ó una peña, y conservando la misma postura en que se hallaban al exhalar el último

suspiro, les hacía parecer unas estatuas. Si se ha de creer á algunos historiadores, cuando cinco meses después este ejército pasó por el mismo camino volviendo del Perú, se encontraron muchos de estos hombres helados en la misma actitud, y teniendo asidas con la mano las bridas de los caballos tan helados como ellos; los españoles, hambrientos, comían con ansia la carne de aquellos animales, tan fresca como si los acabaran de matar.

Al fin el ejército, diezmado con tantas plagas conjuradas contra él, llegó á las hermosas llanuras de Chile. Los españoles quedaron gustosamente sorprendidos con el risueño aspecto, la temperatura deliciosa y la fertilidad extraordinaria de la parte menos elevada, que se extiende á lo largo de las costas del mar de Este á Sur. La situación de este país tan inmediato al Ecuador pudiera hacer creer que se experimentan en él grandes calores; pero debe la suave temperatura de la primavera á la cercanía de las altas Cordilleras ó Andes y al Océano del Sur. El terreno es favorable al cultivo de todas las plantas, aun las de

Europa. Los caballos y el ganado vacuno que se han llevado sobrepujan en alzada y en robustez á las mejores castas de España, de donde proviene. En fin, este dichoso clima reune todas las ventajas de la provincia de Quito, sin tener sus inconvenientes, porque no hay que temer los huracanes y los temblores de tierra como en esta provincia.

Antiguamente el comercio considerable que se hacía entre el Perú y Chile, se verificaba por mar desde Lima á Santiago, porque estas dos ciudades se hallan á la orilla de dos ríos y á poca distancia del sitio en que desembocan en el Océano Pacífico ó mar del Sur. Se han edificado á la embocadura de estos dos ríos dos pequeñas ciudades: una, llamada Callao, está situada como á dos leguas de Lima, y la otra, á la que se ha dado el nombre de Valparaíso, está á veinte leguas de Santiago. Durante un siglo entero, los navegantes que salían del Callao ó de Valparaíso, temiendo perderse en el gran mar del Sur, no se atrevían á separarse de las costas, que dan un grande rodeo. Se gastaba casi un año en ir

desde el Callao á Valparaíso, porque nadie ignora que la navegación, siguiendo las costas, es mucho más difícil y peligrosa que en alta mar.

Al fin un piloto audaz encontró nuevo camino: se atrevió á aventurarse en alta mar, donde favorecido de los vientos alisios, navegó con tanta celeridad, que no tardó más que un mes en la travesía. En aquellos tiempos de ignorancia, un descubrimiento nuevo exponía algunas veces á su autor á grandes peligros, y el genio tenía á veces que sufrir el que su obra fuese mirada como un crimen. El intrépido piloto que tantos derechos tenía á la pública gratitud, fué encerrado en una cárcel, pretendiendo sus acusadores que era un hechicero. Tal vez le hubieran quemado vivo si no hubiera llevado un diario exacto de su viaje, el que presentado á sus jueces, sirvió para que estos no se atreviesen á condenarle: fué al fin absuelto de haber prestado un eminente servicio al comercio y á la navegación.

Almagro, en tanto, hallaba en la ejecución de sus proyectos de conquista ob-

táculos inesperados. Los españoles no tenían ya que habérselas con enemigos débiles, divididos y poco guerreros, como eran los peruanos; los indígenas de Chile eran audaces, valientes y robustos. Sorprendiéronles al principio las armas de fuego; pero familiarizados bien pronto con los efectos de aquellas detonaciones que tanto les habían asustado, llegaron á las manos con los españoles. Aunque derrotados en todos los encuentros, volvían sin cesar á la carga, y este tesón desconcertaba los proyectos de Almagro. Una conspiración contra sus días, urdida por Felipillo, contribuyó á que se retardase una conquista que cada vez se hacía más difícil.

Así que esta conspiración (sobre la cual no dan detalles suficientes los historiadores españoles) fué descubierta, Felipillo trató de escaparse; pero fué perseguido, juzgado y sentenciado á que le descuartizasen. Antes de recibir el justo castigo de todos sus crímenes, declaró ese traidor (1)

(1) Este Felipillo, de triste recuerdo en la historia de la conquista, era uno de aquellos muchachos

que sus calumnias habían sido causa de la muerte de Atahualpa.

Cuando Almagro se disponía ya á volver á Cuzco, las noticias que recibió del Perú le hicieron acelerar más su regreso. Después de su partida habían prendido al Inca y cargado de cadenas le tenían en la cárcel como á un malhechor. Al salir para Lima el gobernador Pizarro, con un destacamento de tropa, había confiado el mando á sus dos hermanos Juan y Gonzalo, pero teniendo la imprudencia de permitir á los españoles que dejaba en Cuzco el que hiciesen incursiones en las provincias que no estaban completamente sometidas. Quedaban pocos soldados en la ciudad, y á favor de estas circunstancias, el Inca prisionero logró que llegase á noticia de algunos jefes de la nación indígena el mal trato que le hacían sufrir.

---

indios que Pizarro recogió para que le sirviesen de intérpretes en su primera expedición al Perú. Fué efectivamente causa de la muerte de Atahualpa, porque al interpretar las declaraciones de los testigos, las falseaba en contra del desgraciado monarca. — N. DEL T.

Mientras que ellos se concertaban para libertar á su soberano y organizar una insurrección general contra los opresores de su país, Hernando Pizarro volvió de España y se reunió á sus dos hermanos Juan y Gonzalo, que mandaban en Cuzco. Hernando, que tan humano se había mostrado con Atahualpa, no pudo ser indiferente á la triste situación de Manco, y éste, confiando en la bondad generosa de Hernando, no temió solicitar el permiso de asistir á una fiesta solemne que los peruanos celebraban todos los años á poca distancia de la capital. Hernando consintió, y el Inca, libre por fin, salió para presentarse en la fiesta, donde su presencia debía ser la señal de una revolución.

Los principales de la nación acuden al instante á esta cita del odio y de la venganza; todos anhelan ponerse bajo la bandera de su soberano para libertar á su patria del dominio español y lavar su propia afrenta en la sangre de aquel puñado de tiranos, cuya codicia y rapiñas se avergonzaban de haber sufrido por tanto tiempo. Se enarbola el estandarte de la guerra; los

peruanos acuden á las armas por todas partes; sorprenden y pasan á cuchillo á los destacamentos españoles que andan aislados por las provincias recogiendo tributos. Bien pronto Manco se halla en estado de marchar al frente de un ejército, que los historiadores españoles hacen subir á doscientos mil hombres, contra Cuzco, mientras que otro ejército casi de igual fuerza se dirige hacia Lima.

La ciudad del Cuzco no tardó en ser atacada; los tres Pizarros que defendían este punto, no tenían á sus órdenes más que ciento setenta españoles. En el primer choque, Juan, uno de los tres hermanos, y el que, según se dice, era tan compasivo como valiente, fué muerto de una pedrada.

El ataque de las dos capitales se verificó casi al mismo tiempo, lo que impedía el que los pequeños destacamentos españoles diseminados pudiesen comunicar entre sí. Apenas se habían comenzado las hostilidades, cuando ya habían perecido seiscientos españoles á manos de los peruanos, que se apoderaban de sus caballos, de sus armas,

aprendiendo de sus mismos enemigos á manejarlas. Hasta se asegura que se atrevieron á disparar armas de fuego. Manco y otros jefes marchaban á la cabeza de sus tropas, montados en caballos que habían caído en poder de los peruanos.

La situación de los españoles se iba haciendo cada vez más crítica. El Inca, habiéndose apoderado de una parte de la ciudad de Cuzco, bloqueó á los dos Pizarros en el barrio á que se habían retirado con los pocos soldados que les quedaban. No podían esperar sostenerse allí por mucho tiempo; toda comunicación entre Cuzco y Lima era imposible, y los caminos entre las dos capitales se hallaban tan perfectamente interceptados por el enemigo, que ya habían sido inútiles todas las tentativas de los tres hermanos para comunicarse recíprocamente las noticias. El gobernador Pizarro no sufría menos que sus dos hermanos Gonzalo y Hernando con tan cruel incertidumbre, aunque su posición era mucho más tolerable que la de sus hermanos. Hallaba en la proximidad del mar los recursos que le faltaban, recibiendo de

tiempo en tiempo refuerzos de Panamá que le permitían reparar sus pérdidas.

Tomó entonces una resolución enérgica para obligar á sus soldados á vencer ó morir. Despachó sus navíos á Panamá, y á medida que le iban viniendo reclutas, enviaba pequeños destacamentos mandados por capitanes, cuyo valor y talento tenía bien conocido, para que fuesen á socorrer á los españoles bloqueados en Cuzco. Mas ¡cuál hubiera sido su dolor si hubiera llegado á saber la suerte de estos diversos destacamentos! Setenta caballeros mandados por su primo D. Diego Pizarro, fueron sorprendidos, atacados y muertos por los peruanos en un estrecho desfiladero. González de Tapia, otro oficial que salió también de Lima con ochenta hombres, pereció de la misma manera, é igual suerte tuvieron los dos comandantes Mogrovejo y Gayeta, que con los soldados que conducían cayeron en manos del enemigo. Más de trescientos españoles sucumbieron de este modo sin que lo supiese Pizarro.

En fin, gracias á un refuerzo considerable que le trajo Alfonso de Alvarado, her-

mano del comandante de este nombre, se halló en estado de tomar la ofensiva. Hizo una vigorosa salida y derrotó el innumerable ejército que sitiaba á Lima, persiguiendo á los peruanos hasta las montañas. Un imperioso deber le llamaba á Cuzco, y hubiera querido volar en persona al socorro de sus hermanos, cuya suerte ignoraba; ¿mas cómo había de abandonar á Lima, la ciudad que él había fundado, el centro de su recurso y su único refugio en caso de un revés? Se quedó, por consiguiente, en esta ciudad, confiando á Alvarado, que con su venida le acababa de salvar, la expedición destinada á libertar á sus hermanos.

Alvarado salió para Cuzco con un destacamento de trescientos hombres, que pronto fué reforzado con otros doscientos más. Los peruanos, que tan felices habían sido hasta entonces en sus ataques contra las diversas tropas que iban á Cuzco, creían también dar buena cuenta de las que mandaba Alvarado; pero tenían que habérselas con un capitán hábil y experimentado, que los escarmentó en todos los encuentros. A pesar de todo, antes que llegase á Cuzco,

una nueva peripecia, que debemos dar á conocer, había cambiado la escena y hecho que se presentasen nuevos actores en aquel móvil teatro de la discordia y de la guerra.

Almagro había salido de Chile y se dirigía hacia Cuzco, cuando recibió el diploma que trajo Hernando Pizarro, en el que el Emperador le nombraba gobernador independiente de los paises situados al Sur, más allá de los límites del gobierno de Pizarro. El examen de este título le confirmó en su opinión de que el Emperador había querido comprender á Cuzco en su gobierno y no en el de su asociado. Resuelto á hacer valer sus pretendidos derechos, marchó contra Cuzco para apoderarse de esta ciudad. Cuando estuvo en sus inmediaciones, supo con asombro que una tercera parte de aquella población, que miraba ya casi como una propiedad suya, había sido consumida por las llamas; que la otra tercera parte estaba en poder de Manco, y que la última tercera parte aún estaba ocupada por los Pizarros, pero en vísperas de ser expulsados por los peruanos. En tanto

que adquiría los datos necesarios acerca de la serie de sucesos que habían producido una situación tan deplorable, marchó con la lentitud que le aconsejaba la prudencia.

No tardaron en presentársele comisionados de los dos partidos solicitando su amistad y su auxilio. El Inca apreciaba las ventajas de una alianza con un guerrero tan temible, tan poderoso como Almagro: los Pizarros, por su parte, no ignoraban que su alianza con el Inca les sería fatal, y que serían bien pronto aniquilados con la reunión de las dos fuerzas. Pero Almagro imponía como primera condición de la alianza la cesión de Cuzco, y no estando el Inca de parecer de cederle su capital, y siendo inútiles las instancias de Almagro para que consintiese en este sacrificio, el General español rompió las negociaciones, atacó á los peruanos y les hizo levantar el sitio de Cuzco.

Desembarazado ya de este enemigo, Almagro intimó á los Pizarros que le entregasen la ciudad; pero ellos se negaron á verificarlo. Entonces Almagro avanzó hasta las puertas de la ciudad, y no tardaron

en unírsele varios soldados de la guarnición: su franqueza, su buena fe y su generosidad le habían granjeado partido entre los españoles, que iban aborreciendo á los Pizarros por su dureza y su perfidia. Este refuerzo facilitó á Almagro el que una noche se apoderase de Cuzco por sorpresa, siendo dirigido el ataque con tal prontitud y destreza, que cuando el General y su tropa llegaban á la casa de los Pizarros, todavía ignoraban éstos que la ciudad había sido tomada. Intimóseles la rendición; pero ellos se encerraron, y fortificándose en su casa se defendieron con tesón, hasta que agotados todos los medios de defensa, tuvieron que sujetarse á la ley del vencedor, y hechos prisioneros sin capitulación, fueron cargados de cadenas.

Entonces fué cuando Alvarado se presentó con su pequeño ejército delante de la capital, sin tener más que un río que atravesar para llegar á ella. ¡Júzguese su sorpresa cuando vió á la orilla opuesta soldados españoles cuya actitud era enteramente hostil! Como ignoraba completamente cuanto había pasado en Cuzco, no podía

comprender el motivo de semejantes disposiciones amenazadoras en unos hombres que vestían el uniforme español. Al fin Almagro vino en persona á instruirle de la situación de las cosas, y trató con regalos y promesas de inclinarle á su partido, haciéndole abandonar el de los Pizarros; pero todos los esfuerzos de Almagro se estrellaron en la incorruptible fidelidad de Alvarado.

Había, sin embargo, en el ejército del teniente de Pizarro, y entre sus oficiales, un traidor que consiguió seducir á una parte de sus camaradas. Concertó tan bien su plan con Almagro, que una noche el ejército de éste cayó en medio del campamento de Alvarado, antes que en él se advirtiesen los movimientos del enemigo. Fué hecho prisionero sin que pudiera defenderse, porque los conjurados habían tenido la precaución de quitar sus armas, así como las de sus más íntimos amigos, para privarles de todos los medios de resistencia. Como la mayor parte de las tropas de Alvarado entraba en la conspiración, los pocos soldados que se mantuvieron fieles tuvieron que

ceder al número y rendir las armas, siendo conducidos á Cuzco con buena escolta.

Ya tenía Almagro en su poder á tres enemigos peligrosos, á tres rivales temibles: consultó á sus amigos lo que debía hacer con sus prisioneros, y casi todos opinaron que el suplicio de los Pizarros, de Alvarado y de todos los partidarios del gobernador, aseguraría la preponderancia de Almagro sobre su rival, y su pacífico dominio en el vasto imperio del Perú. Después de haberlos escuchado atentamente y convenido en la exactitud de sus razones, Almagro les declaró que no podía seguir su consejo. Fué más generoso todavía, porque le hubiera sido fácil, marchando inmediatamente contra Lima, el exterminar á Pizarro y su partido, y quiso más bien mantenerse á la defensiva, dejando á su rival la responsabilidad de dar principio á la guerra civil. Volvióse, por consiguiente, á Cuzco, á fin de preparar sus medios de defensa, esperando la determinación de Pizarro.

V

Crítica situación de Pizarro.—Su firmeza.—Negociaciones.—Deserción en las tropas de Almagro.—Mala fe de Pizarro.—Combate de Cuzco.—Derrota del ejército de Almagro.—Muerte de Orgóñez.—Almagro cae vivo en manos de los soldados de Pizarro.—Es juzgado y sentenciado á muerte.—Le dan garrote y después le cortan la cabeza.—Alvarado se presenta en España á pedir justicia contra Pizarro.—Prisión de Hernando Pizarro en Madrid.—Un nuevo comisario en el Perú.—Expedición de Gonzalo Pizarro.—Audaz incursión de Orellana.—Sus mentiras.—El país de las Amazonas y el Dorado.—Conspiración contra Pizarro.—Es asesinado.—Su retrato.—Anécdotas.—Conclusión.

Al fin pudo Pizarro rasgar el misterioso velo que cubría los sucesos de Cuzco y conocer la extensión de sus pérdidas y lo grave de su situación, recibiendo una tras otra las más siniestras noticias. Supo casi al mismo tiempo la muerte de su hermano Juan, el regreso de Almagro, el cautiverio de sus otros dos hermanos y la derrota de su teniente Alvarado; pero la energía

de su alma y la firmeza de su carácter no se abatían con tan repetidas desgracias. Conociendo la buena fe de Almagro, resolvió armarle un lazo, y en el resultado de una nueva perfidia fundó toda su esperanza de triunfar definitivamente de un rival que debía ser víctima aún de su lealtad y confianza.

Pizarro esperaba de un momento á otro un considerable refuerzo que le habían de enviar desde Panamá: le interesaba mucho, por esta razón, el ganar tiempo y reducir á Almagro á la inacción, haciéndole proposiciones pacíficas y entablando negociaciones que intentaba fuesen muy despacio. Mientras que Almagro, engañado con las demostraciones de Pizarro, se abstenía de todo movimiento hostil, no se estaba éste con los brazos cruzados: trabajaba en fortificarse, en reclutar su ejército, y en procurarse considerables refuerzos de hombres y municiones. Ya estaba en víspera de revelar sus proyectos, cuando le llegaron su hermano Gonzalo y Alvarado, que logrando escaparse de la prisión, le presentaron sesenta jinetes que habían atraído de los de

Almagro. Este inesperado socorro colmó de alegría á Pizarro, que se sintió desde entonces con fuerzas suficientes para ir en busca de sus enemigos. Pero Hernando Pizarro se hallaba aún prisionero, y el Gobernador, antes de declararse como enemigo y cortar las negociaciones, quería privar á Almagro de tan preciosa garantía.

Aparentó entonces que deseaba con más empeño una sincera reconciliación, y propuso á Almagro que sometiesen su pleito al arbitrio del Emperador. Almagro aceptó al instante la propuesta, y Pizarro, creyendo que todavía podría obtener algo más de la crédula confianza de su generoso competidor, le pidió pusiese en libertad á su hermano, para enviarle á España como plenipotenciario cerca del Emperador. Almagro abrió á Hernando las puertas de la prisión; mas apenas estuvo libre, cuando Pizarro declaró á su rival que sólo la guerra podía decidir entre ellos y juzgar su querella. Su ejército había sido reforzado con numerosos reclutas, y se contaban en él dos compañías de arcabuceros, cosa muy extraordinaria, porque en aquella época el

uso de las armas de fuego no estaba generalizado ni aun en Europa. Confió el mando de la mayor parte de sus tropas á sus hermanos, que ansiosos de vengarse de Almagro, al instante se pusieron en camino. Fácil le hubiera sido á Almagro, apostándose en los desfiladeros de los Andes ó cordilleras que el enemigo tenía que atravesar, aniquilarle en ellos y terminar la guerra con un golpe decisivo, porque se asegura que los viajeros al pasar de las ardientes llanuras de Quito á los Andes, siempre cubiertos de nieve, se ven atacados de aquella enfermedad á que pagan doloroso tributo casi todos los marinos en su primer viaje, y que por esta circunstancia se llama el mareo.

Almagro quiso mejor esperar á su enemigo en las llanuras de Cuzco: lo primero porque no quería que recayese en él la odiosa responsabilidad de la agresión en una guerra civil, y lo segundo porque necesitaba terreno para desplegar su caballería, que era superior á la de los Pizarros. Fortificó á Cuzco lo mejor que pudo y formó su ejército en batalla en una posición que

creyó serle ventajosa; pero debilitado por la edad, las fatigas y las heridas, apenas podía sostenerse. No pudiendo ponerse á la cabeza de las tropas, confió su mando á su teniente general Rodrigo Orgóñez, un capitán valiente y leal á su jefe, pero que nunca era para los soldados el viejo Almagro, que por el afecto y respeto que había sabido inspirarles, tenía sobre ellos el mayor ascendiente.

Entre tanto los Pizarros habían pasado las cordilleras y avanzaban por las llanuras de Cuzco. Los dos ejércitos no tardaron mucho en avistarse y se prepararon al combate; veíase flotar por ambas partes el estandarte imperial, y las alturas inmediatas estaban coronadas por una inmensa multitud de indios que habían acudido á recrearse en el espectáculo de una lucha sangrienta entre sus opresores, que se encargaban así de vengarlos. Almagro, enfermo, se hizo transportar á una colina, desde la que podía contemplar el campo de batalla y animar desde lejos á sus tropas á que cumpliesen con su deber.

Dada la señal, los españoles se lanzaron

con furor unos contra otros y empezó la matanza. Rotas las primeras líneas de Orgóñez por la impetuosidad del enemigo, el desorden se introduce en las filas, y los soldados flaquean y ceden, sin que las voces y ruego de los jefes sean suficientes para volverlos al combate. En este trance, Orgóñez, desesperado, grita mandando un nuevo ataque: «¡Por Dios poderoso, que he de cumplir con mi deber, aunque me cueste la vida! Sígame el que quiera.» Resuelto á no sobrevivir á su desgracia y á la de Almagro, se arroja en medio de las tropas que mandan Gonzalo, Hernando y Alvarado, y aunque herido en la cabeza, porque su celada había sido rota por una bala, continúa combatiendo. Da muerte á dos guerreros con su propia mano, y engañado por el brillante uniforme de uno de los criados de Hernando Pizarro, cree que es su amo y le mete la lanza por la boca. Al fin este intrépido guerrero sucumbe al número, y desarmado, cae prisionero: en el momento que se le llevan los soldados, acude un español que tenía que vengar una ofensa personal, y le derriba la cabeza de un sablazo.

Este acto de barbarie no fué el único con que los vencedores se mancillaron en esta jornada del 6 de Abril de 1538, á pesar de los esfuerzos de Hernando Pizarro y sus principales capitanes, para recordar á sus soldados que los vencidos eran también españoles. Rui-Díaz, oficial del partido de Pizarro, había tenido la dicha de salvar á un amigo suyo que iba á ser asesinado. Para preservarle de otras violencias, le había hecho que montase á las ancas de su caballo; pero un soldado furioso le pasó con la lanza y le hizo caer muerto á vista de Rui-Díaz. En cuanto á Almagro, testigo de la derrota de su tropa, y sin medios de rehacerla, buscó también su salvación en la huida, pero perseguido vivamente por el enemigo, cayó en su poder, y cargado de cadenas fué llevado á Cuzco, que se rindió sin resistencia á los vencedores.

Su muerte, podía únicamente saciar el odio y la venganza de los Pizarros: ya estaba resuelta de antemano; pero la prudencia exigía algunas precauciones, y era preciso alejar á todos los que, fieles á Almagro en su desgracia, podían hacer eficaces

tentativas para salvarle. Se les alejó, encargándoles diversas expediciones á las provincias más remotas del Perú y aún no sometidas al dominio español. Aquellos hombres aprovecharon con afán la ocasión de salir de una ciudad en que ya no podían ser útiles á la causa de Almagro.

Entonces los Pizarros se quitaron la máscara; pero queriendo dar la apariencia de justicia á la ejecución de un sanguinario proyecto, formaron un tribunal, ante el cual compareció el desdichado anciano. Acusábanle del crimen de alta traición, de rebelde á las órdenes del Emperador y de usurpación de los derechos y funciones del Gobernador: acusación absurda, puesto que se refería á una época en que el Emperador todavía no había dado á conocer su decisión, ni fijado los límites del gobierno de Pizarro. En vano Almagro protestó que jamás había tenido intención de perjudicar á su antiguo asociado, que siempre había respetado sus derechos, y que si se había apoderado de Cuzco, era creyendo estar autorizado para ello, en virtud del examen y de la interpretación dada á los títulos enviados por el

Emperador. El tribunal, compuesto de jueces á favor de Pizarro, sentenció á muerte al anciano.

Cuando Almagro supo la sentencia que se acababa de pronunciar, aquel mismo hombre que tantas veces había despreciado la muerte en sus aventuradas expediciones, y que había dado tantas pruebas de valor y de energía, cayó en un profundo abatimiento, y débil hasta la cobardía, trató de enternecer á sus vencedores, de excitar la compasión de sus verdugos con sus súplicas y sus lágrimas. Invocó los recuerdos de la antigua amistad que Francisco Pizarro y él se habían jurado al pié de los altares, y la humanidad con que él había tratado á sus enemigos cuando eran sus prisioneros: les conjuró para que evitasen á sus canas y á su memoria el oprobio del suplicio reservado á los malhechores, y para que le permitiesen consagrar los últimos instantes de su existencia al arrepentimiento y á la expiación de sus faltas.

Estos ruegos de un anciano que había sido uno de los más intrépidos guerreros de la España; este abatimiento en la desgra-

cia; estas lágrimas del ilustre sentenciado que luchaba en cierto modo con la muerte, conmovieron á la mayor parte de los soldados, á pesar de lo familiarizados que estaban con sensaciones de este género. Pidieron el perdón de Almagro, pero el corazón de los Pizarros estaba cerrado á la piedad, y no sólo se mantuvieron inflexibles, sino que osaron burlarse de las mismas súplicas de su acobardado enemigo. Su ironía cruel le prodigó los más amargos sarcasmos, diciéndole que era indigno de un alma grande el mendigar la vida, y que marchando á la muerte debía acordarse de que era cristiano y caballero.

En fin, cuando Almagro se convenció de que nada tenía que esperar del odio implacable de los Pizarros, se acordó de lo que había sido en otro tiempo, y volvió á recobrar su antiguo valor: dirigió á sus encarnizados enemigos estas palabras, que pronunció con acento de noble resignación: «¡Libradme, pues, de esta vida, y que vuestra crueldad se sacie con mi sangre!» Después hizo testamento, dejando á su hijo único y al Emperador por sus herederos.

Cuando hubo terminado este acto postrero de su existencia, le dieron garrote en la prisión, cortándole después la cabeza en la plaza pública de Cuzco. Almagro, en el momento de su muerte, tenía setenta y siete años.

Así pereció este hombre notable, bajo más de un concepto, y que sin duda merecía otra suerte; aunque la historia le acusa con justicia por su complicidad en la muerte de Atahualpa.

Entre los españoles, á quienes indignó la crueldad de Pizarro, había uno que juró vengar la muerte de Almagro. Llamábase Diego de Alvarado, y era un oficial de distinción, que padeció tanto más con el fin desastroso de su amigo, cuanto que sufría sus remordimientos por haber contribuido á él en cierto modo, aconsejándole que diese libertad á Hernando Pizarro. Poseído de la idea de obtener venganza de los Pizarros, supo eludir su vigilancia, y aprovechando una ocasión para volver á España, se presentó al instante en la corte. Admitido á la audiencia del Emperador le pintó con tan vivos colores el orgullo, la ambición y la

crueldad de los tres hombres que reinaban como déspotas en el Perú, que excitó á la vez su horror y su indignación. Pero su animosidad buscaba otro medio de satisfacción; y pidió el permiso de sostener en campo cerrado la justicia de sus acusaciones, desafiando en combate personal, según la costumbre de la época, á Francisco Pizarro, que denunciaba á la vindicta pública como el único autor de todos los crímenes y de todas las desgracias, cuyo enérgico cuadro acababa de trazar.

Cuando el intrépido Alvarado esperaba la respuesta favorable que le habían dado motivo á esperar, murió tan repentinamente, que la opinión general no dejó de atribuir su muerte á los amigos de Pizarro, que habían tratado de librarse por medio del veneno de un enemigo tan temible.

A pesar de todo, había sobrevivido á Alvarado la impresión producida por su relato; pero el Emperador y sus ministros dudaban al adoptar una providencia seria contra los Pizarros, temiendo su influencia y poder en las comarcas conquistadas por ellos. Mientras que se deliberaba en la cor-

te acerca de las medidas que reclamaba semejante estado de cosas, Hernando Pizarro resolvió pasar á España para dar cuenta al Gobierno de su conducta y de la de sus hermanos. En vano sus amigos trataron de disuadirle de este proyecto, suplicándole que á lo menos dilatase su ejecución, hasta que supiese el efecto que había producido en la corte la noticia del suplicio de Almagro. Hernando, confiado en la bondad de su causa y en el crédito que creía gozaba su hermano con el monarca y sus ministros, insistió en su resolución. Sin embargo, al despedirse del Gobernador, le aconsejó que desconfiase de los partidarios de Almagro, que celase su conducta y que nunca les permitiera reunirse en número que no pasase de siete, porque tratarían de concertarse para quitarle la vida; pero Pizarro, ciego con su prosperidad, no quiso creer el peligro que le amenazaba y despreció los avisos de su hermano.

Hernando partió, y llegado á España, se presentó en la corte con una ostentación que excitó envidiosas murmuraciones: esta pompa, que casi eclipsaba la de la sobera-

nía, causó la sorpresa de un escándalo, y la opinión pública vió con indignación al orgulloso aventurero ostentar con descaro los despojos de los infelices peruanos. Esta conducta no era la más á propósito para disipar la prevención terrible que había contra los tiranos del Perú, así es que en vano trató Hernando de justificar los actos de Francisco Pizarro y de sus demás hermanos, y de probar que habiendo sido Almagro el agresor, había recibido con justicia el castigo de su rebeldía. Aunque la corte carecía de datos seguros para decidir esta cuestión, no pudo menos de conocer que los Pizarros habían abusado de su poder en todas ocasiones y que su conducta tiránica merecía la severidad del Gobierno. Sin embargo, antes de tomar una resolución vigorosa contra el gobernador del Perú, se creyó conveniente asegurar la persona de Hernando, que fué arrestado y puesto en prisión. Se dice que permaneció en ella cerca de veinte años, y algunos historiadores aseguran que en ella acabó sus días.

Decidióse después enviar al Perú un comisario encargado de examinar escrupulo-

samente cuanto había sucedido, y de recibir las declaraciones acerca de los sucesos anteriores y posteriores á la muerte de Almagro. Este comisario iba además investido de una autoridad que aniquilaba, en cierto modo, el poder de Pizarro, puesto que podía mudar en nombre del Emperador, si lo juzgaba conveniente, el Gobierno y la administración del Perú.

Para desempeñar dignamente una comisión tan importante, era preciso unir la probidad al talento. Vaca de Castro, á quien fué confiada, era un caballero pundonoroso é incapaz de transigir con sus deberes: el conocimiento de los hombres y de los asuntos se amalgamaba felizmente en él á una gran firmeza de carácter, por lo que difícil hubiera sido hacer mejor elección.

Tiempo era ya de que la corte de España pusiese un término al insolente despotismo de Pizarro en el Perú: distribuía á su arbitrio las dignidades y los terrenos, y nombraba ó destituía á los funcionarios según su capricho. Distribuyéndose entre él, sus hermanos y sus favoritos las tierras más fértiles y más ventajosamente situadas, deja-

ba las estériles y de poco valor á los oficiales que habían merecido recompensas por sus servicios y su valentía. ¡Desgraciados de los que habían servido á las órdenes de Almagro, porque se veían condenados á la más horrorosa penuria! Parecía como que se complacía en hacerles expiar su lealtad y cariño á su antiguo jefe. Los historiadores refieren un hecho que basta para dar una idea de los apuros de aquellos infelices. Doce de los más comprometidos oficiales de las tropas de Almagro habitaban en una misma casa, y eran tan pobres que entre todos ellos no tenían más que un sólo vestido decente: cuando alguno tenía precisión de salir se servía de él y los otros once tenían que estarse en casa. Era tal el temor que inspiraba el Gobernador, que nadie se atrevía á recibirlos en su casa, ni aun á dirigirles la palabra. Así, ¡cuán violento era el odio que animaba á estos hombres contra Pizarro, y con qué impaciencia esperaban el momento de vengarse del cruel dictador del Perú!

Sordo á cuanto se murmuraba contra él, insensible á las quejas de las víctimas de

su despotismo, contaba con la impunidad, y así despreciaba el peligro como las amenazas del odio. No temió quitar el gobierno de Quito á Belalcázar, aquel intrépido oficial que había conquistado esta provincia, para dárselo á su hermano Gonzalo, á quien poco después confió el mando de una expedición importante.

Los peruanos aseguraban á los españoles que más allá de las cordilleras, y al Este, había una comarca en que se encontraban la canela y otras especierías con abundancia. Esto fué lo que determinó la expedición confiada á Gonzalo, que partió de Quito con un ejército de trescientos cuarenta soldados europeos, la mayor parte de á caballo, y de cuatro mil peruanos.

Empezó su caminata hacia el Sureste, siguiendo la orilla del río Napo, y después torció hacia el Sur. El Napo desemboca en el gran Marañón ó río de las Amazonas, uno de los más caudalosos del mundo, y que atravesando de Este á Oeste casi toda la América meridional, desemboca, después de numerosas revueltas, en el gran Océano Atlántico. Antes de llegar á las cordilleras

donde ya se suponía que habría que sufrir horribles padecimientos por el excesivo frío, ya encontró Gonzalo otros obstáculos casi insuperables, cual si la naturaleza misma quisiera oponerse á la marcha de los españoles. Un temblor de tierra, precedido ó más bien anunciado por un espantoso huracán acompañado, de truenos y rayos, se tragó á su vista casas y bosques enteros en los abismos que se abrieron de improviso: un río á cuya orilla habían acampado, salió de madre con tal impetuosidad, que apenas les dió tiempo de refugiarse á un collado inmediato, para no ser sumergidos por los torrentes de agua que inundaron repentinamente la campiña. Cuando llegaron después á lo alto de las montañas cubiertas de nieve, se creyeron transportados á la zona glacial, más allá de los círculos polares, y muchos peruanos con algunos españoles allí quedaron sin vida. Llegando, por fin, á las llanuras del otro lado de las montañas, les asaltaron otras plagas de las cuales la más cruel fué el hambre: aquellas vastas llanuras no presentaban más que un inmenso desierto, y apenas se encontraban

algunos salvajes, que no podían proporcionar los víveres necesarios. Ya tenían que atravesar algún pantano, ya tenían que abrirse un estrecho paso á fuerza de hachazos, por alguna selva impenetrable, y para colmo de las desgracias y privaciones de Gonzalo y sus compañeros, llovió sin cesar durante dos meses, en términos que ni una vez sola pudieron ver enjutos sus vestidos.

Llegaron, por fin, á las orillas del río Napo, y Gonzalo se ocupó de la construcción de una barca para pasarle en caso de necesidad, y para que también sirviese para llevar los bagajes y los víveres. Careciendo los españoles de los materiales necesarios, y sobre todo, de hierro, para ejecutar este trabajo, tuvieron que arrancar las herraduras á los caballos, y con ellas hicieron clavos y abrazaderas, supliendo la brea y la pez con resina que recogieron en árboles de diversas especies. Cuando la barca estuvo acabada, Gonzalo hizo que se embarcase en ella un oficial llamado Orellana, con cincuenta hombres, encargándole que bajase por el río para buscar víve-

res, y designándole el paraje en que le había de esperar con el resto de las tropas.

Apenas Orellana los perdió de vista, cuando burlando la confianza de su comandante, resolvió sustraerse á su autoridad; ambicioso y vano, creyó haber hallado la ocasión de asociar á su nombre, todavía oscuro, la gloria de una acción atrevida y de una arriesgada empresa. En vez de esperar á Gonzalo en el sitio que éste le había designado, quiso seguir el curso del río hasta llegar al Océano; proyecto temerario que este orgulloso oficial se hubiera guardado de acometer, si hubiera sabido los peligros á que se exponía tratando de ejecutarlo, si hubiera sabido que el río en que se aventuraba sobre una barca tan mezquina y sin provisiones, corre cerca de dos mil leguas marinas antes de salir al mar.

De todos modos, Orellana no dió parte de su intención á los cincuenta hombres que le acompañaban hasta que llegaron al paraje en que el Napo desemboca en el Marañón ó río de las Amazonas. Allí era donde debía esperar á Gonzalo, y allí fué también donde comunicó su proyecto á sus compa-

ñeros, que, lejos de intimidarse por su audacia, declararon que estaban prontos á seguirlo. Uno tan sólo hubo entre ellos fiel á Gonzalo y capaz de protestar contra la perfidia de Orellana; pero éste le hizo desembarcar, y le dejó abandonado en un país desierto, donde debía perecer; después prosiguió la ejecución de su proyecto.

Entonces empezó á conocer cuán peligrosa era su empresa, y á qué terribles pruebas iba á verse sometida su constancia. Tan pronto atravesaba comarcas estériles y solitarias, tan pronto tenía que combatir contra belicosos indígenas, si se había de proporcionar algunos víveres, y muchas veces también tenía que rechazar los ataques de un gran número de canoas llenas de salvajes armados. Continuó, sin embargo, bajando por el río, y después de haber luchado durante siete meses contra privaciones, fatigas y peligros de toda especie, llegó al desembocadero del Marañón. Entonces más que nunca necesitaba de todo su valor y de toda su energía, porque era forzoso abandonarse con tan frágil embarcación en medio del grande Océano hasta

llegar á una colonia española. En fin, después de haber andado algunos centenares de leguas, llegó á Cubaña, situada no lejos de la costa de Tierra Firme.

Desde allí se apresuró á volver á España, donde obtuvo el resultado que se había prometido de su pérfida conducta con Gonzalo. La relación de sus aventuras excitó una sorpresa general; pero valiéndose de esta feliz disposición de los ánimos á dar crédito á sus palabras, recurrió á la mentira y añadió lo maravilloso á lo verdadero. Todos los cuentos que imaginó en el interés de su vanidad, gozaron por mucho tiempo de un gran crédito, y sólo en nuestros días es cuando los ha desvanecido la ciencia.

Orellana aseguraba que en las comarcas que había atravesado, el oro y pedrería eran tan abundantes como los guijarros en nuestros campos; que otros países estaban sólo habitados por mujeres guerreras, cuya fuerza igualaba á su valor, lo que hizo dar al país regado por el Marañón el nombre de *País de las Amazonas,* y al mismo río el de *Río de las Amazonas*, nombres que han conservado. Una de estas comarcas, que

no se designa, fué tenida por el país del oro, y se llamó *El Dorado*. Los primeros viajeros que probaron la falsedad de los asertos de Orellana, han sido La Condamine, sabio francés que recorrió por entero el país de las Amazonas, y después de él, madama Godin, á la que determinó á emprender su viaje el afecto que profesaba á su marido.

Llegó entre tanto Gonzalo á la confluencia del Napo y del Marañón, donde esperaba encontrar á Orellana con los cincuenta hombres que mandaba y una provisión de víveres; ¡pero cuál fué su doloroso asombro cuando no vió barca ni hombres! Lejos de concebir sospechas por la ausencia de Orellana, se figuró que algún accidente le habría obligado á descender todavía más abajo, y resolvió seguir marchando por la orilla del río, hasta que encontró al español que Orellana había hecho poner en tierra. La noticia de la traición del pérfido comandante puso á Gonzalo y á sus compañeros en una cruel perplejidad. Casi desesperados por la traición de Orellana, que se había llevado hasta sus bagajes que iban en la barca, extenuados de hambre y de fatiga

en medio de una comarca desierta y estéril, los soldados pidieron á voces que los volviesen á Quito, y Gonzalo no tuvo más remedio que consentir, dando la vuelta hacia el Perú.

Había cuatrocientas leguas desde allí á Quito, y era probable que volviesen á ver esta ciudad muy pocos de cuantos habían resistido hasta entonces los padecimientos y fatigas de una marcha tan larga y penosa. Sin embargo, se reanimó su valor creyendo que no sufrirían tantos obstáculos, tomando diferente camino del que habían traído; pero esta esperanza fué también cruelmente burlada. El país en que se internaron era todavía más estéril que el que antes habían atravesado. El hambre les obligó á matar sus caballos y sus perros, y cuando se acabaron estos recursos mascaron hojas de árboles, comieron algunos insectos y hasta royeron las correas de las sillas y de los cinturones. Sus vestidos se caían á pedazos, sus cuerpos estaban cubiertos de llagas y de úlceras, producidas por las picaduras de los insectos, las espinas y el poco aseo. Doscientos españo-

les y casi todos los peruanos habían perecido cuando los restos del pequeño ejército de Gonzalo llegaron á cincuenta leguas de Quito.

Los últimos soldados de Gonzalo y su mismo jefe hubieran sucumbido si no hubiera salido á buscarlos un destacamento con víveres, vestidos y algunos caballos. A vista de este inesperado socorro experimentaron tan grande alegría, que se arrojaron á tierra para besarla; pero sin la prudencia de su jefe, que por algunos días redujo el alimento de cada soldado á una muy corta ración, el ansia de aquellos hombres hambrientos les hubiera sido funesta. Como no había bastantes caballos para toda la tropa, Gonzalo y sus oficiales quisieron dejárselos á los soldados más débiles, continuando su camino desnudos y á pié hasta llegar á Quito. Allí sus más íntimos amigos apenas los conocían; tan profundas eran las huellas que los padecimientos habían dejado en sus semblantes.

Durante la ausencia de Gonzalo había ocurrido en Lima un suceso extraordinario, cuya noticia fué un golpe terrible para él.

El lector no habrá olvidado, sin duda, que Almagro dejó un hijo, á quien designó para que le sucediese. Educado con el mayor esmero por un oficial hábil é instruído llamado Juan de Rada, el joven se manifestaba ya, por sus bellas cualidades, digno del papel que estaba llamado á representar en la escena en que tanto se había distinguido su padre, á quien se parecía mucho en la intrepidez y firmeza de carácter. Pizarro, que le temía, le tuvo preso por algún tiempo juntamente con su ayo, y al fin le puso en libertad, bajo condición de que no había de salir de Lima. Creyó que sujetando la conducta del joven Almagro á una activa vigilancia, nunca le daría tiempo para que hiciese valer sus derechos y dispusiese un levantamiento á su favor; pero Pizarro no advirtió las frecuentes reuniones que se verificaban en casa de Almagro. Allí era la cita de todos los antiguos amigos y partidarios de su padre, y allí formaron una conspiración para matar á Pizarro y sus allegados. Juzgaron que la ausencia de los dos hermanos del Gobernador era muy favorable á la ejecución

de sus designios y se prepararon á ejecutarlos.

Pero estos conciliábulos habían llamado la atención de los amigos de Pizarro, que no pudieron menos de comunicarle sus sospechas y sus temores. «No tengáis cuidado por mi vida—respondió el Gobernador;—el poder que tengo para cortar la cabeza á los demás garantiza la seguridad de la mía.» Los conjurados, queriendo penetrar sus disposiciones y aumentar su seguridad, confiaron á Rada esta delicada comisión. Pidió éste permiso para hablar al Gobernador y le encontró paseándose en su jardín y cogiendo limones. Recibió á Rada con mucha cortesía, y aun le ofreció uno de los limones que tenía en la mano, diciéndole eran los primeros que se cogían en Lima.

Rada, aparentando una viva inquietud, respondió á Pizarro, cuando le preguntó el motivo de ella, que había oído hablar de un siniestro proyecto atribuido al Gobernador, que se trataba nada menos que de la muerte del joven Almagro y de sus infelices amigos, condenados á morir para disipar una injusta desconfianza provocada con odiosas

calumnias. Rada representó su papel con tal destreza, que Pizarro se afanó en tranquilizarle, jurándole que jamás había pensado semejante cosa, á pesar de que continuamente estaba recibiendo avisos de conspiraciones tramadas contra él. Rada fingió indignarse por estas denuncias, y suplicó á Pizarro que le permitiera alejarse con el joven Almagro, de Lima, donde su presencia parece que autorizaba tan odiosas suposiciones, quitando así todo pretexto al odio y la desconfianza. Pizarro, ¿suscribió á esta petición? Los historiadores no han dado á conocer la determinación del Gobernador, y dicen únicamente que aseguró á Rada que ya dispondría le diesen cuanto le hiciese falta. Rada, al despedirse de Pizarro, le besó la mano y corrió á participar á los conjurados el resultado de su entrevista, quedando aplazada la ejecución del proyecto para el próximo domingo 26 de Junio de 1541.

El viernes, uno de los conspiradores, acosado por los remordimientos, descubrió el proyecto á un sacerdote que se apresuró á ir á informar al Gobernador; pero éste,

cuya confianza y seguridad no podían ser alteradas por ningún aviso, respondió que no podía creer existiese una conspiración contra sus días, y que la visita reciente de Rada y sus sinceras protestas le autorizaban para considerar este aviso de una conspiración imaginaria, como cálculo de alguno que, teniendo que pedirle algún favor, quería valerse de aquel pretendido descubrimiento como de un título á su gratitud. Después de haber despedido con buenos modos al eclesiástico, fué á tenderse en el lecho.

Sin embargo, al día siguiente se levantó con menos confianza y creyó que debía tomar algunas precauciones. Hacía ya mucho tiempo que sus amigos le aconsejaban formase una guardia para seguridad de su persona; pero él se temía que, cuando se estaba esperando de un momento á otro la llegada de un comisario español, aquella providencia se interpretase como una garantía contra el poder del nuevo enviado de la corte de España, y esta consideración le impidió el tener cerca de su persona un destacamento de soldados.

Como el aviso que había recibido decía que el domingo había de estallar la conspiración, no quiso en este día salir de su casa, y en lugar de ir, según su costumbre, á la iglesia para oir misa, hizo que se la dijesen en su aposento. Al mediodía fueron llegando sus principales oficiales, á quienes había convidado á comer; esta era la hora fijada por los conjurados para atacar al Gobernador, porque en aquellos países donde reinan grandes calores el centro del día suele destinarse al sueño.

De improviso Rada sale de casa de Almagro y se precipita á la calle al frente de diez y ocho conjurados armados de piés á cabeza, y gritando con las espadas desenvainadas: «¡Viva el Rey! ¡muera el tirano!» A esta señal que estaba convenida, los demás conjurados, dispersos por la ciudad, acuden todos al palacio del Gobernador. Acababa éste de levantarse de la mesa y continuaba conversando con sus amigos, mientras que la mayor parte de su servidumbre se había retirado á descansar. Los conjurados, favorecidos por esta circunstancia, que les permitió penetrar sin ser

vistos en lo interior del palacio, ya eran en cierto modo dueños de él, antes que Pizarro supiese su llegada. Rada había tenido la precaución de dejar un conjurado á la puerta, encargándole que gritase á los que fuesen llegando: «¡El tirano ha muerto!» Así es que todos los amigos del Gobernador, que acudían á socorrerle, engañados con este grito, se volvieron creyendo que habían llegado demasiado tarde.

Llegaban ya los conjurados á la escalera del aposento de Pizarro, cuando fueron vistos por uno de sus pajes que se precipitó en el aposento anunciando su llegada. Pizarro, intrépido como en un día de batalla, se levantó y mandó á uno de sus oficiales que echase el cerrojo á la puerta para tener tiempo de armarse; pero aquel hombre estaba aturdido, y sin obedecer la orden de Pizarro, salió hasta la escalera para preguntar á los conjurados cuáles eran sus intenciones: ellos le dieron por toda respuesta un sablazo que le tendió sin vida en el pavimento y en seguida entraron en la sala.

No encontraron al Gobernador, que ha-

bía entrado en la pieza inmediata para armarse: estaba acompañado de Alcántara su hermano, (1) dos amigos y dos pajes ya mancebos. Todos los demás saltaron por una ventana, viendo entrar á los conjurados que se precipitaron en el aposento donde estaba Pizarro. Sin acabar de ajustarse la coraza, cogió su sable y su escudo y salió al encuentro de los conjurados, gritando á los pocos amigos que le eran fieles: «¡Valor, camaradas! ¡Todavía somos bastantes para castigar la temeridad de estos traidores!» Armóse entonces una lucha terrible entre adversarios animados de igual furor; pero esta lucha era muy desigual para que pudiese durar mucho tiempo. Los conjurados, armados de piés á cabeza, tenían demasiada ventaja sobre sus contrarios, expuestos casi sin defensa á sus golpes. Al-

(1) La diferencia del apellido consiste en que era sólo hermano por parte de madre. Los Pizarros eran cinco hermanos: legítimo solo Hernando, y los otros dos Juan y Gonzalo, bastardos como el Gobernador. El otro hermano por parte de madre, que es el que ahora se cita, se llamaba Francisco Martín Alcántara.—N. DEL T.

cántara fué el primero que cayó al lado de su hermano; algunos otros tuvieron la misma suerte, y en cuanto á Pizarro, teniendo que hacer frente á numerosos acometedores y evitar los repetidos golpes que le dirigían, se le fueron acabando las fuerzas poco á poco, teniendo tan cansado el brazo, que apenas podía manejar la espada: recibió entonces una estocada en la garganta que le hizo caer muerto á los piés de los conjurados.

Acto contínuo salieron estos del palacio y recorrieron toda la ciudad, blandiendo sus espadas desnudas y ensangrentadas, para anunciar la muerte del tirano. Doscientos cómplices se agregan á ellos y pasean por todas las calles de Lima al joven Almagro, montado á caballo, publicando que es el único y legítimo gobernador del Perú. El palacio de Pizarro y las casas de sus principales partidarios son abandonados al saqueo.

Los criados de Pizarro llevaron su cuerpo á la iglesia de Lima, pero nadie se atrevió á darle sepultura. Al fin un antiguo criado, llamado Bárbara, pidió licencia al

nuevo Gobernador para tributar los honores fúnebres á su antiguo amo. Almagro se la concedió, y el fiel servidor, ayudado de su esposa, enterró á Pizarro antes que los conjurados le cortasen la cabeza para exponerla en medio de la calle.

Así terminó la existencia de un hombre que reunía eminentes cualidades y talentos que infunden admiración, á vicios y defectos que le hacían odioso y despreciable. Valiente hasta la temeridad, firme, sufrido, hábil para proporcionarse recursos en la adversidad, dotado de una maravillosa penetración para conocer á los hombres y hacerlos servir á la ejecución de sus designios, había adivinado el secreto de ejecutar cosas grandes con muy escasos recursos; pero también era falsó, disimulado, pronto á sacrificarlo todo á su ambición y á sus resentimientos, y muchas veces cruel. Su muerte pareció el justo castigo de su conducta con Atahualpa, con Almagro su asociado y amigo, y otros muchos que hizo perecer. «Era—dicen los historiadores contemporáneos—de una constitución robusta: en él la energía de carácter y la constan-

cia se equilibraban con el extraordinario vigor de su cuerpo. Así que se encontraba armado se creía invencible, y le sucedió muchas veces precipitarse en medio de los enemigos, sin esperar á sus tropas, á quienes costaba trabajo alcanzarle: tan grande era la confianza que tenía en su valor y en la fuerza de su brazo.»

Privado de toda clase de instrucción, porque ni aun sabía firmar, la suplía con su inteligencia natural, ayudada de la atención, la paciencia, la reflexión y la actividad. Cada vez que su firma era necesaria, se limitaba á trazar dos rasgos de pluma, entre las que su secretario escribía las palabras: *Francisco Pizarro.* Había en él el germen de un grande hombre, pero faltó la educación para desarrollar aquella tosca obra de la naturaleza. Meditando sin cesar empresas grandiosas, los obstáculos y las dificultades nunca parecían insuperables á su tesón: su alma no era extraña á los nobles sentimientos, á los ímpetus de la generosidad; pero casi siempre eran comprimidos por la ambición, por la sed de mando y por el orgullo. He aquí dos rasgos de

su vida que forman singular contraste con las crueldades que le atribuye la historia.

Habiendo sabido cierto día que uno de sus oficiales, que no estaba rico, había perdido el caballo, ocultó bajo su ropa un tejo de oro de diez libras, con ánimo de regalársele para que comprase otro caballo, y se dirigió á un juego de pelota, donde solía concurrir aquel oficial. Cuando llegó no estaba allí, y entonces resolvió esperar que viniese. Invitado por algunos amigos á entrar en la partida, aceptó la invitación; pero queriendo que se ignorase el motivo que allí le traía, no se quitó la ropa y permaneció tres horas largas cargado con un peso tan incómodo, sobre todo para un jugador. Al fin se presentó el oficial, y Pizarro, llamándole aparte, le entregó el tejo de oro, diciéndole que de buena gana le hubiera dado tres veces más, con tal que hubiera venido cuanto antes á quitarle aquel incómodo peso durante el juego. En general se ha observado que se complacía en ocultar sus beneficios, y la discreción de su generosidad, siempre acompañada de deli-

cadeza, revela el instinto natural de un noble corazón.

Al pasar un río en una de sus expediciones, cayó al agua uno de sus criados indios, que le tenía dadas repetidas pruebas de cariño y lealtad. Aquel infeliz, arrebatado por la rápida corriente, iba á perecer, cuando Pizarro, visto el peligro que corría, se arroja á nado, ase al indio por los cabellos y consigue sacarle á la orilla. Sus amigos, que habían temblado por su vida, viéndole exponerse á una muerte casi segura por salvar á un miserable indio, no pudieron menos de reconvenirle. « Bien se conoce— contestó él—que no sabéis cuanto vale un buen criado. » Palabras admirables que nunca estaría demás repetir á la opulencia egoista é ingrata que cree pagar con algunas monedas la lealtad de un buen servidor.

Pizarro era extremadamente sencillo en su modo de vestir: llevaba diariamente una ropa negra que le bajaba hasta los tobillos, zapatos blancos y sombrero gris. Algunas veces, por complacer á sus amigos, que temían que la demasiada sencillez del traje perjudicase á la autoridad del Gobernador,

se ponía un vestido de etiqueta guarnecido de martas, que era regalo de su amigo Hernan Cortés; pero así que volvía de la iglesia se le quitaba y se quedaba vestido á la ligera, con un pañuelo alrededor de cuello para enjugarse el sudor de su frente y de su rostro. En tiempo de paz, pasaba todos sus momentos de ocio en jugar á los bolos y á la pelota, juegos á que tenía grande afición. Jugaba con el primero que llegase, sin reparar en su estado y condición: afable hasta la familiaridad, miraba á todos los jugadores como iguales suyos, y exigía que durante la partida no mirasen en él al Gobernador del Perú. Así es que no permitía que le alcanzasen la bola ó la pelota, ni que le evitasen ninguna de las fatigas y molestias del juego.

Daba á sus compañeros el ejemplo de una adhesión y escrupulosa fidelidad al Emperador. Cuando se apartaba en cada presa el quinto de la corona, solía levantarse de su asiento para recoger las partículas de oro que se caían de la balanza y las añadía á la parte correspondiente al Emperador. Como algunos circunstantes se sonriesen

al verle ejecutar esta acción: «Si no tuviera manos—les dijo—recogería estos pedacitos con la boca.» Esta escrupulosidad la miraba él como uno de sus principales deberes.

Repetidas veces se ha preguntado cuáles eran las ventajas del descubrimiento del Nuevo Mundo. Ha contribuido, es preciso confesarlo, á los progresos de diversos conocimientos, como la navegación, la geografía, la astronomía, la medicina y la historia natural; pero la humanidad, justamente indignada con los crímenes que manchan la historia de los conquistadores, ¿no tiene derecho á decir que estas ventajas han costado demasiado caras?

En cuanto á España, se ha observado que su decadencia data precisamente de la época en que los tesoros de América parece que debieran enriquecerla (1) y haber

(1) Es indudable que la decadencia de nuestro país data desde que se trajo á él con tanta abundancia el oro de las Américas. Estos raudales de oro no paraban

asegurado su preponderancia sobre las demás naciones. El oro de Méjico y del Perú no pudieron evitar el que Felipe II hiciese bancarrota. «A la España,—según ha dicho exactamente Montesquieu—le ha sucedido lo que á aquel rey insensato, que pidió á los dioses se convirtiera en oro cuanto tocasen sus manos, y que después tuvo que acudir á ellos para pedirles pusiesen término á su miseria.»

---

en España, ni se empleaban en beneficio del país, sino que iban á desaguar al extranjero, de quien nos hacíamos tributarios. Los españoles abandonaban las riquezas naturales y positivas, por las ficticias que proporcionaba el oro de América, sirviéndose de él, no para fomentar su industria, sino para comprar los productos de las de otras naciones. España es tal vez el único país que puede subsistir con los productos de su fecundo suelo, y sin embargo, ha tenido que recurrir á otras naciones hasta para la adquisición de las cosas más frívolas. Esta es la causa por la que mientras empobrecimos nosotros, se enriquecieron los extranjeros con el oro que tantos peligros nos costaba adquirir: causa á la verdad más que suficiente para que no nos echasen en cara nuestra decadencia.—N. DEL T.

FIN DEL TOMO II Y DE LA OBRA

ÍNDICE

Págs.

HERNÁN-CORTÉS

I.—Expedición de Hernández de Córdoba.—La bahía de Campeche.—Dos bautismos: Julián y Melchor.—Combate.—Hernández queda herido.—Su muerte.—Grijalva.—La Nueva España.—Discurso de un cacique.—Un templo indio.—La isla de los Sacrificios.—Hernán Cortés.—Su retrato.—Preparativos de la expedición que debe mandar.—Se hace á la vela para Méjico.—Encuentro de un náufrago español.—Relación de sus aventuras.—Una batalla.—Derrota de los mejicanos.—Una embajada.—La hija de un cacique.—Los embajadores de Motezuma.—Situación crítica de Cortés.—Su destreza.—Un tribunal.—Dimisión de Cortés.—Su discurso.—Es de nuevo elegido comandante..... 5

II.—Fundación de la Villa-Rica de la Veracruz.—El cacique de Cempoala.—Obesidad extraordinaria de este cacique.—Llegada de los españoles á Quiabislán.—Alianza de muchos caciques con Cortés.—Destrucción de los ídolos indios.—Transformación de un templo mejicano en igle-

Págs.

sia cristiana. — Una conspiración descubierta. —Cortés destruye sus naves.—Una embajada. —Discurso del embajador. — Batalla.—Xicotencal. — Sabias exhortaciones de un sacerdote católico.—Cortés avanza sobre Cholula. —Entrevista de Cortés y Motezuma. — Entrada de los españoles en Méjico..... 63

III.—Visita de Motezuma á Cortés.—Sacrificios humanos.— Muerte de Escalante, gobernador de Veracruz. — Motezuma es llevado prisionero al cuartel de los españoles.— Suplicio de Qualpopoca y de sus hijos.— Tentativa de Cortés contra los ídolos.—Proyectos de rebelión contra los españoles. — Situación crítica de Cortés.— Narvaez viene contra él.—Cortés sale de Méjico y marcha en busca de su enemigo..... 117

IV.—Reunión de Cortés y Sandoval. — Narvaez, sorprendido en Cempoala, es hecho prisionero. —Sus tropas se incorporan á las de Cortés.—Regreso de Cortés á Méjico.—Rebelión de los mejicanos.—Motezuma se presenta al pueblo para apaciguarle. — Es herido. — Su muerte. — Quetlavaca su hermano le sucede. — Heroico designio de dos jóvenes americanos. — Construcción de un puente volante. — El general español se apresura á salir de Méjico. — Principio de la retirada. — Rotura de un dique. — Combate. — Intrepidez de Cortés.—Exterminio de parte de las tropas españolas. — La noche de la desolación.—Horribles padecimientos. — Batalla de Otumba. — Cortés se apodera del estandarte imperial. — Llegada de refuerzos. — Muerte de Quetlavaca, sucesor de Motezuma.—Guatimocín nuevo Emperador..... 133

Págs.

V.—Marcha de los españoles á Méjico.—Llegada á Tezcuco.—Perfidia de un cacique.—Preparativos de defensa en Méjico.—Cortés hace construir una flota para el ataque de la capital.—Conspiración contra él.—Plan de los conjurados.—Los trece bergantines.—Ataque de Méjico.—Desastres.—Nuevos aliados.—Los españoles entran en Méjico.—Un desafío.—Guatimocín cae prisionero.—Sumisión de los mejicanos.—Guatimocín y su ministro puestos en el tormento.—Reedificación de Méjico.—Muerte de Guatimocín.—Regreso de Cortés á España.—Se justifica y vuelve á Méjico.—Descubrimiento de la península de la California.—Cortés vuelve á España.—Su muerte..... 155

FRANCISCO PIZARRO

I.—Ojeada retrospectiva.—Ojeda y Nicuesa.—Construcción de San Sebastián y de Nombre de Dios.—Núñez de Balboa.—Descubrimiento del Océano Pacífico.—Pedrarias.—Destitución de Balboa.—Es arrestado.—Su proceso.—Su muerte.—Francisco Pizarro, Diego de Almagro y Fernando de Luca.—Detalles acerca de Pizarro.—Triunvirato.—Una misa.—Partición de la hostia.—Sacrilegio.—Expedición para la conquista del Perú.—La tierra de Fuego.—Los vientos alisios..... 177

II.—Apuros de Pizarro y de sus compañeros.—Desembarco en las costas de Quito.—Huracanes y temblores de tierra.—Rebelión de Pizarro.—Sus catorce compañeros.—La isla Gorgona.—Llegada de un navío.—Desembarco en Túmbez.—

Págs.

Los peruanos.—El guanaco.—Pizarro en Madrid. —Vuelve al Perú.—Incursiones de los españoles.—El río de las Esmeraldas.—Los Incas.—Religión de los peruanos.—Las vírgenes del Sol.—Legislación peruana.—Usos y costumbres.—El noviciado de los soberanos.—Huaina Capac.—Sus dos hijos..... 191

III.—Perfidia de Pizarro.—Horrible matanza de los peruanos.—Las patatas y la quina.—Cautiverio de Atahualpa.—Proposiciones que hace á los españoles.—El aposento lleno de oro.—Asesinato de Huascar.—El templo del Sol.—Atahualpa es juzgado y sentenciado á muerte.—Ejecución de la sentencia.—Entrada de los españoles en Cuzco.—Tesoros que encuentran.—Desprecio que hacen del oro.—Algunos españoles asesinados por los peruanos.—Expedición de Belalcázar.—Se apodera de Quito.—Llegada de Alvarado, teniente de Cortés, cerca de esta ciudad..... 209

IV.—Reunión de Belalcázar y Almagro en Quito. —Preparativos de combate.—Convenio.—Manco, nuevo Inca del Perú.—Se presenta á Pizarro. —Alvarado vuelve á Guatemala.—Pizarro pone la primera piedra de Lima.—Llegada de Hernando Pizarro á España.—Premia el rey á Francisco Pizarro y Almagro.—Querellas.—Preparativos de Almagro para su expedición á Chile.—Padecimientos de los españoles.—Frío excesivo.—Llegada á Chile.—Rebelión de los peruanos.—Quieren apoderarse de Lima y de Cuzco.—Son rechazados.—Guerra civil entre los españoles.—Almagro entra en Cuzco por sor-

Págs.

presa.—Los hermanos de Francisco Pizarro son hechos prisioneros.—Generosidad de Almagro. 229

V.—Crítica situación de Pizarro.—Su firmeza.—Negociaciones.—Deserción en las tropas de Almagro.—Mala fe de Pizarro.—Combate de Cuzco.—Derrota del ejército de Almagro.—Muerte de Orgóñez.—Almagro cae vivo en manos de los soldados de Pizarro.—Es juzgado y sentenciado á muerte.—Le dan garrote y después le cortan la cabeza.—Alvarado se presenta en España á pedir justicia contra Pizarro.—Prisión de Hernando Pizarro en Madrid.—Un nuevo comisario en el Perú.—Expedición de Gonzalo Pizarro.—Audaz incursión de Orellana.—Sus mentiras.—El país de las Amazonas y el Dorado.—Conspiración contra Pizarro.—Es asesinado.—Su retrato.—Anécdotas.—Conclusión... 255

LA ESPAÑA MODERNA

REVISTA IBERO-AMERICANA

AÑO IV

Cada número forma un grueso volumen de más de 200 páginas, gran tamaño, á dos columnas.

Se divide en dos secciones: española y extranjera. La española está escrita por **Arenal** (D.ª Concepción), **Barrantes, Campoamor, Cánovas, Castelar, Echegaray, Galdós, Menéndez y Pelayo, Pardo Bazán** (D.ª Emilia), **Palacio Valdés, Pí y Margall, Thebussem, Valera** y **Zorrilla,** con los que alternan, en concepto de colaboradores, los primeros publicistas españoles. La parte extranjera estará redactada por **Bourget, Cantú, Coppée, Cherbuliez, Daudet, Dostoyusky, Gladstone, Goncourt, Richepin, Tolstoy, Turguenef** y **Zola.**

Precios de suscrición, pagando por adelantado:

En España, seis meses, *diez y siete pesetas;* un año, *treinta pesetas.*—En las demás naciones europeas y americanas, y en las posesiones españolas, un año, *cuarenta francos,* enviando el importe á esta Administración en letras sobre Madrid, París ó Londres.

Las suscriciones, sea cualquiera la fecha en que se hagan, se sirven á partir del mes de Enero de cada año. A los que se suscriban después, se les entregarán los números atrasados.

Se remite un tomo de muestra gratis á quien lo pida por escrito al Administrador de La España Moderna, Cuesta de Santo Domingo, 16, principal.

Quedan algunas colecciones de los años 1889, 90 y 91, á **30** pesetas en rústica, y **40** en pasta.

LA NUEVA

CIENCIA JURÍDICA

ANTROPOLOGÍA-SOCIOLOGÍA

Las ciencias jurídicas y sociales atraviesan un período de profunda y radical transformación. El clasicismo agoniza y el positivismo moderno gana terreno de día en día. El método experimental y de observación, que tiempo atrás produjo tan beneficiosos resultados en las ciencias físicas y naturales, se aplica hoy con innegables frutos al estudio de las morales y políticas. Al fundar una revista española que sirva de palenque á todas las ideas bajo el lema: «La nueva ciencia jurídica» — título de ancha base que permite tratar del mismo modo y bajo distintos aspectos, las cuestiones sociales y los problemas puestos sobre el tapete por los modernos criminalistas italianos — nos proponemos dar á conocer las producciones más notables, en orden á estos trabajos, de los escritores nacionales y extranjeros, y fomentar de una manera especialísima

en nuestra España la afición al estudio de esta nueva fase de las ciencias sociales y jurídicas. Contamos con la cooperación valiosísima de los más ilustres tratadistas españoles, y la sección extranjera estará á cargo de personalidades tan eminentes como Lombroso, Ferri, Garofalo, D'Aguanno, Fioretti, Marro, Lacassagne, Puglia, Benedik, Tarde, Ribot, Morselli, Frenek-Feré, Sergi y Morrison.

Condiciones de suscrición:

Cada mes verá la luz un cuaderno de 64 páginas grandes, á dos columnas. Sólo se admiten suscriciones por un año, á partir de Enero, aunque se haga el abono después del referido mes: en este caso se entregarán al suscritor los números atrasados.

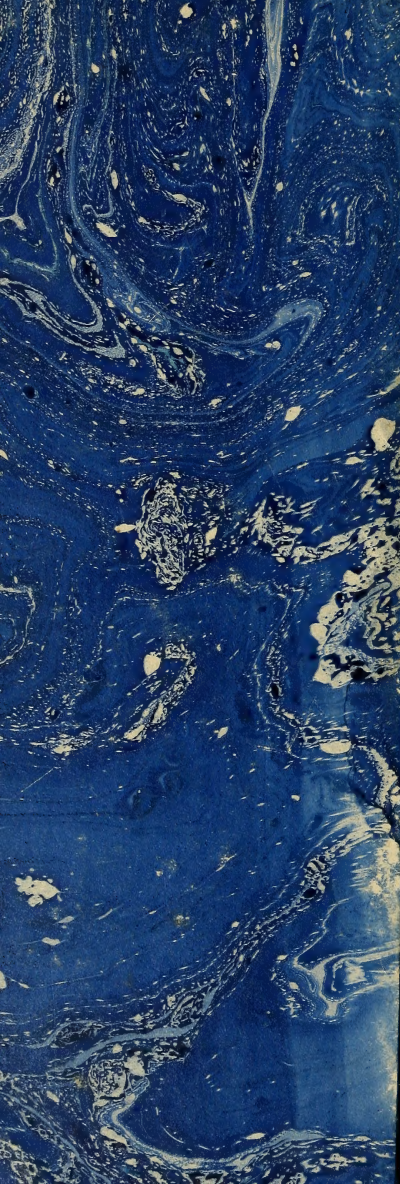
En España, un año..... **12** pesetas.
Fuera de España, lo mismo
en Europa que en América. **15** —

Se suscribe en la Administración de La España Moderna y de La Nueva Ciencia Jurídica, Cuesta de Santo Domingo, 16, pral., Madrid, enviando el importe en letras de fácil cobro ó en sellos, pero en este caso certificando la carta.

COLECCIÓN DE LIBROS ESCOGIDOS

á tres pesetas tomo.

1.—**La Sonata de Kreutzer**, por Tolstoy.
2.—**El Cabecilla**, por Barbey d'Aurevilly.
3.—**Marido y mujer**, por Tolstoy.
4.—**Recuerdos de mi vida** (Memorias íntimas), por Vagner.
5.—**Dos generaciones**, por Tolstoy.
6.—**Querida**, por Goncourt.
7.—**El ahorcado**, por Tolstoy.
8.—**Humo**, por Turguenef.
9.—**Las Veladas de Médan**, por Zola.
10.—**El príncipe Neckhli**, por Tolstoy.
11.—**Renata Mauperin**, por Goncourt.
12.—**El Dandismo y Jorge Brummell**, por Larbey d'Aurevilly.
13 y 14.—**Jack**, por Daudet.
15.—**En el Cáucaso**, por Tolstoy.
16.—**Nido de Hidalgos**, por Turguenef.
17.—**Estudios literarios**, por Zola.
18.—**Miss Rovel**, por Cherbuliez.
19.—**Mi infancia y mi juventud** (Memorias íntimas), por Renán.
20.—**La Muerte**, por Tolstoy.
21.—**Germinia Lacerteux**, por Goncourt.
22.—**La Evangelista**, por Daudet.
23.—**La Novela experimental**, por Zola.
24.—**Un corazón sencillo**, por Flaubert.
25.—**El Judío**, por Turguenef.
26.—**La Tema de Juan Tozudo**, por Cherbuliez.
27.—**Mis memorias**, por Stuart Mill.
28 y 29.—**Estudios jurídicos**, por Macaulay.
30.—**Mis odios**, por Zola.
31.—**La Casa de los muertos**, por Dostoyuski.
32.—**Nuevos estudios literarios**, por Zola.
33.—**La Novela del presidio**, por Dostoyuski.
34.—**El Sitio de Sebastopol**, por Tolstoy.
35.—**Estudios Críticos**, por Zola.

University of
Connecticut
Libraries

ENCUADERNACIONES
Nicolás
SAN SEGUNDO, 2
AVILA